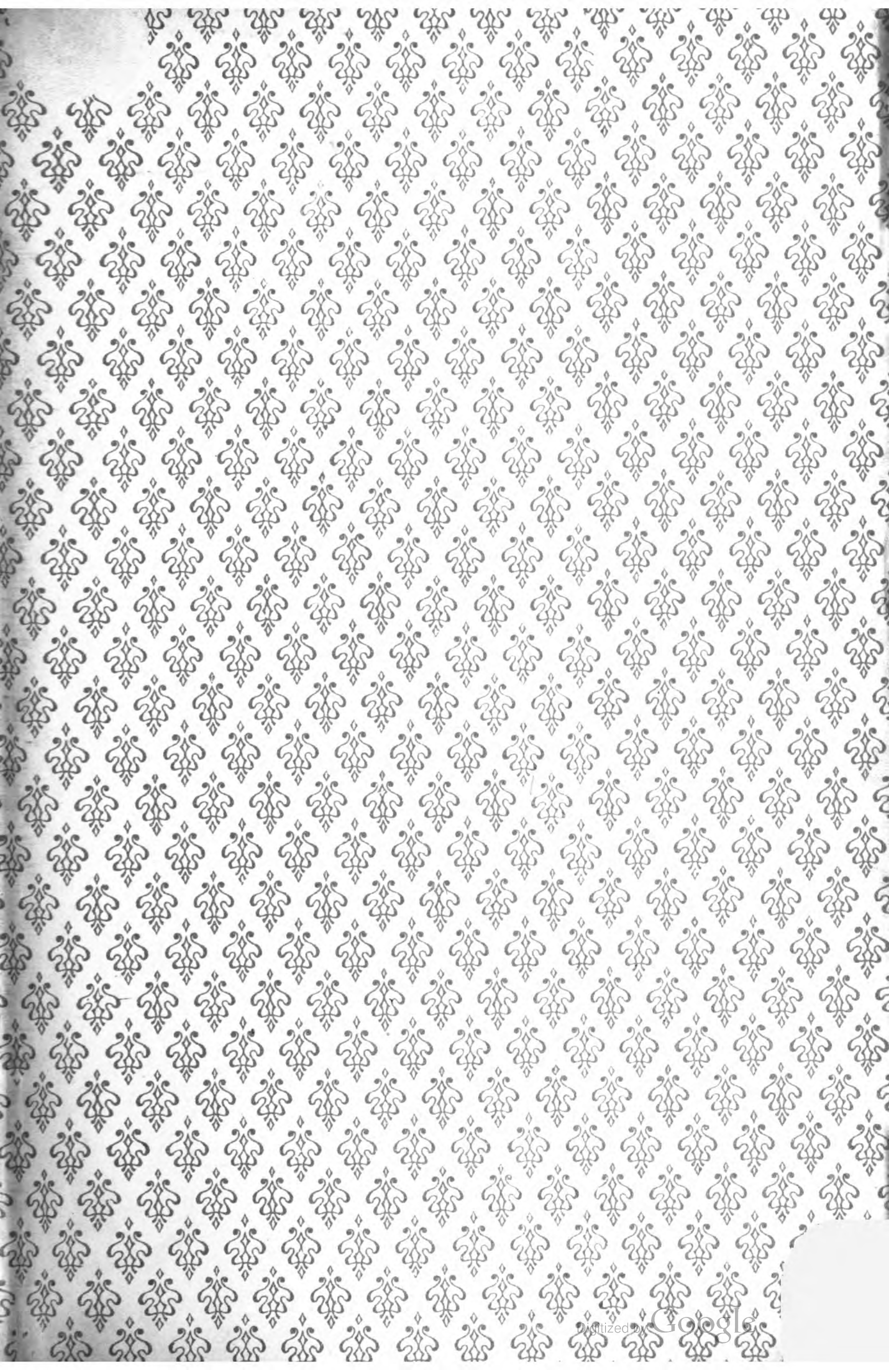

WIDENER
HN PGPL +



RIVERITA

NOVELAS DEL MISMO AUTOR

Pesetas.

El Señorito Octavio (nueva edición), un tomo......... 4

Marta y María (nueva edición), un tomo............... 4

Traducida al inglés por Mr. Nathan Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

Traducida al ruso por Mr. Pawlosky: publicada en el *Diario de San Petersburgo.*

Traducida á la lengua bohemia por O. S. Vetti.—Un tomo.—Praga.

Traducida al sueco por A. Hillman.—Un tomo.—Stockolmo.

El Idilio de un enfermo (nueva edición), un tomo... 4

Traducida al francés por Mr. Albert Savine: publicada en *Les Heures du Salon et de l'Atelier.*

Traducida á la lengua bohemia por Mr. A. Pikhart.—Un tomo.—Praga.

Aguas fuertes, un tomo 3

Traducidas y publicadas la mayor parte de estas novelitas por *La Independencia Belga, El Diario de Ginebra, El Correo de Hannover, Hlas Národa, Lumir* y otros periodicos y revistas.

José, un tomo. 3,50

Edición española con prefacio y notas en inglés para el estudio del castellano en Inglaterra y Estados Unidos, por el profesor Mr. Davidson.—Un tomo.—New-York.—London.

Traducida al francés por Mlle. Sara Oquendo y publicada en la *Revue de la Mode.*—París.

Traducida al alemán y publicada en *Interhaltungs-Beilage.*

Traducida al holandés por Mr. Hora Adema y publicada en *Het Nienws van den Dag.*—Amsterdam.

Traducida al sueco por A. Hillman.—Un tomo.—Stockolmo.

Riverita (nueva edición), un tomo..................... 4

Traducida al francés por Mr. Julien Lugol y publicada en la *Revue Internationale.*

Maximina (nueva edición). un tomo..................... 4

Traducida al inglés por Mr. Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

El Cuarto Poder, dos tomos. 6

Traducida al holandés por Mr. Hora Adema.—Un tomo.—Amsterdam.

Traducida al ínglés por Miss Rachel Challice.—Un tomo.—New-York.

La Hermana San Sulpicio (nueva edición), un tomo . 4

Traducida al inglés por Mr. Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

Traducida al holandés y publicada en *El Correo de Rotterdam.*

Traducida al sueco por Mr. A. Hillman.—Un tomo.—Stockolmo.

La Espuma (ilustrada por Alcázar y Cuchy), dos tomos.. 8

Traducida al inglés por Clara Bell.—Un tomo.—London.

La Fe un tomo............................... 4

Traducida al inglés por Miss I. Hapgood.—Un tomo.—New-York.

El Maestrante, un tomo............................ 4

Traducida al francés por Mr. J. Gaure, con un estudio preliminar de Mr. Bordes.—Un tomo.—París.

Traducida al inglés por Miss Challice.—Un tomo.—London.

El Origen del Pensamiento, un tomo 4

Traducida al inglés por I. Hapgood: publicada en *The Cosmopolitan,* con ilustraciones de Cabrinety.

Traducida al francés por Mr. Max Delime: publicada en la *Revue Britannique.*

Los Majos de Cádiz, un tomo..................... 4

La Alegría del Capitán Ribot, un tomo............ 4

Traducida al inglés por Miss Minna C. Smith.—Un tomo.—New-York.

Traducida al holandés por el Dr. A Fokker.—Un tomo.—Amsterdam.

LOS PEDIDOS Á D. VICTORIANO SUÁREZ, PRECIADOS, 48, MADRID

OBRAS COMPLETAS

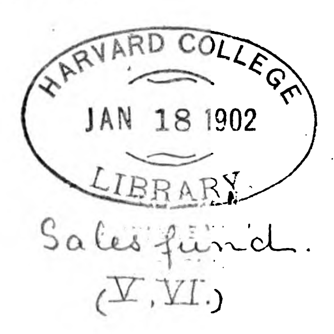
DE

D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

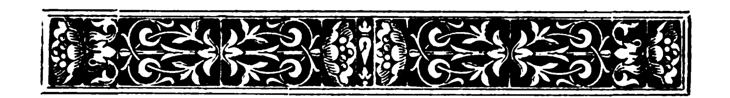
TOMO V

RIVERITA

MADRID
Librería de Victoriano Suárez,
PRECIADOS, NÚMERO 48
1901



MADRID.—Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.°



I

La primer noticia que Miguel tuvo del matrimonio de su padre se la dió el tío Bernardo, persona de extremada respetabilidad y carácter. Tomóle de la mano gravemente momentos antes de comer, y le llevó á su escritorio, una pieza de aspecto sombrío, llena de cachivaches antiguos, grandes armarios de libros y cuadros al óleo que el tiempo había oscurecido hasta no percibirse siquiera las figuras. Las sillas eran de roble viejo, las cortinas de terciopelo viejo también, la alfombra más vieja todavía, la mesa de escribir un verdadero prodigio de vejez. Miguel sólo dos veces en su vida había visto este aposento sagrado y augusto para la familia. Una vez se lo había enseñado su primo Enrique desde la puerta, alzando discretamente la cortina y mirando con temor hacia atrás para no ser sorprendido en flagrante profanación. Otra vez había sido residenciado por su tío en aquel recinto en compañía del mismo Enrique, por haber ambos maltratado de palabra y de obra á la coci-

nera de la casa bajo el pretexto infundado de que no eran suficientes dos naranjas para merendar. No es fácil imaginar, pues, el respeto que esta pieza le merecía á Miguel, aunque su temperamento no fuese demasiadamente respetuoso, según constaba de modo incontestable en la escuela y en otros diversos parajes de la villa.

D. Bernardo dejó á su sobrino arrimado á la mesa de escribir y comenzó á pasear silenciosamente y con las manos atrás. Sopló con fuerza tres ó cuatro veces, desgarró otras tantas, y dijo al fin parándose un instante:

—Miguel, tú tienes uso de razón, ¿no es cierto?

Miguel le miró, abriendo mucho los ojos, sin contestar.

—¿Has cumplido los siete años?—manifestó su tío poniendo el concepto más al alcance del niño.

—Tengo ocho.

—Tanto mejor... En efecto, tu padre se casó diez años después que yo... hace nueve próximamente... Muy niño eres aún para entender ciertas cosas. ¡Muy niño! ¡Muy niño!

Y D. Bernardo contempló con expresión de lástima á su sobrino, que apenas podía posar, estirándose mucho, la barba sobre la mesa, y meditó breves momentos. Después continuó paseando.

—Sin embargo, pienso, Miguel, que harás un esfuerzo para entenderme... ¿Verdad que lo harás?... No es menester que penetres por completo el sentido de mis palabras, porque en edad tan tierna no es posible. Basta con que te hagas cargo de lo que voy á decirte... de lo que tengo encargo de decirte—añadió rectificando.—Has tenido la desgracia de perder á tu madre cuando naciste; de no haberla conocido. Era una

verdadera dama, noble, distinguida, de modales muy finos y que se hacía respetar de todos. En este concepto, nuestra familia nada tuvo que oponer al matrimonio de Fernando, por más que tu madre no fuese rica, que no lo era en verdad. La distinción, los modales, las relaciones compensan muy bien la falta de fortuna. Mercedes estaba relacionada con la mejor sociedad de Madrid y sabía hacer los honores de un salón como la primera. Desgraciadamente para tu padre, falleció al año de estar unidos, cuando el tapicero no había terminado aún de arreglar los dos salones que habían destinado para recibir, cuando aún no se habían repartido todas las papeletas de enlace. Si algo pudo mitigar el dolor de Fernando, fué el testimonio de respeto que en aquella ocasión se apresuró á darle la espuma de la sociedad madrileña. Más de doscientos coches particulares siguieron el entierro de la pobre Mercedes; S. M. mandó el coche de respeto, con los lacayos enlutados: después se recogieron á la puerta más de seiscientas tarjetas de pésame, y á los funerales que por el eterno descanso de su alma se celebraron en San Isidro acudió un sinnúmero de personas de calidad. Yo presidí el duelo de familia, el segundo cabo el de militares y monseñor Giner el de sacerdotes. Sobre este punto no hay más que decir. Todo fué conforme á los usos establecidos y á lo que exigía el decoro de nuestra familia.

D. Bernardo se detuvo para echar una mirada á Miguel, quien al compás que escuchaba á su tío, ó no lo escuchaba (que esto nunca pudo averiguarlo D. Bernardo), daba infinitas vueltas entre los dedos á un vaso griego de barro que servía de prensapapeles. Quitóselo de la mano suavemente, colocólo en su sitio y tornó á recoger con el paseo elhilo de su interrumpido discurso.

—El dolor que tu padre experimentó fué grande, y supo guardar, como quien es, todo el tiempo de su viudez el respeto que debía á la memoria de una dama tan principal como tu madre. Por espacio de dos años, no solamente gastó luto él, sino que lo hizo llevar á toda la servidumbre, al coche y á los caballos. No pisó los salones hasta bien transcurrido el año ni recibió en los suyos más que á los amigos de entera confianza. De este modo se adquiere el respeto y la consideración de la gente. Pero como las cosas no pueden ni deben llevarse al extremo, pasados dos ó tres años, tu padre entró nuevamente en la vida de la sociedad distinguida, donde por su nombre, por su grado en el ejército y por su fortuna tiene derecho á brillar entre los primeros. Entonces empezó á tocar los verdaderos inconvenientes de su estado. En una casa de la importancia de la de Fernando una señora es absolutamente indispensable. Tú no puedes comprender esto, porque eres muy niño, Miguel, ¡muy niño!...

D. Bernardo consideró de nuevo á su sobrino con profunda compasión.

—La presencia de una señora, de una dama, comunica á la casa cierto brillo que ni el nombre ni el dinero por sí solos pueden alcanzar. Tu pobre papá se ha visto privado hace ocho años de dar bailes, comidas, ni un te siquiera...¿Quién había de hacer los honores?...Y vuestra casa es una de las mejores de Madrid, está decorada con mucho gusto, aunque un tanto abandonada de algún tiempo á esta parte. Es lástima y grande que no haya podido aprovecharse hasta ahora el espacioso y elegante salón que tenéis. Además, por lo que he podido observar y han observado también algunas personas de la familia y de fuera, en casa de Fernando reina cierto desconcierto inevitable. Por buena que sea una ama

de llaves, por fieles que sean los criados, no es posible que atiendan como corresponde á todos los pormenores... Tu misma educación, Miguel, anda bastante descuidada al decir de la gente. Me han dicho que juras en casa como un carretero...

Estas últimas palabras las dijo D. Bernardo con más alta entonación y parándose frente á su sobrino. Este sonrió avergonzado; pero al ver que el tío fruncía las cejas, quedóse otra vez serio.

—¡Claro está! un padre por más que se esfuerce no puede conseguir inculcar á sus hijos ciertas reglas de urbanidad, so pena de no perderlos de vista un solo instante. Esto sólo puede hacerlo una señora, una madre... Así que desde largo tiempo vengo aconsejando á mi hermano, y conmigo toda la familia, y no sólo la familia, sino cuantos amigos se interesan por él, que de nuevo tome estado, organice su casa sobre el pie que le corresponde y salve el decoro de la familia... Al fin, cediendo á mis reiteradas súplicas, y repito que no solamente á las mías, sino á las de todos sus parientes y amigos, tu papá ha pensado en dar á su casa una señora y á ti una mamá... Pero entiéndelo bien, Miguel, sólo por las razones antes apuntadas, no por otra alguna, tu padre ha consentido en tomar estado .. ¿Te haces bien el cargo?...

Miguel le miraba y le remiraba con los ojos muy abiertos, sin moverse. Sentía deseos atroces de irse á jugar con su primo Enrique.

—Ahora bien; lo mismo tu padre que yo, que toda la familia, esperamos que con la presencia de tu nueva mamá se opere en tu conducta un cambio favorable; que dejes esos modales, propios de gentuza, no de caballeros; que no pases el día metido en la cocina, escuchando las sandeces de los criados; que no te arrastres

por los suelos como un perro, estropeando los vestidos; que seas, en fin, menos cerril y desvergonzado.

Á Miguel se le figuró que su tío le estaba insultando, por lo que, aprovechando una de sus vueltas, le hizo algunas muecas despreciativas, y, no satisfecho con esto, á otra vuelta una seña harto más grosera que le había enseñado el lacayo, y que á poder verla hubiera dejado absorto al respetable caballero.

—Con eso contamos, Miguel, aparte de otros muchos cambios beneficiosos que en vuestra casa se han de efectuar seguramente, y que tú no tienes edad aún para comprender... Y, nada más por hoy. He cumplido el encargo que tu padre me ha dado, el cual, entre paréntesis, es muy débil contigo... ¡pero muy débil! más de cien veces se lo he dicho... Tú eres un chico que hay que educar *virga fèrrea*, y si no, llegarás á dar muchos disgustos...

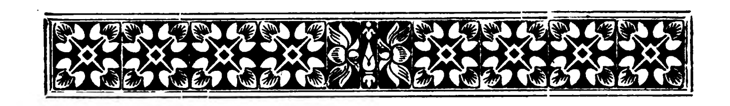
Miguel no entendió el latín, pero calculó bien que aquello debía ser algo como palos ó azotes, y lleno de ira volvió á enseñar los puños á su tío por la espalda.

—Vamos, vete ahora con tus primos, y cuidado con las travesuras—concluyó diciendo D. Bernardo mientras empujaba al niño hacia la puerta.

Era aquel señor alto, seco, aguileño, bajo de color, de edad de cincuenta años, poco más ó menos, pelo ralo y entrecano, cejas espesas, las mejillas cuidadosamente rasuradas, dejando solamente debajo de la nariz un exiguo bigote, que cada día iba siendo más exiguo merced á los trabajos invasores que por entrambos lados llevaba á cabo la navaja. La expresión de su rostro, severa é imponente, á lo cual ayudaban en no pequeña parte aquellas cejas pobladas que el buen caballero había recibido del cielo, y que solía arquear y extender en la conversación de un modo prodigioso; y en mayor

porción todavía cierta manera extraordinaria de hinchar los carrillos y soplar el aire lenta y suavemente, que infundía en el interlocutor respeto y veneración. Había desempeñado algunos cargos de importancia en la administración pública, y había estado á pique una vez de ser nombrado senador ministerial. Éste era el sueño de su vida. Tenía bienes de fortuna, y gozaba mucha consideración entre sus deudos y amigos. Para coronar, no obstante, el edificio de su respetabilidad, que piedra sobre piedra había ido levantando con trabajo durante muchos años, faltaba aquel remate; pero lo alcanzaría, no había quien lo dudase. La familia lo esperaba con afán. Los amigos lo daban como seguro en un plazo más ó menos breve.





II

En el pasillo aguardaba Enrique á su primo Miguel, el cual, así que le vió levantó los brazos, y dando las castañetas hizo tres ó cuatro zapatetas en el aire antes de acercarse á él.

—¿Quieres que bajemos á la cochera hasta la hora de comer?

—¿Y si viene mamá?

Miguel hizo un gesto de desprecio. Enrique vaciló, pero al fin se decidió á abrir con sigilo la puerta y escaparse por la escalera de servicio.

Era Enrique un muchacho que guardaba en aquella época semejanza increíble con los perros ratoneros que hoy gozan prestigio entre las damas. Después se compuso bastante, pero aún es feo hasta donde un hombre de bien puede serlo. Traía por lo común el cabello hecho greñas y aborrascado, las narices llenas de mocos, las manos sucias y el vestido roto y cuajado de

lamparones. Sólo cuando á D.ª Martina, su madre, le venía en mientes sacarlo á paseo ó llevarlo á misa ó de visita á alguna casa se le podía ver. Para esto era necesario que aquella señora le condujese al piso segundo y se encerrase con él en un cuarto que pudiera llamarse de las abluciones. Al cabo de media hora, después de haber sufrido una razonable cantidad de repelones, estirones de orejas y bofetadas, que doña Martina creía indispensable asociar siempre á su tarea, salía el buen Enrique lloroso y suspirando, pero más limpio que una patena. Y hasta otra. En la casa, donde imperaba la pulcritud, se le miraba de mal ojo y era á menudo víctima por su aversión á aquella preciosa cualidad, no sólo de las correcciones paternas, sino de las crueles é impensadas arremetidas de su hermana mayor Eulalia, joven de diez y seis abriles no muy floridos, casta, limpia, hacendosa, diligente, llena, en fin, de virtudes domésticas, el mimo de sus papás y el blanco del odio de Enrique y del primo Miguel.

—Oyes, Miguel—le dijo Enrique en voz baja, mientras descendían cautelosamente por la escalera del patio;—¿para qué te quería papá?

—Para decirme que mi papá va á casarse—respondió Miguel alzando los hombros con indiferencia.

—¿Con quién?

—Con una señora.

—¿Entonces vas á tener mamá pronto?

Miguel no juzgó necesario contestar.

—¿Estás contento?

—¿Á mí qué me importa?

—¿No tienes miedo que haya?... (Enrique hizo seña expresiva de vapuleo.)

Miguel le miró un poco turbado.

—¿Por qué?

—Las mamás pegan siempre más que los papás—afirmó sentenciosamente Enrique.

Miguel calló unos instantes y al fin dijo:

—Si me pegase, le pegaría á ella papá.

Enrique no quiso insistir.

En esto cruzaron el patio y entraron en la cochera. Lo que allí hicieron no es para contado y menos para descrito; un sinnúmero de travesuras, todas en manifiesta oposición con la integridad y aseo de los trajes. Baste decir que á última hora entraron en la cuadra, montaron los caballos, les llenaron los pesebres de paja, les barrieron la porquería, y no satisfechos aún, tomando el cepillo y el rascador, se pusieron á sacarles el polvo (y á echárselo á sí mismos encima). Cuando se fué acercando la hora de comer, estaban ambos que daba asco mirarlos; tanto, que Enrique, quien como ya hemos dicho, no sentía inclinación bien determinada hacia la limpieza, quedó un momento pensativo mirándose y mirando á su primo.

—¿Sabes que estamos muy puercos, Miguel?

Éste asintió con la cabeza, mirándose y mirando á su primo también.

—Si vamos al comedor así, me da mamá una tocata... ¡Recontra qué tocata!

Miguel, con quien no había de ir el asunto, se contentó con sacudirse un poco el polvo.

—Mira, vamos al cuarto de Eulalia, al piso segundo, y allí nos podemos lavar... Yo con estas manos no voy al comedor.

En efecto, las manos de Enrique en aquella sazón no estaban visibles.

Subieron con la misma cautela que habían bajado por la escalera de servicio, echó Enrique una ojeada al gabinete de su madre, y enterándose de que estaba allí

Eulalia, subieron ya sin temor alguno al piso segundo y se posesionaron del cuarto de aquella señorita. Lo primero que hicieron fué echar el pasador á la puerta á fin de que no los sorprendiesen. Después comenzaron á usar y á abusar de los copiosos medios de aseo que allí existían. Sumergieron ambos las manos en la jofaina, que trasvertía de agua clarísima. Apoderáronse de una magnífica pastilla de jabón de almendras, y en pocos minutos, á fuerza de sobarse con ella, la redujeron casi una tercera parte. Tomaron las esponjas, las empaparon en el agua del jarro y se las pasaron repetidas veces por el rostro y la cabeza. No contentos con esto, llevaron sus manos sacrílegas al tarro de la pomada, al frasco del aceite y á los pomos de las esencias, adobándose y perfumándose con todo ello sin duelo alguno. No satisfechos aún, osaron coger la misma borla de los polvos de arroz que servía á la pulcrísima sultana para ocultar ciertas rosetas importunas que la erisipela había hecho nacer en su rostro, y se embadurnaron con ella en medio de groseras carcajadas. Después llevaron todavía su audacia á usar de un frasco de colorete, pintándose los labios, las narices y hasta las orejas, como cerdos inmundos que eran; después tornaron á lavarse con la esponja y á secarse con las inmaculadas toallas colgadas de entrambos lados del tocador. Finalmente, se lavaron los dientes y las muelas esmeradísimamente con los cepillos que para este efecto allí estaban, frotándolos primero en una cajita de polvos dentífricos. Este magnífico y escrupuloso lavatorio del aparato dental, coronó, en opinión de ambos, la obra de aseo que con tan buen éxito habían emprendido, y se decidieron á bajar al comedor. Pero antes de salir, se les ocurrió casualmente que tenían los pantalones cubiertos de polvo y porquería. Vuelta á echar mano de la esponja, por-

que no hallaron cepillos, y á frotarse con ella hasta tapar las manchas. Las botas se hallaban también, y aún más que los pantalones, en estado de merecer, y Miguel acudió solícito con la esponja á limpiarlas; pero Enrique, no encontrando el medio bastante adecuado, entró en la alcoba de su hermana y se las limpió muy bien con la colcha de la cama. ¡Ea! ya están arreglados aquel par de pájaros. Se miran en la luna del armario y dejan escapar un suspiro de satisfacción. Sin embargo, Miguel medita un momento, y dice:

—¡Mira, tú, que si Eulalia viniera ahora!...

—Ya no sube hasta la hora de dormir... ¿No ves que vamos á comer en este momento? Y si viene, ¿qué, recontra? El día que me vuelva á pegar, le doy en las narices con esta badila (aquí Enrique sacó una de bronce que tenía escondida *ad hoc* en el forro de la chaqueta). ¡Ella no tiene por qué pegarme, contra! ¿Es mi madre por si acaso? ¡Ah, recontra; pega porque sabe dar coba á papá! Cuando está mamá delante, ya se guarda ella de tocarme el pelo de la ropa. ¡Y que lo diga! ¡Menudo coscorrón se ha mamado ayer!... Ya me dijo mamá: «No seas tonto, Enrique; el día que te pegue tu hermana, tírale á la cabeza con lo que tengas á mano». Aquí está la badila; ¡que venga, que venga! ¡Vaya, hombre, que ya no se puede sufrir! ¡todo el día pega que te pegarás, como si yo fuese un mulo de artillería!...

—¡Pero chico, si le das con la badila la matas!

—¡Que la mate, recontra! ¿Para qué sirve en el mundo esa puerca? ¡Siempre metiéndose donde no la llaman! ¡Husmeándolo todo! ¡Metiendo las narizotas en las cosas de sus hermanos!... ¡Ya no la aguanto más, recontra!

A pesar de las disposiciones belicosas de Enrique respecto á su hermana, quedóse un instante suspenso y

pálido escuchando pasos en el corredor, lo cual probó á su primo Miguel que aún no le había abandonado enteramente el instinto de conservación. Los pasos se alejaron al fin sin dar el resultado desastroso que fué de temer, y Enrique con voz más sosegada dijo:

—Me parece que ya es hora de comer. Vamos abajo antes que nos llamen.

En efecto, cuando los dos primos llegaron al piso principal, la familia estaba ya en el comedor, que era una pieza espaciosa, amueblada también á la antigua. En el centro una gran mesa de roble tallado cubierta con el mantel y atestada de platos, copas, fruteras y dulceras. Á juzgar por el número de cubiertos, había convidados. Sobre la mesa ardía una lámpara de bronce colgada del techo. Los aparadores casi tocaban en él y eran también de roble tallado; las sillas de roble igualmente; todo de roble. Esta madera dura, maciza y adusta, parecía el símbolo de aquella respetable familia.

Sentado ya á la mesa leyendo un periódico, estaba el dueño de la casa, D. Bernardo Rivera, con la frente espantosamente fruncida, no porque estuviese disgustado, sino porque tal era su costumbre siempre que leía algo. Guardaba frente á los periódicos y los libros la actitud prevenida y hostil del que no quiere ser juguete de sofismas ó frases relumbrantes. D.ª Martina, su esposa, daba vueltas por la estancia, atenta á que nada faltase ni sobrase en la mesa y en los aparadores. Era mujer de unos cuarenta años, de regular estatura, metida en carnes, que no habría sido fea á los veinte, de fisonomía abierta y simpática, pero ordinaria; el talle y la figura más ordinarios aún, porque el vientre le había crecido en los últimos años mucho más de la cuenta y no había corsé que lo sujetase; la voz aguda y desen-

tonada, los ademanes bruscos y el mirar dulce y halagüeño. Vestía traje de terciopelo de color castaño, que en aquella época era el sumo lujo entre las señoras de calidad; mas advertíase que aquel terciopelo no estaba tan bien pegado á sus carnes como era de esperar, dado el aspecto imponente y el concertado gusto y elegancia que reinaban en la casa. Consistía esto (vamos á decirlo en secreto al lector, porque en secreto y al oído se lo decían los amigos de la familia cuando tocaban este asunto), en que D.ª Martina había sido planchadora en sus juveniles años, planchadora de la casa de su esposo, ó por mejor decir, de los padres de su esposo. Cómo D. Bernardo Rivera había descendido tan bajo y D.ª Martina había subido tan alto, no era fácil de explicar en aquel tiempo. Años atrás no habría tal dificultad para los que apreciaban, en su justo valor, las carnes macizas y sonrosadas de la buena señora. Se contaban á este propósito mil anécdotas más ó menos chistosas, que todas redundaban en elogio de ella. Doña Martina había sido, en sus tiempos floridos, una fortaleza inexpugnable. El fuerte de Figueras y la ciudadela de Santoña, eran castillitos de naipes al lado suyo. Sus condiciones de resistencia la habían llevado al término feliz en que hoy la vemos. Verdaderos ó falsos estos dichos maliciosos, el resultado es que D. Bernardo se encontró casado, y fué necesario que su esposa salvase de un golpe la enorme distancia que mediaba entre su humildad y la grandeza y autoridad que habían acompañado al Sr. de Rivera desde sus más tiernos años. ¿La salvó en efecto esta señora? En concepto de D. Bernardo no; y ésta era la espina más dolorosa de su vida, la que le amargaba las muchas satisfacciones que la sociedad le había proporcionado. Sin embargo, hay que convenir en que ella había hecho todo lo que estaba de

su parte. Si no lo había conseguido, acháquese á todo menos á falta de buena voluntad. Y todavía creemos que andaba su esposo algo exagerado en este punto. Porque D.ª Martina supo muy bien, al cabo de pocos años, recibir á los amigos de su esposo con dignidad, ya que no con distinción, y supo también preparar una mesa con elegancia y pasear en carretela por la Castellana sin ir rígida é incómoda en el asiento. Aprendió igualmente á no dormirse en el Teatro Real y á saludar á sus amigas desde lejos abriendo y cerrando repetidas veces la mano; ofrecía la casa bastante bien, aunque siempre con las mismas frases; se enteraba de las últimas modas y se las aplicaba; se echaba polvos de arroz y se pintaba las cejas cuando iba á algún sarao. Por último, aunque con marcado acento español, había llegado á hablar medianamente el francés.

A pesar de todo esto, el Sr. de Rivera no estaba satisfecho. No que lo manifestase neciamente al primero que llegase, pues la circunspección era una de sus cualidades predominantes; pero lo dejaba traslucir á sus íntimos amigos. Hallaba D. Bernardo que su cara esposa reñía demasiado con los criados y á gritos; que sus frases de cortesía eran siempre las mismas y pronunciadas en retahila como una lección; que daba confianza á cualquier amiga y la iniciaba sin reparo en los asuntos domésticos; que no observaba, en fin, con las personas que frecuentaban la casa, aquella dignidad y reserva, aquel sosiego imponente propios de una perfecta señora. Este capítulo de cargos que el Sr. de Rivera tenía guardado contra su esposa, había ocasionado serios disgustos matrimoniales.

Sentada en una butaca trabajando con aguja de marfil en una colcha de estambre estaba Eulalia, cuya fisonomía semejaba notablemente á la de su papá. Era

también larga de cara, aguileña, de cejas pobladas y labios colgantes que expresaban un profundo desprecio á todo lo que abarcaban sus ojos. Como él, tenía fruncida la frente casi siempre, lo cual daba á su rostro una expresión hostil, no muy común por fortuna en las doncellas de sus años. Porque Eulalia estaba en la edad del amor, de las ilusiones, de la ternura, del rubor y la inocencia, por más que ninguna de estas cosas se advirtiesen en ella.

Cuando los dos primitos pisaron el comedor, levantó la cabeza y les clavó una intensa mirada escrutadora, que ellos por tácito acuerdo fingieron no advertir. Mas contra lo que esperaban, en vez de convertirla de nuevo á la labor, siguió cada vez más fija y más escrutadora sobre ellos, hasta el punto de turbarlos. Para evitar su fascinadora influencia se acercaron á los señores que allí había, los cuales les saludaron con palmaditas en el rostro. D.ª Martina, después de dar á Miguel un beso sonoro en la frente, les preguntó que dónde habían estado. Respondió Miguel en voz alta, para que lo oyese Eulalia, que se habían pasado la tarde en el cuarto de Enrique y Carlos jugando con el mapa de rompe-cabezas. Al oir esto Carlos, que tenía un año más que Enrique, se puso hecho un energúmeno, diciendo que si le enredaban otra vez con sus mapas, iba á hacer una en las narices de su hermano y su primo que fuese sonada; pero aquél le tranquilizó enseguida, manifestándole por lo bajo que no habían andado con su rompe-cabezas, sino con los frascos de Eulalia. No sólo se sosegó, sino que tuvo una verdadera satisfacción, porque para odiar á Eulalia estaban todos de acuerdo en la casa, menos su padre y su madre.

Carlitos era el hijo más guapo que tenían los seño-

res de Rivera, y el más aplicado también. Cara redonda y sonrosada, facciones correctas, ojos negros y expresivos y poblados de largas pestañas. Todos sus estudios en la escuela fueron coronados por éxito lisonjero. Diplomas con orla de colores, libros, medallas de metal azogado; hasta una corona de laurel con cintas de seda que hizo llorar y moquear copiosamente á D.ª Martina, cuando de las manos del maestro la vió bajar solemnemente á la cabeza de su hijo. Pero su estudio favorito había sido siempre la Geografía, sobre todo la astronómica. Los globos terráqueos y las esferas armilares que había hecho comprar á su padre, no pueden fácilmente contarse. Mas á pesar de ser un hombre de ciencia, estos artefactos duraban poco tiempo íntegros en sus manos. Consistía en que Carlitos no se limitaba á estudiar la lección como cualquier chico vulgar. La alteza de su pensamiento le arrastraba á escudriñar los secretos topográficos de nuestro planeta. Para ello ideaba grandes vías de comunicación que tenía cuidado de señalar con tinta sobre el globo, atravesando las montañas más altas y salvando mares y lagos por medio de asombrosos puentes que ningún ingeniero del mundo se hubiera atrevido siquiera á imaginar. Muchas veces, sin embargo, la tinta se corría sobre la piel de que estaba revestido y quedaba el globo hecho un asco, y vuelta á comprar otro su papá, para que el fuego de la pasión geográfica no se extinguiese en el niño. Pues tocante á las esferas, pasaba lo propio. Carlitos no consideraba los espacios celestes con el asombro del hombre ignorante ni respetaba debidamente las leyes inmutables que determinan las revoluciones de los astros. Familiarizado con todos sus movimientos de rotación y traslación, formaba cuando se le antojaba nuevos sistemas planetarios, convirtiendo

á un simple satélite, á la luna, verbi y gracia, en estrella fija y haciendo girar á su alrededor á todos los planetas, incluso la tierra. O bien imaginaba nuevos y caprichosos eclipses, poniendo en conjunción astros que jamás se vieran, ni fuera posible, en tal postura. De todo lo cual resultaba á menudo que cuando más embebecido en su obra estaba Carlitos, hacía el aparato ¡crac! saltaban algunas de las piezas más importantes, dislocábanse con esto otras cuantas, y la bóveda celeste padecía un completo trastorno, como si fuese llegado el día del juicio final. Pero como Carlitos manifestaba vocación tan decidida para Gran Arquitecto del Universo y su papá no quería de modo alguno contrariársela, al día siguiente ya tenía otra esfera en que proseguir sus experiencias astronómicas.

Enrique había conseguido sosegar á su hermano. No de la misma suerte á Eulalia, quien, después de alzar muchas veces la cabeza y tragárselo á miradas, se resolvió á levantarse de la butaca y acercarse disimuladamente á él y á su primito. Con gran disimulo también puso la nariz sobre la cabeza de ambos, y cerciorándose de que despedían un tufo aromático muy marcado, salió repentina y apresuradamente de la estancia. Enrique y Miguel se miraron consternados; mas sacando fuerzas de flaqueza, se acercaron á Vicente, el primero de los hijos varones del Sr. de Rivera, y se pusieron á examinar atentamente la cadena de reloj que recientemente le había comprado su papá.

Tenía Vicente tres años más que Carlos; esto es, trece; pero semejaba tener diez y seis por la estatura, y treinta por su extraordinaria gravedad. Era un muchacho de rostro largo y amarillo, seco de carnes y anguloso, mirada fija y opaca, cabeza erguida y ademanes reposados, de hombre ya maduro. No era tan aplicado

ni tenía las felices disposiciones de su hermano para las ciencias y las artes; mas en cambio poseía una elegancia y una distinción de modales, que tenía completamente subyugado á D. Bernardo. Hablaba muy poco; no jugaba nunca. Sus placeres consistían en salir de paseo con su papá y otros señores mayores, y que así le viesen sus amigos y compañeros de Instituto. Preocupábale la indumentaria muy más de la cuenta, al decir de su mamá, que le miraba por esto con alguna ojeriza. No había sastre que le hiciese bien la ropa, ni planchadora que le diese gusto. Con tal motivo, siempre que estrenaba un traje ó unas botas ó se ponía camisa limpia, armaba una gritería que se oía en toda la casa. Verdad que éstos eran los únicos momentos en que daba cuenta de sí y mostraba algún arranque, porque todo lo demás de este mundo parecía tenerle sin cuidado. Pero de todos modos, era un posma que molestaba mucho; y lo que decía D.ª Martina con muchísima razón:—Si este niño es tan impertinente ahora para la ropa, ¡qué hará cuando tenga veinte años! En efecto; cuando tuvo veinte años, no había quien lo aguantase. Hay que decir que D. Bernardo no participaba de la ojeriza de su esposa hacia Vicente; antes consideraba aquella pulcritud como una preciosa cualidad, que le recordaba las que le adornaban á él en su infancia. Regalábale á menudo, unas veces con un bastón, otras con un alfiler de corbata, otras con alguna sortija de poco precio, y el día que cumplió los trece años le compró reloj de plata con cadena de *doublé*. Este regalo había puesto frenéticos lo mismo á Enrique que al Gran Arquitecto, los cuales venían ya muy agriados por las preferencias injustificadas de su señor padre. Así que tan pronto como tuvieron noticia de la injuria que se les hacía, armaron un formidable pronunciamiento, que,

por fortuna, hubo de sofocarse pronto, gracias á una ballena larga y bastantemente gruesa que D.ª Martina poseía para los casos difíciles. Después de todo, don Bernardo tenía razón en no entregar á sus hijos menores ningún objeto delicado, porque hubiera durado poco en sus manos. En las del mayor duraba todo eternidades. Cuando para disimular mejor el miedo se fueron aquellos á jugar con su cadena, no pudo reprimir la indignación y les advirtió con un manotazo de que aquello era de «mírame y no me toques», y para evitar más conflictos, se levantó de la silla y se puso á dar vueltas por la estancia, sin perder un átomo de su ingénita gravedad.

Además de Miguel, que comía todos los domingos en casa de su tío, había otros dos señores convidados, los cuales conversaban en un rincón. Á juzgar por la confianza que D. Bernardo y su señora hacían de ellos, dejándolos solos, debían de ser amigos íntimos de la casa. El uno era un gigante, sin pecar de exagerados al decirlo. En todo Madrid no se hallarían seguramente dos hombres que le aventajasen en estatura. Llamábase D. Pablo Bembo, pero nadie le conocía sino por el coronel Bembo, porque lo era, hacía ya bastantes años, de caballería. Las facciones de su rostro abultadas, talladas en colosal, como la figura; la voz tan áspera y gruesa que daba miedo. Por fortuna hablaba poco. Gastaba patillas, entrecanas ya, unidas al bigote á la moda de algunos años atrás. Las manos y los pies eran cosa de ver. No había hallado hormas para los zapatos en ninguna parte; por lo que siempre que viajaba llevaba en el baúl unas que había mandado hacerse á la medida. Pasaba por hombre rico, á quien el sueldo no importaba nada, y estaba casi siempre de reemplazo para vivir en la corte á su gusto. Sus modales torpes y

bruscos como los de un elefante, la palabra estropajosa, la inteligencia tarda y oscura al parecer. Sin embargo, después de tratarle se comprendía que era más socarrón que lerdo. Rara vez miraba de frente á la persona con quien hablase.

El otro era un caballero de mediana estatura y edad, delgado, pálido, ojos hermosos, de mirar suave y humilde, cara rasurada enteramente, á semejanza de los clérigos y comediantes; frente espaciosa, aumentada por una calva brillante, y modales tímidos. Se llamaba D. Facundo Hojeda y era el amigo íntimo y el adlátere eterno del Sr. de Rivera. No se concebía á D. Bernardo paseando por el Retiro ó el Prado sin llevar á su izquierda á D. Facundo. Éste le daba siempre la derecha ó le dejaba la acera según los casos, reconociendo la inmensa superioridad de aquél. Tal superioridad se había mostrado ya desde la infancia, cuando ambos asistían á la escuela. No que D. Bernardo fuese un discípulo más aventajado, pues aunque los dos gozaran opinión de aplicados, todavía Hojeda le sacaba alguna ventaja en estudiar con ahinco las leciones y escribir las cuentas con limpieza; pero D. Bernardo, toda su vida había tenido un nosequé de alto y superior, que infundía respeto. Esta superioridad se fué señalando cada vez más con el trascurso del tiempo. Los caminos que los dos amigos tomaron contribuyeron poderosamente á ello. Mientras D. Bernardo, por virtud de la riqueza heredada de sus padres, comenzó desde muy joven á figurar en la sociedad madrileña y á ser un factor indispensable en los salones y teatros, Hojeda veíase necesitado á seguir la modesta carrera de farmacéutico y á abrir botica, una vez terminada, en la calle de Fuencarral. Aunque su amistad, merced á estas circunstancias, parecía bastante dispuesta á entibiarse por

lo que tocaba á la parte de D. Bernardo, los esfuerzos de Hojeda no lo consintieron. Todos los momentos que la farmacia le dejaba libre, aprovechábalos para correr á casa de su amigo y prestarle cualquier servicio que estuviese á su alcance. Era tan bueno, tan cariñosote, tan respetuoso, que á pesar de la distancia que los separaba y que el boticario se complacía en reconocer, D. Bernardo condescendió magnánimemente á tratarle, á dejar que le acompañase en el paseo y hasta á dar alguna que otra vez una vuelta por la botica y jugar allí un tresillo. No es posible figurarse la profunda gratitud que el bueno de Hojeda guardaba á su amigo por estas mercedes. Había permanecido célibe, y gracias á sus economías, consiguió formar en algunos años un capitalito, cuyas rentas debían ir acumulándose á él, porque lo mismo gastaba hoy que el día en que abrió al público su farmacia. No podían ser más sencillas sus costumbres. Habitaba un cuartito bajo detrás de la tienda en compañía del mancebo y una cocinera vieja que arreglaba sus fugaces refacciones. Dos ó tres veces por semana comía en casa de Rivera, y una que otra se autorizaba el lujo de entrar en un *restaurant* y engullirse un cubierto de diez reales. Nunca iba al teatro, pero tenía dos pasiones decididas, los toros y los sermones, las cuales procuraba ocultar porque entendía que la primera era una flaqueza, y dejar ver la segunda acusaba vanidad ó jactancia. De nada huía D. Facundo como de esto último. Jamás le había oído nadie vanagloriarse de cosa alguna ni hablar siquiera de sus asuntos, con tal que de la conversación resultase él en buen lugar por cualquier concepto. Su reserva era proverbial en casa de Rivera y en las demás que frecuentaba, que no eran muchas. Esta cualidad, en vez de respeto, inspiraba risa á sus amigos, los cuales se complacían

en mortificarle haciéndole preguntas referentes á su vida y negocios, y hasta le espiaban los pasos para decir después en plena tertulia lo que había hecho, dónde había entrado, con quién le habían visto hablar, etc. Lo que esto molestaba á Hojeda no es decible. Al principio se turbaba y le venían los colores á la cara. Más adelante, cuando advirtió que era broma, se negaba á responder al impertinente, limitándose á alzar los hombros en señal de resignación ó á mascullar alguna frase de disgusto. Por lo demás, su candor rayaba en lo inverosímil. Cualquier disparate, por grande que fuese, con tal que se lo dijesen en serio, lo creía. No le entraba en la cabeza que una persona de años y de carácter se atreviese á decir delante de gente una patraña por sólo el placer de embromar á un amigo. Sin embargo, tanto abusaron de las mentiras con él, que andando el tiempo llegó á no creer siquiera las verdades, ó por mejor decir, éstas eran las que se le atravesaban con más frecuencia.





III

A comer, á comer—dijo D.ª Martina.

Y en el mismo instante un criado apareció con la humeante sopera entre las manos.

D. Bernardo se levantó para ofrecer el asiento al coronel Bembo; pero éste, conociendo las costumbres de la casa, se guardó bien de aceptarlo. Si el anfitrión hubiera cambiado de sitio, quizá no le sentase tan bien la comida. Ocupó un puesto á su derecha. Sentáronse Vicente, Carlos y Miguel en las sillas que D.ª Martina les fué designando, mientras Hojeda aguardaba en pie á que todos estuviesen colocados para acomodarse.

Faltaba Eulalia.

—¿Dónde está Eulalia?—preguntó su madre.

El criado manifestó que la había visto hacía un instante subir á su cuarto. Enrique y Miguel se miraron y sonrieron como cazurros; pero estaban un poco pálidos.

—Á ver—dijo D.ª Martina al criado,—suba usted

al cuarto de la señorita y dígale que ya estamos á la mesa.

No hubo necesidad. En aquel momento apareció Eulalia, toda sofocada, con los ojos llorosos y una jofaina entre las manos.

—¿Qué es eso?—preguntó D.ª Martina con sorpresa.

—¡Mamá, no sabes lo que han hecho en mi cuarto esos chicos!—profirió Eulalia con trabajo y dispuesta á sollozar.—¡Todo lo han revuelto y estropeado!... ¡Los polvos de los dientes llenos de agua!... ¡Los frascos de esencia abiertos y menos de mediados!... ¡El jabón hecho una pringue!... ¡Los cepillos de dientes por el suelo!... ¡La esponja llena de porquería!... ¡La colcha de mi cama manchada de betún! Y la toalla ¡mira cómo la han dejado!...

Y exhibió á los circunstantes con una mano la toalla, donde estaban señalados como carbón los dedazos asquerosos de su primo y hermano, y con la otra, la jofaina, conteniendo un licor negro y espeso, que al moverse la dejaba teñida.

—Pero ¿quién ha hecho eso?—preguntó D.ª Martina.

—Enrique y Miguel.

—¡Se habrá visto niño más cerdo!—exclamó, dando la vuelta á la mesa para acercarse al primero.

Y luego que se hubo acercado le arrimó un par de bofetadas que se oyeron en la cocina y sobre éste otro par y otro después, y así sucesivamente hasta que don Bernardo exclamó en voz alta é imperiosa:

—¡Mujer!

D.ª Martina suspendió la corrección y volvió los ojos á su esposo con sorpresa.

—Observa—dijo éste bajando la voz y señalando al coronel—que hay personas delante...

—Dispénseme usted, coronel—manifestó la señora,



sofocada aún por la ira;—pero no lo puedo remediar... ¡Este hijo con sus cochinerías me quita la vida!

El hijo en tanto daba tales gritos, que no diré en la cocina, sino en toda la vecindad debieran oirse perfectamente.

Se había levantado de la silla, y en el colmo del furor pegaba allá en un rincón patadas horrendas en el suelo.

—¡Contra! ¡recontra! ¡me c... en diez!... ¡Por esa cochina!... ¡por esa sinvergüenza!... ¡por esa aduladora!

—¡Chis! ¡chis!... ¡Silencio, niño!—dijo D. Bernardo, frunciendo aún más la frente, lo cual, en verdad, parecía imposible.

—Vamos, Enrique—exclamó D.ª Martina, procurando reprimirse.

—¿Y por qué no le pegan á Miguel, que hizo más que yo, recontra?—gritó con furor.

—¡Vamos, Enrique!—volvió á exclamar D.ª Martina.—¡Tengamos la fiesta en paz!

Y acercándose á él y metiéndole la voz por el oído, comenzó á decirle:

—¿No comprendes, mentecato, que Miguel no es hijo mío?... Si lo fuese le pegaría como á ti... Pero eres tú mayor que él y estás en tu casa... Debieras dar ejemplo... ¡Á quién se le ocurren sino á ti esas cosas, majadero!... Eres capaz tú solo de revolver esta casa y todas las de Madrid... ¿Es eso lo que te enseña el profesor en el colegio? ¿Dí, gaznápiro, dí?

Le tenía cogido por un brazo, y cada una de estas frases iba acompañada de una fuerte sacudida. Cuando hubo concluído su filípica le dejó llorando en el rincón y se fué detrás de Eulalia, que se había subido de nuevo al cuarto para cerciorarse del número y de la clase de estragos allí ejecutados.

Mientras tanto, D. Bernardo, de malísimo talante, no tanto por la travesura de su hijo como por las *incorrecciones* de su esposa, sirvió la sopa á todos los comensales, llenando también el plato de aquélla y el de su hija ausente. Al llegar al de Enrique dijo en tono perentorio:

—Niño, ven á sentarte á la mesa.

Pero Enrique se hizo el sueco y siguió gimiendo y pataleando á ratos.

—¡Niño! – gritó D. Bernardo con voz estentórea.— ¡Ven ahora mismo á sentarte á la mesa!

El muchacho levantó la cabeza atemorizado y mirando á su padre que tenía los ojos clavados en él con terrible expresión de cólera, comenzó á caminar á regañadientes y como arrastrado hacia la mesa. Y acaso hubiera llegado á ella sin novedad si en aquel momento no viese aparecer por la puerta á la causante de los bofetones, á Eulalia, que entraba en el comedor seguida de su mamá. Verla y sentirse poseído de insano furor fué todo uno.

—¡Indecente! ¡por ti me han pegado! ¡Ya me las pagarás todas juntas, recontra!... ¡Te he de romper esas narizotas de trompeta! ¡Cobera!... ¡Fea!... ¡Feota!... ¡Chula!...

Al oirse insultar de este modo, Eulalia no pudo contenerse y se arrojó como una fiera sobre su hermano, dándole tal estirón de pelos, que el berrido de Enrique, al sentirlo, hizo levantarse asustados á los presentes. D.ª Martina, que á pesar de sus travesuras tenía pasión decidida por aquél y que ya estaba medio arrepentida de haberle castigado, se indignó muchísimo.

—¡Oyes, mentecata! ¿quién eres tú para pegar á tu hermano? ¿No estamos aquí tu padre y yo para eso? ¡Aguarda, aguarda un poco, que yo te bajaré los humillos!...

Y se dirigió á su hija con la mano levantada. Esta circunspecta joven lo hubiera pasado mal á no ponerse en salvo corriendo en torno de la mesa. D.ª Martina no pudo atraparla. Al mismo tiempo, lo mismo Hojeda que el coronel, procuraron poner paz.

D. Bernardo estaba tan irritado con las tosquedades de su esposa, que no pudo decir ni hacer nada. Siguió sentado con los ojos clavados en el plato mientras un enjambre de pensamientos sombríos y melancólicos relacionados con su desigual matrimonio, le bullía en la cabeza.

Finalmente, fuéronse calmando poco á poco los ánimos que estaban irritados. D.ª Martina dejó de perseguir á su hija y se sentó á la mesa, aunque murmurando amenazas. Aquélla también se sentó mirando recelosa á su madre. D. Bernardo, haciendo un prodigioso esfuerzo de diplomacia para sobreponerse á su justo desabrimiento, entabló conversación con el coronel. El único que pagó los vidrios rotos fué el mísero Enrique. La autoridad del padre y de la madre, de común acuerdo, decidieron que se quedara sin comer, ¡por insolente! Mas, como sucede siempre que en España se castiga á un criminal, no faltaron influencias en seguida para que la sentencia se casara. Los ruegos de Hojeda y el coronel lograron al fin que la pena se redujera solamente á la privación del postre. Y el buen Enrique (á quien hay que agradecer por lo menos el que en medio de su cólera rabiosa no sacase la badila homicida que tenía en el forro de la chaqueta) vino á sentarse á la mesa con las mejillas coloradas de los cachetes, los ojos y las narices húmedas y los pelos caídos por la frente. Estaba tan horroroso, que su primo Miguel, compadeciéndole muy de veras, sintió unos deseos atroces de reir; los cuales, como es natural, trató de contener por

cuantos medios estuvieron á su alcance, mordiéndose los labios, mirando hacia otro sitio, etc., etc. Pero quiso su mala suerte que Enrique vino á entender, por la contracción del rostro sin duda, las ganas que le retozaban por el cuerpo, y con tal motivo empezó á lanzarle unas miradas feroces, envenenadas. Entonces Miguel ya no fué dueño de sí, y de improviso, en un momento de silencio, soltó el trapo de la risa, y con él á chorretazos por boca y narices la cucharada de sopa que acababa de tragar. Todos los rostros se volvieron con asombro.

—¿De qué te ríes, Miguel?—le preguntó su tía.

—¡De mí, recontra, de mí!—gritó Enrique desesperado.

—¡Vamos, silencio!—le dijo D.ª Martina encarándose severamente con él.—¿Tienes ganas de llevarlas otra vez? Miguel no se ríe de ti... ¿Por qué se ha de reir, tontuelo?...

—Porque sí... yo bien lo sé... ¡Porque es un hipócrita!...

—¡Silencio, te digo... y á comer!

Miguel se había puesto muy serio, comprendiendo que había cometido una grosería, y que se la disimulaban por ser convidado. Durante un rato largo pudo conseguir reprimirse, haciendo para ello titánicos esfuerzos. Enrique tenía fijos en él sus ojazos saltones cargados de ira, adivinando perfectamente lo que le andaba por dentro. Si levantaba la vista y veía aquel rostro mocoso, más feo aún por la cólera, estaba perdído. Por eso no la movía un instante del plato, devorando el cocido que su tía le había servido, sin mascar los bocados. Llegó un instante, sin embargo, en que por casualidad ó por atracción magnética se encontraron sus ojos. Y ya no pudo más. Otro flujo de risa: los

garbanzos esparcidos por la mesa: los rostros de los comensales vueltos de nuevo hacia él. Pero esta vez había más severidad que asombro pintada en ellos, mayormente en el de su tío.

—¿Qué es eso, Miguel?—le dijo con aparente calma.—¿Por qué estamos tan risueños?

Miguel se puso muy colorado y no contestó.

—¿Te ríes acaso porque han castigado á tu primo por faltas que los dos habéis cometido?... No está bien eso, Miguel, no está bien eso... Debieras ser un poco más generoso... Si á ti no te han pegado, no es porque no lo merecieses, bien lo sabes, sino porque tu tía no tiene autoridad para hacerlo. Pero afortunadamente para todos y para ti también—añadió mirando al coronel con sonrisa maliciosa,—no faltará dentro de poco tiempo quien la tenga y ponga las cosas en orden, que buena falta está haciendo. Entonces, amiguito, quizá le toque á Enrique reirse de ti, aunque tampoco haría bien... La buena educación y la moral cristiana prohiben reirse de los males del prójimo...

Miguel, que se había ido poniendo cada vez más colorado, al llegar á este punto rompió á llorar y se echó de bruces sobre la mesa. D. Bernardo sonrió satisfecho del triunfo obtenido por su oratoria. D.ª Martina acudió inmediatamente á consolar al niño.

—Vamos, Miguelito, no llores, tonto... Si tu tío te quiere mucho... No tomes á mal lo que te dice... Si él... Tú eres un buen chico, ya lo sé y lo saben todos... Eres incapaz de reirte de Enrique porque le hayan pegado... ¿Verdad que no te ríes de eso?

Miguel se abstuvo de hablar porque no quería mentir ni tampoco llamar feo á su primo. Siguió todavía algunos momentos con las narices metidas por el mantel como en son de protesta contra las reticencias mal-

intencionadas de su tío. Al fin, vencido de los ruegos y los halagos de la tía, levantó la cabeza. Aquélla se apresuró á secarle las lágrimas y los mocos con su propio pañuelo. Tomó otra vez el tenedor y siguió comiendo.

La conversación giró en seguida, por iniciativa del mismo D. Bernardo, sobre la necesidad absoluta que tenía su hermano de llevar á casa una señora, opinión que ya le oímos emitir no hace mucho tiempo.

—Si mi hermano se empeña en permanecer viudo, mucho más valdría que se deshiciese de los muebles y se fuese á vivir á una fonda...

Hay que advertir que D. Bernardo consideraba lo de vivir en fonda punto menos que una deshonra. Por no pisar estos establecimientos vulgares, donde las personas se confunden ridículamente en torno de la mesa redonda, procuraba tener siempre en las poblaciones que visitaba una casa de respeto (así la llamaba) donde no hubiera más huéspedes que él. De este modo se comprenderá fácilmente la inflexión desdeñosa que dió á la palabra fonda cuando pasó por sus labios.

—No sé si usted habrá observado, D. Pablo—siguió dirigiéndose al coronel (á Hojeda rara vez le concedía este honor),—qué desbarajuste hay en casa de Fernando... Rara vez se encuentra una cosa en su sitio; el polvo anda esparcido por los muebles; los criados por donde les parece. A mí me ha pasado más de una vez ir á ella y no haber uno para quitarme el abrigo. ¡Si le dijese á usted, coronel, que en cierta ocasión mi hermano fué á mudarse de camisa, y no pudo, porque no había ninguna planchada!

—¡Hum!—gruñó el gigante en señal de admiración, pero sin apartar los sentidos del *roast-beef* que tenía delante.

—¡Qué horror!—exclamó D.ª Martina, como siempre que se hablaba de este suceso inaudito. Ya sabemos que su fuerte era la plancha.

—¡Vea usted, vea usted cómo come su hijo!... ¡soltando la carne ya mascada en el plato!

Miguel se puso colorado otra vez hasta las orejas.

—¡Vamos, Bernardo, déjale ya!—manifestó su esposa; y dirigiéndose después al coronel:—Aprenda usted, amigo Bembo; las mujeres hacen más falta en las casas de lo que á usted se le figura.

—No lo dudo, no lo dudo—murmuró el gigante sin apartar los ojos del plato.

—Y si no lo duda usted, picaronazo, ¿por qué no sigue usted el ejemplo de mi cuñado?

—Señora, no me siento aún preparado.

D.ª Martina soltó una carcajada estrepitosa, burda, que hizo arquear levemente las cejas á D. Bernardo.

—No lo estará usted nunca, si Dios no pone en ello la mano, ¡que ojalá la ponga pronto!

—Esa felicidad, primero le ha de tocar á D. Facundo que á mí—murmuró con voz cavernosa.

Hojeda levantó la cabeza turbado. Pocas cosas le molestaban tanto como verse aludido en este asunto de mujeres. Por eso el socarrón del coronel lo hacía siempre que hallaba oportunidad.

—¡Yo!... Coronel... Ruego á usted... El matrimonio...

—¡A buena parte va usted, amigo Bembo!... Hojeda es un egoistazo... Más de veinte veces le he querido casar, y siempre ha dado calabazas á la novia.

—Permítame usted, Martinita—se apresuró á decir D. Facundo,—yo no he dado calabazas á nadie... Estas son cosas muy graves, Martinita...

—Hojeda no se casa—prosiguió la señora—por no abandonar su vida de solterón egoísta. ¿Quién le quita

á él de dar su paseíto por la mañana en el Retiro, su sermoncito por la tarde en las Calatravas ó en la Encarnación, sus toros ó novillos los domingos, etc., etc.?

— Sepamos lo que está comprendido en esas etcéteras, D. Facundo—manifestó el coronel.

Hojeda le miró con ira, y no contestó.

—Pero usted es otra cosa, coronel; usted es un hombre de mundo, menos arregladito que Hojeda, y puede hacer feliz á cualquier muchacha.

—Ya lo oye usted, D. Facundo—dijo el coronel.—Los hombres arregladitos no pueden hacer felices á las muchachas.

—No, hombre, no; no quiero decir eso—manifestó D.ª Martina riendo.

Pero en aquel instante entraron en el comedor dos nuevos tertulios y se suspendió la conversación. Ninguno de los dos llegaría á veinticinco años. Estrecharon la mano con gran confianza á los señores y besaron á los niños, lo cual demostraba su amistad con la familia de Rivera. El uno era delgado, pálido, ojos pequeños, bastante feo todo él, aunque vestido con gran pulcritud y elegancia: se llamaba Juan Romillo, hijo de un rico camisero de la calle del Príncipe. Su padre le había destinado al foro, en el cual no había hecho grandes adelantos: en cambio desde muy niño había despuntado en el arte de vestirse y en el conocimiento pleno, absoluto, de cuantas noticias verdaderas ó falsas corrían por la villa. En las casas donde él entraba no se leían los diarios noticieros, porque eran inútiles: á esto se reducía su ciencia y sus partes. El otro era un guapo chico, rubio, sonrosado, de barba rala é incipiente, ojos azules y húmedos, los labios siempre plegados con sonrisa tierna y humilde, los ademanes respetuosos sin ser encogidos. Había nacido en Cuba de una familia opu-

lenta, que después se arruinó en el juego de Bolsa al establecerse en España. Era abogado también, como su amigo y condiscípulo Romillo, pero mucho más estudioso y aprovechado. Era necesario, pues Romillo tenía en perspectiva una fortuna considerable, mientras él solamente la que adquiriese con su trabajo. Figuraba en la Academia de Jurisprudencia como orador de esperanzas, y había fundado en compañía de otros una sociedad para la abolición de la esclavitud, y otra para abolir las quintas y matrículas de mar. En estos asuntos de interés humanitario mostraba Valle (Arturo del Valle era su nombre) una actividad y un interés tan laudables como prodigiosos. El número de asambleas, ó *meetings*, como se decía en los periódicos, y de banquetes que por su iniciativa se habían promovido, era incalculable. El de artículos y folletos que había escrito en apoyo de sus ideas generosas, tampoco podía apreciarse con exactitud. En estos folletos solía venir debajo del título, á modo de sello, un pésimo grabado representando un negrito de rodillas y aherrojado con las manos levantadas al cielo. En los banquetes figuraba también otro negrito, pero de carne y hueso. A los postres de estos festines humanitarios rara vez dejaba Valle de levantarse, diciendo en voz alta y solemne:

—Se me dise, señore, que ahí afuera hay un hombre de coló que desea fraternisá con nosotros. ¿Tenéis inconveniente en que esta víctima de la injustisia sosial entre á saludaros?

—¡Que entre, que entre ahora mismo!—gritaba la asamblea como un solo hombre, presa de entusiasmo abolicionista.

Entonces Valle abría la puerta y sacaba de la mano al negrito, el cual se dejaba abrazar de todos los co-

mensales entre vítores y aplausos. Y después se emborrachaba como cualquier blanco, y aun mejor algunas veces. Este personaje oportuno, que llegaba siempre por casualidad al final de los banquetes abolicionistas, andando el tiempo llegó á ser conocido en Madrid. La gente solía decir cuando pasaba por la calle: «Ahí va el negrito de Valle».

Las ideas políticas de éste, aunque muy democráticas, estaban templadas por aquella eterna y dulce y amable sonrisa de que hemos hecho mención. Esta sonrisa era el mejor salvoconducto para entrar y ser bien acogido en todos los salones de la corte. Gracias á ella, D. Bernardo Rivera, que no tenía pizca de demócrata ni abolicionista, se dignaba otorgarle su amistad protectora:—«Es un muchacho excelente—solía decir,—salvo sus ideas...; pero ya las irá modificando con el tiempo». Con aquella sonrisa, beneficiada con acierto, se podía hacer gran carrera.

Los dos pollos (como D.ª Martina los llamaba) fueron saludados con efusión por los presentes. D. Bernardo les entregó generosamente su mano, aunque sin perder un punto la gravedad que tan bien le sentaba. Al instante se entabló una conversación animadísima acerca de los asuntos que entonces embargaban la atención de la corte. Uno de ellos era la llegada reciente del célebre tenor Mario. Romillo lo esclareció de un modo notabilísimo. Entre otros datos importantes, hizo saber que Mario había dado orden á Lhardy, el pastelero de la Carrera de San Jerónimo, de que no vendiese más botellas de *champagne*, pues probablemente necesitaría él las existencias que hubiese.

—¡Ave María purísima! Pero ¿se las va á beber todas?—exclamó cándidamente Hojeda.

—Sí señor—repuso gravemente Romillo.—Se bebe

por término medio una docena de botellas todos los días.

—¡No haga usted caso, hombre!—exclamó D.ª Martina riendo.—Este Romillo siempre tiene ganas de bromas. Se las beberán entre él y sus amigachos.

Estaban á los postres. Romillo y Valle fueron invitados á tomar café y se sentaron á la mesa. Después del tenor Mario, versó la plática sobre los fusilamientos de algunos sargentos que se habían sublevado. Romillo dió acerca de este punto pormenores no menos interesantes. Uno de los reos no había quedado muerto en el acto; se levantó pidiendo misericordia. El confesor trató de interponerse entre él y los cañones de los fusiles; pero el General que mandaba las tropas acudió, y alzando la espada lleno de cólera, le dijo:

—¡Padre cura, á su puesto, ó le fusilo á usted en el acto!

—¡Qué horror!—exclamó Valle, poniendo los ojos en blanco y posándolos después blandamente sobre Eulalia.

—En efecto—dijo D. Bernardo,—es muy triste todo eso, pero de absoluta necesidad. ¿Dónde iríamos á parar si no se castigase con mano fuerte la rebelión?

—Que se castigue de otro modo, señó; la pena de muerte debe ser proscrita de los códigos.

—No vayamos á las declamaciones, amigo Valle. La pena de muerte debe subsistir mientras haya criminales que la merezcan. Usted es muy joven, querido, y tiene las ideas generosas, pero irreflexivas, propias de la juventud. Cuando usted haya vivido más, verá que no puede gobernarse con el corazón, sino con la inteligencia.

—Tal vez sea lo que usté dise... pero yo no lo puedo remediá... ¡me causan horró todas las penas corporale!

Al pronunciar estas palabras sus labios estaban contraídos por una sonrisa de inefable dulzura, mientras sus ojos seguían mirando á la primogénita de Rivera.

D. Bernardo todavía se dignó contradecir otras cuantas veces al joven abolicionista, favor que éste supo apreciar en lo que valía, procurando dar á sus argumentos un sesgo sentimental que no molestase poco ni mucho al respetable prohombre. Dejábase acorralar algunas veces, otras se escapaba por medio de un sofisma evidente, otras se confesaba vencido, aunque persistiendo en sus creencias.

—Sus rasone son poderosa, no tienen vuelta de hoja, lo comprendo perfectamente; pero no puedo juzgá á la humanidad tan mal; sigo creyendo que lo medio suave son preferible.

La discusión de esta suerte era sabrosa para D. Bernardo, y nada perdía con ello el joven cubano. Doña Martina le contemplaba con admiración y simpatía, participando de sus opiniones caritativas. Eulalia le escuchaba sin disgusto, que era lo mejor que podía esperarse de esta severa doncella.

Al fin Romillo llamó la atención de todos, sacando del bolsillo del gabán un lindo artefacto, que según dijo le acababan de enviar de París. Era un estereoscopio de nuevo sistema. De otro bolsillo sacó una colección de vistas, iluminadas unas, otras sin luz, representando los paisajes y monumentos más notables del universo. En torno de él se agruparon inmediatamente todos, exceptuando el jefe de la familia, á quien no podían interesar tales bagatelas, y Romillo fué colocando las vistas y mostrándoselas, explicando previamente lo que significaban.

—Alrededores de Nápoles... Ahí tienen ustedes el Vesubio á un lado... El golfo debajo...

—¡Hermoso país!—exclamó D. Facundo, que después de los niños, y acaso antes, era el que con más afán ponía los ojos en los cristales.—Hombre, qué ganas tango yo de hacer un viaje por Italia.

—Pues á ello.

—¡Si no se gastase tanto!

—Pero, hombre de Dios, ¿para quién quiere usted ese gatazo que tiene en casa? ¿No es mejor que se divierta por cuenta de los herederos?—dijo D.ª Martina.

—Mi gato está más flaco de lo que usted piensa, Martinita.

—La torre inclinada de Pisa.

—¡Vaya una cosa rara y sorprendente!—exclamó el coronel.—Yo no sé cómo ha podido construirse esa torre

—Haciendo que la vertical que pasa por el centro de gravedad caiga dentro de la base—manifestó Carlitos, que había estudiado su poquito de física en el colegio.

—Muy bien, chico, muy bien—repuso el coronel mirándole.—Eres ya un sabio.

Carlitos se puso colorado de gusto. Pero Enrique, que estaba detrás, se indignó con aquella prueba de sabiduría que acababa de dar su hermano, y le dijo al oído:

—¡Farol! ¿Ya has metido la cuharada? ¡Farol de retreta!

El Gran Arquitecto, que tenía mucho puntillo y no estaba avezado á sufrir injurias tan manifiestas, le alumbró por toda contestación una soberana morrada en las narices. Pero Enrique, que conocía adónde llegaban las fuerzas de su erudito hermano, sin proferir una queja, se arrojó sobre él como un león, y le hubiera despedazado á no intervenir muy oportunamente en la contienda D.ª Martina.

—Envía esos niños á la cama—ordenó D. Bernardo.

—Ahora, ahora; en cuando lleven á Miguel á su casa—repuso la señora.—Estoy esperando que el criado concluya de comer.

—El puerto de la Habana—dijo Romillo poniendo el estereoscopio delante al coronel.

—Su país de usted—dijo Eulalia á Valle, con un amago de sonrisa.

—¿Tiene usted deseos de ver su tierra?—preguntó D.ª Martina.

—¡Y cómo no, señora!—respondió el cubano poniendo otra vez los ojos en blanco y con afluencia admirable.—¿No he de tener deseo de ver á mi paí, lo sitio donde se han deslisado lo año de mi infansia? ¿No he de tener grabado en mi corasón aquello paraje tan delisioso, aquella naturalesa espléndida? ¿No he de apetesé encontrarme otra ves en medio de aquella selva vírgene, bajo un sielo siempre asul, y bebé el agua del coco y comé la piña y el plátano y la guayaba?

Hablaba de carrera y sin detenerse cual si le hubiesen dado cuerda.

Cuando terminó el panegírico, volvió á poner los ojos en su sitio, y el rostro perdió repentinamente su expresión animada, como si el mecanismo interior se hubiese parado.

—Paisaje de las orillas del Nilo—manifestó Romillo.

—De aquí salieron las siete vacas gordas y las siete flacas que vió José en sueños, ¿no es verdad?—preguntó D.ª Martina mientras miraba con atención por los cristales.

—Justamente—contestó Hojeda,—las que simbolizaban los años de abundancia y de miseria. ¿No anda por ahí el palacio de Faraón, Martinita?

—No señor, no le veo; lo que sí hay son unos animales muy feos, así como serpientes grandes...

—Á ver, mamá, déjame ver...—dijo Carlitos con mucho afán.

Su mamá le puso el estereoscopio delante.

—Son cocodrilos—manifestó enseguida el niño con suficiencia.—Pertenecen á la clase de los *reptiles*, orden de los *saurios*, familia de los *crocodílidos*.

—¡Mucho, mucho, chico!—manifestó el coronel con la misma sorna.

—Todos los animales se dividen en cinco tipos...

—¿Nada más?

—No señor, nada más: *vertebrados*, *articulados*, *moluscos*, *radiados* y *heteremorfos*... Lo que hay es que después se subdividen en clases, órdenes, familias, géneros y especies... Los *vertebrados* se dividen en cinco clases: *mamíferos*, *aves*, *reptiles*, *anfibios* y *peces*; los *mamíferos* en catorce órdenes: *bimanos*, *cuadrumanos*, *quirópteros*, *insectívoros*, *fieras*, *pinnípedos*...

—Vamos, niño, basta—dijo á esta sazón D. Bernardo, que comenzaba á ver lo ridículo de todo aquello.

—*Roedores*, *desdentados*, *proboscídeos*, *paquidermos*...

—¡Basta te digo, niño!

— *Solípedos*, *rumiantes*, *sirenios* y *cetáceos*.

—¡Si no te callas, Carlitos, voy allá y te arranco las orejas! ¡Cuidado con lo cargante que se pone este chiquillo algunas veces!

—¡Anda, bien empleado te está, por farol!—le dijo por lo bajo Enrique.

—Déjele usted, amigo Rivera, déjele usted explayarse. ¿Usted no sabe que la ciencia á veces produce indigestiones?—manifestó el coronel.

Carlitos cerró la boca muy mohino.





—El templo de Santa Sofía en Constantinopla. Vea usted, coronel—dijo Romillo.

—¡Hombre, muy hermoso!... No sabía yo que en Constantinopla hubiese un templo semejante. ¡Qué columnas tan preciosas! ¡qué columnas!...

—Vea usted, D. Facundo, vea usted—dijo Romillo quitándoselo al coronel y poniéndoselo delante al boticario.

Al mismo tiempo apretó un resorte que el aparato tenía, y trocó la vista del templo por la de una figura obscena. Sólo para esta broma había comprado y traído el estereoscopio.

Hojeda apartó instantáneamente los ojos horrorizado, y encarándose con el coronel le preguntó con retintín:

—¿Y le gusta á usted esto, coronel?... ¡No están malas columnas!

El coronel le miró sorprendido.

—A ver, á ver...—dijeron todos.

Romillo volvió á colocar la vista primitiva, que fué muy celebrada. Entonces D. Facundo, viéndole sonreir, cayó en la broma y comenzó á dirigirle miradas iracundas; y hasta se acercó á él disimuladamente para decirle por lo bajo con voz irritada:

—¡Parece mentira que un joven bien educado traiga aquí esas porquerías!

—¿Qué tiene usted, D. Facundo?—preguntó Juanito en voz alta.

El boticario, desconcertado con la audacia de aquel mequetrefe, respondió lleno de confusión:

—Nada, nada; le preguntaba á usted si aún faltaban muchas vistas... porque deseo retirarme temprano esta noche.

—Si no te molesta mucho, Facundo — dijo D. Ber-

nardo,—desearía que te quedases un ratito aún con nosotros. Tengo una sorpresa que darte...

—Molestarme... de ningún modo... Aguardaré lo que tú quieras...

El estereoscopio continuó dando juego algún tiempo, y mientras lo daba, apareció en el comedor el último retoño de los Sres. de Rivera, que venía dormido en brazos de la nodriza. Era una niña de catorce meses, de carita ovalada y pálida, con cierta expresión triste y reflexiva.

—Aquí está mi Serafina—exclamó la madre llena de gozo y orgullo.

Los tertulios fueron depositando un beso en la frente de la criatura, procurando no despertarla, y la nodriza se retiró.

Terminaron al fin las vistas. Romillo guardó su estereoscopio, no sin recibir antes algunas miradas como saetazos del indignado Hojeda. Valle había conseguido acercarse á la primogénita de los Rivera y procuraba entretenerla agradablemente hablándole de sus muchísimas ocupaciones, lo requerido y solicitado que era de todo el mundo, los aplausos que ganaba donde quiera que pedía la palabra, etc., etc. Los niños habían formado un grupo y se divertían en un rincón, exceptuando el comedido Vicente, que se paseaba silenciosamente á lo largo de la estancia, bien resuelto á no ser confundido con aquella *chiquillería*. D.ª Martina, el coronel, Romillo y Hojeda formaban el núcleo de la tertulia, departiendo alegremente en torno de la mesa, mientras el Sr. de Rivera se mantenía un poco alejado de ellos con un periódico en la mano. Al cabo, dejándolo sobre la mesa y acercándose, les dijo, soplando antes repetidas veces:

—Voy á darles á ustedes una noticia que creo ha

de serles grata, dada la amistad que me profesan y el cariño y el interés con que han compartido hasta ahora lo mismo nuestros pesares que nuestras alegrías.

Todos alzaron la cabeza con sorpresa.

—Pero antes de dársela les ruego que me aguarden algunos instantes. Trataré de ser breve, para que la curiosidad no les pique mucho tiempo.

Y salió del comedor.

—¿De qué se trata, D.ª Martina?—preguntaron á una voz todos.

—Señores, no lo sé tampoco—repuso ésta, dejando adivinar en sus ojos gozosos que lo sabía perfectamente.

—Vamos, Martinita, dígalo usted.

—¡No lo sé, Hojeda, no lo sé!...

—Señores, aguardemos, ya que D.ª Martina no quiere decirlo—manifestó Romillo.—D. Bernardo no puede tardar mucho.

Tardó, sin embargo, más de lo que contaban. Un buen cuarto de hora lo menos. Al fin se oyó en el pasillo algo como repiqueteo de armas y espuelas. Y apareció en la puerta el Sr. de Rivera vestido de máscara.

Gran asombro en todos los circunstantes.

—Pero ¿qué es eso, D. Bernardo?

—Señores—dijo éste solemnemente,—el capítulo de caballeros de la orden de San Juan de Jerusalem me ha hecho la honra de recibirme en su seno. Aquí me tienen ustedes de gran uniforme...

—Muy lindo, Rivera, muy lindo... está usted admirablemente—dijo el coronel, sin poder comprenderse bien, por la entonación, si hablaba seria ó irónicamente. Lo más cierto debía ser lo último, porque D. Bernardo estaba hecho un verdadero adefesio. El uniforme era de color rojo subido. Parecía una langosta cocida.



Y para que la semejanza fuese más notable, la multitud de cordones y correas que le envolvían remedaban bastante bien las antenas de aquel animalucho. Un espadón disforme le colgaba de la cintura. El tricornio estaba adornado con plumas.

—¡Y qué calladito se lo tenía!—dijo Valle.

—Yo lo sabía ya hace días, pero no me atrevía á publicarlo, comprendiendo que D. Bernardo se estaba haciendo el uniforme para dar una sorpresa á sus amigos, como así resultó — repuso Juanito Romillo, á quien molestaba muchísimo ignorar cualquier noticia.

—Está muy bien, ¿no es verdad?—preguntó D.ª Martina, henchida de cándido orgullo.

—Admirable, señora, admirable—manifestó el coronel con voz cavernosa.—A ver, Rivera, dé usted la vuelta para que le examinemos por todas partes...

D. Bernardo giró gravemente en redondo, haciendo sonar el terrible espadón y las espuelas. En aquel instante se oyó cierto resuello singular en la estancia, al cual siguió una explosión de carcajada reprimida. Era el pobre Miguel que, después de haber trabajado como un héroe para contener la risa, poniéndose colorado como un pimiento, había reventado al fin, con gran dolor de su alma. Su tío le clavó una mirada capaz de dejarle seco en el acto. Los demás le miraron también severamente y con asombro. Nadie dijo nada, sin embargo. Después que se hubo desahogado, bajó la cabeza lleno de confusión y vergüenza. D. Bernardo se retiró inmediatamente, y en el comedor hubo momentos de silencio embarazoso. Hojeda, para templar el mal efecto de la imprudencia del niño, se apresuró á entablar conversación acerca de la orden de San Juan, haciendo de ella y de sus miembros calurosos elogios. Sin embargo, D.ª Martina, que estaba realmente enoja-

da, al cabo de pocos minutos llamó al ayo de los niños para que subiera á acostarlos y ordenó al lacayo que condujese á Miguel á su casa.

El chico se despidió, todavía confuso, de la tertulia, y dejó la casa de su tío, situada en la calle del Prado, y se fué, paso entre paso, con el lacayo hasta la suya, que estaba en la del Arenal.





IV

El abuelo de Miguel había sido uno de los negociantes más ricos de Madrid durante el reinado de Fernando VII. Al morir dejó á cada uno de sus tres hijos, Bernardo, Manuel (de quien hablaremos en seguida) y Fernando, una renta de catorce ó quince mil duros, que sólo D. Bernardo había conseguido, merced á ciertas negociaciones con el Tesoro, aumentar considerablemente. La de Fernando permanecía en tal estado. En cuanto á la de Manuel, se había mermado bastante.

Fernando, el último de los hermanos y padre de Miguel, era hombre de rostro enjuto y avinagrado, como D. Bernardo, cejas espesas y terribles bigotes. Nadie diría que detrás de este rostro imponente y marcial se ocultaba un espíritu fino y sensible como el de una damisela, y que debajo de la cruz laureada de San Fernando, ganada por un acto de arrojo que asombró á la nación, latía un corazón de paloma. Nada más cierto, sin embargo. Aquellos bigotes terribles no servían, en

realidad, más que para que todo el mundo se subiese á ellos. Y el más encaramado de todos era Miguel, á quien su padre no sabía negar nada, que hacía cuanto se le antojaba, fuese tuerto ó derecho, y que con su mala educación daba pie á que se dijese lo que su tío había dicho aquella tarde.

Cuando llegó á casa y fué á dar las buenas noches á su papá, encontró á éste sentado en una butaca de su gabinete, fumando y envuelto en la sombra que proyectaba la pantalla del quinqué.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, hijo mío.

Miguel se acercó para darle un beso. El brigadier le retuvo entre sus rodillas acariciándole los cabellos.

—¿Cómo lo has pasado en casa de tu tío?

—Bien.

—¿Te has divertido mucho?

—Bastante.

—¿Supongo que no habréis hecho ninguna travesura que enojase á la tía Martina?

—No, papá—respondió el chico sin vacilar. Y le contó todo lo que había hecho aquella tarde, omitiendo lo que bien le pareció.

—Bien, así me gusta. Ahora tendrás ya deseos de irte á la cama, ¿verdad?... Vaya, pues á la cama, hijo mío, á la cama... No quiero retenerte más... A la cama, á la cama...

Sin embargo, seguía reteniéndole entre las rodillas. Al fin Miguel, forzándolas un poco, logró salir de ellas, y se dirigió á la puerta. Cuando ya estaba cerca, volvió á llamarle su padre.

—Oyes, Miguel... ¿No te ha hablado tu tío Bernardo?...—preguntóle con voz algo alterada.

Miguel se detuvo y no contestó.

—¿No te ha hablado de cierto asunto?

—Sí—murmuró el chico, también cortado.

—¿Y qué te ha dicho?... Cuenta...

Miguel comenzó á colocarse los dedos de la mano izquierda unos sobre otros y no dijo palabra.

—¿No te ha dicho que ibas á tener pronto una mamá?—articuló el brigadier cada vez más turbado.

—Sí—murmuró sordamente el niño.

—¿Y qué te parece á ti de eso, Miguel?...

Silencio sepulcral por parte de éste.

—Vamos, ven aquí, tonto, ven aquí—le dijo con voz cariñosa. Y metiéndole de nuevo entre sus rodillas, comenzó á besarle con afán.

—¿No es verdad que á ti no te disgusta tener una mamá?... ¿No ves cómo todos tus amigos la tienen menos tú?... Ya verás cómo la quieres... pero nunca más que á mí, ¿no es cierto?... Y cuando vayas al colegio ya podrás decir á los compañeros:—Tengo una mamá, como vosotros... Y lo mismo á tus primos Enrique y Carlos... Y saldrás con ella á paseo en coche para que todos la vean. Ella, que es muy buena, te ha de querer mucho, y tú no la darás ningún disgusto, ¿verdad? Ya te conoce por el retrato... Y tú la conocerás muy pronto á ella... ¿Quieres conocerla ahora mismo?

Y con mano febril, por donde se podía adivinar el grado de apasionamiento á que el brigadier había llegado, sacó del bolsillo una cartera y de la cartera un retrato de mujer, que puso delante de los ojos á su hijo.

—Mírala, ¿te gusta?

Miguel la echó una rápida mirada por complacer á su padre y bajó la cabeza en señal afirmativa.

—Vamos—dijo el brigadier en voz baja y temblorosa,—dala un beso.

El chico obedeció posando levemente los labios so-

bre el retrato. Su papá le pagó este acto de galantería con un sinnúmero de caricias y le fué á despedir hasta la puerta muy conmovido.

Al día siguiente el brigadier anunció á su hijo que se marchaba en busca de la mamá. Tardaría en volver cuatro ó cinco días. Recomendóle con mucho encarecimiento la formalidad durante su ausencia, el respeto al ama de llaves, la mesura con los criados, la puntual asistencia al colegio, el estudio, etc., etc.

—Aquí llega tu tío Manolo—dijo viendo entrar á su hermano, — á quien te dejo recomendado. Él se encargará de dar una vuelta por aquí todos los días y enterarse de cómo sigues y qué tal te portas...

El tío Manolo, que acababa de entrar, era, con mucho, el mejor mozo de los tres hermanos. A pesar de sus cuarenta y cinco años, conservaba una frescura de cutis y una gallardía de talle que ni en sus mocedades habían ellos disfrutado. Era un hombre verdaderamente notable por su figura: alto como sus hermanos, pero mejor proporcionado, de facciones correctas y varoniles; cabello negro y naturalmente rizado, donde apenas se advertía aún tal cual hebra de plata; patillas negras también, largas, sedosas; el cuello blanco y redondo como el de una mujer, el pie menudo y las manos finas y aristocráticas. En honra y gloria de esta figura, para regalarla y darla el debido esplendor, había sacrificado D. Manuel Rivera todo su tiempo y casi todo su capital. D. Bernardo hablaba de él con poco respeto y le trataba con cierto despego. El mismo brigadier, aun queriéndole bien, no se mostraba muy impresionado por aquella famosísima estampa, y solía reprenderle suavemente algunas cosas que llamaba puerilidades. En cambio, su sobrino Miguel le adoraba. Ya de niño ansiaba volar á él desde los brazos de la nodriza. El tufo

de los perfumes que gastaba, el roce de aquellas sedosas patillas al besarle, y sobre todo, la franca alegría que respiraba, le habían seducido siempre y aún le tenían completamente subyugado.

—Pierde cuidado, Fernando—dijo gravemente el real mozo.—Yo haré que Miguel cumpla con sus deberes y se porte como persona formal... Ni tú ni Bernardo—añadió dirigiéndose á su hermano en tono confidencial—sabéis tratar á los chicos. Bernardo con su rigor inoportuno, y tú con tu debilidad, no servís para el caso... Yo hubiera sido un gran padre... Á los chicos es menester tratarles con familiaridad, darles expansión, hablarles como amigos... Y cuando llega el momento de ponerse serios, se les echa un terno redondo y se les dice: ¡c... chico, no hay más remedio que hacer esto!... ¡y se hace! ¡vaya si se hace!

El brigadier sonrió al oir aquel discurso, y dijo:

—Bueno, Manolo, tú te encargas de dar algunas vueltas por esta casa y vigilar que todo marche bien... Y si quieres y tienes tiempo para sacar á Miguel á paseo, sácale,..

—Nada, hombre, pierde cuidado, te digo.

En efecto, el brigadier partió aquella noche para Sevilla dejando á Miguel al cuidado de los criados y bajo la vigilancia de su tío. Este al día siguiente vino á enterarse de cómo había pasado la noche, y tuvo la amabilidad de conducirle hasta el colegio. Al dejarlo á la puerta, le prometió venir á buscarle y llevarle á almorzar consigo. Y así fué; pero en vez de llevarle á la fonda donde alojaba, prefirió irse á almorzar al *restaurant* del Iris. Comieron y bebieron alegremente como dos camaradas. El tío puso en práctica su tema pedagógico de la expansión. Á los postres tenía las mejillas bastante coloradas y hablaba por los codos.

—¿Sabes, Miguel?... Ahora, por la tarde te perdono el colegio. Una tarde más ó menos importa poco. Vamos á dar un paseíto en coche, que es muy higiénico después de almorzar bien... Porque hemos almorzado bien; ¿no es verdad, Miguel? Es lástima que no te encuentres en edad de fumar... te daría un cigarro... Pero ya llegarás á allá...

Al levantarse del asiento, Miguel se tambaleó un poco, lo cual hizo reir á su tío. Como éste ya no tenía coche, se fueron á casa del brigadier, y mandó enganchar el *tílbury*, y subiéndose á él y poniendo al sobrino á su lado, empuñó con muy gentil disposición las riendas, y enderezó los pasos del caballo hacia la Casa de Campo. El tío Manolo era uno de los primeros mayorales de España. Daba lástima que aquellas extraordinarias facultades hubiesen quedado tan pronto oscurecidas por falta de materia donde aplicarlas. Miguel iba en sus glorias, admirado de ver al tío aflojar y recoger las riendas y fustigar al caballo, con tanto arte, para ponerle al trote corto ó largo, y hacerle revolver en poco espacio.

—¿Qué tal, Miguel?—le preguntó muy complacido de aquella admiración.—¿Quién lo entiende mejor, Pedro el cochero ó yo?

—¡Tú!—respondió el chico con entusiasmo.

—Pues aún no has visto nada... Guiar con un caballo lo hace cualquiera. Mañana pondremos los dos, el Centauro y el Veloz, á la *tendée*, y verás cómo me las sé arreglar.

Desde la Casa de Campo vinieron á dar una vueltecita al Prado. El tío Manolo fué mostrando á Miguel los trenes más lujosos y nombrándole sus dueños. También le mostró las bellezas de la corte.

—¡Guapa mujer esa que acabo de saludar! ¿eh? Es

hija de Bustamante el banquero... Ligerita..., ligerita!... Allá va la Condesa de Fuenteseca... no me ha visto... á la otra vuelta la saludaré... ¡Cuidado que se conserva bien esa mujer!... Adiós, Lucía, á los pies de usted—dijo, quitando el sombrero, á una joven rubia que venía en carretela con otras señoras.—Esa chica que acabo de saludar es sevillana y muy amiga de la que va á ser tu mamá... ¡muy romántica! ¡muy espiritual!... No tiene una peseta, ¿sabes?... Si va en coche, es porque la convidan las amigas... De eso hay mucho en Madrid, chico... ¡Te digo que á este caballo le han estropeado la boca! ¡Ese Pedro!... ¡ese Pedro!... No sé cómo tu padre se ha encaprichado por él... Yo le había recomendado otro magnífico que había sido muchos años de Villamejor, pero no me ha hecho caso, y ha preferido ese bruto...

Miguel echó una mirada atrás, porque estaba seguro de que el lacayo se lo iba á contar todo á Pedro.

—Espérate un poco... ahí viene la Albini.

El tío Manolo saludó á la última moda, agitando el sombrero en el aire. La blonda y obesa cantante, que venía arrellanada en una carretela, le contestó con una sonrisa amistosa.

—Es la primera tiple absoluta del Teatro Real... ¡Una hermosa mujer!... y nada arisca... Si te parece vamos á dar la vuelta para que la veas bien...

Y sin aguardar más, hizo revolver al caballo y se puso á seguir el coche de la Albini, y en toda la tarde no lo perdió de vista. Cuando oscureció se fueron á tomar un sorbete al Iris y después á casa.

Al día siguiente no hubo colegio tampoco por la tarde, y salieron en coche como habían convenido á la *tendée*, luciendo el tío Manolo sus aptitudes prodigiosas en el Prado. Miguel iba embelesado y orgulloso de ver

que la gente los miraba mucho. Aquella manera de enganchar los caballos era todavía rara y un poco peligrosa no contando con jacas amaestradas. Por la noche el tío le llevó al Teatro Real á un palco que tenían abonado entre varios amigos, le presentó á todos ellos y fué muy besuqueado y obsequiado de confites. El tío desapareció del palco durante un acto, y Miguel supo por los amigos que debía de estar en el cuarto de la Albini. En efecto, al cabo de una hora vino muy sonriente y satisfecho y sufrió con alegría la vaya que sus amigos le dieron por haber dejado al sobrino abandonado. Al otro día después de paseo le llevó á casa de unos amigos, donde se ensayaban hacía ya tiempo dos actos de ópera que debían cantarse y representarse en el cumpleaños de la señora. Esta era una gran música y tocaba el piano admirablemente. De voz andaba tal cual. Su hija la tenía penetrante y bastante desagradable, pero sabía cantar. El Sr. de Trujillo, esposo y papá respectivamente de las mencionadas damas, intendente de ejército, ni tenía voz ni sabía cantar, pero cantaba. Había otra porción de tertulios que con las mismas disposiciones para el arte musical que el intendente, se habían prestado á tomar parte en la función. Entre todos ellos descollaba, como la robusta encina en bosque de madroños, el tío Manolo. Miguel pudo convencerse en seguida de que era el gallo de la quintana. Rivera para aquí, Rivera para allí, Rivera esto, Rivera lo otro: en todas partes hacía falta y para todo se le consultaba. ¡Cómo no, si sabía casi tanta música como la intendenta y poseía una voz aceptable de tenor! Así que de hecho él era el director de la fiesta, por más que aquélla lo fuese de derecho.

Se iba á cantar un acto de la *Lucía*, de Donizetti, y otro de *Coradino*, de Rossini. Los ensayos hacía ya más

de tres meses que habían comenzado. Todo el invierno había estado el tío Manolo preguntando á la intendenta: «*¿Son tue cifre? A me risponde*». y contestándole aquéla con voz temblona «*Siii*». A pesar de eso no salía bien. Y era porque las partes secundarias no lo tomaban con la misma afición y calor que las primeras. Los coros de ambos sexos, particularmente, estaban rematados. Cada cual por su lado. En vano la intendenta ponía mala cara á las señoritas que la secundaban y les dirigía de vez en cuando alguna pulla amarga. En vano el tío Manolo, con más paciencia y amabilidad, hacía repetir infinitas veces los pasajes difíciles. Nada; las señoritas y señoritos que componían la reunión, tomaban aquellos ensayos como pretexto para verse todas las noches y decirse recaditos y ternezas. Y cuando por indicación de Rivera se colocaban los varones frente á la hembras á los dos lados del piano, había un fuego graneado de miradas y señas que ardía Troya. La intendenta estaba dada á los diablos.

Cuando la tertulia pareció mostrar interés fué al hablarse de los trajes. Comenzaron con calor los preparativos de indumentaria. Las coristas encargaron vestidos riquísimos á París y se retrataron con ellos. Los caballeros también fatigaron á los sastres con menudencias impertinentes. Todo esto era motivo de indignación para la intendenta. «De trapos muy bien—solía decir con amargura,—pero de música están ustedes tan desnudos como su madre los parió.» El tío Manolo lo tomaba con más filosofía, sobre todo en lo que tocaba á las señoritas. La intendenta no estaba lejos de sospechar que también él andaba metido en alguna de aquellas intrigas amorosas que se urdían descaradamente en su salón.

Se hicieron en éste algunas reformas necesarias para

el caso, esto es, se construyó en uno de los extremos un bonito escenario. El tío Manolo, á quien se le alcanzaba también algo de pintura, bosquejó dos decoraciones bastante regulares. La de la ópera de Rossini representaba las inmediaciones de un castillo feudal, donde habitaba aquel señor que aborrecía las mujeres. Á la puerta había un gran letrero que decía: *Il feroce Coradino odia il sexo feminino*. La de la obra de Donizetti representaba el salón de un palacio. En el fondo había una plataforma para que se viese bien al tenor cuando entrase á pedir cuentas de la perrada que su novia le estaba haciendo y causara su aparición más efecto. El escenario tenía una puerta al foro que daba al gabinete de la casa. Por la puerta de escape de la alcoba habían de salir los artistas á vestirse en las habitaciones que se les había destinado.

Todo esto vió Miguel con asombro y deleite. Su tío le llevó varios días al ensayo y le iba explicando minuciosamente lo que cada objeto del diminuto teatro significaba y para lo que servía. Los futuros intérpretes de Rossini y Donizetti le agasajaban mucho. Pero una cosa no podía sufrir con paciencia, y era que todos al besarle ó darle afectuosas palmaditas en el rostro le mostrasen compasión.—¿Dónde tienes á papá?—En Sevilla, respondía él.—¿Y qué fué á hacer á Sevilla? le preguntaban sonriendo. Miguel se encogía de hombros. —¿No fué á buscarte una mamá? Él se callaba. Entonces le daban un beso y volviéndose á los demás exclamaban por lo bajo:—¡Pobrecito! Estas exclamaciones le inquietaban un poco; mas al instante se disipaba la mala impresión. Aquellos días su tío le traía sumamente divertido. Al colegio por la tarde ya no había vuelto. Después de almorzar en casa ó fuera, al paseo, al casino, donde veía á tío Manolo jugar una partida de

carambolas, algunas veces á los toros y por la noche al ensayo ó al teatro. El ama de llaves le decía sacudiendo la cabeza con disgusto:—¡Buena vida te estás dando, Miguelito! ¡No sé en qué pararán estas misas!— El brigadier hacía ya más de ocho días que se había ido y no daba noticia del retorno. En casa del tío Bernardo no había vuelto á poner los pies. Sin duda la antipatía, ó por mejor decir, el miedo que aquél inspiraba á tío Manolo era la causa principal de este alejamiento. Sin embargo, una tarde vino Enrique á convidarle á comer de parte de sus papás y fué muy recriminado de toda la familia por su ingratitud.

Llegó por fin el cumpleaños de Anita; así llamaban los amigos á la intendenta á pesar de hallarse ya cerca de los cuarenta y no poder revolverse de gorda. Desde las primeras horas de la mañana tío Manolo anduvo tan diligente y afanoso, que no pudo el sobrino echarle la vista encima hasta que vino á decirle que á las siete volvería por él. Y en efecto, antes que fuesen sonadas se presentó á buscarle y con el bocado en la boca le llevó á casa de Trujillo. Si inquieto y preocupado andaba el tío Manolo, no lo estaba menos la intendenta. Á más del temor natural de que se desluciesen por culpa de los otros sus reconocidas y acatadas facultades de cantante, el negocio de las invitaciones le daba mucha guerra. Para no agraviar á ninguna se habían convidado más personas de las que cabían en el salón. Cuando empezó á llegar la gente hubo algunos disgustos. Varias señoras se vieron obligadas á quedarse de pie por falta de asiento y algunas se marcharon muy desabridas antes de comenzar la fiesta. ¡Buenos irían poniendo á los Trujillo! Para que no ocupase silla, tío Manolo llevó á Miguel al escenario. No le pesó de ello. Al contrario, los preparativos, el trajín de los artistas,

las voces, las risas le llenaban de gozo. Cuando comenzaron á llegar de los cuartos perfectamente disfrazados todos aquellos señores y señoras, tardó en reconocerlos. Al pasar por delante de él le preguntaban acariciándole la cara: —¿Me conoces, Miguelito?—Y él, después de mirarlos con atención, decía:—Sí, Fulano—y esto le causaba vivo placer. Pero el que le dejó confuso, absorto y entusiasmado fué tío Manolo vestido de señor feudal. Llevaba botas de ante amarillo que le llegaban hasta los muslos y el cuerpo ceñido con loriga que brillaba como un espejo. El casco era enorme y asombroso por la cantidad de águilas, grifos y dragones y otros animales emblemáticos que le adornaban. La barba le llegaba casi hasta la cintura, y hasta el medio de la espalda los cabellos. Finalmente, en esto, como en todo lo demás, se reconocía el gusto y la esplendidez de Rivera.

Su aparición causó mágico efecto en el auditorio y fué saludado con una salva de aplausos. También á la intendenta se la aplaudió al salir. El acto de *Coradino* fué un triunfo para ambos. Tío Manolo *dijo* su aria de salida admirablemente, según dos ó tres *dilettanti* sietemesinos que allí se encontraban, y eso que era difícil de *vocalizar;* precisamente el fuerte de Rivera. No tenía gran voz, pero vocalizaba perfectamente. Donde la intendenta le llevó mucha ventaja fué en la mímica. Anita era una consumada actriz, mientras el tío Manolo se movía poco y con trabajo en la escena. El acto de *Lucía* comenzó igualmente muy bien. Los coros, contra lo que se esperaba, estuvieron bastante acertados. Rivera dijo sus primeras frases de indignación con buen éxito. El concertante tampoco salió mal. Mas al terminarse el acto, cuando el célebre *¡Ah maledetto!* del tenor, el tío Manolo tuvo la desgracia de soltar un gallo.

Nunca había dado las notas altas muy claras y las temía mucho. En el auditorio se levantó un leve murmullo, al cual siguió un estrepitoso aplauso en testimonio de simpatía y perdón. Rivera, sin embargo, se desconcertó completamente y cantó lo que quedaba rematadamente mal. En cambio la intendenta apretó de firme, sobre todo en la declamación. Al echar los brazos al cuello á Rivera para retenerle, estuvo inimitable. Cuando bajó el telón, tío Manolo, desesperado, saltándosele las lágrimas, agitó los puños contra el suelo, exclamando:

—¡Infame tierra! ¿Por qué no te abres y me tragas?

Miguel, que presenciaba el espectáculo desde los bastidores, se conmovió profundamente al ver el dolor de su tío.

Así terminó la ópera casera. Al día siguiente tío Manolo, cuando fué á visitarle, estaba muy triste y avergonzado y no tuvo humor para sacarle á paseo. El brigadier no acababa de anunciar su salida. Sin embargo, se sospechaba que no tardaría en llegar. Para acabar de ponerle de mal humor, el tío Manolo recibió una carta del director del colegio noticiándole que Miguel se descuidaba mucho en sus estudios hacía ya algunos días. Esto ocasionó una muy fuerte desazón entre tío y sobrino.

—¡Mira, mira, majaderillo, lo que me dice el director!—exclamó lleno de cólera.—¿Es esta manera de portarse? ¿Qué dirá tu padre cuando venga y lo sepa? ¿Para eso procuro yo que te diviertas?...

El fuerte de tío Manolo no era la lógica. Porque procurar que se divierta un chico no es procurar que estudie. Bien lo comprendió Miguel, pero no quiso contestarle conociendo su carácter arrebatado. Además, no le convenía ponerse mal con él.

—¡Chiquillo! ¡Tontuelo! ¡Ponerme á mí en berlina de esta manera!... ¡Vaya un modo decente de corresponder á mis condescendencias!... Nada, si con estos chicos es mejor ser malo que bueno... ya me voy convenciendo de eso... ¡El palo, el palo... eso es lo único que respetan!... ¿Á que no harías esto con tu tío Bernardo si él se hubiese encargado de ti?... ¡Hombre, me parece que si fueses hijo mío te rompía el trasero á azotes en este momento!

Miguel aguantó el chubasco con la cabeza baja y sin chistar. Y ya que se hubo bien desahogado tío Manolo se marchó dando un gran portazo.

Pero al otro día vino tan risueño como si tal cosa, salieron juntos á paseo y por la noche le llevó al cuarto de la Albini. Todavía disfrutó el hijo del brigadier otros cuatro ó cinco días de vida regalona, porque su tío no volvió á acordarse de mandarle estudiar más que del santo de su nombre. Al cabo llegó carta de Sevilla anunciando la salida del brigadier y su nueva esposa, y las cosas tomaron repentinamente un aspecto más serio. Por convenio expreso entre ambos, Miguel había de ir por la mañana á buscar á su tío con la carretela, y desde el hotel irían á esperar á los viajeros.

Cuando subió al hotel, á eso de las siete, tío Manolo comenzaba á aderezarse, en cuya grave y prolija ocupación no gustaba de que nadie le turbase. Sin embargo, Miguel logró entrar en el cuarto y se sentó respetuosamente en una silla á esperar que se diese por terminada. El negocio no era tan fácil y expedito como á primera vista parecía. El Sr. de Rivera había sido siempre extremadamente escrupuloso en el lavado, planchado y demás artes decorativas. Gustaba asimismo de que todas las prendas que usaba le viniesen como anillo al dedo. Cualquier discrepancia en esta

materia conseguía alterarle la bilis. Cuando Miguel entró estaba vivamente satisfecho porque los pantalones que estrenaba le habían salido muy bien. Dió tres ó cuatro vueltecitas taconeando por el gabinete, y parándose delante del espejo, dijo:

—¿Qué tal, Miguel, te gustan estos pantalones?

Miguel no entendía casi nada, pero respondió afirmativamente.

—Yo creo—manifestó Rivera con voz conmovida— que son los que mejor me ha sacado Utrilla hasta ahora... Y el género es muy rico... inglés legítimo... Lócalo, haz el favor de tocarlo...

Miguel le dió un pellizquito al paño y dijo que sí, que era bueno.

—¡Doce duros, amiguito!

Y viendo que el sobrino le miraba sin comprender, repitió:

—Que me han costado doce duros como doce soles... Pero chico ¿qué quieres? cuando las cosas salen bien, doy por bien empleado el dinero... Lo triste es darlo cuando salen mal... ¡La verdad, se ha portado el amigo Utrilla! Y que no hay otro pantalón en Madrid igual... Es el único que ha venido de este dibujo...

Lo decía en un tono que rebosaba de alegría, moviéndose delante del espejo y dando pataditas en el suelo. Después se puso á silbar *La donna è movile* y se fué á la alcoba á buscar la camisa que ya tenía preparada sobre la cama. Pero la camisa no logró satisfacerle como el pantalón. La pechera hacía bomba y el cuello estaba poco descotado. Después de mirarse gravemente al espejo muchas veces y de procurar arreglarla tirando de ella hacia abajo, el tío Manolo soltó un terno y echó una mirada feroz á Miguel. En seguida, procurando refrenarse, sin poder conseguir-

lo, exclamó por lo bajo y sonriendo forzadamente:

—¡Á que no me visto hoy, Miguelito!

Pero éste, en vez de contestar á la sonrisa con otra, permaneció muy serio y asustado adivinando la tempestad que hervía debajo de tales palabras. En efecto, Rivera no tardó en murmurar una blasfemia espantosa. Estaba muy pálido y se le había formado un círculo oscuro en torno de los ojos.

—Oyes, Miguelito, ¿quieres hacerme el favor de salirte á la sala?—dijo á su sobrino en un tono almibarado, pero muy sospechoso.

Miguel se apresuró á escapar del gabinete. No tardó en oir fuertes trastazos, acompañados de vivas interjecciones, paseos, y un resuello lúgubre de malísimo agüero. Al fin todo quedó en silencio, y curioso de saber en qué consistía, miró por la rendija de la puerta, y vió á su tío sentado en una butaca, en mangas de camisa, hundida la cabeza en el pecho, el pelo caído por la frente en la más triste y desesperada actitud que nadie pudiera imaginarse. Después de permanecer algunos minutos en tal estado, vecino de la locura, vió que se levantaba, y con cristiana resignación sacaba del armario la tercer camisa, y después de meterle los botones, se la ponía dando un profundo suspiro. Al cabo de un cuarto de hora, concluída su tarea, salió del gabinete serio, tranquilo, un poco pálido, como sucede siempre después de las grandes crisis. Al encontrarse sus ojos con los de Miguel, sonrió avergonzado. Á éste le acometieron aquellas malditas ganas de reir que tanto daño le causaron, y no faltó mucho para echarlo todo á perder. Por fortuna consiguió refrenarlas.

Encamináronse lo más pronto posible al parador de la silla de posta, que no tardó en llegar. Abrió la por-

tezuela tío Manolo, y se apresuró á dar la mano á su cuñada, que saltó en tierra con mucha compostura y elegancia. El brigadier, después de abrazar á su hijo, lo presentó á su nueva mamá, quien le dió un beso en la mejilla, reparando poco en él. Era una mujer hermosa, alta, maciza de carnes, el rostro blanco y ovalado, negros y grandes los ojos, pestaña larga, cabello castaño tirando á rubio, derecha de espaldas y cogida de cintura, gallarda y briosa en sus movimientos y un tantico soberbia. Miguel entendió que no había visto nunca nada tan bello, y la expresó su rendimiento mirándola hasta comérsela con los ojos. Terminados los saludos y las preguntas que en casos tales suelen repetirse bastante, se entraron los cuatro en la carretela. Sentóse la dama en el fondo á la derecha, y el brigadier á su lado. Miguel y el tío Manolo se acomodaron enfrente. Comprendiendo el buen efecto que en su hijo había causado la mamá que le traía, el brigadier iba muy complacido y estaba harto locuaz; mucho más de lo que acostumbraba. El tío Manolo, por cierto instinto de coquetería que jamás le abandonaba, hacía esfuerzos por mostrarse agudo y chistoso delante de su cuñada, y la abrumaba á galanterías.—«Ángela, ¿te molestan las ventanillas abiertas?—la decía llamándola por su nombre y tuteándola ya.—¿Quieres que cerremos esta de la derecha? ¿Llevas los pies fríos? Dame acá esa sombrilla. Échate hacia atrás, que irás más cómoda.» La hermosa dama contestaba á estos homenajes con leves sonrisas no exentas de displicencia.

—Vamos, Miguel—dijo el brigadier,—¿no te parece mejor tu mamá que el retrato?

Miguel, ruborizado y gozoso, contestó que sí con la cabeza.

—De modo que votas á mi favor, ¿verdad?—le pre-

guntó la nueva brigadiera con gracioso acento andaluz.

Miguel, avergonzado, no se atrevió á contestar.

—¡Ya lo creo que vota!—respondió por él su padre. —Y está dispuesto á hacer todo lo que esté de su parte por que le quieras mucho. ¿No es verdad que serás siempre obediente á tu mamá y no la darás ningún disgusto?

El muchacho afirmó otra vez con la cabeza.

—Vaya, dala un beso ahora.

Miguel fué muy gustoso á besarla en la mejilla; pero en aquel instante la dama sacó la cabeza por la ventanilla para ver los edificios de la Puerta del Sol, mientras le tendía su mano enguantada. El niño, obedeciendo á un signo de su padre, la tomó entre las suyas y la besó.

Al llegar á casa volvió el tío Manolo á ayudarla á saltar del coche y ofrecerla caballerosamente su brazo para subir la escalera. El brigadier y su hijo marchaban detrás.







V

AQUELLA hermosa señora que entusiasmó á Miguel, era hija de una familia sevillana, tan necesitada de bienes de fortuna como rica en timbres y blasones. Había tenido innumerables admiradores, algunos novios y casi ningún pretendiente. Los hombres en esta edad prosaica rara vez se vuelven locos por amor. Y locura era casarse con Ángela Guevara no poseyendo mucho dinero y buenos deseos de gastarlo. Porque esta joven esclarecida, educada en la adoración de su estirpe, tenía de ella tan alto concepto y tan pagada estaba igualmente de su belleza, gallardo ingenio, despejo y gentileza, que ningún palacio consideraba bastante suntuoso, ningún trono suficiente elevado para contener y soportar tal suma de perfecciones. Su entrada en los teatros y paseos de Sevilla levantaba siempre un murmullo de admiración en la gente. Los forasteros se apresuraban á preguntar á los naturales:—¿Quién es esa joven?—¿Le gusta á usted, verdad?—solían responder chuscamente,—pues ten-

ga usted cuidado, porque es de «mírame y no me toques».—Y era cierto. La noble doncella pasó bastantes años (hasta alcanzar casi los treinta), sin que nadie se atreviese más que á mirarla. Era una soberbia figura decorativa, el mejor ornamento quizá, exceptuado la Giralda, de la ciudad que baña Guadalquivir famoso; pero como aquélla, ni los ingleses siquiera osaban llevársela.

Y así se hubiera estado la pobre hasta desmoronarse á no haber arribado, en comisión del servicio, el brigadier Rivera. Ángela había llegado en materia de novios á un escepticismo desconsolador. Tanto la habían requebrado con la vista y con la lengua sin ulteriores consecuencias, que concluyó por imaginar que el amor era un frívolo entretenimiento para no aburrirse en las tertulias, y el marido (el suyo, por supuesto) un ser hipotético, una incógnita imposible de despejar. Así, cuando el brigadier, rendido á tanta hermosura, se resolvió á pedir su mano, entrególa apresuradamente como si fuera un peso que la molestase. Y no reparó en la diferencia de edad, ni en la figura quijotesca del pretendiente, ni en la viudez, ni en el hijo que estaba allá por Madrid. Todo era nada comparado con el magno problema que se resolvía: casarse y vivir con boato en la corte. Sevilla entera se alegró; dió un suspiro de descanso, exclamando: ¡Al fin la hemos casado!

Aquí dan comienzo las desdichas del héroe de nuestra historia. Tan pronto como la noble doncella andaluza pisó los umbrales de la casa de Rivera, tomó las llaves de los armarios y se encargó de su dirección, tuvo á bien arrojarle el guante. No se detuvo en melindres hipócritas, ni preparó el terreno, ni dejó trascurrir siquiera el tiempo de cortesía, como hacen la mayor parte de las madrastras. Desde el primer momento re-

veló que Miguel no la agradaba y le declaró la guerra. Por lo menos tuvo el mérito de la franqueza. Aquél tardó bastante tiempo en recoger el guante. La impresión que su nueva mamá le había producido era demasiado grata para que se borrase fácilmente. Pensó que se entraba un ángel del cielo por su casa. Pronto se hubiera trocado la admiración en amor, si la gentil señora le hubiese tendido su mano protectora. Pero no fué así. La nueva brigadiera rechazó indignamente la fija mirada de adoración que Miguel tenía como muda caricia posada constantemente sobre ella. En vez de agradecerla y de sentirse lisonjeada, comenzó á exclamar ásperamente en presencia de los criados: «¿Por qué me mirará tanto este niño?» Miguel no comprendió en un principio que su madrastra le daba calabazas. Su inteligencia infantil no podía darse cuenta de que un sér tan hermoso aborreciese á quien no le había hecho ningún daño, y persistió cándidamente en su amor platónico. Mas á la postre no tuvo más remedio que percibir que se le declaraba la guerra, ¡guerra bien injusta por cierto, y bien desigual! Sintió las espinas de aquella rosa espléndida, y quedó confuso y apenado. Era un temperamento muy nervioso el suyo. No cabía en él la indiferencia: ó amaba ó aborrecía. Por eso, pasada la sorpresa, sin buscar la razón de tal antipatía, trocóse presto su amor en odio. Y á los pocos días la brigadiera Ángela, si quiso, pudo observar que los ojos de Miguel no expresaban ninguna clase de adoración.

Encendióse más con esto la mala voluntad de aquélla. La guerra estalló con todos sus horrores, sin tregua y sin cuartel. Si Miguel salía de paseo con el lacayo, los ojos penetrantes de la andaluza siempre descubrían á la vuelta en su traje alguna mancha, algún *siete* mal recosido por una sirviente piadosa:—«¡Jesú,

qué niño ma susio y ma revoltoso! ¿Qué dirá la gente que le vea? Dirá que yo le abandono y le dejo andar hecho un pordiosero. ¡Es una vergüensa!» Si se quedaba en casa y jugaba con los criados, la señora se ponía furiosa, le dolía la cabeza, hablaba de la bajeza de sentimientos que el muchacho revelaba, allanándose á estar siempre entre la servidumbre, é increpaba duramente al brigadier porque *no sabía educar á su hijo*. Si, por complacer á su padre, tomaba la resolución de estarse quieto y sentadito en una silla toda la tarde, esto era lo que no podía ver *el pasmo de Sevilla*: —«¡Jesú, qué niño tan posma! ¡Siempre en las mismitas faldas de una, mirándolo todo, observándolo todo!... ¡Ay, qué fatiga!»

Ni era fácil, como se ve, que le diese gusto en nada. El brigadier padecía mucho con esta injustificada aversión y procuraba mitigarla, sin resultado alguno. Necesitábase la pasión loca que su mujer le había inspirado y su carácter pacífico, para que algunas veces no hubiese un escándalo en casa. Los parientes, en cuanto se hicieron cargo de lo que pasaba, mostraron mucho disgusto. El más indignado fué tío Manolo:—«¡El día que vea á esa *petenera* tratar mal á mi sobrino—había dicho en cierta casa,—como no se tape las orejas con cera va á escuchar cosas muy lindas!» Y pasó como había previsto. La brigadiera, que no se recataba de nadie para hacer lo que se le antojaba, reprendió agriamente á Miguel en presencia suya, y entre otros insultos cometió la ligereza de llamarle *mala casta*. Oir esto y volverse loco tío Manolo, fué todo uno. Por milagro no acabó allí mismo con su cuñada. Así y todo la agarró fuertemente por el brazo, y soltando tres ó cuatro ternos seguidos, le escupió más que le dijo: «Oyes tú, grandísimo pendón; su casta es mejor que la tuya

siete mil veces... ¿Qué hubiera sido de ti si no te hubieras casado con el calzonazos de mi hermano? ¿Así pagas el bien que te ha hecho, insultándole á él y á todos nosotros?... ¡Pues mira, chica, que el porvenir de tu casta hubiera sido lucido como hay Dios!... Estabais con el agua al cuello, más pobres que las arañas, ¿y todavía vienes echando fieros?... ¡Si le digo á usted, hombre, que es morirse de risa!... ¡Vaya un hermano babieca que tengo!... ¡Babieca!... ¡Mas que babieca!...»

La brigadiera, repuesta al instante del susto, se revolvió airada y le vomitó tres ó cuatro insultos feroces, y después tuvo por oportuno desmayarse. Tío Manolo salió del gabinete batiendo las puertas y soltando juramentos. Encontróse en la escalera á su hermano, y encarándose con él, le dijo: «¡Parece mentira que con esos bigotazos te traiga alineado la cursilona de tu mujer! ¡El día que vuelva á poner los pies en tu casa, que me entierren vivo!»

Y sin aguardar la respuesta del atónito brigadier, bajó en cuatro saltos la escalera y desapareció.

La bella andaluza logró al cabo de poco tiempo indisponerse con todos los parientes de su marido, y lo que es más grave, que éste apenas se tratase con ellos. En cambio comenzaron á frecuentar la casa bastantes miembros de la colonia sevillana amigos de la familia Guevara: la mayoría señoras y señoritas. Entre estas últimas la más íntima y asidua fué Lucía Población, aquella joven rubia que D. Manuel de Rivera saludó en el Prado llevando á Miguel en su compañía. Los pormenores biográficos que había dado á su sobrino eran exactos.

Lucía no tenía fortuna. Vivía atenida á una pensión que el Estado le pagaba por haber sido su padre regente de la Audiencia de Puerto Rico. Relacionada y aun

emparentada por su madre con varias familias aristocráticas de Sevilla y Madrid, disfrutó, aunque sin poseerlo, del bienestar y esplendor que el dinero procura. Desde que había quedado huérfana de padre, sus ricos parientes habían tenido la amabilidad de invitarla á comer con frecuencia y llevarla al teatro y al paseo. Á los diez y siete años perdió también á su madre y fué recogida por los Marqueses de Cisneros, sus parientes más próximos establecidos en Madrid. Como Lucía era una joven hermosa, discreta y bien educada, y como por otra parte contaba con diez ó doce mil reales de orfandad, fué carga muy liviana para aquellos señores, que sólo tenían dos hijos y gozaban buena renta. Había sido en Sevilla muy íntima de la familia Guevara, y en particular de Angelita, por más que ésta la aventajase en edad siete ú ocho años lo menos. Enfriadas un poco las relaciones por la separación, volvieron á calentarse tan pronto como se encontraron en Madrid. Al poco tiempo de llegar Ángela, su amiga apenas salía de casa sino para dormir. Ni al paseo, ni al teatro, ni á misa siquiera dejaban de salir juntas.

Era Lucía una rubia de las dichas vulgarmente vaporosas. Ojos azules y claros y un poco húmedos, tersa y blanca la frente, los cabellos como madejas de oro, las cejas perfiladas en arco, algo aguileña, el talle fino y esbelto, el rostro alegre y muy apacible. Formaba su hermosura dichoso contraste con la de la brigadiera. Quizás fuera éste el fundamento más sólido de su amistad. También se diferenciaban notablemente en el humor. Ángela era desdeñosa, irascible, absolutamente incapaz de enternecerse, amiga de los placeres de la mesa sobre todos los demás. Lucía era romántica, llorona, con ribetes de literata, amiga de contar los sueños y los presentimientos, muy habladora, astuta y zaho-

rí para explicar los misterios y laberintos del corazón. Apenas comía. De tal diversidad de cuerpo y espíritu nacía el acuerdo que entre ellas existía. Ángela mandaba sobre Lucía, pero á condición de escucharla, lo cual no le costaba trabajo. Ejercía sobre ella un cierto protectorado maternal. Lucía en sus adentros compadecía á su amiga por estar tan ignorante de los inefables deleites de la poesía y del amor, y en este mutuo aprecio y desprecio vivían ambos genios acordados y tranquilos.

Lucía notó en seguida la antipatía de su amiga por el hijastro, y trató de vencerla suavemente; pues no hallaba fundamento para ello. Recordaba Miguel después de hombre que la belleza de esta señora no le había impresionado como la de su madrastra; mas el cariño que le mostró y su carácter afable y expansivo, concluyeron, no obstante, por seducirle. Un día, recién casado su padre, charlaban las dos amigas mientras él jugaba en un rincón. Debía de referirse la conversación á su persona, porque ambas le miraban á menudo, la mamá con ojos severos y desdeñosos, Lucía con dulzura.

—Ven acá, Miguelito—le dijo ésta de pronto. Miguel acudió al llamamiento. La amable señorita le hizo unas cuantas preguntas de poca sustancia, y cogiéndole después por la barba y mirándole fijamente, dijo como si atase el hilo á una conversación empezada:

—¡Pues no es feo este chico, Ángela!

La brigadiera calló. Miguel, que tenía ya más penetración de lo que se figuraban, comprendió que había estado su rostro sobre el tapete y agradeció toda su vida á la blonda sevillana esta buena opinión.

Otra vez su nueva mamá, cuya antipatía fué siempre en aumento, le castigó por haber roto con la pelota un juego de tocador que le habían regalado en su boda.

Dejólo encerrado en el cuarto ropero con orden á los criados de que bajo ningún pretexto le diesen de merendar, y se fué de visita con su marido. Llegó al poco rato la señorita de Población, y enterándose de que no había nadie en casa más que Miguel, y éste sumido en oscura mazmorra, tuvo á bien sacarle de ella, á pesar de las advertencias de las doncellas, que temían á su señora más que al mismo demonio. Llevólo al comedor, hizo que le diesen de merendar y le acarició y agasajó cortesísimamente. De este y otros favores fué Miguel deudor á esta dama durante su permanencia en la casa paterna, y siempre se los tuvo muy en cuenta.

A la brigadiera se le había metido en la cabeza casar á su amiga, y casarla ventajosamente. Como Miguel era muy niño y no se recataban de él, pudo oir varias conversaciones acerca de este punto y hasta percibió alguna vez el nombre del novio que su mamá proponía. Á todos los encontraba la amable señorita poco adecuados. Juraba y perjuraba que sólo se casaría cuando hallase el marido que había visto en sueños ó al menos el que más se le pareciese. Á esto contestaba la brigadiera que no fuese tonta, que todo era música celestial y que lo importante era casarse con un hombre capaz de mantenerla en la categoría y con el bienestar que había disfrutado siempre. Digamos que la vaporosa rubia no echó en saco roto los consejos de su buena amiga y aun que supo aprovecharlos. Pero esto se verá más adelante.

Al año de casarse el brigadier dióle su esposa, como fruto de bendición, una hermosa niña que se bautizó con el nombre de Julia. Fué refuerzo de desgracia para el pobre Miguel, aunque de modo inocente. Como astro de primera magnitud, oscureció á los demás seres racionales é irracionales de la casa, y pasó á ser el

centro de todas las miradas y atenciones, y el tema de todos los discursos. En los días que siguieron á su nacimiento Miguel vivió completamente ignorado, haciendo lo que bien le placía, gozando una calma dichosa. Por desgracia, duró poco. Las negras pupilas de la brigadiera no tardaron en caer de nuevo sobre él, y detrás de aquellas pupilas se agitaba ahora un pensamiento tan egoísta y mezquino como acorde con nuestra flaca naturaleza. Aquel chicuelo que tenía delante iba á privar á su hermosa y adorada hija de una mitad de fortuna, por lo menos. Este pensamiento, siempre fijo, siempre presente en el cerebro no muy sólido de la brigadiera, llegó á exasperarla á tal punto, que convirtió la casa muy pronto, de monarquía absoluta, pero discreta, que era, en feroz é insufrible despotismo. El mismo brigadier, que tenía á mucha honra no haberse pronunciado jamás contra las instituciones vigentes, estuvo á pique de sublevarse con toda la guarnición, representada por Miguel y tres ó cuatro criados antiguos. Y como la soga quiebra siempre por lo más delgado, la guarnición padeció más en este lance que su digno jefe. Después de frecuentes combates, emboscadas, escaramuzas y hasta batallas campales en que la brigadiera dió pruebas de ser consumada estratégica, muy superior por cierto á su marido, que no pasaría jamás de mediano general de división, á los tres fieles y antiguos servidores se les dió la absoluta, y á Miguel... también se la dieron. Veamos de qué modo.

Tenía Julita dos años, poco más ó menos. Era una niña encantadora, que se reía hasta desternillarse cuando caía cualquier objeto al suelo, y decía ya papá y mamá correctamente y con propiedad. Al mismo tiempo demostraba felices y excepcionales disposiciones



para la música clásica. Cuando su padre entonaba con vozarrón de sochantre el aria de bajo de *Lucrezzia Borgia* ó la serenata de *Fausto*, la niña se enternecía, empezaba á hacer pucheritos, y concluiría por llorar frenéticamente, si antes no diese la brigadiera la voz preventiva de: «¿Quieres callarte, Fernando?»

No es posible negar, sin embargo, que Julita profesaba algunas ideas equivocadas acerca del régimen gramatical y del valor de las palabras. Por ejemplo, ¿qué razón podía tener para llamar á la carne *chicha* y á la niñera *Tita*, nombrándose Felisa? Comprendemos perfectamente que para pedir queso dijese *quis quis*. Aquí, por lo menos, existe la raíz del verdadero vocablo. Sus opiniones acerca de los instintos y carácter de los animales domésticos eran igualmente absurdas. Al paso que exageraba hasta lo indecible el poder y la fiereza de las gallinas, huyendo de ellas con gritos de terror, guardaba simpatía viva y profunda hacia los gatos, la cual no pudo extinguirse con los frecuentes arañazos que estas ingratas criaturas infligían sobre sus tiernas manecitas. Así que tropezaba con uno perdía nuestra Julia la chabeta, y gritando con la dulzura de un ruiseñor «¡papá, *mamo!* ¡papá, *mamo!*» se iba hacia él y le cogía por el rabo. En la misma categoría que los gatos, ó acaso un poco más alto, colocaba Julita á su hermano Miguel, á quien llamaba *Michél*. Era un cariño ciego el que le tenía. Lo mismo era verle, que sus bracitos se agitaban de alegría, lanzaban chispas de gozo los ojos, y pedía con toda la fuerza de sus pulmones que trajesen á *Michél*, ó le diesen á ella la muerte. Así que le tenía cerca, le tiraba por los cabellos hasta hacerle llorar, en señal de admiración, ó bien llenaba su rostro de baba. Miguel, más galante que los gatos, no sólo se dejaba tirar de los pelos con la pa-

ciencia de un mártir, pero hasta buscaba con afán las ocasiones del martirio. Con una generosidad de que hay muy pocos ejemplos en la historia, no solamente perdonaba á su hermanita sus feroces caricias, sino también los malos tratos y desabrimientos que por causa de ella estaba obligado á padecer. Porque la brigadiera no podía sufrir con paciencia esta simpatía.. Se irritaba contra su hija cuando pedía que le trajesen á Miguel sin demora, y mucho más cuando éste, *motu proprio*, se llegaba á darla un beso. Teníale formalmente prohibido el tomarla en brazos, jugar con ella, y en general acercarse cuando no se lo mandasen. Pero nuestro Miguel, desafiando las iras de la brigadiera unas veces, y otras burlando su vigilancia, pasaba largos ratos con ella, haciendo payasadas para verla reir, ó acariciándola buenamente.

Una mañana se hallaba Julita muy arrellanada en su cuna, contemplando fijamente el cielo raso. La niñera la había dejado sola por irse á retozar á la cocina. Su rostro ofrecía una gravedad desusada. Los ojos inmóviles, extáticos; los labios plegados en señal de reflexión; las manos descansando tranquilamente sobre el vientre. Todo parecía indicar que estaba embebida en alguna meditación fantástica. De vez en cuando levantaba un poco la mano y chasqueaba la lengua, lo cual prestaba una melancolía profunda á su meditación. Otras veces decía en voz baja y ronca: «¡upa, upa!» Arrastrada por el torbellino de sus tristísimas ideas, hubiera concluído sin duda por llorar y gritar desesperadamente, si al entornar un poco la vista hacia la puerta no hubiese visto en ella admirablemente peinado y acicalado á su hermano Miguel.

—¡*Michél*, *Michél*!—dijo saliendo de su estupor doloroso y extendiendo hacia él los bracitos desnudos.

Miguel se dirigió á ella mirando á todas partes como un ladrón que teme ser sorprendido. Al instante quedaron los dos confundidos en un estrecho abrazo. Del cual abrazo resultó Miguel completamente despeinado, con la cara llena de baba y sin corbata. Julita la blandía en señal de triunfo.

El muchacho, que había sufrido con harta impaciencia que le asease la doncella, permitió ahora muy complaciente que su hermana le desasease, y acercando á ella los labios, le preguntó bajito:

—Dí, ¿me quieres, mona?

La niña volvió á tirarle de los pelos y á sobarle la cara en fe de eterno cariño.

—¿Á quién quieres más, á mí ó á Tita?

—Michél, Michél—dijo Julita trayéndole hacia sí y dándole un furioso puñetazo en la nuca. Y no contenta con esta clara manifestación, prosiguió con énfasis:

—Tita feya... Michél apo.

Miguel enajenado besó apasionadamente los brazos de su hermanita. Después le preguntó:

—¿Quieres que te coma?

Habiendo asentido Julita con una docena de inclinaciones de cabeza, el chico comenzó á figurar que la comía los brazos, la cara, el pecho, las piernas, en fin, toda su diminuta persona. La niña se deshacía de gozo al verse devorada de tan gentil manera.

—¿Te como más?

Claro está. Julita deseaba que la comiese hasta no dejar rastro de ella. El tigre, así que hubo terminado, descansó algunos instantes sobre la misma almohada de su víctima. Esta todavía se arrancaba la carne del pecho á puñados para ofrecérsela.

—Oyes, Julita, ¿cómo hace el gato?

—¡Mau, mau!

—¡Ca! no es así, verás tú cómo hace.

Y poniéndose en cuatro patas, comenzó á dar vueltas por la estancia, lanzando tales y tan verdaderos maullidos, que Julita quedó suspensa y extática, creyendo tener delante de sí y en realidad un individuo de la raza felina. Como no era cosa de dejar pasar tan oportuna ocasión de dar á conocer sus benévolos sentimientos hacia esta familia, dijo con profunda convicción:

—Mamo, apo.

Miguel vino triunfante á ella, y la dió un beso.

—¿Quieres agua, monina?—le preguntó de repente.

No sabemos qué clase de motivos habrían impulsado á Miguel á ofrecer tan espontáneamente agua á su hermana. Sean los que quieran, lo cierto es que ésta, como no podía negarle nada, aceptó el ofrecimiento. Mas al servírsela el bueno de Miguel, dejó caer sobre la cuna el vaso lleno. La niña estuvo tres veces para llorar y otras tantas para reir. Al fin se decidió por lo último, hallando muy gracioso, aunque demasiadamente húmedo, el chiste de su hermanito. Para recompensar su tolerancia, éste tornó á hacer el gato con más voluntad aún y maestría. Después imitó al perro y al burro menos que medianamente. Al fin, queriendo terminar de un modo digno y brillante sus trabajos zoológicos, propuso hacer la gallina. Todas las antipatías, terrores y resentimientos de Julita se despertaron al escuchar este nombre malhadado.

—¡No... ina no... ina feya!

Pero Miguel, arrastrado del deseo de lucir su habilidad en este nuevo ejercicio, no quiso atender á la negativa y se puso á cacarear de lo lindo en todos los tonos agudos y graves. La niña, agitada, convulsa, con los ojos espantados, gritaba cada vez con más fuerza:

—¡No... ina no!... ¡feya, feya!

Fué necesario terminar. El artista quedóse un tanto mohino viendo despreciados sus esfuerzos.

—Upa, upa—dijo la niña al cabo de un rato de silencio, tendiendo á Miguel los brazos.

—No, no te levanto, que riñe mamá.

—¡Valiente cosa me importa á mí que riña mamá!—dijo la niña; esto es, debió decirlo. En realidad no hizo más que repetir con un gesto que no daba lugar á réplica:

—¡Upa, upa!

Miguel se sometió. Cuando la tomó en brazos hallóse con que estaba hecha una sopa. ¡El maldito vaso! Al pensar en su madrastra se le puso la carne de gallina. Fuese porque tal pensamiento le privara repentinamente de las fuerzas, ó porque nunca las hubiera tenido muy hercúleas, es lo cierto que al sacarla de la cuna, sin saber cómo la niña se le deslizó de los brazos y cayó dando un fuerte porrazo con la barba en la barandilla.

¡Oh Dios clemente! ¿qué pasó allí? La sangre de Julita corrió en abundancia. Los gritos se oyeron en media legua á la redonda. Acudió la servidumbre, y el portero, y los vecinos, y los guardias municipales de la calle, y el médico de la casa de socorro, y la guardia del Principal, fuerza de artillería y carabineros, y lo que es aún más espantable que todo esto... acudió la brigadiera.

En la misma noche el consejo de guerra, presidido por aquélla, condenó al reo nombrado Miguel Rivera á seis años de presidio con retención, que debían purgarse en un edificio grande, feo y sucio, sito en la calle del Desengaño, donde se leía con caracteres borrosos este rótulo: *Colegio de 1.ª y 2.ª enseñanza bajo la advocación de Nuestra Señora de la Merced.*



VI

Tan sucio era aquel caserón por dentro como por fuera. La enseñanza y el alimento que se daba correspondían muy bien con el local. El fundador y director del establecimiento era un excoronel de artillería, andaluz y amigo de la familia Guevara. Por eso Miguel había ido á dar allí con sus huesos. El tal coronel, llamado don Jaime, había salido del cuerpo por un asunto de honor en que el suyo no había quedado bien parado. Tuvo algunas palabras con otro oficial de ingenieros, nombráronse los padrinos, y cuando llegó la ocasión de formalizarse el desafío, nuéstro D. Jaime se achicó y dió toda clase de satisfacciones. Los artilleros se ofendieron mucho con esta conducta, dejaron de saludarle, y el coronel al cabo se vió obligado á pedir la absoluta. Por supuesto que los alumnos no sabían palabra de todo esto: antes se tenían formada, de la braveza y esfuerzo de su director, una idea superior á toda hipérbole. No había en el colegio quien no le tuviese por más áspero

y belicoso que Roldán y más denodado que Oliveros de Castilla, y quien no le temblase. El propio coronel había fomentado esta opinión refiriendo á sus discípulos, en los momentos en que el Álgebra les dejaba algún respiro, un sin número de hazañas portentosas y aventuras sangrientas llevadas á término por su mano, ó en cuya ejecución, por lo menos, había tenido parte muy lucida. Además, cuando se incomodaba, y era muy á menudo, acostumbraba á desafiar al muchacho delincuente, y no sólo á él, sino también á toda la cátedra y al colegio entero, lo mismo que hizo el Cid con el pueblo de Zamora.—«¡Hombre, tendría gracia que uztedes ze burlasen de mí!... Nada, zeñores, el que quiera reirze que lo diga francamente. Los hombres han de zer hombres siempre. ¡Que lo diga y le daré una piztola para que nos peguemo un tiro! ¡Y zi viene el papá, ze lo pego al papá, canazto! ¡Y zi viene el hermano, ze lo pego al hermanito! ¡Y zi viene el abuelito, al abuelito! ¿Eztamo?» Los chicos quedaban petrificados de terror.

Había otro profesor para la Geografía y las *Historias* de mediana edad, hombre tímido y pusilánime hasta el exceso, que ganaba el sustento suyo y el de su madre y hermanas con grandísimo esfuerzo, corriendo todo el día de un colegio á otro, dando además lección particular en algunas casas y cantando de tiple en las funciones religiosas. Llamábase D. Leandro. Era de estatura baja y bajo también de color, con grandes ojos negros y dulces que pedían misericordia. Andaba siempre vestido de negro y cuidadosamente rasurado, como convenía á su estado semisacerdotal. Poco le faltaba para gastar corona. Daba lecciones de música á los alumnos que la pagasen, y era en lo que más se placía. Todo su amor y pasiones se cifraban en el arte. No tenía grandes facultades para él, bien lo sabía y no se avergonza-

ba de confesarlo; pero lo amaba platónicamente, y adoraba á quien brillase cultivándolo. Hablarle á él de los grandes maestros y aun de los pequeños, era verle caerse boca abajo como un indio en presencia de sus ídolos. También dibujaba un poquito, muy poquito; pero en secreto. En cuanto le mirasen fijamente se ruborizaba. Cuando por casualidad hablaba con una mujer, tenía los ojos puestos en el suelo.

El profesor de Psicología, Lógica y Ética era el reverso de éste. Pedante, charlatán sin pizca de sustancia, procaz de palabra y de obra, y colérico cuando se creía denigrado. No llegaba á los treinta años de edad y habia hecho ya nueve ó diez oposiciones á cátedras sin resultado alguno. Sólo una vez había obtenido un segundo lugar. Fuera de los momentos en que estaba sentado en cátedra, no hablaba de otra cosa; oposiciones por arriba y por abajo. Conocía los nombres de todos los catedráticos de España, de instituto y de facultad, sabía cómo habían ingresado en el profesorado (casi siempre por intrigas según él), llevaba la cuenta exacta de todas las cátedras vacantes y aun de las que iban á vacar, las que tocaban á turno de oposición ó á concurso, los tribunales que se habían nombrado desde diez años hasta la fecha, y calculaba los que podían nombrarse en lo sucesivo, y mejor aún los que le convendría que se nombrasen. A pesar de sus ínfulas, era un gorrón que se dejaba regalar tabaco, alfileres de corbata y hasta tal cual peseta por los alumnos. Llamábase D. Benigno, pero éstos le apodaban Pppsicología recalcando mucho la p, como él acostumbraba á hacer.

El catedrático de Física é Historia natural, Sr. Marroquín, era un antiguo republicano de barricada, que había perdido la plaza de auxiliar en el Instituto de San Isidro por sus ideas políticas y religiosas. En toda Es-

paña no había hombre más heterodoxo que él. No creía ni en la madre que le parió. D, Jaime, que no era intolerante, y la prueba es que lo sostenía en su colegio, le había prohibido, no obstante, que hiciese alarde de sus ideas, contrarias á toda religión positiva, delante de sus discípulos.—«Amigo Marroquín, no zea uzté balzamina en zu vía; too eztamo enteraos de que eso de Dios y los santo son armas al hombro; pero si los papá y laz mamá quieren que zuz hijos lo crean, ¿qué lez va uzté á hacé? Ojo, pues, con el pico, ¿eztamo? No vaya á atufárseme D. Juan (D. Juan era el cura), y tengamos un lío.»—Por instinto de conservación, que tarde ó nunca abandona ni aun á los enemigos de Dios, procuraba Marroquín refrenarse: pero con mucho trabajo lo conseguía. Halló un medio ingenioso de manifestar su rencor al Ser Supremo sin comprometerse, y fué la preterición. Ni por casualidad se le escapaba el nombre de Dios. En reemplazo suyo decía siempre la Naturaleza, y cuando algún chico lo nombraba, solía rectificarle suave y disimuladamente, diciendo:—«Eso es, las fuerzas de la naturaleza, perfectamente.»—Era hombre de complexión recia, hirsuto como un jabalí (así le llamaban en el colegio), le salían los pelos hasta por debajo de los ojos, firmes y erizados como púas; los de la cabeza andaban siempre revueltos y aborrascados por la imposibilidad absoluta de domeñarlos, y los gastaba largos para que mejor se observase. Pues no diremos nada de las cerdas que le salían por las manos y las muñecas, que podían competir muy bien con las de los cepillos más ásperos. Cuando Marroquín escribía, uno de los trabajos mayores era pelear con aquel vello de la muñeca, que le borraba á lo mejor los renglones. No tenía otro remedio que metérselos á cada momento debajo del puño de la camisa; pero á veces se impacientaba

terriblemente. ¡Estos pelos indecentes! Y se arrancaba con rabia un puñado de ellos. «Tantos pelos tiene en el alma como en el cuerpo», decía de él el capellán del colegio con sorda cólera. No estamos conformes con este juicio. Marroquín era un pobre diablo, no exento de las pasioncillas que atormentan á los humanos, tales como la envidia, la lujuria, la gula, pero no en más alto grado que la mayoría de ellos. Sin embargo, erraba mucho en echárselas de austero y hombre acrisolado, rompiendo en presencia de los discípulos tarjetas de recomendación y tratando con afectado desdén al hijo de algún título, porque en realidad estaba muy lejos de serlo, y de ello tenemos datos inconcusos.

Enemigo irreconciliable de éste era el capellán don Juan Vigil, director espiritual de los alumnos, maestro de doctrina cristiana, y catedrático de latinidad y retórica y poética. Es persona tan notable desde varios puntos de vista, que de ella nos ocuparemos con alguna detención más adelante. Sólo diremos ahora que era hombre de cuarenta años de edad, rubio, pálido, de pocas carnes y no muy apretadas, de mediana estatura y grandes extremidades. Después del director, la persona más influyente en el colegio. Dormía dentro de él, y aun se decía que tenía alguna participación en las ganancias.

Además de estos personajes principales, había algunos otros secundarios. Un maestro de primeras letras, un pasante, un inspector, dos criados, una cocinera, una doncella de labor y una planchadora.

El régimen interno del colegio no era un modelo de orden y disciplina. El director se cuidaba poco de él. Decíase que tiraba de la oreja á Jorge en el casino, y tal vez fuese cierto. Lo indudable era que las cosas casi nunca andaban bien, que más de cuatro veces faltó dinero en la caja para pagar al almacenista, y que á

los profesores se les adeudaban casi siempre tres ó cuatro meses de sueldo. A pesar de esto, D. Jaime tenía suerte: no se le marchaba un chico. El colegio siempre lleno. Tal vez contribuyese á ello su mismo desorden, que tenía algo de patriarcal. Aquella amable indisciplina era muy del gusto de los niños. Aunque la comida era de inferior calidad, no estaba tasada ni había gran rigor en las horas. Si un chico tenía hambre, bajaba á la cocina, pedía pan y queso, y sin inconveniente alguno, se lo daban, y si la cocinera, de natural francota y bonachona, estaba de humor, hasta le freía un huevo ó una magra. Cuando D. Jaime «estaba en fondos», los *gaudeamus* se sucedían en el colegio; variedad de postres, vino de Jerez y hasta se improvisaba una que otra merendeta en el campo. D. Jaime era muy aficionado á pintar paisajes, muy malos, eso sí, pero que no por eso dejaban de ser celebrados por discípulos y profesores. En cambio, si se daban *bizcas* y el bolsillo se desmayaba, adiós confites y la mantequilla del chocolate y las copitas á las once. Nadie comía más que lo estrictamente indispensable para no fenecer de hambre. Además, aquellos días no había quien dirigiese la palabra á D. Jaime, ni aun le mirase á la cara. Los castigos eran más frecuentes. El palo andaba listo y la sopa perezosa. Hay que confesarlo, porque es la pura verdad, los únicos progresos literarios y científicos dcl colegio de la Merced se hacían en estos días de crisis monetaria.

La llegada de Miguel no causó efecto alguno, ni en profesores, ni en discípulos. Un niño más, y bien atrasadito por cierto. Sin embargo, no tardó en llamar la atención de unos y de otros por su condición inquieta y ruidosa. En cuanto tomó confianza, y le bastaron pocos días, mostróse tan travieso, tan turbulento, que los maestros comenzaron á murmurar y á tenerle sobre ojo, y los

alumnos á contar con él para todas las jugarretas. Don Jaime dijo que aquel chico «era de la piel del diablo y había que apretarle un poco los tornillos». El cura, aficionado á los motes, le puso por sobrenombre *Bullita*, y por él se le conoció mucho tiempo en el colegio Á pesar de esto, no despertó rencores ni antipatías. Había en su rostro expresivo cierta nobleza que atraía generalmente, y en sus travesuras nunca dejaba de hallarse alguna gracia. Así que los profesores, aunque le castigasen con dureza, no dejaban muchas veces de reirse y de celebrar al hallarse reunidos «la buena sombra de aquel muchacho». El único que le odió cordialmente desde su entrada fué el famoso *Ppsicología*, el eterno y asendereado opositor. Por supuesto que el odio fué recíproco al instante, y que Miguel no perdonó medio humano de vejarle y tenerle en continuo sobresalto. Cuando iba á pronunciar la palabra *Ppsicología*, nunca dejó en su vida de prepararse con cierta tosecilla, que hacía inmediatamente sonreir á los compañeros. Los castigos que por esta broma hubo de padecer, no son para contados. Pasaba casi todas las horas de recreo encerrado en unas jaulas de madera con rejas de hierro que D. Jaime había hecho construir en el patio para los delincuentes. Sobre estas jaulas, y debido á la inventiva de *Pppsicología*, se habían puesto grandes cartelones con nombres de animales. En uno decía *Hipopótamo*, en otro *Rinoceronte*, en otro *Bucéfalo*, en otro *Mastodonte*, etc., etc. Miguel recorrió innumerables veces la fauna moderna y la antediluviana, pero ya no le daba bendita la vergüenza. Se distraía el tiempo de prisión tocando la trompeta con los puños, hasta que venía el inspector á hacerle callar. Los chicos, de quienes era querido, solían traerle los postres que les sobraban, ó bien cigarrillos, ó cualquiera

otro entretenimiento para que no lo pasase tan mal.

No por virtud de los castigos y reprensiones, sino por otra causa muy distinta, la conducta de Miguel reformóse algún tanto durante una temporada de varios meses, á los dos años próximamente de hallarse en el colegio. Fué el amor quien operó este cambio, si merece tal nombre la afición prematura que le prendió por la planchadora del colegio. Había establecido ésta en su cuarto de trabajo, situado en la guardilla, una tertulia donde acudían algunos niños en las horas de recreo. Contábales historias maravillosas mientras repasaba la ropa blanca ó la aplanchaba. Desde un día que subió casualmente aficionóse tanto á ellas, que comenzó á acudir asiduamente para escucharlas. Sentado á los pies de la narradora, con la cabeza apoyada en sus rodillas, pasaba admirablemente las horas, embebecido y suspenso. Por delante de sus ojos desfilaron las aventuras estupendas de *Los doce pares de Francia*, la historia de *Aladino ó la lámpara maravillosa*, la de *Flores y Blanca Flor*, «su descendencia, amores y peligros que pasaron por ser Flores moro y Blanca Flor cristiana», la de *Pierres de Provenza y la hermosa Magalona*, la de *El esforzado Clamades y la hermosa Clermonda*, ó sea *El caballo de madera*, y otras muchas interesantísimas, donde la virtud sale triunfante y el vicio corrido. Sabida de todos es la particular inclinación que tienen las planchadoras á ver á los buenos ricos y felices y á los malos abatidos y miserables. Miguel participó muy pronto de estas ideas. Y aunque la bella narradora agotó prontamente el repertorio de sus fábulas, cada día las escuchaba con más atención y deleite. Fuerza es confesar, como ya indicamos, que algo, bastante y aun mucho influía en su atención el placer que empezaba á sentir contemplando la vigorosa y agraciada

figura de Petra (así se llamaba). Llegó á admirarla como un bruto. El ideal de la belleza se encarnó para él en sus carnes frescas, sonrosadas y un tanto crasas.

El cuarto de la planchadora era una verdadera estufa en las tardes de verano. La proximidad del tejado, lo bajo del techo y la hornilla encendida se conjuraban para hacerlo intolerable. No obstante, Miguel encontrábase allí como el pez en el agua. La mayor parte de las tardes, cuando llegó esta época, se las pasaba nuestro héroe mano á mano con el *ideal*, sin que nadie viniese á turbarlo. Los tertulianos de la guardilla desertaban hostigados por el calor. El *ideal* se mostraba en su posible desnudez, los brazos remangados hasta el sobaco, el liviano pañuelo de percal arriado hasta donde el pudor empezaba á gritar con fuerza. El mórbido cuello relucía con el sudor, las mejillas se inflamaban y los negros y mal peinados cabellos caían en crenchas sobre la espalda y en rizos sobre la frente salpicada también de menudas y brillantes gotas de agua. Ahumaba la planchadora, ó por mejor decir, despedía un vaho sutil y punzante que Miguel aspiraba embriagándose sin darse cuenta de ello.

Cuando no venían otros chicos, Petra no se decidía á malgastar sus talentos de novelista, y se dedicaba con alma y vida á la tarea que se le había encomendado. El hijo del brigadier seguía con atención profunda, como un aprendiz que desea imponerse pronto en el arte, las manos de la bella. Algunas veces le daba á ésta por hacerle un sinnúmero de preguntas, enterándose de todos los pormenores de su vida. Los disgustos de Miguel con su madrastra la enternecieron sobremanera, y se desató en injurias contra ella, diciendo que no tenía corazón y que era peor que las fieras de los montes. Después alargó su diatriba á todas las señoras.—«Mira, Mi-

guelito, que te lo digo yo; ninguna señora sabe lo que es conciencia. Tienen el corazón más duro que una piedra. Si es caso, vale más una pobre de la calle que todas esas señoras con su colorete y su ringo rango... No llevan nada que no sea postizo: el pelo, el color, los dientes... y otras cosas que no quiero decirte porque eres todavía pequeño... Pocas gracias que sean bonitas de ese modo... ¡Anda, anda!... ¡pues si las pobres nos pusiéramos todos esos perendengues!... Pero más vale lo natural, ¿no es verdad, Miguelito? ¿Llevo yo polvos de arroz? ¿llevo colorete? ¿eh?... Toca, toca lo que quieras... frota bien (Miguel frotaba con mano temblorosa). Y á pesar de eso, no cambio mis colores por los de ninguna de esas señoritas tísicas que van al Prado en carretela...»

El hijo del brigadier asentía incondicionalmente á estas atrevidas proposiciones. Quizá las llevase en su pensamiento más allá que la misma interesada. La verdad es que la admiración de Petrarca por Laura y la de Dante por Beatriz eran nada en comparación con la apasionada y vehemente que nuestro chico profesaba á la planchadora. La admiraba sin comprender que la naturaleza pudiese formar otro ser que rivalizase con ella. Todo lo encontraba hechicero, desde sus cabellos, un tantico revueltos, hasta sus pies, nada breves y nada bien calzados. Petra, que al principio no había reparado, concluyó por fijarse en aquel niño que tan asiduamente la visitaba, y vencida de su constancia ó por ventura halagada por la adoración que en él veía, le demostró algún afecto. Un día que estaban solos, como Miguel la mirase desde su taburete hasta comérsela con los ojos, le dijo con sonrisa burlona y placentera á la par:

—¿Por qué me miras tanto, Miguelito?... ¿Te gusto?

La vergüenza y la confusión se apoderaron del chico. Se puso como una cereza y concluyó por llorar desconsoladamente como si le hubiese dicho alguna injuria. Petra le consoló y le mimó, dándole algunos besos, que fueron los hierros con que le esclavizó para siempre.

De allí en adelante mostróse muy benévola hacia él. Le cosía con esmero cualquier rotura que hubiese en su vestido; le pegaba los botones y le arreglaba la corbata. Cuando venía despeinado, con sus propios peines le aliñaba el pelo. Miguel vivía entre los bienaventurados. El roce de aquellas manos en su cabeza le producían espasmos de dicha, y el perfume de la pomada de heliotropo que la planchadora usaba causábale una embriaguez dulce y feliz como no volvió á sentirla jamás en su vida.

Es condición precisa de las planchadoras, y también de las que no lo son, hacer con gusto el papel de ídolos y propender á la dominación. Petra, dejándose adorar, adoptó cierta actitud protectora y maternal. Se interesó vivamente por todo lo que á Miguel concernía, revolvió su baúl, contó las camisas y los pañuelos, fué depositaria del dinero que le daban. En una palabra, se hizo cargo por completo de la dirección de sus negocios, tanto morales como económicos. Las pocas cartas que el muchacho recibía leíalas ella de cabo á rabo, y frecuentemente dictaba la respuesta. Cuando le castigaban, le llevaba la comida á la prisión. Algunas veces llegó por su propia autoridad á levantar el castigo, y lo que aún es más grave, á recriminar al profesor que se lo había impuesto.

Por la pendiente de la soberanía se llega muy pronto al absolutismo. Petra empezó á mandar en Miguel como en cosa propia, y á dictarle reglas de conducta

para todos los actos de la vida, haciéndole estudiar á su lado el tiempo que juzgaba necesario y prohibiéndole los juegos cuando lo creía oportuno. Porque perdió dos pañuelos en pocos días, tomó la resolución de cosérsele al bolsillo. Tenía que darle cuenta del empleo de todos los momentos:—«¿Qué has hecho después de salir de clase? ¿Con quién estabas hablando en el patio? ¡Cuidado que vuelvas otra vez á subirte al pasamano de la escalera! No andes más con Pepito; no me gusta ese chico. Ya me han dicho que ayer no has sabido la lección. ¿Qué haces el tiempo que estás en la sala de estudio? Por de contado, enredar. ¡Si te tuviese siempre á mi lado, andarías un poco más derecho!»—Llegó á reprenderle duramente las faltas como si tuviese sobre él autoridad. Miguel temblaba cuando subía al cuarto de la guardilla con el pantalón roto, lo mismo que cuando iba á ver á su madrastra. Mas en cambio de estos apuros tenía compensaciones. La planchadora se mostraba amable y generosa á ratos. Algunas veces le levantaba entre sus robustos brazos y le tiraba al aire volviendo á recogerle; le daba vivos y sonoros besos; le llamaba pichoncito, rico mío, querido, y le estrechaba con tal fuerza contra su seno, que andaba cerca de asfixiarle. Era nuestro héroe ya muy hombre, y todavía al recordar estos abrazos experimentaba una dulzura inexplicable.

Desgraciadamente, como sucede casi siempre, Petra se desvaneció con el poder. En vez de mantener su dominio en los límites discretos y convenientes, empujólo presto hasta los últimos extremos, convirtiéndolo en un despotismo escandaloso y repugnante. Miguel pasó al cabo de algunos meses á ser su paje de cola: «Miguel, tráeme las tenazas.—Miguel, echa carbón en la hornilla.—Miguel, corre á pedir á la cocinera agu-

ias.—Miguel, abre esa ventana». El hijo del brigadier se apresuraba á cumplimentar estas órdenes como el caballero que busca ocasión de festejar á su dama y ansía mostrarle su rendimiento. La dama recibía el homenaje sin pestañear, cual si le fuese debido. Poco á poco empezó á mostrarse impertinente y descontentadiza: «¿Cómo has tardado tanto, chico?—No es eso lo que te pido, hombre, no es eso, ¡parece que estás en Babia!—¿Dónde tienes los ojos? ¡tonto, retonto!—¡Me estás consumiendo la paciencia, chiquillo!» Nuestro muchacho llegó prontamente á ejecutar los oficios más viles. La planchadora se complacia en tenerle horas enteras abanicándola mientras trabajaba, en obligarle á dar lustre á sus zapatos y en general en proporcionarle todos los oficios de un consumado *negrito*. Pero él los desempeñaba con gusto. Después de todo, era el favorito y nadie le disputaba este título. La sultana, aunque cada día más altiva y desdeñosa, todavía le consentía apoyar la barba en su regazo y contemplarla largos ratos fijamente. Aquellos ojos ardientes y ávidos demandaban tímidamente una caricia. Petra era cada vez menos expresiva. Pero aunque de mala gana y con semblante hosco, aún se dignaba hacérselas.

La verdad es que se iba cansando del chico. La adoración ferviente sin límites que éste la tributaba, llegó á empalagarla. ¡Tal es la condición humana! Este cansancio manifestóse en frecuentes enojos y desabrimientos, sin motivo alguno la mayor parte de las veces. Mostrábase amable con todo el mundo menos con Miguel, para quien reservaba tan sólo su mal humor. Esto le hizo padecer bastante, y aun conmovido por sus desprecios y reprensiones, lloró lágrimas amargas que la planchadora concluía por enjugar con el pañuelo. Acariciaba, mas le hacía pagar las caricias: «¡Aho-

ra le da el sentimiento al niño! ¡Quieres callarte, tontuelo! ¿Te figuras que estoy yo aquí para templar gaitas? ¡Bueno, bueno, ya empieza el lloriqueo!» Con estas y otras tales expresiones abría la llave de las lágrimas que su mano trataba de secar. Mas no pararon todavía aquí las cosas. Un día trasladando Miguel una cesta con ropa aplanchada de un sitio á otro, la dejó caer al suelo y se manchó una buena parte. Petra, hasta entonces, en sus más fuertes enojos no había hecho más que cogerle por el brazo y sacudirle. Ahora le dió una soberbia bofetada que le encendió el rostro. En vez de ponerlo en conocimiento del director, ó por lo menos marcharse y no subir más al cuarto, como aconsejaba su dignidad, contentóse con llorar perdidamente. ¡Y bien perdido quedó desde entonces! Petra, para resarcirle, le hizo caricias muy exquisitas, con lo cual dió por bien empleado el bofetón y se dispuso á recibir todos los que en adelante aquélla fuera servida darle. Como así acaeció en efecto. Las reprensiones comenzaron á ir casi siempre con acompañamiento. Segura ya de que se aceptaban los golpes, no los escaseó; mas por una contradicción, bien explicable por cierto, desde que comenzó á dárselos, le mostró al mismo tiempo mayor afecto. Tan suyo le consideraba, tan pobre y miserable le veía á sus pies, y tanto le sorprendió su paciencia, que no es mucho si después de una buena granizada de mojicones, le otorgase algunas pruebas de afecto. El muchacho se creía bien indemnizado recibiéndolas. Lejos de apagarse el fuego de su pecho, creció y se sobresaltó hasta lo sumo. Era una pasión encarnizada, furiosa, bestial, como sólo existen en esa edad en que los sentidos amanecen. Los hombres pueden hablar cuanto gusten de sus pasiones, los poetas y novelistas exaltar la violencia de las de sus héroes como

plazca á su fantasía. Nada es comparable á la afición concentrada, fija y ardiente que alguna vez despiertan en el alma y en el cuerpo de un niño los atractivos de una planchadora. Miguel despreciaba en el fondo de su corazón á Petra. Con la precoz viveza de comprensión de los niños cortesanos, no se le ocultaban sus defectos ni el despreciable papel que desempeñaba cerca de ella; pero una adoración ciega y frenética que le hacía soñar noche y día, le tenía fatalmente encadenado. Los malos tratos de su ídolo, eran un aliciente que comunicaba sabor más exquisito á los deleites que disfrutaba. Aquella dependencia absoluta en que estaba, aquel temor y zozobra en que vivia, ejercían sobre él cierta suave fascinación, un encanto irresistible. Después de gustarlo, por nada en el mundo quisiera que su dueño cambiase de condición y templase sus rigores.

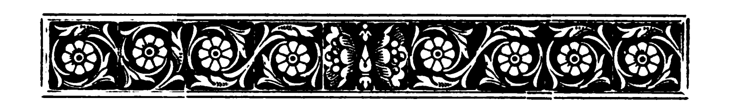
Ni se crea tampoco que los castigos de Petra le produjesen mucho dolor. Al principio le hicieron llorar, más por la humillación que por su efecto físico; pero más tarde halló en esta misma humillación una nueva fuente de dulces y halagüeños placeres. Y desde entonces, no sólo los sufría con resignación, pero aun llegó á provocarlos con astucia, contrariando á su terrible dueño hasta verlo fuera de sí. ¡Oh, cuando se irritaba, era Petra una mujer realmente hermosa! Sus mejillas se coloreaban fuertemente, los labios se encendían, las narices se dilataban, los ojos adquirían una expresión de olímpico orgullo, y todo su cuerpo se estremecía al soplo de la ira. Miguel permanecía aterrado, y al propio tiempo embelesado ante ella. Cuando la iracunda planchadora le estrujaba entre sus manos, sentíase poseído de espanto, de amor, de respeto y de gozo, lo mismo que los héroes de la gentilidad cuando incurrían en el desagrado de alguna de sus diosas, tan bellas

como terribles y vengativas. Caía de rodillas á sus pies pidiendo perdón, y se los abrazaba y besaba temblando de terror y voluptuosidad. La diosa, vencida de tanta humildad, solía tenderle una mano y levantarle haciéndole jurar que no volvería más á quebrantar sus preceptos.

Finalmente, también llegó á aburrirse la regia planchadora de ejercer un mando tan despótico; que la mujer, como dicen los que filosofan acerca de ella en las mesas de los cafés, es más feliz dejándose dominar que dominando. El pobre Miguel la cansó y apestó de tal manera, que vino á cobrarle verdadero aborrecimiento. Apenas se pasaba día sin que no le arrojase de junto á sí con algún insulto que iba á clavársele en el corazón. En no pocas ocasiones le cerró la puerta ó le tuvo aguardando horas enteras para dejarle entrar. Coincidió este desvío con frecuentar el cuarto de la guardilla un nuevo muchacho de los años de Miguel, pero gordo y crecido, y tan rubio y blanco como una inglesa. El reciente tertuliano rindió pleito homenaje á la planchadora, y comenzó á visitarla con asiduidad. ¡Ah miserable Miguel! En un instante perdió hasta las pocas migajas de favor que le quedaban. El chico gordo quedó alzado sobre el pavés á los pocos días y proclamado favorito exclusivo, dueño absoluto del cuarto de la plancha y sus alrededores. No obstante, Miguel insistió en acudir á él por las tardes, sin obedecer las órdenes de Petra, que formalmente se lo había prohibido. Un día entró nuestro niño muy descuidado. La traición le acechaba. De entre las faldas de la planchadora salió repentinamente el nuevo favorito y cayó sobre él con el ímpetu y rabia de una fiera; arrojóle al suelo y comenzó á golpearle con tal furia, que en pocos minutos no le dejó sitio en el rostro sin su correspondiente se-

ñal. Mientras duraba el vapuleo, Petra lo contemplaba riendo, ¡que á tal grado de fiereza llevó su despego! Molido, deshecho y ensangrentado bajó nuestro Miguel, y al verlo en tal estado dióse parte al director. El cual, enterado del suceso y sospechando lo demás que en el cuarto de la guardilla ocurría, tuvo á bien prohibir, bajo penas severas, que ningún chico pusiese los pies en la guardilla, ¿eztamo?





VII

Aquel chico gordo, rubio y tan espigado que aporreó al hijo del brigadier, tenía un nombre sonoro y aristocrático, Pedro Mendoza y Pimentel. Era en el fondo un muchacho excelente, tranquilo, amable, inofensivo. Si había cometido aquella vileza fué solamente por instigación de la planchadora. A los pocos días, arrepentido sin duda, procuró hacer las paces con Miguel. Este, que no era rencoroso, le perdonó fácilmente y le aceptó por amigo. En poco tiempo llegaron á ser íntimos. No poco contribuyó á estrechar esta amistad por parte de nuestro héroe la ojeriza injustificada que el cura había tomado á Mendoza, y que le hacía padecer bastante. Mendoza era en la clase de D. Juan el blanco de todos sus donaires y el hazme reir de los chicos. Llamábale alternativamente *brutandór* ó *parisiense*. El primer mote, como la palabra misma indica, porque le tenía por el mayor majadero que comía pan; el segundo, porque era muy pulcro, aficionado á vestir á la moda y á lle-

var esencias en el pañuelo. Aquella vaya continua, aquel martilleo, parecíale muy pesado á Miguel. El pobre Mendoza no hacía en clase nada que no fuese tuerto. En todo hallaba motivos el cura para soltar una cuchufleta ó un sarcasmo que hacía prorrumpir en carcajadas á los alumnos. Cuando le sacaba al medio para traducir, ya sabían todos que había jarana para rato.

La verdad es que el pobre Mendoza no era de los más despiertos, pero no se podía negar que estudiaba y trataba de cumplir con su deber, y que solamente por capricho ó por algún sentimiento menos digno el cura se ensañaba con él. Miguel le compadecía de veras. Si carecía de inteligencia para aprender y explicar bien las lecciones, la culpa no era suya. Así que cedió en seguida al ruego que le hizo poco tiempo después de trabar amistad con él de estudiar juntos y ayudarse á «sacar las composiciones». Y como Miguel era de comprensión rápida y expedita, aunque un poco aturdido, no fué pequeño el servició que le prestó. Tanto, que al verle traducir con más facilidad, y al examinar sus temas mejor concertados, el cura no salía de su asombro: «¡Brutandór, parece que la Providencia ha querido al fin, mandarte un rayo de sentido común; alabada sea ella!» El capellán, aunque presumía de perspicaz, no dió en la razón de este favorable cambio hasta pasados algunos meses. Cuando al fin averiguó que las composiciones y las traducciones se sacaban con ayuda de vecinos, no quisiera equivocarme, pero tuvo un verdadero alegrón, porque veía confirmado su juicio: «¡Hola! ¿Con que Bullita se ha dignado tenderte su mano protectora? ¡Oh, generoso niño! Ven aquí, Bullita... declíname *generosus puer*... y tú, Brutandór, declíname *asinus*... á un tiempo». Y en verlos ir declinando á voces

formando algarabía holgábase D. Juan y se divertía la clase.

Este capellán era hombre bastante original. Miguel tuvo ocasión de conocerle muy bien, porque le mostró predilección desde el principio, aunque no dejaba por eso de castigarle duramente y á menudo. En los últimos años de la segunda enseñanza llegó á ser su favorito y hasta le trajo á dormir á su mismo cuarto. Le hizo algunas confidencias, y gustaba de charlar con él, ó, más propiamente, murmurar del personal del colegio, lo mismo del masculino que del femenino. Tenía un amor propio exagerado. Presumía de todo lo que un hombre puede presumir, hasta de guapo, pero muy singularmente de forzudo, aunque no lo era gran cosa. Nada había que le placiese tanto como enseñar los músculos del brazo y los tendones y ponerlos contraídos y tiesos. Los demás eran hombres afeminados por los vicios. Sólo conservándose puro como él, no bebiendo más que agua, no tomando café y huyendo de las *porcuzas* (las mujeres), se podía llegar á tal robustez, energía, ánimo y hermosura.

No obstante el cariño que Miguel tenía á su amigo Mendoza, no dejaba de jugarle algunas malas pasadas. Había notado que el capellán era muy aficionado á las palabras terminadas en amen, emen, imen, omen y umen, y que experimentaba cierto deleite pronunciándolas. A cada momento decía examen, ó resumen, ó dictamen, y á veces traía poco á propósito algunas raras, y que no eran muy castellanas, como el velamen de los barcos, el cacumen, etc. Pues bien; preguntándole un día á Mendoza cierto punto que no traía el libro, Miguel, que estaba á su lado, le dijo rápidamente al oído: «Dí que no lo trae el *textumen*». El infeliz, que estaba atortolado, lo repitió sin fijarse, y... ¡aquí fué ella!

D. Juan, pensando que uno y otro se burlaban de él, les dió á entrambos una corrida de mojicones, que por poco les arde el pelo. Miguel lloraba y reía á un mismo tiempo. En otra ocasión, el hijo del brigadier, que dormía en la misma sala que Mendoza, se levantó por la noche, y con un pedazo de nitrato de plata que se había procurado, le pintó las manos mientras se hallaba dormido. Al día siguiente Mendoza le preguntó muy apenado lo que serían aquellas manchas. Miguel quedóse grave y pensativo, y le respondió:—«Mientras estén en las manos, me parece que no tienen mucha importancia; pero oí decir á mi padre que si salen en la cara es muerte segura, porque manifiestan que la sangre está corrompida. Un tío mío se murió de esa enfermedad». Con estas noticias se quedó Mendoza más apenado aún. Por la noche no dejó Miguel de pintarle tres ó cuatro manchas en el rostro, con lo cual, al verse por la mañana en el espejo, comenzó á dar tales gritos y á proferir tales lamentos, que acudió el director y algunos profesores. Enterados del caso y hechas las correspondientes averiguaciones, se le impuso á Miguel un severo castigo. El capellán, que sabía la amistad que ambos chicos mantenían, salió de la sala diciendo;—«Tanto quiso el diablo á su madre, que al fin la sacó los ojos».

Sin embargo, la amistad seguía inalterable. Mendoza le perdonaba al instante estas y otras bromas. Miguel, que no las llevaba á cabo con intención malévola, sino por el afán irresistible de reirse, le pagaba su paciencia «sacándole los significados» y metiéndole en la cabeza las lecciones. Y eso que Brutandór, según todas las señas, continuaba siendo el favorito de la planchadora. Pero á Miguel ya se le había pasado aquella prematura inclinación amorosa, y no se le daba un

blédo por el antiguo objeto de sus ansias. Este burlaba las órdenes perentorias del director, llevando á Mendoza á su cuarto, si bien con secreto. Y digo que era ella y no éste quien las burlaba, porque el muchacho nunca hubiera osado hacerlo si no fuese porque ella le obligaba. Al fin tanto miedo tuvo de que el terrible coronel lo supiese, que con precoz sentido determinó separarse de aquel devaneo que no le convenía y no subir más al cuarto de la planchadora. Miguel le dió por ello la enhorabuena. Petra le persiguió todavía algún tiempo; pero el nuevo Teseo se hizo el sordo y la dejó abandonada. No lo estuvo mucho tiempo, sin embargo, porque el demagogo Marroquín comenzó á romper con desusada frecuencia los botones de la levita y el pantalón, y con la misma frecuencia á subir á su morada buscando remedio para tales desperfectos. Y era lo extraño que aunque Petra era expedita y tenía la mano larga para el trabajo, nunca tardó menos de media hora en pegar un botón á Marroquín ó en coserle el más insignificante *siete*.

Estos retrasos injustificados comenzaron á notarse en el colegio. Los chicos se pusieron en observación y al instante se propalaron entre ellos mil especies, absurdas unas, verosímiles otras, pero todas graciosas. Uno decía que había visto á Marroquín por el agujero de la llave, de rodillas delante de Petra y besándola una mano lo mismo que un caballero andante. Otro le había visto pellizcarla un muslo al pasar por su lado. Otro le había oído decir, estando los dos asomados á un balcón:—«Petra, te amo». Otro, más serio que los demás y más digno de crédito, aseguraba que su criado había visto un domingo á Marroquín en un merendero de las Ventas del Espíritu Santo, mano á mano con la planchadora. Estas noticias volaban por el co-

legio y se comentaban entre risa y algazara. Pero los demás profesores, sus compañeros, no se reían. Estaban indignados. Distinguíase entre todos el cura don Juan, á quien no le faltaba más que esto para aborrecer de muerte al heterodoxo naturalista. Después que éste salía de la estancia destinada á los profesores, entregábase á furiosos comentarios y soltaba toda la bilis que tenía acumulada: «¡Barájoles, si no fuese mirando á Dios, le ponía los cinco dedos en la cara á ese puerco!... ¿Han visto ustedes nunca un hombre más rijoso?... ¡Ese hombre quema por donde pasa, barájoles!... ¡Y luego, con quién va á ensuciarse!... ¡con una porcuza!...» Este desprecio que D. Juan demostraba á Petra no era sincero, según pudo convencerse más adelante Miguel. El odio á Marroquín, sí. Otro de los que expresaban con más calor su indignación era *Pppsicología*. Propuso que se diese parte á D. Jaime y que se arrojase ignominiosamente á Marroquín del colegio. Él se comprometía á desempeñar sus clases hasta fin de curso, mediante una corta gratificación; pero los compañeros se negaron á dar este paso. Al poco tiempo, el mismo *Pppsicología* fué sorprendido por el inspector durmiendo la siesta con la cocinera, una mujerota fea y obesa hasta la monstruosidad, y enterado el coronel, los puso á ambos en la calle, con alegría general de los alumnos por lo que se refería á D. Benigno y con sentimiento en lo que tocaba á la cocinera, que era generosa y amable en sumo grado.

Con este suceso, que llamó extraordinariamente la atención, dejóse en paz al hirsuto Marroquín, «el cual por lo menos sabía guardar las formas», según decía D. Leandro, el tiple de San Isidro. Andando el tiempo se supo que aquél estaba enseñando á leer y escribir á Petra, que después le dió lecciones de Historia, Geogra-

fía, Aritmética, Física é Historia natural, que en seguida la hizo leer la Historia de los Papas y la Inquisición y algunos folletos materialistas, y que después de haberla separado convenientemente de toda religión positiva, la hizo su esposa «ante el altar de la propia conciencia». Pero cuando sucedió esto ya había salido Miguel del colegio.

El carácter del hijo del brigadier nunca pudo modificarse, ni por las buenas ni por las malas. Últimamente ya se había renunciado á corregirle y se le castigaba únicamente cuando las travesuras subían de punto. Todos reconocían que tenía mucha disposición y que si se aplicase sería el número uno del colegio. Desgraciadamente, durante el curso estudiaba poco, y sólo al llegar el último mes apretaba de firme; pero le bastaba para sacar en el Instituto tan buenas notas como el primero. Tampoco era buen guardador de los deberes religiosos. El cura le tenía encerrado muchas veces por hincarse sólo con una rodilla en misa ó pellizcar á los compañeros. Durante el rosario se entretenía en comer castañas y meter las cortezas en los bolsillos de los otros, ó en prolongar la ese del *ora pro nobis* más de la cuenta, ó en cualquier otra irreverencia que solía costarle cara. Cada seis meses confesaba todo el colegio con su director espiritual, quien los preparaba previamente en el estudio de la doctrina cristiana y con un examen de conciencia colectivo. Se hacía en el salón mayor del establecimiento, á fin de que cupieran todos los alumnos. Las ventanas se entornaban para que en la estancia hubiese una luz discreta y misteriosa que convidase al éxtasis y la meditación. Cada cual estaba sentado en una silla formando círculo en torno del capellán, el cual iba leyendo por un libro los diversos pecados que en la vida pueden cometerse y explicán-

dolos en seguida con prolijidad, invitándoles después á recordar si tenían que acusarse de ellos. Reinaba silencio profundo durante algunos minutos. Volvía el cura á leer otro pecado, y así se pasaba casi toda la tarde. «Terminado el examen de conciencia—dijo una vez D. Juan—el niño se prosternará ante una imagen de Jesús crucificado (el cura tendió la vista en torno, y no viendo ninguna, dijo cambiando de tono):—Á ver, Miguel, ve al oratorio y trae el crucifijo grande de madera.» Miguel se presentó en seguida con él en las manos.—«Ponte ahí de frente y levántalo.» Todos se arrodillaron frente al hijo del brigadier, que estaba de pie sosteniendo la imagen. «Terminado el examen, el niño se prosternará ante una imagen de Jesús crucificado y dirá conmigo con el mayor fervor posible: ¡Dios!...» El cura pronunció esta palabra en voz tan alta y plañidera, que Miguel, sin poder contenerse, soltó el trapo de la risa, cayéndole los mocos sobre las manos. Don Juan se indignó tanto, que levantándose de un salto y agarrando la vara de señalar en los mapas, arremetió con él hecho un basilisco. Fué de ver entonces á Miguel correr por la sala y brincar sobre las mesas con el Cristo en alto, perseguido de cerca por el cura, que cuando le tenía al alcance de la vara, se la arrimaba á las carnes no suavemente. Los alumnos que aún viven recordarán seguramente aquel incidente chistoso, que terminó mandando á Miguel al encierro y poniéndose otro chico en su lugar. Al día siguiente por la mañana, iban á confesarse uno por uno al oratorio, y desde allí á comulgar á la iglesia de San Martín.

Los domingos, y también algunas tardes serenas y templadas entre semana, iba todo el colegio de paseo, alumnos y profesores. Marchaban de dos en dos uni-

formados por las calles de Madrid, y salían á menudo por el Salón del Prado hacia Atocha ó por la puerta de Toledo hacia San Isidro. Los transeuntes se detenían un instante para ver pasar aquella comitiva donde abundaban los rostros delicados de cutis nacarado, un tanto pálidos por la clausura y los malos alimentos del colegio. Cruzaban poblando el aire de un murmullo suave, como un enjambre de abejas, más atentos á la conversación que llevaban entablada que á la perspectiva de las calles y á las bellezas del campo. Delante iban los más pequeños, y detrás los mayores. El capellán, el inspector y los demás profesores cerraban la marcha. Cuando llegaban á un paraje solitario y apartado, se hacía alto y se rompían filas. Durante una hora entregábanse todos á los juegos peculiares de la infancia, el salto, la pelota, la peonza, etc. Á veces, los profesores alternaban con ellos en estos juegos y llegaban á interesarse y á herirse en el amor propio. El capellán, principalmente, ya sabemos que se jactaba de sobresalir en toda clase de ejercicios corporales, y creía poseer las fuerzas de Sansón. Así que le pinchaban un poco, se despojaba de los manteos y la sotana y se ponía á dar brincos como un zagal, cogía á los bueyes de las carretas por los cuernos, sacudía los árboles, enseñaba los brazos, levantaba los chicos á pulso y ejecutaba otras prodigiosas hazañas que recordaban las celebradas de Orlando furioso.

Si el director los acompañaba, que no era siempre, había sesión de pintura. Un chico le llevaba la caja, y en cuanto se hallaban frente á un objeto digno de ser pintado (y el coronel no era escrupuloso en la elección de asunto), sentábase en una tijerita formada con el mismo bastón y comenzaba el degüello del arte de Vinci y Rafael. D. Leandro, por su parte, sacando del bol-

sillo la flauta hecha pedazos, y uniéndolos después con esmero, y templándola con pausa, principiaba á atormentar á Rossini y Mercadante, aunque más tímidamente y confesando su indignidad. Los chicos se reunían en torno de uno ó de otro, según sus aficiones; pero los más preferían los ejercicios gimnásticos del capellán. Marroquín, el velloso, no tomaba parte casi nunca en el juego. Prefería apartarse buen trecho de todos y sentarse sobre alguna piedra y entregarse á la meditación. Últimamente había descubierto que el estudio servía de muy poco para ilustrarse. Lo principal era pensar, meditar mucho.

Ya hemos dicho que el cura mostró predilección por Miguel, á pesar de su conducta nada ejemplar. Sin duda la misma travesura del chico le caía en gracia. Además, tenía en mucho sus partes intelectuales y creía de buena fe «que en formalizando llegaría á ser algo de provecho». Cuando hubo un poco de aprieto en el colegio por el excesivo número de muchachos, no tuvo inconveniente en llevarle á su habitación y en que se le armase una cama á su lado. El hijo del brigadier, al principio, no encontró de su gusto este cambio. Prefería la celda formada con biombos en el salón, donde á hurtadillas del inspector, recorría las camas tirando de los pies á los compañeros ó «haciéndoles carteras con las sábanas». Después se halló mucho mejor, cuando el capellán comenzó á tratarle con cierta familiaridad de amigo más que de profesor. Las extravagancias y el carácter de aquél llegaron á hacerle tanta gracia, que no había para él mayor placer que tirarle de la lengua y escuchar. D. Juan necesitaba un oyente á quien exponer los muchos pensamientos que le fatigaban la cabeza, sus teorías, su braveza, sus fuerzas, su higiene y su horror á «las porcuzas». Miguel, que era ya un mance-

bo de quince años, le servía admirablemente para el caso. Á veces el capellán, pensando que hablaba con un hombre ya formado, se deslizaba un poco en ciertas materias escabrosas. Observó Miguel que á pesar de su odio al sexo femenino, D. Juan gustaba mucho de esta conversación y venía á ella con frecuencia. Por las noches, después que se acostaban y apagaban la luz, era cuando se departía largamente acerca de este y otros asuntos. Decíale el cura muchas veces, que había aceptado aquella plaza en el colegio por no ir de párroco á un pueblo, y eso que le habían ofrecido curatos muy lucrativos.—«Pero en un pueblo está uno muy expuesto. No tendría más remedio que tomar ama de gobierno, y eso siempre es comprometido... ¡Cuántos han caído y se han roto las narices!... El que ama el peligro, perecerá en él, dice el apóstol... Figúrate, Miguel, que meto de ama á Petra ú otra así por el estilo, y que una noche la gran porcuza, con mala intención, viene á mi cuarto á llamar.—¿Quién está ahí?—Señor cura, tengo miedo.—¿Á qué tienes miedo, gran yegua?—Señor cura, tengo miedo á los truenos... ¿Y qué hace un hombre en este caso, barájoles? Lo más probable es que uno abra la puerta, y entonces ¡adiós con la colorada!... El hombre más santo mete la cara en el barro y queda perdido para siempre jamás, amén.» Observaba Miguel que cuando el capellán describía tales escenas, nunca dejaba de traer como elemento de ellas á Petra, si bien en calidad de término de comparación. Esto le hizo presumir que todo aquel desprecio que hacia ella afectaba era pura música, y que la gentil planchadora obraba sobre su corazón la misma mágica influencia que sobre otros muchos del colegio. Y entonces penetró también la razón del odio profundo que Marroquín le inspiraba de algún tiempo á aquella parte, y hasta de la antipatía hacia

Mendoza, de quien todos los alumnos creían que estaba Petra enamorada. Rióse no poco en su interior al descubrir aquella flaqueza, y con intención poco caritativa, comenzó á soliviantarle siempre que podía, sacándole conversación acerca de las relaciones de Marroquín y la planchadora, noticiándole todo lo que corría por el colegio acerca de ellas, y agregando él mismo cuanto podía para abrasarle de celos. El cura llegaba á ponerse frenético y se le oía dar vueltas después en la cama sin lograr conciliar el sueño.

En cierta ocasión descubrió en el baúl de un alumno un libro de mitología con estampas deshonestas, y se lo llevó á su cuarto. Miguel le sorprendió con él entre las manos, mirándole atentamente. El capellán quedó algo confuso:—«Barájoles, acabo de encontrar este libraco en el baúl de Adolfito Medina... ¡Con estas cosas se entretiene ese cerdo!» Miguel tomó el libro y comenzó á hojearlo, sin que el cura se lo impidiese; antes echaba miradas intensas y escrutadoras cada vez que daba vuelta á la página y aparecía una nueva figura, que era por lo general la de una mujer desnuda ó medio desnuda. Pero nunca dejaba de hacer algún comentario despreciativo.—«¡Mire usted, barájoles, mire usted esa porcuza enseñando todo lo que Dios la dió!... ¿Y todo eso qué es, Miguel?... ¡Nada!... ¡Porquería!... ¡Barájoles! ¿No es vergüenza que los hombres se pierdan por esas cochinadas?» Tales comentarios servían de contrapeso á las miradas. Pero Miguel no se dejaba engañar.—«¿No le parece á usted, señor cura, que esta sirena se parece á Petra?—Pchs... Un poco, pero no debe de ser tan gorda como ésta.—¿Que no? Anda, anda, pues se conoce que usted no la ha reparado bien.—Puede ser, puede ser—decía el cura bajando los ojos,—yo no reparo mucho en esas cosas.» Después

que las hubieron visto con detención sin dejar una, don Juan le echó un largo sermón acerca de la necesidad de mantenerse puro, para ser vigoroso física é intelectualmente, tomándolo nada más que desde el punto de vista utilitario.—«Aquí me tienes á mí, que derribo de una mocada á un hombre fornido. ¿Por qué? Porque en cuanto amanece me levanto de la cama, y... ¡al agua, patos! Sin temor de ninguna clase me echo el jarro lleno sobre el cuerpo... Por la noche me acuesto en cuanto puedo... Á la comida, agua pura... Los alimentos sanos, nutritivos... Y en cuanto á esas porcuzas que acaban con los hombres, siempre procuré tenerlas lejos...»

Á pesar de esta higiene y régimen espartano, el cura tuvo la desgracia de enfermar. Comenzó á ponerse triste y amarillo, que daba pena verlo. Comer, comía bien, pero no le aprovechaba. El médico del colegio, que vino á visitarlo, le dijo que tenía una afección hepática, una ictericia, y que era de todo punto necesario que se distrajese, pasease largo, y mejor que á pie, á caballo. Pero D. Juan no era jinete, por más que sobresaliese en otros ejercicios gimnásticos, y no quería verse expuesto á ser derribado. Sin embargo, como el médico insistía en los paseos á caballo, se determinó á alquilar un jamelgo para dar una vuelta por las afueras, de madrugada. Miguel alquiló otro para acompañarle, y así que Dios amanecía, salíanse ambos por la puerta de Toledo ó San Vicente, y se espaciaban por aquellos campos media legua ó una, según el tiempo y la ocasión. El cura llevaba en el bolsillo una onza de chocolate y había aconsejado á Miguel que llevase otra. En el primer merendero ó taberna que tropezaban, las tomaban disueltas en agua, y proseguían su marcha. Á Miguel le gustaba mucho trotar, pero el cura se oponía, porque según él «se batían demasiado los hipocondrios». En

realidad, era que temía caerse. Ordinariamente iban emparejados, departiendo amigablemente. El capellán mostraba á su discípulo cada día más estimación. En una cosa no estaba conforme con él, y se la recriminaba á menudo: era la amistad que Miguel profesaba á Brutandór.—«¡Mentira parece ¡barájoles! que seas amigo de ese jumento! Y él ha sabido bien aprovecharse. Si no fuese por ti, no sale adelante nunca de algunas asignaturas.» Nuestro héroe pensaba mal del cura por esta antipatía, achacándola á lo que ya hemos dicho, porque si bien Mendoza no era un águila ni había de sobresalir jamás en los estudios especulativos, tampoco le parecía un asno. Discurría bastante acertadamente en ocasiones, era amigo de cumplir con su deber, y tenía un carácter, aunque grave, muy apacible y simpático. Por este aborrecimiento injusto, por su presunción y ridiculeces, Miguel no pagaba al cura su estimación; antes buscaba modo de reirse de él y remedarle delante de los compañeros. Un suceso de poca monta vino á aumentar este desprecio y á hacerle formar idea más ruin aún de su carácter.

Ni los paseos ecuestres, ni otras medicinas que el médico le propinó, consiguieron ponerle bueno. Iba decayendo de día en día y en poco estuvo que se muriese. Pero la providencia de Dios, que sin duda le reservaba todavía para algo útil, quiso que, cuando menos lo pensaba, arrojase algunas varas de solitaria. Averiguada con tal motivo la enfermedad que le aquejaba, era fácil curarle. Y en efecto, en poco tiempo se curó y quedó tan bueno como antes. Así que se vió sano comenzó de nuevo á bravear y hacer piernas, esforzándose en levantar pesos enormes y enseñando de nuevo los músculos del brazo. Pero no bastaba esto á sus ánimos y á su presunción de varón atlético y gladiador. Que-

ría demostrar alguna vez que estas fuerzas que el cielo le había concedido podían utilizarse y dejar bien sentada en el colegio su fama de valiente y esforzado. Había en el establecimiento un criado gallego, mozo de veinticinco años á lo sumo, alto, grueso, fornido, del cual se contaba entre los chicos que había levantado dos hombres con los dientes y otras proezas. Con éste determinó de habérselas nuestro capellán. Un día descubrió que el gallego se había puesto sus botas para ir á paseo. No quiso mejor ocasión, y ardiendo en cólera, le dijo á Miguel:—«¿Sabes que el bribón de Manuel se puso ayer mis botas para irse á tunantear por las tabernas?... ¡Pero no se ha de reir de mí ese jayanote indecente!... Ahora vas á ver, barájoles». Y le llamó desde su cuarto. Acudió Manuel: el cura cerró la puerta y comenzó á recriminarle durísimamente. Manuel, bajando la cabeza, se disculpó torpemente. Mas el cura, en vez de suavizarse con esta actitud humilde, siguió alzando el gallo cada vez más, y concluyó por pasar á vías de hecho, dándole una tremenda bofetada, que resonó en toda la casa. El pobre Manuel, avezado á llevar palizas de cabos y sargentos cuando estaba en el servicio y penetrado desde niño del profundo respeto que se debe á los sacerdotes, no se movió y aguardó, escondiendo la cara, la granizada de mojicones y puñadas que el capellán le descargó. No bastaron á desarmarle ni la humildad evangélica del gallego (que por cierto á levantar la mano le hubiera deshecho), ni las súplicas de Miguel que presenciaba conmovido aquel escándalo. Hasta que se cansó estuvo aporreando al infeliz criado, dejándole con varios chichones en la cara y las narices ensangrentadas. Esta conducta indignó á Miguel en alto grado, y lo que acabó de desprestigiar al cura fué que, en vez de avergonzarse de haber pe-

gado á un hombre que no se defendía, aún se jactaba de ello el muy ruin.—«¿Has visto, barájoles, has visto qué mocada tan gorda le asesté la primera? ¿Qué bien sonó, eh?... Pues aún fueron mejores las que le dí por debajo, en las narices, aunque no sonaban tanto... ¡Barájoles, ya le tenía yo ganas á ese mastuerzo!... ¡Que eche roncas ahora con sus dientes de caimán.»

Pero no se pasaron muchos días sin que el cielo vengara al pobre Manuel, dejando á Miguel en extremo complacido, y fué del modo siguiente. Salieron una tarde de paseo hacia la Moncloa todos los alumnos y profesores. Cuando hubieron llegado á sitio á propósito, mandó el director romper filas, y los chicos comenzaron, como ordinariamente, á recrearse acompañados por sus maestros. Armóse juego de peonza en un paraje, en otro de salto, más allá de aro, y así se distribuyeron en un instante todos. El coronel se puso, como siempre, á dibujar, copiando del natural un carro. D. Leandro se fué á un lugar apartado á sonar la flauta acompañado solamente de tres ó cuatro discípulos; mientras el cura, que desde que había expulsado la solitaria andaba muy galán y boyante, se divertía, tumbado en el suelo, en levantar á pulso dos niños, uno en cada brazo. Mas cansado al fin de este ejercicio, se levantó y comenzó á pasear buscando medio de utilizar nuevamente sus músculos poderosos. Y sin darse cuenta de ello, fué acercándose en silencio al paraje donde tocaba la flauta D. Leandro. Una vez cerca de él, no se le ocurrió nada más gracioso que agarrar por detrás al infeliz preceptor, levantarle en alto y apretarle con todas sus fuerzas:—«¡Suélteme, D. Juan, que me hace daño!»—gritó el tiple de San Isidro medio asfixiado y pataleando. D. Juan se reía sin soltar. Pero no contó con la huéspeda, la cual en esta ocasión fué

Marroquín, quien indignado de aquel acto brutal, ó por ventura cediendo á la aversión que le inspiraban todos los clérigos, acudió velozmente en auxilio de su compañero, y sujetando á su vez al cura por la espalda, le apretó tanto la cintura, que aquél se vió obligado, no solamente á dejar en paz á D. Leandro, sino á pedir con voz quejumbrosa misericordia. Dejóle al cabo de un rato Marroquín, pero tan estropeado y maltrecho, que en vez de reirse de la broma, comenzó á toser y á quejarse. La verdad es que estaba muy pálido:—«¡Barájoles! esto pasa de broma, Sr. Marroquín.—¿Pues no estaba usted haciendo lo mismo con D. Leandro?— Pero yo no le apretaba con todas mis fuerzas como usted ha hecho conmigo».

Los chicos se rieron del percance, hallando el castigo de Marroquín muy en su lugar. En cambio, el cura se puso cada vez más hosco, y comenzó á pasearse solo tosiendo y escupiendo á menudo y llevando la mano al bajo vientre. Cuando llegó la hora de la cena, no probó bocado. Los alumnos se hacían guiños y reprimían á duras penas la risa. Al tiempo de acostarse, Miguel se vió obligado por más de media hora á oirle vomitar injurias contra su mortal enemigo. Al fin concluyó diciendo:—«Por las buenas, Miguel, ya sabes que no hay hombre mejor que yo... ¡Pero por las malas, soy una fiera! Marroquín me las ha de pagar. Se figura, barájoles, que porque soy clérigo no he de pedirle satisfacción... Se equivoca... Yo lo mismo visto los hábitos del sacerdote, que empuño la espada del militar. Mañana hablaremos.»

Durmióse, por último, en estas disposiciones belicosas, mientras Miguel sonreía entre sábanas, pensando que todo quedaría en agua de cerrajas. No fué así, sin embargo: Al día siguiente el cura continuaba taciturno

y encrespado, meditando feroces venganzas. El apretón del día anterior hacía rebasar la copa, y sentía la necesidad de dar cualquier desahogo á su odio. Mientras duraron las clases se mantuvo grave, y sosegado: actitud digna del que piensa jugar la vida á las pocas horas. Comió poco y sin hablar palabra. Al llegar la noche comenzó á pasear, agitadamente, por uno de los corredores. Poco rato después pasó por allí Marroquín que iba al comedor á cenar. El cura le dejó cruzar á su lado sin saludarle; pero cuando estaba á unos cuantos pasos de distancia, le llamó:—«Oiga usted una palabra, Sr. Marroquín».—Miguel, que estaba en acecho, vió que Marroquín se volvía y el capellán le hablaba al oído. El profesor heterodoxo levantó la cabeza con sorpresa y se apresuró á decir en voz bastante alta y nada pacífica:—«Cuando usted quiera».—D. Juan volvió á hablarle al oído, y tornaron á separarse. Miguel, interesado y afanoso por saber el resultado de aquella aventura, no perdió de vista al cura un instante. Vióle sentarse á la mesa y no probar apenas bocado. Marroquín comió como si tal cosa. Concluída la cena, el capellán subió á su cuarto y se estuvo allí un ratito. Después salió cautelosamente y subió á la boardilla. Marroquín, que estaba paseando por el corredor y le vió subir, no tardó en seguirle también sin hacer ruido. Á entrambos los siguió Miguel con más sigilo aún. Cerraron tras sí la puerta de la boardilla. Pero esta puerta, vieja y desvencijada, tenía tales rendijas, que le permitieron á Miguel enterarse de lo que dentro ocurría. El cura encendió un quinqué, que había sobre la mesa de la plancha, y acto continuo se despojó de la sotana, y quedó en mangas de camisa hecho un gladiador. Y para que todavía la semejanza fuese más perfecta, remangóselas, y lo mismo los pantalones. Marroquín se

limitó á quitarse el gorro y la levita. Todo se volvía ojos Miguel tratando de ver dónde estaban las espadas á que el capellán había aludido la noche anterior; pero no parecían por ninguna parte. Y con gran sorpresa y desengaño, pues estaba creído de que iba á presenciar una extraña y terrible aventura, vió que los campeones se ponían á darse de morradas como mozos de cuerda. El cura, que estaba espantosamente lívido, dijo con voz ronca:—«Podemos empezar»,—y al instante arremetió con Marroquín, dándole una granizada de puñetazos que, por precipitados y descompuestos, no consiguieron aturdir al hirsuto profesor, el cual echando dos pasos atrás, y alzando la mano, asestó al capellán, en medio de la cara, tan tremenda bofetada, que medio le volcó, y si no hubiera sido por la mesa, en que tropezó, le hubiera volcado por entero. Y sin aguardar á que el clérigo se repusiese, le alumbró una nueva, por el otro lado, de tal manera que le puso derecho. El cura entonces se trabó con él, cuerpo á cuerpo, procurando con todas sus fuerzas arrojarle al suelo; pero Marroquín, sujetándole á su vez por el cuello y metiéndole la cabeza debajo del brazo, principió á darle con el otro tan fieros golpes en las narices, que el cura gritó con voz sofocada:—«¡Socorro; que me matan!»—Miguel le dejó gritar un poco más, pues no le pesaba de aquel merecido vapuleo. Sólo cuando vió que Marroquín persistía incansable en solfearle, bajó á escape la escalera llamando al inspector:—«D. Ruperto, creo que D. Juan y el Sr. Marroquín se están pegando allá arriba en la guardilla».—Subió el inspector á saltos y halló al cura en un estado que daba lástima verlo; echando sangre por las narices y los dientes. No quiso, sin embargo, que se diese parte al director, ni se dijese nada en el colegio. Entre D. Ruperto y Miguel llevá-

ronle á su cuarto, le pusieron algunos paños de árnica, y le dejaron acostado. Al día siguiente se quedó en la cama, porque tenía la nariz muy hinchada y un ojo también. Miguel fué á hacerle compañía y procuró consolarle del mejor modo que pudo con alguna piadosa lisonja. Lo que más alivió la pesadumbre del vencido atleta fué oírle decir:—«Usted está malo, señor cura, pero Marroquín tampoco anda muy bueno... Tiene la cara como un pan... Además, dicen que va á quedar resentido del pecho».





VIII

En los dos primeros años vino el asistente de su padre á sacarle todos los domingos del colegio y llevarle á casa. El corazón le palpitaba de alegría cuando el inspector le avisaba para que se vistiese el uniforme y se preparase á salir. En casa, sin embargo, no le aguardaban grandes recreos. Comer con su padre, besar á su hermanita, retozar con los criados en la cocina y salir á paseo en coche. Y á cambio de estos gustos, contemplar todo el día el rostro de su madrastra, que cada vez le parecía más aborrecible, y sufrir sus reprensiones y desdenes. Pero el pobre chico apetecía con ansia el amor y los cuidados de la familia. Ante la bárbara indiferencia del colegio, el cariño y la consideración que le mostraban los criados de su casa éranle sabrosos.

Fácil es de suponer que la antipatía de la brigadiera no cedió nada durante este tiempo; antes se fué recrudeciendo gradualmente, por más que no tuviese tantas ocasiones como antes de hacerla visible. Otro tanto

acaeció con Miguel. En su naturaleza impresionable fué echando raíces de tal suerte, que apenas podía mirarla sin advertir que se le encendían las mejillas y la cólera le roía el corazón. En ciertos momentos, cuando se hallaba bajo el peso de algún nuevo agravio, volaba su imaginación en alas de la cólera y se complacía en ir estudiando detenidamente todos los tormentos de que había oído hablar, los que empleaba la Inquisición con los herejes y los Emperadores romanos con los cristianos, y todos ellos se los aplicaba con fruición á su madrastra. Al cabo sucedió lo que era de esperar. Una tarde, al regresar del paseo con sus compañeros, cruzando desde el Prado á la calle de Alcalá, se vieron obligados á pararse por no ser atropellados de los carruajes. Los ojos de Miguel, que estaba en primera fila aguardando el desfile, tropezaron con los de su madrastra, que venía en carretela abierta. La brigadiera le hizo un signo con la cabeza, pero el niño contestó clavando en ella una mirada fría y apartando después los ojos con desdén. ¡Ay! La brigadiera llegó á su casa en tal estado de exaltación, que los criados pensaron que se había vuelto loca. Hubo necesidad del frasco de éter, fricciones de agua fría en las sienes y una cucharada del anti-espasmódico. Al cabo de media hora la irascible andaluza rompió á llorar perdidamente, llamándose la mujer más infeliz de la tierra. La brigada toda padeció durante quince días por causa de la grosería de Miguel, pero muy particularmente su digno jefe, que tardó algunos meses en ver limpio de nubarrones el cielo conyugal. Desde entonces el colegial no volvió á pisar las escaleras de la casa mal llamada de su padre, pues era de todo en todo de su madrastra.

No le pesó tanto á Miguel como era de presumir. Por aquella época comenzaban á estrecharse sus rela-

ciones singulares con Petra. Los domingos en que á la planchadora no le tocaba salir, pasaba la mayor parte del tiempo en su grata compañía. Lo único que sintió positivamente fué el verse privado de acariciar á su hermana, de la cual continuaba siendo el gato predilecto. En cuanto á su padre, empezó á visitar con más frecuencia que antes el colegio de la Merced. Dos ó tres veces por semana le llamaban á la hora de recreo para decirle que su papá le aguardaba en el salón. Al oirlo, volaba hacia allá con el corazón henchido de alegría. El brigadier le recibía con los brazos abiertos y le apretaba contra el pecho preguntándole después con sonrisa dulce y triste:—«¿Cómo te va, hijo mío?»—Se enteraba minuciosamente de sus estudios, de sus recreos, de sus faltas, de sus premios, de cuanto le ocurría, en suma. No se cansaba de recomendarle la formalidad y la aplicación. Casi nunca se marchaba sin dejarle algún regalo ó dinero, que no pocas veces pasaba íntegro á las manos de la gentil planchadora, dueño absoluto de sus acciones y pensamientos.

Miguel empezó á notar que el abrazo que su padre le daba al verle era cada vez más prolongado, y la sonrisa con que le saludaba cada día más dulce y más triste. El corazón le dijo que era muy desgraciado, y á medida que lo era aumentaba el cariño que le profesaba. El brigadier Rivera, que ostentaba en su pecho los días de besamanos, la cruz laureada de San Fernando, gemía en una esclavitud insoportable. La red en que la soberbia andaluza le tenía aprisionado era ya tan tupida, que el triste no podía sacar un dedo fuera sin riesgo de provocar algún conflicto. ¡Quién sabe los esfuerzos y la habilidad que desplegaba, los peligros que corría para lograr el ver tan á menudo á su hijo! Apagado el fuego de la pasión amorosa que le había arrastra-

do á un segundo matrimonio, padeciendo los vejámenes que éste trajo consigo, despertóse en su memoria la pura felicidad que había gozado con el primero y el recuerdo de las virtudes de su infeliz esposa. El amor del hijo que le había dejado, creció en su pecho con estas dulces memorias. La común desgracia que sobre ellos pesaba, contribuyó también á acalorar su cariño. Al fin era su primogénito, el fruto deseado de sus primeros amores, el depositario de su apellido y el único que podía trasmitirlo, por cuanto de su esposa Ángela no tenía varón. Todo se fué agregando en favor del colegial. Además, su hija Julia se criaba con tanto mimo y melindres, producía tales disturbios en la casa y originaba tantos disgustos, que en medio del amor de padre, que no muere nunca, el brigadier Rivera no podía menos de sentir hacia ella cierto leve rencor que la desgracia de Miguel contribuía á sostener. Por eso su tremenda esposa, al verle algunas veces salir de casa sin dar un beso á la niña, le llamaba padre desnaturalizado.

Los momentos de verdadera dicha para el brigadier eran aquellos en que se encerraba con su hijo en el salón del colegio. Lejos de las miradas del enemigo común, podía entregarse libremente á las expansiones del afecto paternal. Y se entregaba de buen grado. Teníale larguísimo rato entre sus rodillas, mirándole fijamente con ojos aterradores para cualquiera menos para Miguel, que ya sabía á qué atenerse; tirábale por los cabellos suavemente, y á menudo le rozaba las mejillas con sus feroces y encrespados bigotes. Algunas veces le montaba sobre los muslos y se entregaba, sin saber por qué, á un movimiento vertiginoso de caballo desbocado haciéndole saltar más de lo que el chico deseara. Cuando el furioso corcel quedaba rendido y jadeante, nuestro colegial veía á menudo deslizarse por el

rostro de su padre una lágrima abultada que se deshacía al llegar al bigote. Después de lo cual, el bravo brigadier apretaba á su hijo contra el pecho hasta descoyuntarlo, murmurándole al oído palabras amorosas. Algunas veces solía decirle:—«Tú no sabes, hijo mío, lo que te quiere tu padre; ya lo sabrás, ya lo sabrás... ¡y á alguno le pesará!» añadía en tono triunfal. Miguel no sabía lo que estas palabras significaban; pero veía sonreir á su padre, y esto le ensanchaba el corazón.

Un día vino aquél á noticiarle con tristeza que había pedido el cuartel para Sevilla. Miguel comprendió inmediatamente que quien lo había pedido era su madrastra. El brigadier le abrazó llorando y se despidió repitiéndole al oído las mismas incomprensibles palabras: «¡Ya sabrás, ya sabrás lo que te quiere tu padre!» La andaluza no quiso decirle adiós, ni Miguel se humilló á solicitarlo. Desde Sevilla su padre le escribía muy á menudo. Cada cinco ó seis meses venía á hacerle una visita; pero jamás intentó llevarle á pasar las vacaciones en su casa. El pobre colegial, al llegar el mes de junio, veía partirse á todos sus compañeros alegres como las golondrinas. Durante algunos días lloraba á solas en su cuarto. Mas pronto se consolaba; que en su edad las penas no abren surco profundo en el corazón, y aceptaba la vida monótona y holgazana del colegio con gusto.

Su respetable tío D. Bernardo Rivera venía á visitarle de vez en cuando. Si él no podía hacerlo á causa de sus graves ocupaciones, comisionaba al bueno de Hojeda, para que fuese en su nombre. Miguel prefería estas visitas por representación. D. Facundo era un hombre corriente que le enteraba de todo lo que ocurría por el mundo (el mundo de D. Facundo), le traía siempre alguna golosina y se dejaba interrogar con la paciencia de un santo. Por él supo que su prima Eula-

lia se casaba al fin con Arturo Valle, el joven abolicionista que había conocido en casa de tío Bernardo, quien había consentido en este matrimonio en vista de que Valle iba templando un poco sus opiniones avanzadas y había renunciado á los banquetes antiesclavistas. Pero como la naturaleza sensible de este joven necesitaba algún tierno desahogo, sustituyó á los esclavos por los niños, dedicando toda su actividad á la protección de estos seres inocentes. Fundó una sociedad para el efecto, é inauguró una serie de banquetes que dieron mucho que decir á los periódicos. También escribió algunos folletos acerca de «*la educación física intelectual y sentimental de los niños*», «*los juegos de la infancia*», «*el trabajo de los párvulos*», etc., etc. D. Bernardo le dejó este recurso inofensivo, aunque hubiera deseado más que se dedicase á los trabajos del foro y á la resolución de otros problemas jurídicos de mayor importancia. Igualmente supo por Hojeda (y esto le llenó de asombro), que Lucía Población, aquella señorita rubia, tan dulce, tan poética, amiga de su madrastra había dado su mano al coronel Bembo, ascendido hacía poco tiempo á brigadier. En esto habían venido á parar aquellas largas disertaciones acerca del amor, el ideal, los presentimientos y otras reconditeces psíquicas que le había oído, aunque sin comprenderlas, cuando iba á comer á casa; en casarse con un elefante. Su tío Manolo venía también á verle; pero era muy caprichoso y desigual en sus visitas. Le daba una temporada por ir casi diariamente y sacarle á menudo á paseo, violentando para ello la voluntad del director y las prácticas del establecimiento. Después se pasaba dos ó tres meses sin parecer por el colegio.

Cuando Miguel se hizo bachiller, con la nota de sobresaliente en letras y la de aprobado en ciencias, vino

su padre de Sevilla, y tuvieron una larga conferencia para tratar de la elección de carrera. El brigadier se inclinaba á la de ingeniero; pero Miguel quiso ser abogado, y aquél no se atrevió á contrariale. Ofrecióse después la cuestión de alojamiento. En el colegio ya no podía permanecer. El brigadier pensó en la casa de su hermano Bernardo; pero habiéndole tocado el asunto con delicadeza, halló una acogida tan fría, quizá por la fama que Miguel tenía adquirida de travieso, que le dejó muy ofendido, y jurando no volver á pedirle jamás un favor. En Manuel no pensó, porque conocía demasiado su género de vida, incompatible con los cuidados y la vigilancia que exige un muchacho de diez y siete años. Al fin no tuvo más remedio que dejarlo acomodado en una casa de huéspedes, modesta, pero decente, de la calle de Jacometrezo. Antes de marchar le pronunció un sentido discurso acerca de la necesidad de ser formal y estudioso, «siquiera porque *aquélla* no me saque loco echándome todo el día á la cara tus travesuras.»

Con esta etapa dió comienzo para nuestro mancebo un modo de vida totalmente distinto del que hasta entonces había tenido. El goce inefable de la independencia le embargó por algunos meses. Entraba y salía de casa cien veces al día, sin necesidad alguna, sólo para convencerse de que era libre, dueño de sus acciones. Tiraba de la campanilla y se hacía traer vasos de agua sin tener sed. Compró una petaca y algunas libras de tabaco picado, y para aprender á hacer cigarros, se ensayó, por consejo de un teniente de artillería que se alojaba en la misma casa, haciéndolos con arenilla de la salbadera. Corría por las calles deteniéndose largo rato delante de los escaparates, y gastaba el dinero alquilando por horas berlinas de punto. Entraba en los

cafés y pedía copas de ron ó cognac, sólo por enjuagarse la boca, pues no podía atravesar los licores. Se enamoraba de cuantas corbatas veía, y no pudiendo resistir á la tentación de comprarlas, llegó pronto á poseer una colección asombrosa. Después le dió por los gemelos y trasladó á su cómoda toda una tienda de bisutería. Después, por las boquillas de espuma de mar. Últimamente se enfrascó en la lectura de novelas: leía bueno y malo, cuanto caía en sus manos.

En los primeros meses de curso asistió unas cuantas veces á la Universidad. Los profesores le aburrieron. Usaban todos una jerga filosófica que le parecía necia é incomprensible. Prefirió corretear por Madrid en compañía del teniente de artillería y otros amigos, que no tardó en adquirir, de los cuales fué al instante muy querido por su genio abierro y simpático y su «buena sombra». Su vida durante aquel curso hay que confesar que no fué muy edificante. Su amigo íntimo y compañero de colegio, Perico Mendoza, también comenzó cuando él la carrera de derecho, pero con muy diversos auspicios. Desde la apertura del curso no hubo estudiante más puntual ni más diligente. Cargado siempre de cuadernos camino de la Universidad, ó metido en su cuarto poniendo los apuntes en limpio; ésta era su vida. Alojaba en una modestísima posada de la Corredera baja de San Pablo, pagando nueve reales al día. El pobre Brutandór, á pesar de sus apellidos ilustres y sonoros, estaba muy lejos de nadar en la opulencia. Su padre, según pudo averiguar más adelante Miguel, era un cirujano de un pueblecillo de Extremadura. La carrera se la costeaba un tío cura. Pero nada de esto dejaba traslucir su exterior, siempre pulcro y aliñado. Había crecido y engordado hasta convertirse en lo que el vulgo suele llamar «un real mozo». Su rostro, aun-

que sin expresión, no tenía nada de repulsivo. Era fresco, sonrosado, rebosando de salud y cercado por una patilla rubia y precoz que le sentaba admirablemente. Lo único que afeaba aquella figura hermosa é imponente, era cierta desproporción entre la cabeza y el tronco. Era un poco cabezudo. Miguel se había quedado pequeñito y menudo. Poseía en cambio una fisonomía expresiva y simpática, modales sueltos y un modo de hablar tan agraciado, que cautivaba á cuantos le trataban. Su temperamento inquieto se había modificado, ó por mejor decir, había tomado otro sesgo, manifestándose ahora en su conversación, siempre viva y salpicada de frases oportunas. Para intimar con cualquier persona, le bastaba media hora.

Pocos meses después de abierto el curso, se encontraron Miguel y Mendoza en la calle. Aunque seguían siendo muy amigos, estaban algo alejados en el trato, á consecuencia de la vida tan distinta que hacían. Mientras Mendoza asistía con puntualidad á las cátedras y pasaba muchas horas en casa, el hijo del brigadier rodaba en compañía del teniente y sus nuevos amigos por los cafés, teatros y otros sitios menos santos todavía de la corte. Se saludaron con efusión y se contaron su vida. Mendoza aconsejó á su amigo que fuese por la Universidad, porque era muy fácil perder curso. Los profesores tenían fama de severos. Las asignaturas eran largas y difíciles, y acostumbraban á apretar más á los que no asistían á clase. Miguel se encogió de hombros, rióse un poco de la gravedad con que Mendoza le decía todas aquellas cosas y prometió ir á la Universidad y empezar á estudiar de firme. Después Brutandór le habló con rubor de ciertos apuros económicos que á la sazón padecía.

—En este momento—le dijo—iba pensando en ti y

trataba de ir á visitarte, por si pudieras sacarme de este pilanco... Debo á la patrona cerca de dos meses...

—¿Qué dinero necesitas? —le preguntó Miguel en seguida.

—Cuarenta duros.

—Pues no los tengo; pero mañana se los pediré á mi tío, con cualquier pretexto, y te los daré... Pásate á la hora de comer por mi casa.

Al día siguiente se pasó, en efecto, por la calle de Jacometrezo, y Miguel le dió los cuarenta duros.

Trascurrido algún tiempo, Mendoza volvió á visitarle y le pidió veinticinco. Se encontraba en deuda con otra patrona, pues se había mudado á la calle del Pez. Miguel volvió á abrir su bolsa y á remediarle. Por fin, cierta noche, en los últimos días de Enero, regresando Miguel á casa, le dijo el criado al entregarle la luz:

—Señorito, en su cuarto está un joven que ha venido ya otras veces á verle... Llegó en mangas de camisa y sin sombrero y me pidió por favor que le dejase entrar á esperarle... No sé si habré hecho bien... Me dijo que le había pasado una desgracia...

Miguel, lleno de asombro, se dirigió á su habitación. Al entrar oyó la voz de Perico.

—Buenas noches, Miguelito.

Miró á todos los rincones del gabinete, y no vió á nadie.

—Estoy aquí, en la alcoba.

Miguel fué á allá y le encontró metido dentro de su cama.

—¡Pero hombre!...

—Perdóname... me hallaba medio desnudo y tenía mucho frío...

—Pero ¿qué ha sido eso?

—El patrón de la calle del Pez... Me quitó el baúl con la ropa, me arrancó la levita que llevaba puesta, el sombrero, la corbata... y después de darme unas cuantas bofetadas, me echó á la calle á las diez de la noche...

Dijo esto con la misma calma que si hablase de otro. Miguel le miró estupefacto.

—¿Y tú qué has hecho?

—Venir aquí.

—Ya lo veo, ¿pero antes no has devuelto ninguna de las bofetadas que te han dado?

—Ninguna.

—¿Y para qué quieres entonces esas manazas que Dios te ha concedido?

—Si le hubiera pegado, me llevarían á la cárcel.

Miguel volvió á mirarle de hito en hito, y quitándose el sombrero con afectado respeto, le dijo:

—¡Oh, varón prudentísimo, yo te saludo! Aunque no esté bien averiguado todavía si es mejor llevar bofetadas que ir á la cárcel, no puedo menos de admirar tu profunda sabiduría... ¿Y por qué ha osado poner las manos en tu rostro virginal y aligerarte tanto de ropa?

Mendoza un poco amoscado contestó:

—Porque le debía mes y medio de pupilaje.

—¡Problema!—exclamó Miguel.—Si por adeudarle mes y medio de pupilaje el patrón te ha dado quince bofetadas... ¿Fueron más ó menos?...

Mendoza, más amoscado y fruncido, no quiso contestar.

—Pongamos quince... Si hubieses llegado á deberle año y medio, ¿cuántas bofetadas te hubiera dado?

—Me parece que el lance no es para reirse.

—Si no me río: es que soy muy aficionado, como

sabes, á las matemáticas. Pero vamos á otra cosa. ¿Y por qué debías mes y medio en la casa cuando no hace uno que te he dado veinticinco duros?

Mendoza tampoco contestó.

—Este problema te lo voy á resolver yo. Consiste en que tú, en vez de pagar el pupilaje, gastas todo el dinero en levitas, sombreros, guantes, corbatas, etc., etc. Siempre has tenido la manía de ponerte muy guapote... Y sin consecuencias ulteriores, como no sea la de enseñarte de balde por esas calles de Dios... Hasta ahora no te he visto conquistar á nadie más que á la planchadora del colegio...

Esto último se lo dijo en un tono más irritado, que podía achacarse bien al recuerdo de su derrota.

—¿Qué te propones saliendo á la calle tan perfilado? Que digan: «¡Ahí va un buen mozo!» Pues para tan flojo resultado, no merece la pena que sacrifiques á tu familia, que pases tantos apuros y te expongas como hoy á coger una pulmonía.

Mendoza escuchó la reprensión sin impacientarse. La irritación de Miguel pasó al instante. Llegándose á la cama y tirándole cariñosamente de los cabellos, comenzó á decir riendo:

—Animal, procura estrecharte un poco, y no ronques, porque voy á acostarme contigo. ¡Qué honor para ti y para tu familia! ¿verdad?... Pero has de ser modesto, Perico. ¡Cuidado que lo propales por ahí!

La consecuencia de todo fué que Brutandór se quedó definitivamente á vivir con Miguel. Este pagaba un duro por su gabinete. El ama de la casa, acomodándose los dos en él, rebajó el pupilaje á cuatro pesetas cada uno. De las cuatro pesetas que le tocaban, quedó convenido entre ambos que Mendoza pagaría diez reales y Miguel supliría los otros seis en tanto que aquél no mejorase

de fortuna. Mas aunque así se convino, lo que acaeció fué que la mayor parte de los meses se vió necesitado el hijo del brigadier á pagar íntegra ó casi íntegra la cuenta de ambos. Mendoza continuó perfilándose, como decía Miguel, á más y mejor. Cuando éste, encolerizado después de pagar la cuenta desahogaba con él su bilis, ponía una cara tan compungida é inclinaba la frente con tanta humildad, que la ira de su amigo disipábase como por encanto y concluía por reirse y resarcirse del dinero que soltaba con algunos sarcasmos que también resbalaban sobre la piel de Brutandór, sin lograr hacerle cambiar de conducta.

Los dos últimos meses Miguel asistió puntualmente á las clases, y se dió tal atracón de estudiar, que obtuvo en los exámenes la nota de sobresaliente en una asignatura, y la de notable en otras dos. Mendoza, á pesar de su constante aplicación y de sus voluminosos cuadernos de apuntes, no consiguió más que la de bueno en las tres asignaturas. Por más que esto le dejase un poco despechado, no lo manifestó. Estaba acostumbrado ya á ver á Miguel meterse en la cabeza los libros rápidamente. Por otra parte, el hijo del brigadier tenía la delicadeza de no comentar el asunto de las notas y darle poca importancia.

En el curso siguiente Miguel dejó la compañía del teniente y sus disipados amigos y se aplicó de todas veras al estudio. Pronto adquirió fama en la Universidad de buen estudiante, y más particularmente de muchacho despejado é ingenioso. Comenzó á llamársele entre los compañeros Riverita á causa de su figura exigua y también por su carácter alegre y decidor. El suyo y el de Mendoza formaban contraste notable. Quizá en esto consistiera aquella mutua simpatía que á entrambos los tenía sujetos. Mientras Miguel tenía á

todas horas suelta la llave de la charla, á Mendoza había que sacarle las palabras del cuerpo con tirabuzón. Si por casualidad aquél guardaba silencio, no había miedo que éste lo turbase. Horas enteras se pasarían sin comunicarse nada. Muchas veces, después de comer, se sentaban ambos al par de la chimenea. Era el momento en que á Miguel le asaltaba la melancolía. Se acordaba de su padre, de la triste suerte que le había cabido, separado de él, viviendo sin familia hacía ya tantos años. Solía permanecer callado y taciturno algún tiempo. Mendoza le seguía el humor y se mostraba más taciturno todavía, aunque sin motivo alguno. Al fin, cuando los malos pensamientos de Miguel se disipaban, rompía súbito el silencio poniéndose á cantar ó á brincar, si es que no se le ocurría alguna cosa para embromar á su amigo:

—Oyes, Perico, ¿sabes lo que estoy observando?

—¿Qué?—decía éste levantando los medio caídos párpados.

—Que te suena la cabeza.

Perico abría los ojos desmesuradamente sin comprender.

—Sí; ya rato que la estoy oyendo sonar. Hace *glu, glu*, como las ollas cuando hierven...

—¡Qué tonterías tienes, Miguel!

—Te digo que sí, que te está sonando. ¡Milagro que tú no la oyes!

Perico, entendiendo al fin la broma, se encerraba de nuevo en su mutismo.

Otras veces, cuando paseaban juntos por el Retiro y llevaban largo rato sin despegar los labios, decía Miguel:

—¿Á que no sabes, Perico, para lo que me sirves tú en el paseo?

—¿Para qué?

—Para darme sombra.

En efecto, Mendoza era tan alto y tan gordo, que la figurilla de Rivera se resguardaba perfectamente detrás de él.

—En resumidas cuentas, lo mismo me da caminar contigo por aquí que con un árbol frondoso. Eres tan fresco y tan sombrío como cualquiera del Retiro.

Y cuando algún amigo los tropezaba y les decía: —Siempre juntitos, ¿eh?—Miguel contestaba guiñando el ojo:—El que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

Perico ponía mala cara y mascullaba algunas palabras de disgusto.

Siguió aplicándose el hijo del brigadier al estudio del derecho, si bien con cierta desigualdad. En algunas asignaturas apretaba de firme y llamaba poderosamente la atención del profesor y los compañeros. Otras las abandonaba casi por completo. Su padre le seguía visitando una que otra vez y se mostraba en extremo complacido de su conducta y aplicación. No tanto de su economía. Fuese por motivo del gasto suplementario que Mendoza le ocasionaba ó por su propia prodigalidad, ó por ambas cosas á la vez, lo cierto es que gastaba bastante más de lo que debiera. Cuando el brigadier se lo advertía suavemente, quedaba algunas horas triste y pesaroso, formaba propósitos de enmienda; pero á los pocos días olvidábase enteramente de ellos y seguía dando acometidas crueles al bolsillo paterno. Pasaba las vacaciones en Madrid, ó á todo más se iba algunos días al Escorial en compañía de una familia conocida. El brigadier, cuando llegaba el verano, le invitaba á irse con ellos á un pueblecito de la costa donde solían pasar los meses de calor. Pero Miguel observaba tal vacilación y frialdad en este con-

vite, que comprendía perfectamente que no debía aceptarlo. Su presencia en la casa era ocasionada á muchos disgustos, y de ningún modo quería que su buen padre padeciese ninguno por su causa.

En el cuarto año de su carrera se hizo presentar como socio en el Ateneo. Desde entonces fué asiduo discípulo de sus cátedras y tertuliano de sus pasillos. Mañana, tarde y noche, en todas las horas que las clases le dejaban libre, se encerraba en el clásico establecimiento, centro resplandeciente en aquella época de las ciencias y las letras. Ordinariamente pedía un libro y se enfrascaba en la lectura. En poco tiempo se tragó un número considerable de volúmenes, versando casi todos sobre estética y filosofía. Era el terror del bibliotecario, pues le traía constantemente en ejercicio, encaramado sobre los armarios. Una vez en posesión del libro apetecido, nuestro mancebo corría á sentarse al lado de la chimenea y se dejaba tostar las pantorillas, mientras el cerebro navegaba por los mares ignotos de la metafísica. Primero faltaría el sol en su carrera, que nuestro estudiante en una de las butacas de terciopelo carmesí del Ateneo. Al llegar el mes de octubre empezaba éste á poblarse, y sus pasillos á rebosar de campeones literatos y filósofos que noche y día se ejercitaban en el arte de la discusión, no sin detrimento de los tímpanos de otros socios más pacíficos. Al mismo tiempo se abrían las cátedras donde se explicaban las materias más indispensables para la vida: los orígenes de los pueblos semíticos; examen del código Gregoriano; el hombre en el terreno terciario, etc., etc. En la sesión de ciencias morales se debatían arduos é interesantes problemas. En la de literatura se leían versos tan arduos, aunque menos interesantes.

Una noche al levantarse la sesión, Miguel sintió que

le tocaban en el hombro. Era Valle, el marido de su prima Eulalia, uno de los oradores más importantes á la sazón, no sólo del Ateneo, sino también del Congreso. Los años habían arrancado á su rostro aquel tinte afeminado y poético de que hemos hecho mención y se lo habían dado más varonil, trasformándolo en un hombre hermoso y distinguido. Gastaba largos bigotes, donde brillaba ya tal cual hebra de plata. Vestía con refinada elegancia y continuaba sonriendo con dulzura á cuanto le decían. Por lo demás, hacía ya tiempo que era moderado, y de los más intransigentes. Había sido gobernador en varias provincias y diputado en dos legislaturas. Desde algunos años antes, los niños á cuya protección había dedicado tantos desvelos yacían abandonados á sus propias fuerzas, lo mismo que los negritos. De aquella fervorosa manifestación de entusiasmo democrático y tierna sensibilidad, sólo quedaban en las librerías de viejo algunos residuos acusadores. En varias de ellas solía verse todavía algún folleto abolicionista de Valle con su correspondiente negrito aherrojado en la cubierta, las manos levantadas al cielo en demanda de justicia. Ningún transeunte le hacía caso, y era más que probable que así se estuviese de rodillas hasta que fuese á parar más tarde ó más temprano al montón del papel inútil. El mismo Valle, al cruzar por delante de él, solía apartar los ojos con desprecio, no exento de rencor. El negrito auténtico, esto es, el de carne y hueso que asistía á los banquetes abolicionistas, hacía ya tiempo que había desaparecido de Madrid sin que nadie supiese dónde había ido á parar. Tal vez cansado y ahito de las comidas sentimentales, se hubiera marchado al África á reponer el estómago con los platos más nutritivos de la cocina antropófaga.

—Oyes, Miguel, ¿tienes noticia de tu familia?—le



dijo con amable entonación, pero rápidamente, como si le llamasen en otra parte y tuviese poco tiempo que perder.

—No señor; hace una porción de días que no tengo carta de papá. Hoy le he escrito otra vez...

—Pues sé que está un poco enfermo.

Á Miguel le dió un brinco el corazón.

—¿Ha habido carta?

—Sí, ha habido carta.

—¿Y cómo no me han escrito á mí?

—No lo sé. Lo que hay de cierto es que tu padre no está bueno. Es un hombre, aunque no viejo, muy gastado por los achaques, y debéis estar prevenidos para cualquier suceso desagradable.

Nuestro estudiante se sintió profundamente conmovido. Guardó silencio un instante y no queriendo preguntar más porque adivinaba vagamente que algo terrible le querían comunicar, dijo únicamente:

—Bien, mañana por la mañana tomaré el tren mixto.

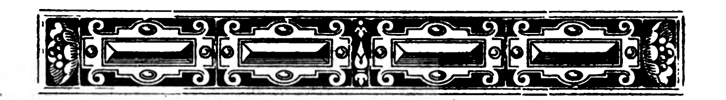
—Es inútil—repuso Valle, después de vacilar un poco.—Puesto que has de saberlo, más vale que sea cuanto antes... Tu padre ya ha fallecido... Vaya, resignación... y queda con Dios. Te ha mejorado en tercio y quinto. Adiós.

De este modo dulce y consolador recibió Miguel la noticia de la muerte de su padre. Quedóse algunos minutos clavado al suelo lleno de estupor. Por último, haciendo un esfuerzo, se dirigió con paso vacilante á un departamento solitario y se dejó caer en un diván. Metió la cabeza entre las manos y sollozó largo rato, sin que nadie viniese á acompañarle. Sólo el conserje, al dar una vuelta de inspección por la sala, hallándole de aquella suerte, le preguntó con solicitud:

—¿Qué es eso, D. Miguel? ¿Llora usted?

Cuando supo la causa se sentó á su lado y le prodigó los consuelos que pudo. En el pasillo se discutía con gritos horrísonos la cuestión del Syllabus.





IX

Pasados algunos días supo que, en efecto, su padre le había mejorado en tercio y quinto, lo que constituía á su favor, teniendo presente que en los últimos años el capital del brigadier se había mermado, una renta de siete mil duros. Supo también que su madrastra, en el frenesí de la cólera, intentaba ponerle pleito. Entonces se explicó perfectamente aquella sonrisa triunfal del brigadier cuando al abrazarle en el colegio de la Merced le decía: «¡Ya sabrás lo que te quiere tu padre... ya lo sabrás!» El pleito, como era lógico, no pudo prosperar. La soberbia madrastra se vió precisada á desistir, aunque guardando odio profundo, no sólo á Miguel, sino á la memoria de su marido. Éste se había vengado cumplidamente de trece años de suplicio.

El curador que en el testamento le dejaba era su tío Bernardo. Esta elección le mortificó un poco, porque jamás había logrado simpatizar con él. El temperamento inquieto y el espíritu sarcástico del sobrino se compa-

decían muy mal con la gravedad y el sosiego y el perfecto equilibrio intelectual y moral del tío. D. Bernardo le trataba con afectado desdén, no concediendo importancia alguna á sus triunfos universitarios. Parecía decirle con el gesto, ya que no con la palabra: «Á pesar de esas notas y esos estudios filosóficos, nunca serás un hombre respetable.» Sin embargo, en este desdén mezclábase un poquito de miedo, el miedo que profesan generalmente los hombres sin ingenio á los que lo tienen. Estaba siempre en guardia, temiendo que Miguel le hiriese con alguna de sus salidas habituales. Para evitarlo se mostraba con él más serio y más reservado que con los demás.

Por otra parte, se habían pasado ya bastantes días desde el fallecimiento del brigadier, y el tío Bernardo sólo había ido á hacerle una visita. En ella no le habló de intereses, ni se dió por entendido del cargo que la voluntad del finado le imponía. Miguel sospechó que no tenía ganas de ser su tutor. Lejos de disgustarle esta sospecha, le causó verdadera alegría y se propuso verificarla pronto, y aun poner todos los medios por convertirla en realidad. Una mañana salió de su casa en dirección á la de su tío, dispuesto á tener con él una conferencia y resolver de una vez el problema de la gestión de sus intereses. D. Bernardo seguía viviendo en la casa de la calle del Prado, de su propiedad. El criado, en vez de dejarle pasar buenamente, por tratarse de un pariente tan cercano de los señores, le introdujo, como siempre, ceremoniosamente en el salón, y le mandó esperar.—«Empieza la comedia»—dijo Miguel para sí sonriendo. Y sin hacer caso del ruego del lacayo, luego que éste se fué, salió del salón, y subiendo la escalera interior, se fué derecho al cuarto de su primo Enrique. Era la única persona con quien simpatizaba en la casa,

si se exceptúa también su tía Martina, á quien siempre había profesado sincero cariño. Enrique se había preparado para tres ó cuatro carreras especiales, y en ninguna había logrado ingresar. Por ultimo, y para tener siquiera alguna, se decidió á entrar en la Academia de Infantería. Á la hora presente era alférez de este cuerpo, de reemplazo, sin vestir jamás el uniforme que le parecía ridículo, viviendo en la corte como un señorito rico, gozando de todos los placeres y singularmente de los toros, que era su afición predilecta, casi una manía. Los papás habían pasado muchos disgustos por su causa. Era la única nota que desafinaba en el concierto casero. Cada vez que le traían á D. Bernardo la noticia de una nueva calaverada, de un nuevo suspenso, se ponía á las puertas de la muerte, dejaba de comer, de hablar, de fumar, y se pasaba dos ó tres días dando paseos por el corredor y lanzando de vez en cuando unos ayes sofocados, que traspasaban el corazón de su fiel esposa D.ª Martina.—«Distráete, hombre; no pienses más en ello. Vas á enfermar, y primero eres tú que él... Además, no todos los chicos han de ser modelos como Carlitos y Vicente...» D. Bernardo no hacía caso de estas justas observaciones, y sólo salía de su voluntario ostracismo cuando algún grave quehacer venía dichosamente á embargar su atención. Por lo demás, Enrique continuaba siendo el favorito de su madre, la cual, aunque no lo confesaba ni á ella misma siquiera, porque lo consideraba como una injusticia de marca, no podía menos de sentirse atraída hacia aquel hijo que representaba en la casa, en aquella casa severa y reglamentada como un convento, la alegría, la espontaneidad, la bondad franca y campechana. Allá á la postre también D. Bernardo, sus hijos y su yerno comprendieron que hasta desde el punto de vista estético

hacía falta en la familia quien representase la indisciplina, algo que formase contraste y rompiese la monotonía de aquella vida correcta. En secreto, cuando estaban en familia, murmuraban todos de él, le ponían como un trapo, según la expresión vulgar, y esto no dejaba de ser también un placer, ó por lo menos, un pie socorrido de conversación. De vez en cuando don Bernardo le llevaba á su cuarto y le pronunciaba un largo discurso para llamarle al orden y recordarle sus deberes naturales y sociales, la dignidad del caballero, el decoro de la familia, etc., etc. Pero si había alguna persona de fuera, al hablar de Enrique todos sonreían alegremente, como diciendo: «No nos pregunten ustedes por ese calavera, ese aturdido. ¿Quién pone puertas al campo?» La tolerancia que mostraban les hacía simpáticos, y al mismo tiempo prestaba más realce á su conducta intachable.

Carlitos había terminado la carrera de ingeniero de caminos y se disponía á emprender la de ciencas. Fué constantemente el número uno de su clase, y había escrito ya algunos artículos sobre mineralogía en una revista científica. Continuaba siendo el sabio de la familia, con beneplácito de todos. Vicente había pasado algunos años en Inglaterra, estudiando no se sabía qué, probablemente los usos y costumbres de la Gran Bretaña, hacia los cuales se sintió desde un principio tan inclinado, que toda su vida vistió, comió, durmió, y hasta tosió á la inglesa. Trajo además de allá, entre otra infinidad de manías, la de las antigüedades, la cual fué muy del agrado de su padre, y contribuyó no poco en adelante al esplendor y respetabilidad siempre creciente de la familia. Compró en Inglaterra un número considerable de trastos viejos, platos, tapices, y adornó la casa con ellos. Además, con permiso de su padre,

todos los veranos daba una vueltecita por las provincias y regresaba abundantemente provisto de objetos antiguos. La casa de esta suerte llegó pronto á parecer un museo arqueológico. Era cada vez más sombría y más triste. Vicente consiguió también ejercer poderosa influencia en ella, particularmente en lo que tocaba al orden y la etiqueta. Los criados considerábanle como su jefe inmediato, y hacia él volvían los ojos siempre que iba á hacerse algo que no fuese la rutina de todos los días. Doña Martina á cada instante le preguntaba:—Vicente, ¿dónde colocamos á Romillo? Vicente, ¿debe templarse el Burdeos? ¿Dónde ponemos la estatua que han traído hoy? ¿Á qué hora se sirve en Londres ese licor que hemos recibido?—El mismo D. Bernardo, apesar de su no discutida infalibilidad, no se desdeñaba alguna vez de consultarle en asuntos de ceremonia; v. gr.: si había de visitar á D. Fulano ó dejarle simplemente una tarjeta; si debía aceptar la invitación á comer de D. Mengano, etc., etc. Valle vivía también en la casa y tenía ya dos niñas de tres y dos años respectivamente. Se había adaptado tan admirablemente al modo de ser de aquella familia, que parecía nacido y criado con todos ellos. La misma pulcritud en el vestir, la misma afectada cortesía, el mismo cuidado extremoso en no decir ni hacer nada de particular, la misma gravedad y énfasis para expresar las cosas más triviales. Aún en esto les sacaba ventaja. El antiguo abolicionista no podía preguntar á un amigo la hora ó lo que pensaba del tiempo, sin llamarle aparte con cierto aparato de misterio. Los que le veían, siempre juzgaban que estaba tratando algún asunto muy serio y escabroso. Á pesar de esta adaptación, no había perdido importancia alguna ni dentro ni fuera de la casa. Al contrario, el matrimonio se la había dado grande, y había contribuído no poco

á que saliese elegido diputado y á que gozase de respeto y consideración universales. Por otra parte, en el hogar tenía su puesto señalado, su esfera de acción, y de esta suerte no podía haber choques ni rivalidades. Era el hombre público, el estadista; como Carlitos era el sabio; Vicente, el maestro de ceremonias; Enrique, el calavera, y D. Bernardo, el varón respetable y respetado que esparcía su sombra protectora sobre todos. Eulalia continuaba siendo la misma grave y árida persona que cuando hemos tenido el honor de conocerla, un poco más grave y un poco más árida. El labio inferior le colgaba con expresión más señalada aún de desprecio hacia todas las cosas terrestres. De este general desprecio se salvaba, no obstante, su marido, su padre y hermanos, exceptuando Enrique, y todos los usos y costumbres de la buena sociedad, de las cuales era, como su señor padre, fiel guardadora. La misma doña Martina, á pesar de su gran corazón y su espontaneidad, y de aquel temperamento franco y campechano que Dios la diera, no había tenido más remedio que sucumbir y doblegarse á la férrea etiqueta de la familia, haciéndose más seria, más comedida, y perdiendo con ello mucho del atractivo que su carácter tenía para el sobrino Miguel.

Cuando éste penetró en el cuarto de Enrique, le halló afeitándose frente á un espejo, tan preocupado y atento á su tarea, que no le vió ni oyó los pasos.

—Hola, Enriquillo, ¿cómo va?

Enrique volvió asustado la cabeza.

—Ah, ¿eres tú Miguelito? Siéntate, hombre, me alegro mucho de verte aquí.

Miguel, en vez de obedecer, se puso á dar vueltas por el cuarto, observando con semblante risueño cuanto en él había. Estaba lleno de atributos taurómacos.

Sobre la puerta una cabeza disecada de toro. Á los lados unas moñas lujosas, con los colores marchitos ya por el tiempo. Por las paredes algunos cromos, representando las distintas suertes del toreo; una espada y una muleta formando trofeo.

Miguel se detuvo frente á un par de banderillas simétricamente colocadas debajo de la espada y la muleta.

—La última vez que he estado aquí no tenías estas banderillas.

—Me las ha regalado, no hace más que ocho días, Marmita... ya sabes... Marmita—dijo, volviendo el rostro que rebosaba de orgullo y satisfacción.

—Sí, sí... ya sé... Marmita... cualquier bruto, vamos...

Enrique se quedó repentinamente serio y triste.

—Hombre, Marmita es un amigo... Además, hoy no hay quien ponga banderillas como él en ninguna plaza de España... ¿Le has visto el domingo?

—No fuí á los toros.

—Pues chico te digo que en mi vida he visto colgarlas al quiebro de aquel modo... ¡Como si no se hubiera movido, chico... lo mismo! La plaza se vino abajo... ¡Era cosa de comérselo!... En el quinto toro puso otras al relance, cuando menos se pensaba, que dejó pasmado á todo el mundo... Sobre el mismo morrillo las dos.. ¡Ni pintadas, chico!... La plaza se vino abajo...

—¿Pero no estaba en el suelo ya?

—¿Cómo?

—Sí, hombre, acabas de decirme que se vino abajo en el primer par.

—¡Bueno, bueno!... tú siempre de guasita.

Y dando la vuelta prosiguió afeitándose.

—Pues hacía ya tiempo—dijo Miguel, después de dar otras cuantas vueltas por la habitación—que echa-

ba de menos aquí unas banderillas. Me extrañaba que teniendo tantas cosas de toros, no hubiera por lo menos un par.

—¿Querrás creer, chico—repuso Enrique, dejándose engañar como muchas veces por el tono serio que comunicaba Miguel á sus palabras,—que no se me había ocurrido?... Cuando Marmita me las envió, tuve un verdadero alegrón...

—Sí, sí, comprendo que habrá sido una de las más puras satisfacciones de tu vida.

Enrique volvió á mirarle serio y amoscado, y continuó afeitándose. Ya no era su fisonomía enteramente la de un perro ratonero como de niño. Había mejorado un poco; no mucho. La mejoría principalmente consistía en que andaba más limpio, sin mocos en las narices, ni repegones en las mejillas. Aquel pelo indómito había conseguido, á fuerza de pomadas y cosméticos, domeñarlo, y lo llevaba aplastado sobre las sienes como los chulos. Gastaba la barba cerrada, pero en aquel momento la estaba modificando, dejándose unas patillas de picador muy cucas. Así que hubo acabado esta operación, se volvió hacia Miguel un poco avergonzado. Mas como éste le dijese que estaba muy bien y que había ganado bastante con aquel cambio, se puso en seguida de humor excelente, abrazó á su primo cordialmente, le dió un puñado de tabacos habanos, y comenzó á charlar de cosas alegres.

—¡Lástima, Miguelillo, que no tengas afición á los toros!—le dijo cortando repentinamente el hilo de la conversación y mirándole fijamente con ojos compasivos. —¡Si vieras qué buenos ratos se pasan!

—Si suprimiesen la suerte de las picas, iría con gusto—dijo Miguel con deseo de complacer á su primo, soltando una bocanada de humo.

—¡No digas eso, Miguel, por Dios! ¿Tú no sabes que sin picas no puede haber toros?

—¿Pues?

—Porque irían enteritos á la muerte y quedaría todos los días algún diestro sobre la plaza.

—Debían defender los caballos, al menos, para que no anduvieran las tripas rodando por el suelo.

—¡Ese es otro error!—exclamó Enrique, á quien la discusión interesaba extremadamente.—Los caballos no pueden defenderse, porque si el toro no hallase donde cebarse y tirase siempre los derrotes al aire, concluiría por huirse, como es natural, y no se podría lidiar en las otras suertes. Los que no sois aficionados, siempre empleáis los mismos argumentos, ¡los caballos!... ¡las tripas!... Si atendieseis á la lidia, no repararíais en esas menudencias... Pero ¡claro está! no sabéis lo que está pasando, no os ocupáis de estudiar el toro, os aburrís, y vais á mirar allá al otro extremo de la plaza á ver si á algún caballo se le ha salido el mondongo... Y en último resultado, ¿qué? ¡No parece más que no habéis visto nunca las tripas de un animal! ¿No os coméis todos los días el chorizo en el cocido?

Miguel, que fumaba tranquilamente en una butaca sin atender á lo que su primo decía, preguntó en tono distraído:

—¿Pero no habría algún medio de sustituir esa suerte de picas?

—¡Ninguno!—gritó Enrique.—¡Absolutamente ninguno.

—Bien, hombre, bien; no te enfurezcas.

—¿Te figuras que los toros son una cosa de ayer mañana?... Todo lo que se refiere á los toros está muy pensado... ¡muy calculado!... Los que no entienden una palabra, ven correr al toro detrás de los toreros, y nada

más. Pero los que han estudiado algo, saben la razón de todos los movimientos que se ejecutan en la plaza...

—Pues entonces—dijo Miguel seria y pausadamente, soltando otra bocanada de humo,—te anuncio que cuando sea ministro de la Gobernación tendré el honor de suprimir las corridas de toros.

Enrique le echó una mirada torva.

—¡Ya se librará ningún ministro de la Gobernación de suprimir los toros!

—¿Y dónde está tu padre ahora?—dijo Miguel levantándose.

La fisonomía de Enrique volvió á adquirir repentinamente su habitual expresión de bondad é inocencia.

—Me parece que no ha salido esta mañana. ¿Quieres verle?

—Sí, tengo que hablar con él.

—Vamos allá.

Y poniéndose apresuradamente una chaqueta, sin haberse metido aún el chaleco, condujo á su primo por los corredores hasta cerca del cuarto de su padre. Allí vaciló un poco, porque seguía profesando á aquella habitación el mismo respeto que cuando niño.

—Raimundo—dijo, viendo á un criado pasar,—entra en el cuarto de papá y pregúntale si puede recibir al señorito Miguel, que desea hablarle.

El criado tardó un rato en salir con la respuesta afirmativa. Miguel entró solo.

Estaba el tío Bernardo sentado en su poltrona, leyendo los periódicos con la misma expresión de hostilidad con que siempre había acogido todas las ideas expresadas por escrito. Había envejecido bastante. La calva, ya dilatada, se la cubría un gorro de terciopelo morado. Más flaco y más pálido. El bigote canoso había quedado reducido, merced al lento pero continuado

trabajo de la navaja, por entrambos lados, á una motita debajo de la nariz.

—Buenos días, tío, ¿cómo sigue usted?

—Hola, Miguel: bien, ¿y tú?—respondió D. Bernardo sin apartar la vista del periódico.

—De salud, bien.

—¿Te vas resignando?—le preguntó, siempre con la vista fija en el periódico y en tono ligero que hirió vivamente á Miguel.

—No, señor—respondió éste un poco picado.

D. Bernardo se dignó levantar la vista hacia él manifestando sorpresa. Tornó á bajarla y dijo en voz baja y cavernosa:

—Pues no adelantarás nada con atormentarte. Hay que someterse á la voluntad de Dios.

—Yo me someto á la fuerza. Resignarse y someterse tranquilamente lo hacen los que no sienten con intensidad las desgracias.

—Supongo que no querrás decirme que yo no he sentido profundamente á tu padre.

—Debo creer que usted lo ha sentido mucho, porque era un modelo de padres, de hermanos y de caballeros.

—Así es, y te aconsejo que lo imites siempre.

—Hago lo que puedo. Por de pronto le lloro mucho, como él me lloraría.

—No juzgo que deben condenarse las lágrimas en absoluto; pero me parecen más propias de las mujeres que de los hombres. Te aconsejo entereza para soportar esta prueba terrible. Pasados ya los primeros días, es absurdo seguir entregado al dolor, y precisa darse cuenta exacta de su situación y pensar en lo porvenir.

—Á eso venía precisamente; á tratar con usted la cuestión de intereses.

Casi todas las conversaciones entre tío y sobrino desde hacía algún tiempo, tomaban este tono un si es no es picante. Miguel era díscolo, y cada día iba formando una idea más pobre de las dotes intelectuales del tío Bernardo. Este, si no despreciaba á su sobrino en el fondo, aborrecía su carácter y le tenía miedo. Ambos se hallaban perfectamente convencidos de esta antipatía y procuraban demostrársela con más ó menos disimulo. La conversación que sobre intereses entablaron no fué larga. Desde los primeros momentos comprendió Miguel que su tío no deseaba hacerse cargo de la curaduría. Grandemente satisfecho, aunque ocultándolo lo mejor que pudo, le facilitó el camino para zafarse de ella.

—Sí, tío, sí; comprendo perfectamente que las graves ocupaciones que usted tiene en su vida pública y privada no le permitirán dedicarse al arreglo de mis negocios con la atención que usted quisiera... Yo lo siento muchísimo... pero más vale que desde el principio hablemos claro...

—Por mi parte estoy dispuesto á cumplir en un todo la voluntad del finado; bien lo sabes... Pero temo que á pesar de sacrificar otros quehaceres...

—Nada, no hablemos más de eso. Como en el testamento se señala, en defecto de usted, á tío Manolo, que él se encargue, ya que está desocupado.

D. Bernardo sonrió irónicamente al escuchar el nombre de su hermano.

—Sí; él bien puede encargarse. Los quehaceres no le matan.

Con la solución dada al asunto, ambos se habían puesto de buen humor. La plática fué en adelante más expansiva y afable. D. Bernardo invitó á su sobrino á almorzar, y éste aceptó sin que se lo rogase.

Cuando bajaron al comedor, estaba ya reunida la

familia. Como era costumbre, todos aguardaban en pie al jefe de ella, quien después de saludarles grave y cortésmente, se sentó y les invitó á sentarse con un ademán tan imponente y señorial, que Miguel no pudo menos de sonreír. Nadie más que él sonrió. Los demás, incluso Valle, que era ya un personaje político, aceptaban aquella severa etiqueta, persuadidos de que practicándola, se alejaban del vulgo y ganaban en prestigio y respetabilidad. Miguel, exagerando un poco el desdén que le inspiraba tal farsa, decía para sí:—«¡Pero, señor, esta es una familia de sainete!» Durante el almuerzo se habló de varios asuntos políticos y domésticos, pero siempre con el mayor orden, sin que bajo ningún pretexto se quitasen la palabra unos á otros. Después que todos expresaban su opinión, D. Bernardo solía resumir y dar la suya. En su defecto, lo hacía Valle, como segunda persona de la casa. Casi siempre coincidían todos en el modo de ver las cosas. Cuando así no era, se mostraban tal deferencia los unos á los otros para contradecirse, que concluían por estar conformes. Alzar la voz para discutir se consideraba allí como la manifestación más acabada del mal gusto: sólo en las tabernas se disputaba á gritos. Á veces había también sus rasgos de ironía, sus chistes. Carlitos y Valle se autorizaban algunos. Entonces todos sonreían con benevolencia y hasta se reía suave y discretamente; nunca con fuertes ó sonoras carcajadas. En casi todos los asuntos que en la mesa se trataban, manifestábase claramente el desdén que la mayor parte de las cosas y personas inspiraba á aquella privilegiada familia, y el íntimo convencimiento que todos profesaban de su indiscutible superioridad. Esta superioridad era el dogma de la casa.

Enrique tomaba muy pocas veces parte en la con-

versación. No se consideraba á la altura de sus hermanos, conocía su genio sulfúrico y temía desafinar. Desde que se sentaron á la mesa, la transformación que acababa de operar en su rostro había llamado la atención de todos, hasta de su padre, que no se dignaba reparar sino en muy contadas cosas. Habíale dirigido durante el almuerzo cuatro ó cinco miradas largas y escrutadoras, y él, por no soportarlas, bajaba la vista y se hacía el distraído. Estaba avergonzado. Hubiera dado cualquier cosa por ponerse de nuevo los pelos que se había quitado. Nadie se atrevió, sin embargo, á hablarle de ellos. Cuando concluyeron de almorzar se procedió á hacer el café sobre la misma mesa, tarea en que de antiguo se placía la familia de Rivera, y á la cual concedía extremada importancia. En esta ocasión la importancia era mucho más grande, porque se trataba de ensayar una nueva maquinilla que Carlitos había encargado á París. Todos se prepararon con ansiedad á ver funcionar el aparato. Carlitos se había encargado de armarlo. Desgraciadamente, á pesar de su reconocido talento mecánico, no había logrado encajar algunas piezas en su verdadero sitio. El café salió tan revuelto y malo, que fué imposible atravesarlo. Entonces se produjo en la familia de Rivera un movimiento de sorpresa dolorosa; pero nadie osó dirigir cargo alguno al causante de la desgracia. Sólo por medio de rodeos y perífrasis, Valle declaró que el café pudiera estar más claro aún, lo cual no sabía si debiera achacarse á la calidad del mismo café, á la deficiencia del aparato ó á alguna ligera imperfección en la manera de armarlo. D. Bernardo tosió dos ó tres veces, lo cual indicaba siempre que iba á decir algo, y era la señal preventiva para que todo el mundo se callase. En efecto, guardaron silencio.

—Para que sepamos cuál es la causa de lo que ha ocurrido, y si Arturo ha acertado en alguna de las diversas indicaciones que acaba de hacer, precisa, ante todo, que se lave el aparato, se le desarme y lo volvamos á armar con detenimiento... Á ver, Raimundo, llévate esa máquina, que se lave bien, y después de secarla, la traes.

Hízolo en efecto el muchacho como se le pedía. Mas á pesar de la cautela y del espacio que Carlitos se tomó para armar la máquina, y á despecho de los graves y sensatos consejos que su padre le iba dando, y que él respetuosamente seguía, cuando de nuevo se hizo el café, salió tan malo como la vez anterior. Fué necesario apelar á la antigua maquinilla. La familia tomó el café pensativa y silenciosa. Miguel se puso á jugar con sus sobrinitas, las niñas de Eulalia. D. Bernardo se levantó al fin de la mesa, encendiendo un cigarro habano. Aunque su continente era frío y grave, como siempre, adivinábase que no estaba de buen humor. El negocio del café le había excitado un poco la bilis. Antes de salir se volvió hacia Enrique, que aún continuaba sentado, y le dijo severamente:

—¿Por qué te has dejado esas ridículas patillas de torero?

—Me estorbaba la barba—respondió el alférez humildemente, un poco ruborizado.

—Y porque la barba te estorbase, ¿había razón para poner la cara como la de un chulo ó un chispero?... ¿No sabes que eres hijo de una familia respetable, y que debes imitar á las personas decentes, lo mismo interior que exteriormente?... Á ver si te quitas inmediatamente esos adornos... ¡No quiero chulos ó picadores en mi casa!... Tiempo hace que me estás disgustando con tus groseras inclinaciones... Ya sé que tienes por

amigos á unos cuantos toreros ó granujas de la calle, olvidando lo que debes á tu familia y lo que debes á ti mismo... que no tienes otros placeres, que ver encerrar y apartar los toros... Me hiere profundamente tener un hijo tan insensato... ¿De dónde has sacado esas aficiones?... ¿No ves á tus hermanos, de quien nadie tuvo que decir jamás una palabra?...

Hizo aquí una pausa larga el irritado señor de Rivera, y dijo después en tono perentorio, saliendo del comedor:

—¡Que no te vuelva á ver esas patillas!

Enrique recibió la reprensión de malísimo talante, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza metida entre las manos en señal de protesta. Cuando su padre volvió las espaldas y estaba un poco lejos, dejó repentinamente aquella postura, y agitando frente á él los puños con frenesí, exclamó con voz sofocada á fin de que no le oyese:

—¡En mi cara mando yo!

Todos guardaron silencio, incluso doña Martina, ante la cólera del alférez. Sólo Eulalia se atrevió á decir solemnemente:

—Eso, Enrique, está mal hecho: papá tiene razón...

No pudo concluir. Su hermano se le echó encima convertido en basilisco.

—¡Ya me extrañaba á mí que tú no metieses la cucharada! ¿Quién te pide á tí consejo, ni qué se me da á mí que tú lo encuentres malo ó bueno?... ¡Es decir, que mamá se calla, y que esta tontuela ¡mentecata! se ha de meter siempre en mis cosas!... Yo hago lo que me parece; ¿sabes?... Me dejo las patillas ó me las quito; ¿sabes?... Y tú te callas; ¿sabes?...

Nadie protestó. El mismo Valle, que era á quien correspondía poner correctivo á aquellas palabras, se las

tragó. El alférez pudo seguir gritando cuanto quiso.

—¿Sabes—le dijo Miguel cuando estuvieron solos en el cuarto—que no es precisamente la dulzura lo que te caracteriza cuando tienes que dirigirte á tu hermana?

Enrique alzó los hombros en señal de desprecio.





X

El hotel de Puerto Rico, donde tío Manolo se alojaba, no era, en realidad, más que una mediana casa de huéspedes. Nada de cuanto caracteriza á los hoteles se encontraba en él. Ni movimiento de criados, ni entrada y salida de viajeros y equipajes, ni ruido de ninguna clase. Lo único en que remedaba un poco la manera de ser de aquellos establecimientos, era en los números pintados (con tinta de escribir) sobre la puerta de los cuartos y en los impresos con la cuenta que á fin de mes repartía una criada entre los huéspedes. Por lo demás, éstos eran fijos y no pasaban mucho de una docena. Entre ellos, el más antiguo un Marqués diplomático retirado del servicio hacía veinte años, seco, avellanado, fruncido, sin pizca de dientes y enteramente sordo (soltero). Otro de los que llevaban más tiempo en la casa, era un mayor del Consejo de Estado, buen mozo, muy dado al aseo y á los perfumes, gastrónomo, abonado perpetuo á la ópera, animal dañino entre el bello sexo, disimulando sus cua-

renta y cinco años con arte diabólico (soltero). Un ex-diputado carlista aniquilado por el reuma, viviendo de sus rentas, pasando los días húmedos en la cama, los secos en el café de la esquina, jugando al dominó, entrado ya en días, gran narrador de cuentos verdes, silencioso en todos los demás asuntos, hombre dulce y servicial (separado de su mujer). Un oficial de marina, joven, terrible discutidor de cuantos problemas ó cuestiones se suscitasen, por especiales y técnicos que fuesen; todo lo sabía, todo lo analizaba, los asuntos religiosoe como los financieros, lo perteneciente al orden físico y lo que tocaba al espiritual. Con todo eso, hablaba poco de barcos. Asistía invariablemente á los estrenos de los dramas, y emitía su opinión á gritos en los pasillos de los teatros, y después, en la mesa de la fonda (soltero). Este oficial constituía el tormento y la penitencia de un médico anciano que ya no ejercía, y que también se hospedaba en el hotel; hombre ilustrado y meticuloso, que jamás aventuraba una opinión sin haberla meditado con gran espacio. Vivía allí disfrutando de un capital que había juntado en su larga carrera profesional, procurándose, con escrúpulos de monja, cuantos goces higiénicos, cuantos cuidados y regalos puede inventar una imaginación experta y dedicada exclusivamente á tan grata tarea. Los razonamientos, ó por mejor decir, la charla insustancial del oficial de marina, le ponía fuera de sí, le alteraba la bilis. Era su única cruz en esta vida.

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Sabe usted por ventura obstetricia?

—¡Á mí qué me importa la obstetricia! Lo que le sé á usted decir, es que una mujer puede concebir de un animal, y que está probado.

—¡Cómo ha de estar probado semejante disparate!



—Dispénseme usted, D. Agustín, dispénseme usted; no es un disparate, ni mucho menos. Hay un médico alemán llamado Grotte...

—No conozco semejante médico.

—Usted no lo conocerá; pero el que usted no lo conozca, no prueba nada... Digo, que Grotte, que es el médico de más reputación que existe en Alemania, y que ha escrito infinidad de libros, afirma terminantemente que una mujer puede concebir de un mono, y hasta de un perro...

—¡Jesús, qué barbaridad! ¡No estará mal mono sabio ese señor Grotte!

—¡Dispénseme usted, D. Agustín; dispénseme Usted! Grotte goza de reputación europea, es miembro honorario de la Academia de Ciencias de Berlín y de la de París, director de uno de los hospitales más importantes, médico del Emperador...

A D. Agustín le retozaban las ganas de decir: «¡Todo eso es una patraña, y usted un mentecato sin pizca de sentido común!» Pero se contenía por educación, y cortaba las discusiones diciendo en tono sarcástico preñado de cólera:

—Bueno, hombre, bueno; tiene usted razón... usted lo sabe todo... Conoce usted la fisiología, la anatomía, la obstetricia... Para eso es usted marino... Yo no sé una palabra de esas cosas... para eso soy médico... Nada, nada, tiene usted razón... dejemos eso.

Estas retenciones de bilis le producían á D. Agustín algunos disturbios en el estómago. Estuvo tentado algunas veces á dejar la casa, pero le dolía en el alma abandonar un gabinete muy gentil al mediodía, que él había amueblado con particular esmero. Nuestro don Manuel Rivera, por sus prendas personales, por sus relaciones con la alta sociedad madrileña y por los años

que llevaba en la casa, representaba también papel principal en ella.

Los demás huéspedes eran figuras secundarias, que presenciaban riendo las disputas de la mesa redonda. Aventuraban pocas veces su opinión y aceptaban resignadamente la oligarquía de los seis que hemos enumerado, los cuales gobernaban la fonda á su talante, dictando al cocinero los platos y al dueño las horas de las comidas. Los criados, que se renovaban á menudo, poníanse muy pronto al tanto de la existencia de este primer estamento, y empezaban á servir siempre por aquella parte de la mesa en que se situaba, lo que hacía montar en cólera á una señora viuda, ajamonada, que en las discusiones daba siempre la razón al oficial de marina.

Cuando éste comía en casa, era sabido que habría gran calor en la mesa, mucho ruido, gritos desaforados. El dueño de la fonda, el cocinero y el pinche, cuando la algazara subía de punto, asomaban disimuladamente las narices por la puerta, un poco asustados. Mas al instante se tranquilizaban oyendo palabras que no comprendían, y se retiraban de nuevo á la cocina. Pero el oficial comía con frecuencia fuera de casa. Entonces la mesa redonda languidecía, quedaba sumida en un letargo triste y silencioso; se oía el ruido de los platos y el de las mandíbulas. El mayor del Consejo de Estado era el encargado de animar la escena, y lo hacía llamando la atención del Marqués, que comía abstraído, y dándole siempre la misma broma. El diplomático había prestado veinte duros á un tunante llamado Laguna, que vivía del juego y la estafa. Como es natural, no había vuelto á echarle la vista encima.

—D. Lorenzooo—gritaba el atusado mayor.

D. Lorenzo seguía comiendo tranquilamente.

—D. Lorenzoooo—tornaba á gritar.

—¿Cómo?—decía aquél levantando la cabeza y poniendo la mano por detrás de la oreja.

—Que hoy he visto á Lagunaaa.

—¡Hum!—gruñía el viejo bajando de nuevo la cabeza y dándose ya por enterado de la broma.

—Me ha dicho que es usted una persona muy simpáticaaa.

—¿Sí, eh?—refunfuñaba D. Lorenzo sin levantar la vista.

—Muchooo... y que probablemente vendrá un día de estos á hacerle á usted una visitaaa.

Esta noticia producía siempre risa entre los comensales, que estaban perfectamente enterados de todo. La broma se prolongaba al través de la comida con grandes intervalos de silencio. Al día siguiente, si el marino no llegaba á sazonarla con alguna discusión científica ó literaria, se repetía la vaya con leves variantes. Los comensales encontraban muy donoso al mayor, y cuando se descuidaba en embromar al Marqués, le guiñaban el ojo excitándole á hacerlo. La charla del marino los mareaba y aburría un poco; pero siempre se encontraban dispuestos á confesar su talento y sus conocimientos poco comunes.

Desde la última vez que le vimos, D. Manuel Rivera había envejecido bastante en realidad, en apariencia muy poco. El vientre le había crecido, las patas de gallo se habían acentuado, el cabello y la barba estaban poblados de canas. Mas como acudía, casi tan pronto como su compañero el mayor del Consejo, al reparo de estos mandobles del tiempo, amortiguaba su fuerza y la herida apenas se mostraba. Hacía algunos años que usaba constantemente justillo de gamuza (en verano de hilo), que recogía y aprensaba el abdomen. Jamás se



lavaba sin frotarse después con una llamada «agua de Circasia para refrescar y embellecer el cutis». Todos los meses daba una vuelta por casa del dentista para limpiar la dentadura y orificar los muchos agujeritos que iban pareciendo en ella. En cuanto á las canas, ahí estaba su fuerte; las tinturas que usaba, traídas por él todos los años de París, eran la envidia del mayor por lo finas y exquisitas. Sin embargo, por las mañanas antes que el barbero llegase, cuando tío Manolo envuelto en su bata le esperaba sentado en la butaca leyendo los periódicos, tenía todo el aspecto de una ruina venerable. Aun después de salir fresco y rozagante del cuarto, un ojo experto y curioso podía notar en ocasiones, en que andaba la tintura descuidada, ciertas vislumbres de plata en la raíz de la patilla. Esto en cuanto á lo corporal. Por lo que toca al espíritu, nuestro D. Manuel no necesitaba componer ni aliñar absolutamente nada. Teníalo tan fresco, tan vivo y juvenil como á los veinte años. Y eso que por efecto de sus constantes prodigalidades, padecía con frecuencia serios disgustos en el orden económico. Hacía ya bastante tiempo que tenía vendidas ó empeñadas las fincas que sus padres le dejaron. Esto no le impedía vivir holgadamente y recrearse con el mismo sosiego que si estuviese recién heredado. Nunca había retrocedido ni pensaba retroceder ante los gastos indispensables á un hombre que frecuenta la buena sociedad, que es galán y divertido. Cómo proveía á ellos nadie lo sabía; ni el mismo Miguel, que después de la muerte de su padre se fué á vivir con él en el Hotel de Puerto Rico. Tenía noticia por sus primos y por algunos amigos del mal estado de la hacienda de su tío; pero se asombraba de que éste nada le dijese ni hallase en sus actos algo que acusase la ruina de que se hablaba.

Como el pez en el agua se encontró nuestro mancebo en el hotel de su tío. Aunque muy joven para ello, formó inmediatamente parte del primer estamento ó directorio, en atención quizá á los méritos de aquél, en parte también á los suyos propios; pues muy pronto se mostró en la mesa como muchacho de entendimiento, alegre y despejado. El médico D. Agustín halló en él poderoso auxiliar contra las afirmaciones disparatadas del oficial de marina. Desde que se vió secundado, se las tuvo tiesas en todas las discusiones, y no quiso retroceder ni humillarse ante ninguna cita de autor exótico. Perdió terreno el oficial de día en día, y comenzó á decirse entre los comensales que formaban el público, que tenía una ciencia superficial y que el sobrinito de D. Manuel le ponía muchas veces las peras á cuarto. Hasta la viuda ajamonada que le daba siempre la razón comenzó á quitársela y apoyar con vivas cabezadas lo que Miguel manifestaba. Pero esto, según se supo después, fué porque la viuda le propuso un cambio de habitaciones, fundándose en que el oficial paraba muy poco en casa y le bastaba un cuarto más pequeño. No tuvo aquél la galantería de aceptar el trueque, y se captó para siempre su antipatía.

Pocos días después de vivir juntos, dijo D. Manuel á su sobrino:

—¿Sabes quién tiene muchos deseos de verte?... Aquella señora del intendente Trujillo, á cuya casa te llevé yo una noche cuando eras chico... ¿No te acuerdas que cantó unos dúos de ópera conmigo?... Ha quedado viuda la pobre hace ya dos años... Es una buena señora, muy amable y obsequiosa...

—¿Y aquella hija que tenía y también cantaba?...

—Se murió antes que su padre... Anita se ha quedado completamente sola. Cuando sucedió tu desgracia

me preguntó con mucho interés por tí, y me hizo prometerle que te llevaría alguna noche por su casa... No es tertulia formal. Nos reunimos solamente tres ó cuatro amigos, de modo que puedes venir sin inconveniente.

Aquella noche fué, en efecto, Miguel con su tío á casa de la intendenta, quien le recibió con mucho agasajo. No tanto á los tres ó cuatro amigos de que había hablado tío Manolo, y que fueron llegando uno después de otro. Todos ellos eran entrados en días. Uno era coronel retirado; otro, catedrático de matemáticas en la facultad de ciencias; otro, ex-gobernador de provincia. Observó Miguel que la intendenta ejercía una soberanía absoluta, casi despótica, sobre esta diminuta tertulia. Ordenaba en tono perentorio cualquier servicio, contestaba con acritud á las observaciones que la hacían, y en general se mostraba bastante indiferente á las atenciones y acatamientos que á cada instante la prodigaban aquellos señores, incluso el tío Manolo. Sin embargo, éste era el único con quien se humanizaba á ratos. Echando la vista en torno y advirtiendo el lujo que allí reinaba, pronto se convenció Miguel de que los tertulianos todos, sin exceptuar á su tío, apetecían la mano un poco rugosa ya de la intendenta. Frisaba ésta en los cincuenta, pero no estaba mal conservada, y apoyada sobre el pedestal de una más que regular fortuna, parecía á los ojos de sus amigos como una diosa. Bien persuadida estaba también ella de su influencia fascinadora, y por eso abusaba. Quizá se juzgase digna de un marido más fresco y juvenil. Lo cierto es que trataba á sus pretendientes con ostensible despego. ¡Qué esfuerzos hacía cada uno de ellos por aventajar á los otros en cortesía, donaire y gentileza! ¡Cuántos cartuchos de confites entregados con emoción y olvidados inmedia-

tamente sobre la mesa! ¡Cuánto requiebro, cuánta galantería perdidos en el aire! El gesto habitual de la intendenta era de disgusto. Cuando la preguntaban por su salud, siempre respondía: *regular*. Los tertulios tocaban con mucha habilidad este registro, porque era el único al cual solía responder. Al hablar de sus debilidades y sus nervios, era cuando Anita se mostraba comunicativa. Á veces la tertulia se pasaba horas enteras tratando de gastralgias y dispepsias ó de otras enfermedades del aparato digestivo. Tenía además la intendenta otro defecto que, á pesar de su acreditada paciencia, solía indignar á los pretendientes. Se dormía á menudo en la butaca y los tenía toda la noche hablando entre sí y en voz baja. Noches perdidas para el bloqueo de la plaza, que causaban profundo desaliento en los tertulios. Pues aún no era esto lo peor. Lo peor era que Anita, que tenía un temperamento linfático exhausto de sangre, gustaba de mantener viva y cargada incesantemente, hasta en los días templados, la chimenea de su gabinete. Merced á esto y al cuidado con que se cerraban todas las puertas y rendijas, aquella habitación era un horno. En ocasiones la atmósfera se ponía casi irrespirable. El coronel y el catedrático, que eran obesos y sanguíneos, sudaban gotas de tinta y estaban expuestos á una congestión; pero el ex-gobernador y tío Manolo, lejos de compadecerles, se complacían muy mucho en aquel tormento. Hasta se hubieran alegrado quizá de un amago de apoplegía que les impidiese salir de casa por las noches.

Anita recibió á Miguel, como ya hemos dicho, con inusitada afabilidad. Aquella novedad, aquella frescura despertó en ella, acostumbrada á los semblantes graves y ajados que diariamente la rodeaban, ideas risueñas, la alegría de la juventud. Los tertulios disfrutaron del buen

humor de la intendenta aquella noche. En vez de dormitar tristemente en la butaca ó de describir con voz apagada los fenómenos nerviosos del día, se mostró en extremo locuaz y divertida. Hablóse de los teatros, de política, de las aventuras galantes de la corte, se rió, se dijeron chistes más ó menos ingeniosos por todos. Anita se avino hasta á abrir el piano después de varios meses que permanecía cerrado, y cantar una romanza. Pero contra lo que debía esperarse y formando extraño contraste con los demás, tío Manolo empezó á ponerse, poco después de haber llegado, serio y taciturno. Apenas respondía á lo que le preguntaban, cual si se hallase bajo el peso de alguna triste preocupación. Miguel le examinó con inquietud, sin saber á qué atribuir aquella tristeza, pues no sabía que hubiese tenido disgusto alguno. Sin embargo, observó que su tío miraba con frecuencia á las solapas de la levita y se las arreglaba con mano trémula. Y como le conocía muy bien hacía tiempo, al instante comprendió que había motivo grave para aquel singular y repentino cambio de humor. El cuello de la levita no ajustaba bien; hacía un fuellecito por atrás siempre que bajaba la cabeza. D. Manuel al ponerse la prenda en casa no había podido apreciar bien este defecto. Sólo se había dado cuenta vaga de que existía. Mas así que se sentó cerca de un armario de luna, logró descubrirlo de modo evidente. Como es natural, sintió una profunda y dolorosa impresión que le impidió desde entonces tomar parte en la alegre plática que se había entablado. En un principio limitóse á arreglar el cuello, disimulando lo mejor que pudo su disgusto; pero la bilis se le fué exacerbando poco á poco. Perdió al cabo la paciencia, y cuando creía que no le observaban, comenzó á dar vivos y fuertes tirones á las solapas. No consiguió sino excitarse más y más. El en-

diablado cuello, aunque quedaba en su sitio después de cada tirón, no tardaba dos minutos en bajarse y ahuecarse de nuevo. La desesperación se iba apoderando velozmente del gallardo caballero. Hasta se le descompuso un poco el semblante. Por último, sintiéndose enteramente incapaz de permanecer por más tiempo en aquella angustiosa situación, se levantó de pronto y dijo con voz alterada, que se le había olvidado dar cierto recado á un amigo, que le dispensasen un momento, que no tardaría en volver. Viéronle marchar todos con sorpresa á causa de su manifiesta turbación. En la risa que se dibujó en la cara del ex-gobernador, quiso adivinar Miguel que había atribuído la salida á algún malestar del cuerpo. No tardó siquiera media hora en entrar. Traía puesta otra levita. El rostro se le había serenado por completo y se mostró en seguida tal cual era; jovial, divertido, siguiendo durante toda la noche de un humor excelente.

Cuando á las doce, poco más ó menos, se deshizo la tertulia y salieron, cogió del brazo á Miguel y le preguntó alegremente:

—¿Qué te parece de Anita?

—Es una señora muy amable.

—Bien conservada, ¿eh?

—Sí; para su edad...

—¿Cómo para su edad? No vayas á figurarte que es una vieja... Después, muy distinguida, ¿verdad?

Y bajando la voz y acercando la boca al oído del sobrino añadió:

—¡Ciento cincuenta mil duros en casas, y acciones del Banco!... ¿He dicho algo, Miguel?

No necesitó éste tirarle mucho de la lengua para averiguar sus planes. Acometido de súbito deseo de expansión, D. Manuel le abrió enteramente el pecho.

Hacía tiempo que «le estaba poniendo los puntos» á Anita. El deseo de formar una familia, que nunca sintiera en su vida, había concluído por enseñorearse de su alma. «Qué cosa más rara, ¿eh, Miguel? Al llegar á cierta edad, todos caemos. Es ley providencial.»—Pero á él ya no le convenía una chiquilla. Necesitaba tranquilidad en casa; una mujer formal.—«Fuera de casa, todo lo que tú quieras. Yo no soy un santo, y aun después de casado, no diré que alguna vez no saque la pierna por debajo de la manta... Pero el hogar... el hogar, chico, es cosa sagrada.» Analizó después el carácter de Anita, un poco seco en ocasiones y hasta irritable; pero en el fondo cariñoso y expansivo como pocos. Una mujer muy sensata, muy seria en todas sus cosas y de un corazón inmejorable. Cuando llegó al capítulo de los que pretendían disputarle su mano, el coronel, el ex-gobernador y el catedrático, se dibujó una sonrisa de lástima en sus labios. Habló de ellos con desdén olímpico.—«Unos pobres mamarrachos, Miguel. Ninguno tiene pizca de mundo ni sabe lo que es sociedad, ni se ha visto jamás en tales trotes: así que sin poderlo remediar enseñan la oreja á cada instante. Anita, que es muy lista, bien lo nota y se ríe de ellos. Si no los despide de una vez es porque á todas las mujeres, hasta las más sensatas, les gusta tener una corte de adoradores... aunque sean tontos, ¿sabes?... Pero ya se irán cansando... ¿Has reparado los pantalones de D. Ladislao el catedrático?... lo mismo que unas sayas... Anita y yo nos mirábamos y apenas podíamos contener la risa. ¡Pobre señor!... El coronel no es feo, pero tampoco sabe llevar con gusto nada... ni las patillas.»

Hablando de sus proyectos y murmurando de esta suerte llegaron hasta la puerta de casa. Después de gri-

tarle un rato, vino el sereno á abrirles y les acompañó con el farol hasta el piso principal. Allí el criado, medio dormido aún, les entregó á cada uno la llave de su cuarto y se despidieron hasta el día siguiente.

El tío Manolo, sereno, majestuoso, semejante á un dios, se fué á descansar, meditando como Ulises la muerte de los pretendientes.



XI

Desde que Miguel encargó la gestión de sus negocios al tío Manolo (y lo hizo pocos días después de haber pasado lo que acabamos de narrar), no volvió éste á sentir en su alma aquel noble impulso que le arrastraba á rendir culto á los dioses lares. Quizá juzgaba incompatible el cargo de tutor diligente con los deberes que impone el yugo matrimonial, y prefería sacrificar en provecho de su sobrino los placeres inefables con que la familia le brindaba. Verdad es que procuró honradamente desquitarse aplicándose con laudable asiduidad á los goces propios del soltero. No le fué á la zaga en esto Miguel, estimulado con su ejemplo. Ambos comenzaron á darse vida de príncipes, disfrutando alegremente de los siete mil duros de renta que el brigadier había dejado. Teatros, bailes, paseos, cenas á última hora, partidas de juego y de caza, noches de amor y de crápula, de todo gozó el héroe de nuestra historia en los cuatro años

que siguieron á la muerte de su padre. Su inclinación al estudio sufrió notable menoscabo durante este tiempo. Sin embargo, terminó la carrera con regular lucimiento. Una vez en posesión del título de abogado, no volvió á abrir un libro de derecho. Los momentos que el placer le dejaba libre, consagrábalos á la lectura de obras amenas, lo cual era también un placer.

Al llegar á la mayor edad le vino la idea de pedir cuentas á su tío. Había observado en los últimos tiempos ciertas dificultades tocantes al numerario, que le hicieron entrar en sospechas. Las cuales tuvo el sentimiento de ver convertidas en certidumbres. Su tío y él se habían gastado en los cuatro años, no sólo la renta anual de siete mil duros, sino el capital correspondiente á cincuenta mil reales que estaba colocado en acciones del Banco y papel del Estado. No le quedaban más que tres fincas urbanas.

Al saberlo tuvo un fuerte altercado con su tío, le recriminó con dureza su negligencia y le dirigió algunas palabras ásperas. El pobre D. Manuel apenas supo defenderse: quedóse cortado y confundido, murmurando torpemente algunas disculpas. Cuando á Miguel se le calmaron un poco los nervios y se encontró solo en su cuarto, sintió grandes remordimientos. Había obrado con poca generosidad. Después de todo, la misma culpa había tenido él que su tío en el despilfarro. Al recordar el semblante avergonzado y triste de aquél, sentía tanta lástima y un pesar tan profundo de haberle sin razón ofendido, que no pudo dormir en toda la noche.

La renta que le quedó era bastante para vivir con desahogo y aun con relativo lujo en Madrid. Se hizo cargo de la administración de las casas y puso orden en sus gastos, procurando, no obstante, que á su tío no le faltasen ciertos goces sin los cuales el caballero

no comprendía la existencia. Y siguieron viviendo alegres y satisfechos en la mejor armonía.

La amistad de Miguel con su antiguo compañero de colegio y hospedaje, Mendoza, se había enfriado un poco durante los últimos años, más bien por efecto de la separación que porque hubiese mediado entre ellos motivo alguno de disgusto. Cuando se encontraban en la Universidad ó en la calle se hablaban cariñosamente y paseaban juntos si Miguel no tenía cosa urgente que hacer. Algunas veces también, en días de apuros Mendoza solía pasarse por casa de su amigo y pedirle unos cuantos duros. Por lo demás, transcurrían á veces meses enteros sin verse.

Poco después de terminar la carrera, Mendoza, que cada día era mejor mozo y se aplicaba con más ahinco á parecerlo, quiso hacer oposición á unas plazas de oficiales, vacantes en el Consejo de Estado. Antes de resolverse vino á consultarlo con Miguel, quien le animó mucho y le prometió aprovechar todas sus relaciones para conseguir lo que deseaba. Miguel frecuentaba la alta sociedad y era amigo de varios personajes políticos. Se le conocía en los salones como en la Universidad por el nombre de Riverita, y era generalmente querido por su figura simpática, aunque exigua, y su trato franco y gracioso. Hizo Mendoza al fin su ejercicio de preguntas, y no fué más que mediano. De suerte que aun poniéndose en lo mejor, desconfiaba mucho de llevar número, lo cual le traía cabizbajo y desalentado. No obstante, cuando llegó el segundo ejercicio, que consistía en escribir encerrado, durante veinticuatro horas, una disertación sobre un tema elegido entre tres y contestar después á las objeciones que dos compañeros le hiciesen, ocurriósele una idea salvadora. Pidió por favor á Miguel, en cuyo talento fiaba mucho,

que se la escribiese. Hubo necesidad para ello de valerse de un ardid. Á la hora en que se encerraba, fué Rivera por allá, se enteró del tema elegido y corrió á meterse en la biblioteca del Ateneo, donde en pocas horas consultando libros y esforzando el ingenio, escribió un largo y erudito discurso. El problema era que llegase á las manos de Mendoza. Para conseguirlo fué á rondar á las altas horas de la noche el edificio de los Consejos. Dió un silbido penetrante, como un enamorado que avisase á su novia. Al poco rato se abrió con cautela una ventana del piso alto y se vió un hilo de seda flotar en el aire. Miguel amarró apresuradamente el manuscrito y el hilo comenzó á subir arrastrándolo consigo.

A la mañana siguiente fué lleno de zozobra á presenciar el ejercicio de su amigo. Este, que había copiado la disertación en buena letra, la leyó con firme entonación y no poco aparato. Los jueces quedaron sorprendidos de tanta erudición y agradable estilo, en quien no sospechaban que existiese. Cuando llegó el momento, sin embargo, de contestar á las objeciones, decayó bastante. No sabía más que referirse á su discurso; luchaba en vano por encontrar algún nuevo argumento en defensa de la tesis. Á pesar de esto y del mediano ejercicio de preguntas, el tribunal, pagado de los conocimientos nada comunes que había demostrado, le aprobó los ejercicios. Entonces fué cuando Miguel puso en juego todas sus amistades para lograr que el ministro le concediese una de las plazas. El mayor del Consejo, su compañero de hotel, no fué uno de los que menos trabajaron en el asunto. Finalmente, después de muchas idas y venidas, empeños y zozobras, Mendoza fué nombrado oficial del alto cuerpo consultivo con doce mil reales de sueldo. Aunque no era muy pingüe, tenía el empleo la ventaja de ser in-

amovible, y en la capital, y muy á propósito para trabar amistad con los próceres de la política y la administración, bajo cuya égida es como únicamente se puede hacer fortuna en España. El hijo del cirujano estaba, pues, en franquía, ó lo que es igual, tenía asegurado su *modus vivendi*. Celebróse el triunfo por los dos amigos con una cena y hubo brindis fervorosos en ella y se juraron fidelidad eterna.

Poco tiempo después de este suceso, sobrevino otro en la vida de Miguel que dió origen á cambios importantes en ella. Ya hemos dicho que había entrado con buen pie en la sociedad, que se le tenía por hombre ameno y divertido, y gozaba de todos los privilegios que la fortuna y el ingenio suelen conceder en la capital. Pocos sabían como él despertar el buen humor en las tertulias, hablar con donaire de las mil frivolidades que constituyen el encanto de la buena sociedad.—«Mi fuerte y mi recurso supremo para extasiar á las tertulias—solía decir con ironía,—es el teatro Real.» Porque entonces, como ahora, la conversación amena por excelencia en Madrid era la de la ópera, y aquél era tenido por hombre más discreto y agradable quien proporcionase en las reuniones datos más fidedignos acerca de la vida privada de los tenores y barítonos.

Pues sucedió que cierto día, habiendo fallecido un caballero con quien mantenía alguna relación, se vistió de negro y fué á dar el pésame á la familia. La habitación de la señora estaba medio á oscuras, como es de rigor en tales casos, por lo que fué necesario que ella le saludase antes para saber adonde dirigirse. Después que la apretó la mano y le expresó cuánto sentía, etc., etc., dió vuelta, y sacándose los ojos para ver algo, percibió una silla vacía y fué á sentarse en ella. Los circunstantes guardaban silencio y se mantenían en actitud rígida



y dolorosa adecuada á las circunstancias. Nuestro joven procuró también adoptar una postura reflexiva metiendo las manos entre las rodillas y bajando la cabeza. Esto no le impedía levantar los ojos que, acostumbrados ya á la oscuridad, consiguieron al cabo distinguir las personas y los objetos. No muy lejos observó que una cabecita de mujer estaba vuelta hacia él, y que unos ojos negros le contemplaban sin pestañear. La cabeza era hermosa y delicada como la de una madona; los ojos vivos y alegres. Sintióse el joven particularmente cautivado por aquella mirada, donde adivinaba cierta misteriosa simpatía. No sólo su amor propio se sintió halagado por las insistentes miradas de la joven, sino que experimentó un sentimiento de atracción, que le arrastraba hacia ella. Contentóse, al principio, con decir para sí:—¡Qué niña tan bonita!—Después avanzó un poco más y dijo:—¡Vaya una chica simpática; tiene cara de buena!—Por último no pudo menos de pensar: —Yo he visto esta fisonomía ya en otra parte. Y empezó á dar vertiginosas vueltas en la imaginación para averiguar dónde y cómo la había visto. Pero por más que hizo no pudo averiguarlo. Recorría en un instante, con el pensamiento, todas las casas conocidas, todos los parajes por donde había andado, y no logró encontrar marco para aquella cabeza. Si no la he conocido en el mundo, la he conocido en sueños, se dijo. Yo he visto muchísimas veces esta cara y estos ojos. Y en efecto, poco á poco el semblante de la joven con sus rasgos delicados, con su expresión franca y risueña, se le representó como un sueño amable que había tenido en distintas épocas de la vida. Trasladóse á los días de placer, recordó los momentos en que su fantasía le hizo entrever los campos floridos de la dicha; días y momentos fugaces para él como para todos, pero que dejan la

huella de Dios en el espíritu y le preservan de la corrupción. Los ojos de aquella joven le pusieron en contacto con todos los objetos bellos que había visto en su vida, con todos los pensamientos honrados que habían cruzado por su mente, con todas las lágrimas dulces que había vertido. Acordóse de la fe pura y sencilla con que rezaba en el colegio ante la imagen de la Virgen y el ansia con que deseaba tener alas para lanzarse por los espacios azules y llegar hasta su trono de estrellas y cantar á sus pies las alabanzas de su hermosura inmortal. Recordó las veces en que su padre le había dado á besar el retrato de su madre. Recordó las dulzuras inefables que le causaba de niño la música que acompañaba á las procesiones, y la embriaguez que le producía el perfume del incienso, se le representaron los juegos de la infancia y el cariño vehemente apasionado que sintió cuando niño por su hermanita Julia...

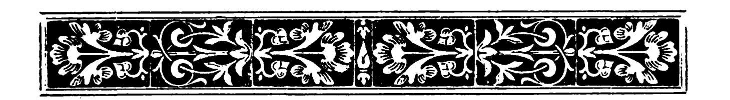
¡Julia!... Le dió un vuelco el corazón. Había hallado lo que buscaba. Aquella cabeza semejaba extraordinariamente á la de su hermana, no sólo juzgando por el recuerdo de la infancia, sino por el retrato que de ella poseía, regalo de su padre. Clavó en la joven los ojos con interés ansioso, queriendo averiguar un algo vago que empezaba á bullirle en el pensamiento, exploró con afán todos los rasgos de su fisonomía, examinó los pormenores de su vestido.—¡Si fuese realmente mi hermana!—se dijo.—Todo cabe en lo posible. Esta familia es amiga suya... Pudieron venir de Sevilla á pasar una temporada—¡quién sabe!—Y seguia mirándola fijamente cada vez con más emoción. La joven tampoco apartaba de él su mirada, llena de interés. El corazón empezó á latirle aceleradamente. Se le apoderó un gran desasosiego, que le hizo mudar de postura veinte veces en dos minutos. Sintióse sofocado, y se desabrochó la

levita. Era necesario salir de aquella terrible duda; saber si todo era pura ilusión, ó si efectivamente se encontraba cerca de la hermana de su alma. ¿Á quién preguntarlo? La señora de la casa estaba lejos; no era oportuno levantarse y dirigirse á ella. Además, todo el mundo se enteraría. Paseó la vista en torno, y no halló ningún amigo. Entonces se decidió á preguntarlo á la señora que estaba más cerca, fuese quien fuese. Volvióse cuanto pudo hacia ella, se inclinó hacia su oído; mas cuando iba á articular la primera palabra quedó repentinamente sin voz, pálido y extático. La señora que estaba á su lado no era otra que su madrastra, la brigadiera Ángela en carne y hueso, mucho más ajada, con el cabello gris, pero todavía bella y arrogante. La circunstancia de estar tocando con ella y la oscuridad de la sala, habían hecho que no la viese hasta entonces. La brigadiera debió conocerle en cuanto entró, porque así que Miguel hizo ademán de dirigirle la palabra, volvió la cabeza á otro lado en señal evidente de mal humor y desdén. El rencor que siempre le había tenido es taba más encendido ahora por el testamento del padre.

Miguel permaneció inmóvil largo rato, sumergido en un mar de pensamientos tristes. Cuando alzó la vista, su hermana (porque era ella, ya no le cabía duda) le estaba contemplando con mayor ternura. Una corriente de simpatía, más aún, de cariño sincero y apasionado, se estableció entre ellos. Los ojos eran los encargados de trasmitirla. Habló la sangre, hablaron los dulces é inefables recuerdos de la niñez, habló la memoria venerada del bondadoso brigadier Rivera. En poco estuvo que ambos se levantasen y se abrazasen ante la concurrencia. Mas en Miguel pudieron los miramientos mundanos; en Julia el temor de su madre. Y ambos permanecieron en sus asientos.

La brigadiera se sofocaba. Estaba inquieta, nerviosa. Hacía rechinar la silla al moverse. Por último, no pudiendo ya contenerse, se levantó para salir. Todos la imitaron, y hubo unos instantes de confusión mientras se despedían. Merced á ella Miguel se acercó disimuladamente á su hermana, y, sin saber cómo, sin mirarse siquiera, sus manos se encontraron y se dieron un apretón furtivo y apasionado. Jamás experimentó nuestro joven una emoción más dulce, ni fué tan feliz como en aquel momento. Vinieron á sus ojos algunas lágrimas que tuvo que ocultar con el pañuelo. Julia, por su parte, estaba pálida y temblorosa, y apenas podía articular las palabras indispensables para despedirse. Cuando se fueron, Miguel quedó como si repentinamente le introdujesen en un calabozo lóbrego. No vió, ni oyó nada de cuanto había á su alrededor, y, sin vergüenza alguna de que le observasen, se echó á llorar como un niño y se despidió también.





XII

AVERIGUÓ que su madrastra había venido á vivir á Madrid para cobrar más puntualmente la viudedad, y que habitaba un cuarto tercero en la calle del Barco. Esto le hizo sospechar que la hacienda de su pobre hermana había sufrido fuerte menoscabo, si es que no había volado enteramente. Tan luego como supo el domicilio de ellas se constituyó en asiduo paseante de la calle y comenzó á espiar los balcones de la casa con el celo y la insistencia del más rendido galán. Pero los balcones permanecían herméticamente cerrados como los de un convento. Por más que hizo nunca logró ver á Julia. Apeló entonces á los medios que suelen emplear los tenorios callejeros. Sobornó á la portera y pudo cerciorarse de que su madrastra habitaba allí en efecto hacía tres meses; pero su hermana había ido á pasar una temporada al campo con unos amigos por no encontrarse bien de salud. Renunció por entonces á pasear la

calle aguardando su regreso. Y al cabo de algún tiempo sucedió lo que vamos á ver.

Cierta tarde de verano hallábase Miguel sentado en una de las sillas del Prado con el cigarro en la boca disfrutando voluptuosamente de la amenidad del sitio y de la temperatura, que no podía ser más agradable en aquella hora. El vasto salón arenoso comenzaba á poblarse de los que como él salían después de comer á gozar del fresco. Nuestro joven, con mirada indiferente veía cruzar por delante de él grupos de señoras unas veces, otras paseantes solitarios, niños con sus ayos ó niñeras. La disposición de su espíritu no era hacía ya algunos días tan alegre como antes. El encuentro con su madrastra le habia perturbado bastante, inclinándole á los pensamientos serios y tristes. Los cuatro años de vida placentera le habían hecho olvidarse de entrar en sí mismo, recordar su historia, meditar sobre lo presente y lo porvenir. Al tropezar con aquellos restos de su familia despertaron súbitamente en su alma mil recuerdos dolorosos y alegres de la infancia, presentimientos y dudas que le tuvieron por algún tiempo melancólico. Hallábase, pues, enfrascado en tristes cavilaciones, como ordinariamente le acaecía siempre que estaba solo, cuando acertó á ver á lo lejos dos señoras, cuya figura le trajo á la memoria en seguida á su madrastra y hermana. Según fueron acercándose, pudo cerciorarse de que no eran otras. Le dió un salto el corazón, y vaciló un instante entre marcharse antes que llegasen ó permanecer en su sitio. Optó al fin por esto último y aguardó. Pronto le divisaron, porque había pocas personas sentadas. La brigadíera arrugó la frente en testimonio de desagrado y pasó sin dirigirle una mirada. Julia también cruzó sin mostrar que reparaba en él; mas á los pocos pasos volvió la cabeza, y á espaldas de su

madre le envió una sonrisa y le hizo una serie de muecas y saludos afectuosísimos, aunque reprimidos. Después con rápido y gracioso ademán acercó la mano al pecho, arrancó un clavel que llevaba y lo tiró al suelo. Miguel corrió al instante á recogerlo. Al bajarse sintió unos pasos precipitados detrás y vió frente así al levantarse á un cadete de Estado Mayor, flaco y larguirucho como una espina, quien le dirigió una mirada torva y colérica y hasta tuvo conatos de abocarle; pero después de vacilar un instante siguió caminando aunque volviendo amenudo la cabeza para mirarle de arriba abajo con expresión nada pacífica. Miguel, sin hacerle caso, cambió todavía de lejos una sonrisa con su hermana y llevó el clavel á los labios.

Cierto, no dejaba de ser interesante la situación de ambos hermanos, obligados para manifestarse su cariño á esconderse como dos amantes contrariados y á emplear toda la astucia y disimulo que éstos usan. Miguel sabía apreciarla y la gustaba, y hasta se placía é interesaba en ella, por más que la deplorase con interminables lamentaciones cuando se hallaba entre amigos. Comenzaron á escribirse por medio de la portera; se hacían señas desde el balcón y la calle respectivamente; citábanse para las casas conocidas, y burlando la vigilancia de la terrible brigadiera, se daban besos apasionados en los corredores. ¡Cuántas veces en sus cartas se hizo mención de aquel dia infausto en que Miguel dejó caer á su hermanita sobre el borde de la cuna! ¡Cuántas hablaban de la particular afición que Julita tenía á despeinarle! Miguel le escribía: «Aún siento, picaronaza, tus manos entre mis cabellos y aún me duelen los tirones que me dabas. Media hora por lo menos tardaba tu doncella Rosalía en ponerme la cabeza como la de un querubín; y tú ni un segundo siquiera en de-

jármela como una selva enmarañada! ¿Conservas fidelidad á los gatos? Si la raza felina no te ha hecho apurar la copa del desengaño, te proporcionaré cuando quieras un variado concierto. Aún mayo con bastante afinación.» Julia le contestaba: «Si piensas que se me ha quitado la manía de despeinarte, te equivocas. Cuando te veo en los salones tan perfumado y elegante, hecho un dije de reloj, ¡no sabes lo que daría por achucharte, por chafarte la camisa, por meter las manos entre esos pelos tan rizaditos y engomados ¡simploncillo! y ponerlos tiesos como una escoba! Eres tonto de remate. Como sabes que eres guapo no hay quien te sufra...»

Al fin Miguel halló el medio de reconciliarse con su madrastra. El cariño cada día más grande á su hermanita le hizo pensar que la había despojado de una parte considerable de fortuna. Su padre no había obrado con toda justicia al mejorarle. Las mujeres necesitan siempre un dote proporcionado á su educación, porque no pueden vivir de su carrera como los hombres. «Después de todo, se decía, aunque mi padre me quisiera mucho, no hay duda que al redactar el testamento ha obedecido en cierto modo al deseo de venganza. ¿Y qué culpa tiene mi pobre hermana del carácter altivo y dominante de su madre». Por otra parte, le dolía verla en un cuarto tercero viviendo con relativa estrechez mientras él gozaba de todos los atractivos del lujo. Estas imaginaciones fueron labrando en su cerebro una decisión que al cabo formuló por escrito en carta á su madrastra. Escribióle sin decir nada á Julia suplicándole le concediese una entrevista «para tratar de asuntos que á ella y á su hija interesaban mucho.» La carta, aunque seria, era afectuosa y dejaba traslucir intentos generosos y deseos vivos de reconciliación. La brigadiera le contestó muy atenta citándole para el día si-

guiente á las tres de la tarde en su casa. Aquella noche apenas pudo dormir nuestro joven bajo la obsesión de mil pensamientos afanosos y cambios súbitos de temor y de alegría. Los nervios se le desbocaban fácilmente y no era poderoso á sujetarlos.

Después de almorzar, ó de haber intentado hacerlo, porque apenas pudo pasar bocado, después de haberse vestido con pulcritud, después de haber estado algunos minutos en el café tomando maquinalmente una copa de *chartreusse*, se encaminó con paso vivo á la calle del Barco, imaginando lo que había de decir á su madrastra y gozando con la grata perspectiva de la reconciliación. Al llegar á la esquina de la calle de la Puebla procuró refrenar el paso y tranquilizarse. Mas al doblar la del Barco alcanzó á ver á lo lejos aquel cadete desgalichado que tan ferozmente le había querido interrumpir cuando recogió en el paseo el clavel de su hermana. Ya le había tropezado otras muchas veces en la misma calle con los ojos puestos en el balcón de Julia.

El cadete, al verle pasear la misma calle y al parecer con los mismos intentos, le arrojaba miradas provocativas, centellantes, cargadas del tradicional desprecio que el elemento militar ha sentido siempre hacia el civil tratándose de empresas amorosas. Pero Miguel, con la imprevisión temeraria de la juventud, hacía caso omiso de este desprecio. Solía contestar á aquellas miradas con una sonrisa dulce y un si es no es burlona que iba amontonando la cólera en el pecho del feroz cadete. La tempestad rugía ya sobre la cabeza de nuestro joven, y él seguía tan sosegado como si estuviese bajo un cielo azul y sereno. Como caminaban en sentido contrario no tardaron en acercarse y pasar uno al lado del otro, repitiéndose la misma torva mirada por

parte del militar y la idéntica sonrisa por la del paisano. Miguel cruzó á la acera de enfrente para entrar en casa de la brigadiera; mas antes de efectuarlo oyó una voz cavernosa á su espalda:

—Cabayero; oiga usted.

Volvióse y se encontró frente á frente del cadete.

—¿Qué se le ofrecía á usted?—le preguntó sonriendo.

El cadete vaciló un instante, puso sus ojos sanguinarios en el suelo y profirió con voz bronca de adolescente que está en la muda:

—Cabayero, quisiera saber si usted está «en relaciones» con esa chica del número quince...

—¿Del número quince?—dijo Miguel, más risueño aún.

—Sí señor, cuarto tercero.

—Pues en efecto, estoy en muy buenas relaciones; sí señor.

Hubo unos segundos de silencio. El hijo de Marte, á pesar de su innata ferocidad, quedóse un poco turbado. Al fin rompió á trompicones diciendo:

—Pero bien... esas relaciones... Yo hace tiempo que la hago el oso... Quisiera saber si es usted novio...

—¡Ah! Eso es otra cosa. Para que yo sea novio de ella hay una pequeña dificultad. Y es que soy su hermano.

El cadete levantó los ojos, donde se pintaba el asombro, la alegría, la duda y algunas otras emociones secundarias que sería prolijo enumerar.

—¿Pero de veras es usted?...

—De padre nada más; no se asuste usted.

Al cadete no le hizo efecto esta rectificación. Siguió expresando con los ojos los mismos sentimientos, con idéntica viveza. Después, acometido súbito de una idea,

la de que aquel paisano «se estaba quedando con él», se puso otra vez fruncido y enfoscado y volvió á sacar la voz de las profundidades de su pecho.

—Cabayero, yo no consiento que nadie se *guasee* conmigo.

—Hace usted perfectamente. Aplaudo esa decisión.

—Es que... yo no creo que usted sea hermano de esa señorita...

—También está usted en su derecho. Si le repugna creerlo, nada, nada, por mí no se violente usted.

—Es que yo...

—Siento en el alma no traer la fe de bautismo en el bolsillo; pero si usted no tiene cosa más urgente que hacer, puede pasarse por la sacristía de la iglesia de San Ginés y allí le enseñarán el libro parroquial donde consta mi nacimiento y el de mi hermana... Si usted desea una tarjeta para el sacristán se la daré... ¿No la quiere usted?... Bien, pues usted me dispensará, caballero; me aguardan en este momento... Miguel Rivera, para servir á usted...

Y giró sobre los talones y se metió pugnando por no reir en el portal de la casa de su madrastra. Una vez dentro de él, quedóse repentinamente serio al pensar que antes de tres minutos iba á encontrarse frente á ésta. Era un momento solemne. Subió lentamente la escalera, creciendo su emoción á cada peldaño que iba salvando. Cuando llegó arriba estaba tan conmovido que no se atrevió á que le viesen en aquel estado. Descansó algunos momentos procurando serenarse, y después que lo hubo conseguido á medias, cogió el llamador con mano temblorosa, tirando de él suavemente. Esperó un rato sin que nadie viniese. Cuando ya iba á tirar segunda vez, oyóse una voz adentro que decía con tono imperioso:



—¡Que han llamado!

Le dió un vuelco el corazón. Era la voz de su madrastra. Al instante se abrió el ventanillo y le preguntaron:

—¿Qué deseaba usted?

—¿La señora viuda de Rivera?...

—Sí señor—dijo la criada abriendo la puerta.

En aquel momento Miguel estaba, sin saber por qué, completamente sereno.

—¿Cómo es su gracia?

—Miguel Rivera.

—Voy á avisar. Tenga usted la bondad de aguardar un instante.

En cuanto nuestro joven se quedó solo, oyó unos pasos vivos y menudos, y divisó en la esquina del corredor á Julia que asomó la cabeza nada más para ver quién era «la visita». Al encontrarse con su hermano, descubrió todo el cuerpo y se quedó pasmada, extática, mirándole fijamente con marcada expresión de susto. Esta actitud hizo comprender á Miguel que la brigadiera nada le había dicho de la carta ni de la cita. Después avanzó lentamente hacia él manifestando siempre la misma sorpresa mezclada de terror, sin hacer caso de la sonrisa tranquilizadora de su hermano. Cuando éste la tuvo cerca, avanzó también algunos pasos, y cogiéndola por la cintura, la dió un par de sonoros besos en las mejillas. Entonces el susto de Julia llegó á su colmo. Se arrancó con extraordinaria violencia de los brazos que la sujetaban, se puso terriblemente pálida y se llevó el dedo á los labios, diciendo con voz de falsete:

—¡Por Dios, Miguel, por Dios... que está ahí mamá!

La criada apareció en aquel instante por el otro extremo del corredor.

—Puede usted pasar cuando guste, señorito.

Miguel hizo una mueca risueña á su hermana, le dijo adiós con la mano y se dirigió con paso firme á la sala, precedido de la criada, quien al llegar á la puerta levantó la cortina y le dejó el paso.

La brigadiera Ángela, que estaba sentada en una butaca, se levantó al ver á Miguel, pero no avanzó á su encuentro. Tenía la misma figura gallarda y arrogante, mas el rostro estaba notablemente ajado. Dibujábase en torno de sus ojos un círculo grande azulado, y surcaban su frente dos profundas arrugas, señales que acreditaban la violencia y soberbia de su genio. Los negros y sedosos cabellos que Miguel admiraba en otro tiempo, blanqueaban ya por tantos sitios, que eran más grises que negros. Vestía una bata de seda, también ajada, y ajados estaban también los muebles de la sala, y ajadas las cortinas y la alfombra. Todo lo advirtió el hijo del brigadíer de una sola pero intensa mirada, y no sin pena, recordando el antiguo esplendor de su casa.

—¡Oh, mamá! ¿Cómo sigue usted?—dijo avanzando con efusión hacia ella.

—Bien, ¿y tú, Miguel?—respondió tendiéndole una mano.

Miguel, que iba decidido á abrazarla, se detuvo ante aquella actitud y se contentó con tomarle la mano y apretarla contra su pecho. Y reteniéndola aún entre las suyas, exclamó:

—¡Cuánto tiempo!...

—¡Mucho, sí! Trae una silla y siéntate.

Pero Miguel, sin hacer caso, siguió en pie, y volvió á exclamar, arrasados los ojos de lágrimas:

—¡Pobre papá!

La mano de la brigadiera tembló un poco dentro de

las suyas; pero soltándose en seguida, le señaló de nuevo una silla.

—Siéntate, Miguel, siéntate.

Obedeció, colocándose al lado de la butaca de su madrastra, y metiendo las manos entre las rodillas y la barba en el pecho, guardó silencio. Algunas lágrimas le resbalaron lenta y calladamente por las mejillas.

—¿Hace mucho tiempo que has concluído la carrera, Miguel?—le preguntó en tono natural la brigadiera al cabo de un rato.

—Hace dos años nada más—repuso secándose los ojos con el pañuelo.

—¿Y qué te haces ahora?

Esta pregunta seca y hecha en tono más seco aún, cortó la tierna emoción que embargaba á nuestro joven en aquel momento y le dejó un poco embarazado.

—Poca cosa... Me divierto lo más que puedo.

—Sí, sí, ya lo he sabido, que eres un joven á la moda.

—Las modas duran poco. Pasaré como han pasado las trabillas y las corbatas de suela...

La conversación iba á tomar un sesgo demasiado frívolo, y Miguel lo cambió preguntando con interés:

—¿Y ustedes qué tal se encuentran en Madrid, mamá?

—Á mí me sienta bien este clima... Á Julia no tanto.

—¡Pobrecilla!... acostumbrada al calor de Sevilla, el frío de este pueblo no le hará provecho seguramente.

—Yo también estaba acostumbrada al calor cuando vine hace años, y sin embargo no me ha hecho daño... Depende de las naturalezas...

—¿Pero Julia se ha puesto mala aquí?—preguntó Miguel, aunque ya lo sabía.

—Ha tenido un catarrillo pertinaz, pero la he man-

dado á Mejorada unos días con mi prima Rafaela, y se ha puesto buena.

—Es una chica muy graciosa... ¡Caramba cómo se ha desarrollado, y qué monísima se ha puesto!

—Tus flores no tienen gran valor en este caso—dijo la brigadiera sonriendo nada más que con el borde de los labios.

—¿Por qué? ¿Porque soy su hermano?... No crea usted que influye tanto en mi juicio esa circunstancia. La juzgo desapasionadamente, como un extraño... como un joven á la moda—añadió devolviendo irónicamente á su madrastra el calificativo que le había dado. Y por si esto pudiera ofenderla, dijo después:

—Usted, mamá, debe escuchar con gusto que Julia es guapa, porque además de ser su hija, se le parece notablemente.

—Tampoco admito esa flor encubierta... ¡Te has vuelto muy galante, Miguel!—repuso la brigadiera dignándose sonreir afablemente.

Más había de galantería que de verdad en lo que aquél acababa de decir. Aunque la brigadiera había sido bella, acaso más que su hija, ésta no se le parecía sino en la forma de la frente, estrecha y delicada, y en la boca. Los ojos de Julia eran más chicos que los de su madre, pero más vivos, y de un mirar suave y halagüeño, que nunca los de ésta habían tenido. La nariz no era tampoco aguileña, sino recta y fina. En la figura aventajaba mucho la madre á la hija, y en el color también, para los que prefieren las blancas á las morenas. Julita era una muchacha más bien baja que alta, pero muy bien proporcionada. Tenía el talle esbelto y airoso como pocos. Todos sus ademanes eran vivos y resueltos y estaban impregnados, si vale la palabra, de una gracia singular. El color tostado en demasía,

acercándose mucho al de las gitanas, con las cuales guardaba más de este punto de semejanza. Los cabellos idénticos á los de su madre cuando tenía su edad, negros, sutiles y lustrosos, y cayéndole en rizos sobre la frente. No era la hermana de Miguel un dechado de belleza, ó lo que es igual, no poseía la pureza y corrección de líneas generadoras de la armonía (la cual es más aparente que real algunas veces); pero en cambio llevaba en sus ojos, en su garbo, en su sonrisa, el brillo y la sal de Andalucía.

Miguel no sabía cómo dar á la conversación un giro elevado y noble, acomodado á los sentimientos que agitaban su alma. Hubiera querido hablar de su padre, de su bondadosísimo padre, á quien tanto había amado. De buena gana hubiera recordado también los pormenores de su infancia, por más que en ella la brigadiera no desempeñase papel muy grato. Dispuesto estaba á olvidar todas las heridas, todos los desdenes y acordarse únicamente de los cortos momentos de dicha que había disfrutado. Hasta los castigos de su madrastra adquirían, con la velada luz de los años, y al través de la súbita ternura que se había apoderado de él, un aspecto maternal que borraba su injusticia. Por su gusto se reiría, trayéndolos á cuento como hacen algunas veces los hijos cariñosos después que llegan á hombres. Pero la actitud reservada, aunque atenta y afable de la brigadiera, le imponía respeto y le cortaba los vuelos para desahogar el pecho. Por otra parte, deseaba también entrar en la cuestión de intereses y no se atrevía, temiendo ofender su orgullo. Después de hablar algunos minutos todavia en el mismo tono indiferente, más propio de una visita de amigo que de una entrevista tan grave y solemne como debía ser aquélla, procuró encauzar la conversación hacia lo que quería, hablando



mucho de sí mismo, de sus tristezas y de su porvenir.

—No son todo flores en la vida, mamá. Aunque me encuentre en una posición desahogada y pueda disfrutar de los placeres que ofrece la corte á los jóvenes, no soy tan feliz como el mundo supondrá seguramente. Tengo muchísimos momentos de murria, de tristeza, acordándome de que vivo solo, que me falta el calor de la familia, el cual no puede reemplazarse con nada... Mi tío Manolo, ya sabe usted cómo es... muy bueno, muy cariñoso... pero... ocupado exclusivamente en divertirse... Y el hombre no vive sólo con el recreo de los teatros, de los cafés y de los bailes. Cuando hay un poco de corazón, se apetece otra cosa...

—¿Por qué no te casas?—dijo la brigadiera secamente y sin levantar la cabeza.

—El casarse no es un acto tan libre como parece á primera vista... Se casa uno cuando llega la hora y una porción de circunstancias se han juntado para ello... Casarse porque sí, por una determinación de la voluntad, sin haberse enamorado antes de una mujer y sin juzgarla digna de llamarla esposa, me ha parecido siempre insensato. Además, en Madrid, en las sociedades que yo frecuento, se encuentran muchas jóvenes bonitas, elegantes, que tocan el piano admirablemente y cantan á veces como las tiples que se *chichean* en el Real, y á veces pintan acuarelas y paisajes al óleo demasiado verdes y escriben cartas á los novios con bastante ortografía... Pero buenas esposas y buenas madres de familia, ¿cree usted que se encuentran con tanta facilidad?

—¡Bah!

—No lo crea usted, mamá... En fin, á mí no me ha llegado aún la hora... Y mientras llega, lo estoy pasan-

do mal. Me sobra gran parte de la renta que tengo, y si no hago mal uso, no sé qué hacer de ella...

Miguel guardó silencio un instante, y después de vacilar, dijo tímidamente:

—Si usted me lo permitiera, la partiría de buena gana con mi hermana...

—Bien— dijo la brigadiera con voz un poco temblorosa.

—¿Y consentiría usted que me viniese á vivir con ustedes?

—¿Por qué no?

—¡Oh, mamá!—exclamó Miguel enternecido;—me hace usted feliz con esa respuesta. ¡Tengo unos deseos tan vivos de vivir con ustedes!...—Y apoderándose al mismo tiempo de una mano de la brigadiera, la besó con efusión repetidas veces, mientras dos lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¡Vamos, que no me negará usted que tengo un corazón muy sensible!—dijo riéndose de su propia emoción, como tenía por costumbre.

A la brigadiera no le pareció bien esta salida y se quedó seria. Ni era fácil que penetrase jamás el verdadero carácter de Miguel y lo que aquellos arranques significaban. No obstante, se mostró después todo lo amable y expansiva que le consentía su naturaleza, lo cual pudiera muy bien achacarse, sin ser mal pensado, á la promesa que Miguel acababa de hacer respecto á su fortuna, por más que ella en la apariencia no le hubiese concedido importancia. Mas el hijo del brigadier era tan dichoso con aquella reconciliación y con la la perspectiva de vivir en la misma casa de su hermana, que prefirió creer que también su madrastra se enternecía y se gozaba en tenerle nuevamehte por hijo.

Cuando más embebido se hallaba en la conversa-

ción, sintió que unas manos chiquititas le sujetaban la cabeza por detrás, y se la despeinaban con furia. Era Julia que había entrado de puntillas sin ser notada.

—¡Al fin has caído en mis manos! ¡Abajo los peluqueros!

—¡Y tú en las mías! ¡Arriba las niñas sevillanas!—dijo Miguel sujetándola para darla un beso.

—¿De dónde sacas tú, fatigoso, que soy de Sevilla?—repuso Julita con marcado acento andaluz, y comiéndose más de la mitad de las letras.—Yo soy gata, y muy gata, y porque soy gata, te araño y te arranco estos ricitos tan cucos de donde cuelgas los corazones.

—¿Hay alguno colgado?—preguntó Miguel riendo y dejándose sobar pacientemente.

—Vamos, basta, Julia—dijo la brigadiera sonriendo también.

—¡Oh, no!—respondió aquélla, siguiendo con más ardor en su tarea.—¿Tú te has figurado que se puede echar impunemente flores á una chica que no hace tres meses siquiera que ha llegado de Sevilla? ¡Y qué flores, Virgen del Amparo, qué flores tan cursis! ¡Que me he desarrollado! ¡Que soy muy mona!... Anda, tonto; ¿te figuras que sólo en Madrid se desarrolla la gente?

—¿Y cómo sabes tú que te ha estado echando flores?—le preguntó su madre, clavándola una mirada terrible.

Julia se puso encarnada hasta las orejas.

—Lo he oído por casualidad al cruzar por el pasillo...

—¿Casualidad, eh?—dijo la brigadiera con sonrisa sarcástica.—Pierde cuidado, que ya me encargaré yo de que no se repitan esas casualidades.

Julia se turbó ante la amenaza de su madre. Quedóse un momento pensativa y triste. Pero en cuanto aquélla bajó la cabeza para continuar su labor, hizo un mohín

gracioso y alzó los hombros en señal de indiferencia. Colocada en pie, al lado de su hermano, siguió acariciándole los cabellos y la barba. Miguel se había quedado también repentinamente serio. Al cabo de un momento, Julia, metiéndole la boca por el oído, le dijo muy quedo:

—Mira, vamos á sentarnos al sofá y podremos hablar lo que queramos... Lo haremos con disimulo; aguarda un poco.

Y después de acercarse al balcón y echar una ojeada á la calle, dijo en voz alta:

—Miguel, tú no has visto los retratos que nos hemos hecho últimamente mamá y yo, ¿verdad?

—Como no hubiera ido á casa del fotógrafo, es difícil...

—Voy á enseñártelos ahora mismo. Verás también los de nuestros parientes de Sevilla... Tengo unas primas muy guapas. Á ver si te conviene alguna.

Y salió corriendo de la sala.

—¡Qué chiquilla tan viva!—exclamó Miguel volviéndose á su madrastra.

—Sí, muy viva y muy insufrible—repuso ésta con mal humor.

—Es la edad—dijo Miguel, á quien parecía imposible que la brigadiera no hallase graciosa y amable á su hija.

—Nada de eso: ya ha cumplido diez y seis años y cada día está peor.

Julia entró con un álbum en la mano.

—Ven aquí, al sofá, Miguel, y ten ánimo para ver nuestra colección de fieras.

—Enséñame primero tu retrato y el de mamá para que me infundan valor.

—Aquí los tienes—dijo sentándose al lado de su

hermano.—Mira á mamá ¡qué bien está! Tan guapetona como siempre—añadió guiñando un ojo y apuntando con el gesto á su madre, que estaba sentada de espaldas á ellos.—¿No te apetece darla un beso?... Vamos, dáselo...

Miguel acercó, riendo, los labios al retrato. Julita quería desagraviar á su mamá. Ésta, sin levantar la cabeza, y en un tono entre alegre y displicente, exclamó:

—¡Ah, aduladora! Ya sabes que me empalaga el dulce.

Julita hizo otra mueca, se rió, y presentando con extraordinaria viveza su retrato á Miguel, le dijo:

—Eh, ¿qué tal?

—Admirablemente.

—¿No es verdad que con esta mantillita blanca y estos rizos por la frente y estos ojillos entornados, soy capaz de dar el opio á cualquiera?

—Sí, á cualquier cadete—repuso su hermano por lo bajo.

Julita quedó un segundo suspensa, y se puso otra vez encarnada. Pero reponiéndose en seguida, le dió un pellizco, diciendo:

—¡Ah granuja! ¿Qué correo de gabinete te ha venido á dar la noticia?

—¡Y yo que soñaba para ti lo menos con un coronel!—siguió en voz baja y reprimiendo la risa.

—¡Ya llegaremos allá!

—¡Diablo! es menester que se pronuncie antes siete veces lo menos; y te lo pueden escabechar fácilmente.

—¡Pobrecillo de mi alma!—exclamó Julita poniendo la cara triste.

—Pero ¿le quieres de veras?

—Un poquito.



—Pues él también te quiere á ti. Al entrar en esta casa hace un momento me vino á preguntar con semblante fosco si yo te galanteaba.

—¡Qué tonto!—exclamó la niña roja de placer.—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no podía aunque quisiera, porque era tu hermano.

—¿Y él qué ha dicho?

—¿De veras es usted hermano de esa joven?

—Y tú, ¿qué has dicho entonces?

—Y tan de veras, aunque de padre nada más.

—Y él, ¿qué dijo á eso?

—¡Chica, no me acuerdo!—manifestó Miguel soltando á reir.—¡Qué graciosa estás con eso de *qué has dicho* y *qué dijo!*

Julia estaba tan interesada y pendiente del relato de su hermano, que no se había dado cuenta de aquellas repeticiones. Quedóse un poco cortada; pero concluyó en seguida por reirse de sí misma.

—Mira el retrato de tío Joaquín—dijo en voz alta.—Vivíamos en Sevilla muy cerquita de su casa. Es fiscal de la Audiencia y tiene las tres hijas que vas á ver... ésta es la primera, Sofía.

—¡Uf qué fea!... Dispénseme ustedes, no he podido remediar este grito...

—Dí lo que gustes—manifestó la brigadiera.—Hace ya tiempo que estamos todos en ello.

—Mira la tercera, Gertrudis.

—Pues ésta es más fea aún.

—Aquí está la segunda, Lola.

—¡Demonio, ésta es verdaderamente horrible!

Julia se echó á reir diciendo:

—En Sevilla las llaman «las tres circunstancias agravantes». Á la primera Premeditación, á la tercera Ale-

vosía, y á la segunda Ensañamiento, por orden de fealdad.

—Tiene gracia... Cualquier día me voy á Sevilla por una de ellas. ¿Y son ésas las primas de que me hablabas?

—No, hombre, no: éstas son tías... primas segundas de mamá... Por supuesto, te lo digo en reserva, porque si ellas supieran que yo ando propalando este secreto, serían capaces de asesinarme. ¿No es verdad, mamá?

—Pues que quieran ó no—respondió la brigadiera,—son tus tías, y la menor pasa ya de los treinta.

—Oyes, Julia—dijo Miguel hablando otra vez en voz baja.—¿Se te ha declarado ya *ese*...?

—El otro día me puso una carta en la mano; pero yo la dejé caer.

—¿Pues?

—Es un tío lila, ¿sabes?

—¿Pero no acabas de decirme que le quieres?

—¡Qué sé yo si le quiero!—dijo alzando los hombros con displicencia.

—Pues eres la más interesada en el asunto.

—Desde un día en que le vi de paisano con unos pantalones muy cortos, se me ha quitado bastante la ilusión.

—No te apures por eso, chica; es que está creciendo aún... Debes alegrarte.

Siguió la conversación todavía un buen rato. Miguel prometió traer al día siguiente su equipaje. Julia, brincando de alegría, le enseñó el gabinete donde iba á dormir en tanto que no se buscase una casa más capaz, como acababa de convenirse entre ellos. Al fin se despidió lleno de gozo, prometiendo venir á buscarlas de noche para llevarlas al teatro.

Al poner el pie en la calle, cortó repentinamente el hilo de sus risueños pensamientos el ver apostado en la acera de enfrente, y en actitud de espera, á lo que podía sospecharse, al cadete enamorado de su hermana.—«Vaya, me parece que voy á tener que andar á pescozones con este majadero»—se dijo.—Pero muy contra lo que presumía en aquel momento, el cadete salvó rápidamente la distancia de una acera á otra y arremetió con él con los brazos abiertos, la cara sonriente y rebosando de júbilo.

—Déjeme usted que le abrace, D. Miguel—y lo hizo sin aguardar el permiso.—Acabo de saber, por la portera, que es usted, en efecto, hermano «de esa chica», y me pesa muchísimo de haber tenido con usted esa cuestión...

—¿Qué cuestión?

—La que tuvimos antes de entrar usted... ¡Caramba, si yo lo hubiera sabido!... ¡Cómo había de atreverme! Por Dios, me dispense usted.

Á Marte, al decir esto, se le había suavizado notablemente la expresión del semblante. La voz tampoco era tan profunda.

—No tengo por qué dispensar á usted—contestó Miguel, zafándose de sus brazos y mirándole entre risueño y admirado.

—¡Y yo que pensaba que era usted mi rival! Le estuve á usted esperando más de dos horas. No quería marcharme á casa sin darle una satisfacción... He perdido la academia por ello.

—Lo siento mucho y se lo agradezco; pero no había necesidad.

—Ahora voy á pedir á usted un favor—dijo vacilando un poco.

—Usted dirá.

—Que venga usted conmigo á beber una botella de cerveza al Suizo.

—No me gusta la cerveza.

—Quien dice cerveza, dice cognac, marrasquino, chartreuse... en fin, lo que usted guste.

—No tengo inconveniente en ello. Lo que sentiré es que, por mi causa, pierda usted alguna otra clase.

—No señor, ya las he perdido todas.

—Pues vamos allá.

Y se emparejaron caminando en dirección al café Suizo. El cadete le dejó respetuosamente la acera.

—Mozo, una copa... ¿De qué, D. Miguel?

—De agua.

—¿Cómo de agua?—dijo sorprendido y un tanto amostazado.

—Es lo único que me apetece en este momento.

—¿Pero?...

—¿No quería usted antes darme una satisfacción?

—Sí señor.

—Pues deme usted ahora la de dejarme beber agua, puesto que tengo sed.

—Bueno; si usted se empeña...

Y dirigiéndose al mozo con voz ronca de mando:

—Con azucarillo y gotas, ¿entiendes? Á mí una copa de ron. Tráete además los cigarros, para que escojamos.

Se habían sentado uno frente á otro. El cadete, siempre galante, había obligado á Miguel á sentarse en el diván, mientras él se había acomodado en una silla. Examinábale aquél atentamente sin quitarle ojo, mostrando en el semblante tal gravedad, que á leguas se adivinaba que era forzada. Realmente el cadete era un ser curioso en su aspecto físico. Por su delgadez parecía montado en alambres. Tan rubio, que casi daba en albino. El cuello largo como el de las girafas, y con una

nuez... Miguel no había visto jamás nuez tan desmesurada. De todo el individuo era lo que preferentemente llamaba su atención.

Vino el mozo con el servicio y los cigarros. Utrilla, que así se llamaba el cadete, se empeñaba en que Miguel escogiese uno.

—No puede ser, querido. Esas brevas son demasiado fuertes para mí; yo gasto unos cigarros más flojos... Aquí tiene usted... si usted gusta...

—Muchas gracias. Yo necesito que pique un poco el tabaco. Lo flojo no me sabe á nada...

—¡Milagro será—pensó Miguel—que tú te tragues esa copaza y esa breva!

—Pues como le iba diciendo, Sr. Rivera—manifestó Utrilla, comenzando á pegar feroces chupetones al cigarro,—no sabe usted lo que á mí me alarmó verle pasear la calle de su hermanita. En seguida se me subió el tufo á las narices... Los militares somos así... Y dije para mí, entonces: Hay que cortar esto por lo sano y jugar el todo por el todo: ó tú ó yo. ¿A qué vienen esas rivalidades en que los dos se están odiando, y sin embargo, se aguantan un día y otro sin decirse una palabra? Eso lo puede hacer muy bien un paisano, pero un militar... creo yo... Usted bien me comprende. Así que ¡zas! en cuanto vi la cosa seria, me fuí derecho al bulto y me aboqué con usted...

—Y si yo no hubiera sido hermano de Julia y la galantease, ¿qué hubiera usted hecho?

—Pues nada... hubiéramos ido al terreno.

—¿Á qué terreno?

—Al del honor. Nosotros los militares estamos más comprometidos que ustedes los paisanos cuando llegan estos casos. Á nosotros el uniforme nos obliga á no transigir...

—Con que una muchacha prefiera á otro, ¿verdad?

—No señor, no es eso. Entre nosotros hay ciertas leyes... Lo que en otro cualquiera no es cobardía, pongo por caso, en uno de nosotros lo es... Luego hay el espíritu de cuerpo... Si los compañeros saben que usted no ha quedado encima en cualquier cuestión, le dejan de saludar y le obligan á salirse del cuerpo. La verdad es que la milicia es una cosa muy seria, y que no se puede jugar con ella.

—Mucho—afirmó Miguel gravemente, lanzando al aire una bocanada de humo.—¿Y cuánto tiempo hace que es usted militar, Sr. Utrilla?

—En la academia—respondió el cadete después de vacilar un poco y toser—no llevo más que seis meses... pero me he estado preparando antes dos años con un comandante del cuerpo... Y en realidad, desde que uno entra en la academia preparatoria, ya se le considera como militar.

—Mucho—volvió á afirmar Miguel inclinando la cabeza.

—Dentro de quince días nos examinamos del primer semestre. Si salgo bien, me faltarán cuatro años y medio nada más para salir á teniente del cuerpo... por supuesto, si no pierdo algún semestre. Hacen falta oficiales: de modo que lo más probable es que no aprieten mucho... Además, estos quince días pienso estar *empollando* el álgebra. Soy un hombre muy especial. ¡Caramba, si no fuera su hermanita, algo mejor andaría yo de ella! En dibujo estoy bastante bien... Claro, como que mi padre me ha hecho dibujar desde los diez años. En topografía tampoco ando mal. Al único que tengo miedo es al tío del álgebra... ¡Es un tío más marrajo y más seco! Sale uno al encerado á exponer un teorema, y á lo mejor se equivoca, porque es muy fácil equivocarse. ¿Usted cree

que se lo advierte? ¡Nada! El muy perro se queda serio como un poste, y usted no sabe que se ha equivocado hasta el fin, después de una hora...

Miguel le escuchaba distraído, pensando en su hermana y en su madrastra, echando cálculos alegres sobre la vida feliz que iba á hacer en su compañía, recordando con placer los pormenores de la entrevista que con ellas acababa de tener.

Cuando el cadete hizo una pausa, le preguntó por hablar algo:

—¿Y usted es natural de Madrid?

—Sí, señor; he nacido aquí, y aquí me he criado... Mi padre tiene una fábrica de bujías esteáricas en las afueras, cerca de los Cuatro Caminos... Acaso usted la haya visto... ¿No?... Pues si usted va por allí algún día de paseo, no tiene usted más que preguntar por mí, y le dejarán pasar á verla. Ó mejor será que el día que usted quiera ir allá, me avise, y le acompañaré, con tal que sea después de los exámenes. Mi padre es viudo, y tiene tres hijos. El último de ellos soy yo. Mi hermano primero es el que corre ahora con la fábrica. Mi hermana Eugenia está casada con un agente de Bolsa... Á mí también quería meterme mi padre en estos líos, pero yo soy un hombre muy especial. Basta que me ordenen una cosa, para hacer la contraria. Á mí siempre me gustó mucho la vida del militar; hoy aquí, mañana allí, unas veces con mucho dinero, otras veces sin una peseta.

—¿De modo, que á usted le gustaría viajar, conocer países?

—Sí, señor, muchísimo. Yo soy un hombre muy especial en eso.

—¿Y qué necesidad tiene usted de hacerse militar para ello? ¿No se puede viajar de paisano?

—Claro; habiendo dinero... Pero á mí me gusta viajar de cierto modo; estando en un pueblo quince días, en otro un mes... Y luego que siendo uno militar, en todas partes se le recibe con los brazos abiertos... Las chicas se mueren por el uniforme... ¡Es una tontería, por supuesto!—añadió sonriendo y dejando bien traslucir que no la tenía por tal, sino por una prueba grande de sabiduría.—Mire usted, á mí no me gusta el uniforme; soy un hombre muy especial. Los primeros días, me lo ponía con entusiasmo; pero ahora ya me apesta... Además, como uno tiene que saludar á todos los oficiales, ¡y hay tantos en Madrid!...

El cadete siguió todavía bastante rato hablando de sí mismo con voz de bajo profundo, contándole cien mil cosas que no le importaban nada y afirmando á cada instante que era un hombre muy especial. Miguel no podía adivinar en qué consistía esta especialidad, como no fuese en la nuez, que, en efecto, cada vez le parecía más especial. Observó también que estaba un poco más pálido que al principio, lo cual le movió á preguntarle por dos veces si se sentía mal; pero el cadete afirmó rotundamente que se encontraba admirablemente. No obstante, allá á lo último, se puso en pie, confesando que la atmósfera del café estaba algo pesada y que sería bueno dar una vueltecita entre calles, á lo cual accedió muy gustoso su compañero.

Llamaron al mozo, y ambos trataron de pagar; pero éste, sea porque juzgase á Miguel con más edad y carácter para el caso ó por otra causa que no es fácil adivinar, rechazó el dinero que el cadete le ponía en la mano y tomó la moneda que aquél le ofrecía. ¡Aquí fué Troya! El cadete se indignó con esta acción, de un modo indecible, se puso aún más pálido de lo que estaba, echó tres ó cuatro ternos redondos con la voz

más cavernosa que halló entre sus registros, y amenazó con estrangular al mozo acto continuo. Esfuerzos inauditos costó á Miguel sosegarle, y solamente lo consiguió con la promesa de que vendría otro día á tomar cualquier cosa para que él la pagase. Á pesar de esto salió del café taciturno y sombrío. Aquello de que Miguel hubiese pagado siendo él quien le invitara, parecíale el colmo de la humillación. Todavía cuando iba en dirección á la puerta cruzando por entre las mesas, se volvió dos ó tres veces para lanzar una mirada de desafío al mozo, que ya estaba sirviendo á otros parroquianos sin hacer caso.

Una vez en la calle, Utrilla se mostró mucho menos locuaz. Miguel se vió precisado, para sostener la conversación, á hacerle preguntas á las cuales contestaba cada vez con más concisión. Al poco rato se detuvo repentinamente y manifestó que no se sentía nada bien. Decir esto y arrimarse á un portal y echar los hígados por la boca, fué todo uno.

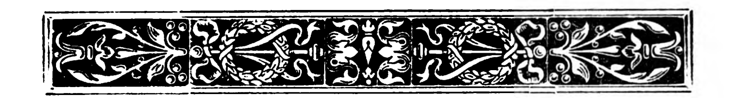
—¿Le habrá hecho á usted daño el cigarro?—le preguntó Miguel.

—¡Ca, no señor!... No comprendo lo que pudo ser... Acaso el ron que me dieron estaría malo.

—Sin embargo, el cigarro... Usted escupía mucho...

—No señor, no; estoy acostumbrado.

Viéndole aún bastante pálido y desfallecido, Miguel llamó á un coche de punto, le hizo subir á él y le condujo á su casa, situada en la calle del Sacramento. El cadete, á pesar de su mal estado, quería descoyuntarse dándole las gracias.



XIII

Miguel no fué tan feliz como había imaginado viviendo con su madrastra. Aunque Julita le proporcionaba con su alegría infantil y cándido donaire gratísimos momentos, estaban amargamente compensados éstos por el malestar que le producía el carácter rígido, inflexible, de la brigadiera. Este carácter no tenía ocasión de manifestarse con él, porque evitaba escrupulosamente todo motivo de choque ó disgusto; pero se mostraba en toda su violencia y á cada hora del día con su hija Julia. No podía hacer la pobre niña nada, fuese tuerto ó derecho, que mereciese su aprobación. Era un ordenar constante de la mañana á la noche, primero una cosa, después otra, á menudo cosas contrarias, lo que producía disgustos, conflictos y escenas ruidosas. Julia tenía ocupados todos los minutos del día. Cinco horas de piano, dos de bordado, dos de estudio, etc. Por nada en el mundo podía infringirse este régimen despótico. La menor infracción costaba muchas lágrimas. Si por impa-

ciencia, ó arrastrada de su genio vivo y desenfadado, contestaba alguna cosa que oliese de cien leguas á falta de respeto, ya podía prepararse. La brigadiera se erguía como una fiera, la llenaba de insultos, y olvidándose á menudo de lo que debía á su propia dignidad, y á pesar de los años de Julita, la pellizcaba cruelmente, la abofeteaba y la tiraba de los cabellos:—«¡Á su madre no se contesta jamás; se obedece y se calla, aunque no tenga razón!»—Eran las palabras que siempre salían de su boca en casos tales. La brigadiera tenía de la patria potestad la misma idea que los romanos. No había límites para ella. Cuando se efectuaba alguna de estas escenas, y por desgracia eran demasiado frecuentes, siempre concluían del mismo modo. Julita se iba á llorar la reprensión, los pellizcos ó las bofetadas á su cuarto. Su madre no volvía á hablar con ella, ni á dirigirle siquiera una mirada. Para que hubiese reconciliación, era necesario que Julia fuese á ponerse de rodillas delante de ella, y cruzadas las manos en el pecho, como estaba acostumbrada desde niña, la pidiese perdón. Sólo así lograba entrar en su gracia.

Poco tiempo después de haberse trasladado Miguel, fué testigo de una de las más repugnantes escenas de este género. Cuando terminó con el piano una mañana, Julita se fué al comedor, y *motu proprio*, por su extremada inclinación al aseo, sacó toda la vajilla de los armarios y se puso á limpiarla esmeradamente y á colocarla de nuevo en su sitio. Empleó en la tarea mucho más tiempo de lo que había imaginado. Cuando tornó al gabinete donde su madre se hallaba, ésta le preguntó con la aspereza acostumbrada si había cosido un vestido que se le había roto el día anterior.

—Todavía no—respondió Julita tranquilamente.

—¿Y qué te has hecho toda la mañana? ¡holgazana!

¡más que holgazana!—exclamó la brigadiera con ira.

Julia, que estaba muy ufana de su labor y que pensaba dar una sorpresa agradable á su madre, le dijo riendo:

—¿Mamá, tiene usted vergüenza para llamarme holgazana?

Nunca lo hubiera dicho. La brigadiera, sin oir más, se lanzó sobre ella, la cogió por un brazo y la sacudió tan fuertemente, que la chica perdió el equilibrio y cayó al suelo, dando con la cabeza sobre un pie del piano. Lanzó un grito y se llevó la mano á la cabeza, de donde corría un hilo de sangre. La brigadiera, terriblemente asustada, pálida como una muerta, se arrodilló cerca de su hija, la incorporó, y empezó á besarla frenéticamente, mientras Miguel iba corriendo á su cuarto en busca del frasco del árnica. Pusiéronla inmediatamente una compresa, sujetándola con una venda, y gracias á esto la herida quedó pronto cerrada. Julia no tardó en serenarse. Su madre también se calmó poco á poco. Pero todavía mientras la quitaba la sangre de la cara con un paño mojado, no podía menos de dar suelta á su genio exclamando:

—¿Lo ves? Esto te ha sucedido por desvergonzada.

La brigadiera, aunque parezca extraño después de lo que acabamos de decir, amaba á su hija. Pero la amaba á su manera, mortificándola sin cesar para plegarla de un modo incondicional á su voluntad. La voluntad era la facultad dominante, característica de su espíritu. Todas las demás, el entendimiento, la sensibilidad, la memoria, estaban avasalladas por ella, hasta poder dudarse algunas veces de si existían. Ante el capricho más insignificante, la ternura y hasta el amor maternal huían á esconderse; pero sería injusto afirmar que estaba desprovista de ellos. La prueba es que en el mo-

mento en que su hija se ponía enferma, no se apartaba de ella un instante, ni de día ni de noche. Verdad es que, aun en tal estado, su voluntad no dejaba de seguir activa, haciéndole tragar las medicinas con terrible exactitud, no consintiéndole sacar un brazo fuera, ni dar tantas vueltas, etc., etc. Esto era irremediable. Además, para vestir á Julia con elegancia, para proporcionarle una educación brillante, no le dolía gastar todo su caudal, ni aun sacrificar sus propias comodidades. Mientras estuvo en Sevilla pudo competir en vestidos y sombreros con las hijas de las familias más aristocráticas. Á esto se debía, por supuesto, la gran merma que sobrevino en la hacienda que el brigadier la había dejado.

No obstante el régimen severo en que su madre la tenía aprisionada y el feroz despotismo que sobre ella ejercía, Julia no era tan desgraciada como pudiera presumirse. La naturaleza la había dotado de un carácter alegre, bondadoso y algo tornadizo. Este carácter la salvaba de una desdicha cierta. Las impresiones en ella duraban poco y se sucedían con pasmosa rapidez. Pasaba con increíble facilidad del llanto á la risa, y de la risa al llanto. Era incapaz de meditar sobre las injurias que la hacían, ni menos de guardar por ellas el más leve rencor. Además, como estuvo toda su vida bajo el poder y la vigilancia de su madre, no pensaba que hubiera más vida. Estaba tan acostumbrada á sus filípicas que, cuando no eran extraordinarias, las escuchaba como un ruido enfadoso, y se autorizaba una que otra vez, si el temporal no era muy recio, ciertas salidas graciosas, aunque atrevidas.

—Mamá, me ha dicho una persona bien enterada que en el purgatorio acaban de suprimir los pianos. Hasta allí se van mejorando las costumbres.—Mamá, ¿será

faltarte al respeto decirte que hoy te has echado muchos polvos de arroz?—Mamá, si yo tuviese una hija, por lo menos un día á la semana, la dejaría dormir cuanto quisiera.

Estos donaires, cuando subían de punto, solían costarle bastante caros.

Miguel, á quien todo aquello cogía de nuevas, y que adoraba á su hermana, no podía sufrirlo con calma. Cada vez que le tocaba ser testigo de una de estas escenas, padecía horriblemente. Le costaba esfuerzos desesperados el reprimir sus ímpetus y no hacer á la brigadiera alguna áspera advertencia. Pero comprendía que con esto no adelantaba nada; al contrario, pondría las cosas en peor estado, y se callaba tragando bilis ó apelaba con timidez á los ruegos para conjurar la borrasca. Más de una vez pensó en irse de nuevo á la fonda; pero al instante su conciencia se rebelaba. ¿Esto no era egoísmo? ¿Qué adelantaba su hermana con que él no estuviese en casa? Por el contrario, sabía perfectamente que Julita se consolaba mucho teniéndole cerca, no sólo porque templaba algunas veces el rigor de su madre, sino también, y esto era lo principal para ella, porque desahogaba con él su pecho, porque la animaba, porque pasaba charlando deliciosamente muchos ratos en su compañía, porque se placía en arreglarle el cuarto, porque la llevaba con frecuencia al teatro y procuraba, en suma, por todos los medios que estaban á su alcance, hacerle más dulce la existencia. Por otra parte, tampoco Miguel era de natural melancólico, como ya sabemos. Julia y él se entendían admirablemente para bromear, reir, bailar y hasta brincar por la casa. Y como la alegría es contagiosa, algunas veces, muy pocas, también la brigadiera participaba de ella y sonreía á sus juegos. Miguel solía aprovechar esta buena

disposición y osaba retozar con la fiera. Cogiéndola súbito de la cintura la empujaba con alguna violencia y la hacía correr, á su pesar, por la sala ó el corredor hasta fatigarla, sin hacer caso de sus protestas.

—¡Estáte quieto, Miguel! ¡Basta, Miguel! ¡Mira que me fatigo!

La brigadiera, enfadada á medias, no podía menos de reirse. Miguel comprendía bien cuándo convenía soltarla.

—¡Eres un loco incorregible!... ¡Eres más chiquillo aún que tu hermana!

—Vamos, cállese usted, señora, ó volvemos á dar otros seis galopes.

—No, no; me marcho, porque eres muy capaz de hacerlo—decía riendo.

Estas sonrisas tenían para nuestros jóvenes el incalculable valor que tiene para los habitantes de Londres un rayo de sol en medio del invierno.

Miguel entregaba á su madrastra puntualmente la mitad de su renta. No se limitaba á esto su liberalidad. Á menudo las hacía valiosos regalos, las llevaba al teatro y las obsequiaba de mil modos distintos. La casa se había montado sobre un pie más alto. Vivían en un cuarto desahogado de la calle Mayor. En vez de la cocinera y la doncella que antes tenían, había otros dos sirvientes más, una doncella para Julia y un criado para Miguel. La brigadiera aceptaba, sin embargo, la generosidad de su hijastro sin mostrar pizca de agradecimiento. Al contrario, parecía que tomando su dinero ó sus regalos le otorgaba un gran favor, le daba una prueba de confianza, y que él era quien estaba obligado por ello á guardarle eterna gratitud.

Algún tiempo después de vivir de aquel modo, tuvo nuestro joven otro encuentro, fecundo también en gra-

ves consecuencias. Aconteció que un día de Carnaval se disfrazó de máscara, y en compañía de otros dos amigos, se bajó al Prado. Vestía traje de chula, y ostentaba, para mayor regocijo de los mirones, un seno exuberante, embutido de algodón.

El salón rebosaba de gente. Pocas máscaras, no obstante. Las que había, desfilaban entre los carruajes dando saltos para no ser atropelladas, y se montaban en la trasera de ellos, en el estribo, y á veces se sentaban al lado de los dueños para embromarlos. El grupo donde iba Miguel se quedó algunos minutos inmóvil presenciando el desfile é inquiriendo con la vista si entre las graves damas y caballeros que venían arrellanados en los *landaux* ó *mylords* había algunos de sus conocidos á quien poder dirigirse. Uno de los compañeros atisbó al diputado Vidal que guiaba un *tilbury*, y escapó á colocarse á su lado, lanzando chillidos horrísonos. «¡Perico! ¡Perico! Padre de la patria, aguárdame.» El otro tuvo la felicidad de ver á su novia en carretela y fué á colocarse de pie en el estribo. Quedó Miguel solamente en espera de algún amigo; pero no acababa de pasar. Conocía bastante de vista y de oídas á la mayor parte de las personas que ocupaban los aristocráticos trenes que cruzaban lentamente guardando fila, pero no trataba á ninguna. El barón de Aguilar con su señora, la marquesa viuda de Istúriz con su hija, después los señores de Pérez-Blanco, en seguida el embajador inglés, luego la señora de Manzanillo con sus tres hijas, unas señoras que no conocía, un consejero de Estado próximo á ser ministro, el banquero Mendiburu con su señora y hermana, la generala Bembo... Á ésta sí la conocía. Era Lucía Población, aquella rubia tan espiritual, amiga de su madrastra, que había casado mientras él estuvo en el colegio con el coronel Bembo,

ascendido hacía poco á general. D. Pablo estaba en Filipinas en un cargo importante. Decíase que había ido allá á reponer su fortuna, quebrantada por las prodigalidades de su esposa. Vivía ésta en Madrid con sus tres hijos, gastando un arreo que confirmaba tal juicio. Además, en los últimos tiempos había dado bastante que decir con algunas historias galantes, lo que por otra parte la había elevado á la categoría de «mujer á la moda». Miguel no había hablado con ella desde niño; y esto porque sabía que estaba hacía muchos años reñida con su familia. La había encontrado varias veces en los salones de la corte; pero como Lucía afectaba no conocerle, él tampoco se había decidido á saludarla. Sin embargo, no tenía contra ella queja alguna. En la ruptura de relaciones con su madrastra, estaba convencido de que la culpa era de ésta.

Viendo que no cruzaba ningún amigo, Miguel se decidió á pasar un rato con la generala.

—Lucía, Lucía, hermosa Lucía, déjame contemplarte un instante de cerca...

Y saltó sobre el estribo de la *victoria* en que iba la dama y se sentó á sus pies.

—He aguardado más de una hora para verte pasar y poder ofrecerte mi caja de dulces... Toma.

—Gracias, máscara—dijo la dama con sonrisa de complacencia, abriendo al mismo tiempo la cajita de Miguel y sacando de ella una almendra con sus dedos enguantados.

—¡Qué envidia sentirán ahora los que me vean!

—¿Por qué?

—Porque voy sentado á los pies de la reina de la hermosura, la estrella Sirio de los salones de Madrid.

El joven exageraba. No obstante, Lucía era una de las bellezas que citaban los periódicos en sus revistas

de salones y teatros. Los años no la habían hecho desaparecer: por el contrario, al redondear y abultar sus formas, habían dado á su figura una majestad que antes no tenía. Conservaba el rostro terso y nacarado. Sus cabellos dorados no contenían aún ninguna hebra de plata: sus ojos límpidos, azules, tenían una expresión vaga de melancolía é inocencia que contrastaba singularmente con lo que de ella se decía, y que la comunicaba cierto misterioso atractivo. Vestía con extraordinaria elegancia.

Al aspirar la tufarada de incienso que Miguel le echó de improviso, una sonrisa placentera contrajo sus labios.

—¡Oh! máscara, eres muy galante, muy galante...

—No es galantería; es pura verdad. Todo el mundo te admira en Madrid.

—Vamos, acepto eso como broma de Carnaval; pero te la agradezco, porque es delicada.

—Agradéceselo á Dios, que te ha hecho así... Aunque alguna parte también debió tomar el diablo cuando te ha formado, porque has hecho muchos desgraciados...

Y siguió un buen rato manejando el incensario. La generala sonreía siempre y se iba interesando cada vez más por la máscara. Cuando estuvo ya bastante preparada, el joven dió otro giro á la conversación, enderezándola por ciertos caminos peligrosos.

—¡Ay, Lucía, tú no sabes cuánto me has hecho pecar de pensamiento!

—¿Y por qué?—repuso la dama. En sus ojos brilló una chispa de malicia.

—Porque... porque... ¡bah! ¿Quieres que te lo diga?

—Sí, dímelo.

—No me atrevo. Te vas á enfadar conmigo.



—No me enfadaré; dímelo.

—Sí te enfadarás; y yo quiero seguir siendo tu amigo... digo, tu amiga...

—¡Cuando te digo que no me enfadaré!... Vamos, me comprometo á ello formalmente; habla.

—¡Ay, Lucía! ¿Me lo juras?

—Te lo juro.

El joven se levantó, acercó su cabeza á la de la dama, y rozando con los labios su oído, dejó caer en él unas cuantas palabritas, que la hicieron prorrumpir en carcajadas. Miguel no esperaba tan buena acogida, y quedó un poco cortado. Inmediatamente se repuso, y comprendiendo que la generala estaba curada de espantos, se enfrascó en una conversación libre y desvergonzada.

La generala, á cada nuevo equívoco ó reticencia, mostraba mayor alegría, se desternillaba de risa y daba pie con sus ingeniosas y picarescas respuestas á que el joven se engolfase cada vez más adentro. Ya no pensó más en cambiar de sitio. Se encontraba admirablemente á los pies de Lucía.

La generala quería averiguar quién era la máscara que tantas y tantas buenas cosas sabía.

—Soy tu lavandera, ¿no me has conocido?—respondía el joven.

—¡Oh, mi lavandera no es tan pícara como tú!

—La careta me hace ser pícara. Sin careta soy muy inocente.

—Vamos, máscara, díme quién eres; has conseguido interesarme... Si me lo dices, prometo guardarte el secreto.

El joven se obstinaba en sostener que era la lavandera. Ambos se reían de aquel disparate. La noche iba cayendo. Los carruajes ya dejaban el Prado, y la mu-

chedumbre que se apiñaba en el salón se había enrarecido bastante.

La generala desplegó el abrigo y se lo metió con la ayuda de Miguel; pero no acababa de dar al cochero la orden de retirarse. La máscara había picado su curiosidad de mujer caprichosa, y buscaba una aventura con el deseo irritado de quien va á despedirse de ellas para siempre. Por último, Miguel se declaró. Era un joven enamorado tiempo hacía, y que devoraba en secreto su amor sin esperanza, y sus celos. Nunca había tenido ocasión de acercarse á ella. Aunque la hubiera tenido, tal vez no la aprovechara, porque temía ser despreciado. Con la máscara puesta, ya era otra cosa. No estaba embarazado por el miedo. Se sentía con fuerzas bastantes para decirle en voz alta:

—Te adoro, Lucía, te adoro... te adoro... te adoro...

Y el joven repetía casi á gritos su frase, llamando la atención de las personas que pasaban cerca.

La generala reía á carcajadas. Hallaba cada vez más divertida á su máscara. Aparentando juzgarlo todo pura broma, dudaba en el fondo que no fuese verdad y sentía dulcemente acariciada su vanidad.

—¿Eres tan feo que no te atreves á decirme que me adoras, sin careta?

—Lo soy bastante; pero sobre todo soy un ser insignificante, indigno de que fijes en él tus hermosos ojos.

—Por lo pronto, máscara, tienes una cualidad bastante rara en el día: la modestia. Ya no eres, pues, tan insignificante.

—Cuando no hay mérito, la modestia no es virtud.

—Déjame comprobar yo misma si es verdad lo que dices. Alza un poquito la máscara.

—De ninguna manera. No quiero que te rías de mí.

—Aunque fueses feo, siempre quedarías como hombre agradable é ingenioso.

—Muchas gracias... pero no trago el anzuelo.

—Díme entonces tu nombre.

—¿Para qué?... no me conoces... Me llamo Juan Fernández.

—Eso no es verdad.

Ambos quedaron silenciosos unos instantes. La generala estaba un poco despechada de la obstinación de Miguel. Quería advertir en ella cierta indiferencia disfrazada con el velo del temor. La conversación la había animado también.

—Hace ya demasiado fresco y voy á retirarme—dijo en tono más grave; y después de una pausa, añadió con afectada desenvoltura:—¿Conque te resignas á ser mi adorador en secreto?

—Sí.

—No te envidio el papel. Debe de ser poco divertido.

—¡Oh, es tristísimo! Pero lo prefiero al de amante desdeñado.

—Si no te conozco, ¿cómo puedo darte esperanzas?

—Pues bien; ¿quieres conocerme?

—Ya te he dicho que sí.

—Mañana corresponde á tu turno en la ópera. ¿No es cierto?... El joven que veas con una camelia blanca en la solapa del frac, ese soy yo. Pero es condición precisa que tú lleves dos camelias también en la mano, una blanca y otra encarnada. Si te gusto, deja caer la encarnada y quédate con la blanca; si no, haz lo contrario.

—Convenido.

—Hasta mañana, pues. Adiós, adiós hermosa Lucía... Voy á pedir al cielo que seque esta noche todas las camelias encarnadas.



XIV

Mucho vaciló Miguel antes de resolverse á entrar, con la camelia blanca, en la sala del Teatro Real. ¿Qué diría la generala Bembo al ver á un muchacho á quien tuvo más de una vez sentado en su regazo, ofrecerse como amante? ¿Se indignaría? ¿Soltaría la carcajada? ¿Lograría despertar con su admiración y fidelidad alguna ternura en el pecho de la hermosa Lucía? Tales eran las dudas que le atormentaban mientras iba y venía del *foyer* á la puerta de la sala, sin atreverse á poner el pie en ella. Levantaba cautelosamente la cortina para echar los gemelos á la generala, que estaba en un palco platea más hermosa que nunca, relampagueando como escaparate de joyería. Tornaba al *foyer*. Daba tres ó cuatro paseítos; se tiraba por el bigote hasta arrancárselo. Volvía á la puerta de la sala, se arreglaba el cuello de la camisa, echaba una mirada á la solapa del frac, donde artísticamente estaba colocada la camelia, y otra á la mano de la generala donde brillaban una blanca y otra



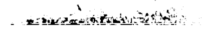
encarnada, pero no acababa de decidirse. Lucía también estaba impaciente. Lo observaba nuestro joven con placer. Varias veces la había sorprendido echando una rápida é intensa mirada por todo el ámbito de las butacas, y había querido adivinar en sus labios cierta expresión de desencanto ó disgusto.

Al fin hizo un esfuerzo supremo y se coló rápidamente en medio de la sala. Una vez allí, se encontró sereno, y poniendo con osadía los ojos en el palco de la generala, esperó. Al tropezarse con él la mirada de ésta, llevóse la mano al sombrero y la hizo un saludo exagerado, fantástico, de los que tanto gustaban los mancebillos elegantes de aquella época. La generala respondió con afabilidad y dirigió la vista á otro sitio. Mas al volverla de nuevo hacia Miguel, al ver la camelia blanca en su frac y al observar su mirada fija, penetrante y un si es no es risueña, recibió tal sorpresa, que no pudo contestar á lo que en aquel momento le preguntaba un viejo militar que tenía á su lado. El hijo del brigadier notó el estremecimiento de sus manos y vió claramente que una ola de rubor había subido á sus mejillas, por más que hubiera vuelto rápidamente la cabeza hacia la puerta del palco.—«Ya eres mía», pensó con la fatuidad propia de los jóvenes que aspiran á sentar plaza de seductores.

La generala tardó mucho en mirarle de nuevo; pero esto le importaba á él muy poco. Sabía que el golpe estaba dado y que había sido certero. Esperaba confiadamente el resultado. En efecto, después de largo rato, durante el cual la generala afectó sostener conversación animadísima con el militar, volvió la cabeza hacia la sala y paseó por ella la mirada sin detenerla en Miguel. Á la otra vez, ya la detuvo un poco; á la otra, un poco más; á la otra, ya fué derecha á él.



Establecióse entonces un tiroteo de miradas, que no cesó en toda la noche. La expresión de sorpresa y de vergüenza no acababa de desaparecer por completo del rostro de Lucía; pero esto le prestaba aún más atractivo. La camelia encarnada tampoco se deslizaba de sus manos. Miguel, cada vez más dueño de sí mismo, se atrevió á hacerle seña de que la arrojase. La generala bajó los ojos sonriendo, pero no hizo caso. Acaeció, no obstante, lo que era de esperar. Allá al final del cuarto acto, cuando el tenor avanza hasta las candilejas para expresar con algún *do* de pecho la emoción que le embarga, y las señoras se levantan de sus asientos dejándose poner los abrigos por sus maridos, amantes ó admiradores, la roja camelia cayó al suelo. La generala, con el abrigo ya puesto, se precipitó fuera del palco, sin duda para ocultar su confusión. Una sonrisa de triunfo contrajo los labios de Miguel, quien salió también velozmente fuera de la sala y se apostó en el vestíbulo esperando á Lucía. Al pasar ésta, rozando con él, aunque sin mirarle, deslizó en su mano una carta que tenía preparada. En ella se confesaba perdidamente enamorado: «una pasión de niño que el tiempo no había hecho más que trasformar y fortalecer». La amaba, valiéndose de la expresión de Víctor Hugo, como un gusano ama á una estrella. La impresión que su belleza, su angelical bondad y la dulzura de su carácter, habían hecho en su corazón de niño, no había podido borrarse: «Era su primer sueño de amor». Para decir esto, en resumen, había empleado dos pliegos de letra menuda. Al día siguiente recibió la contestación en su casa. La carta de la generala era digna y cariñosa; pero estaba escrita en un tono protector, que no le sentó bien á nuestro joven. Le recordaba su infancia, le ponía de manifiesto lo extravagante de aquel amor, «que no



era, como él aseguraba, una pasión firme y verdadera, sino un capricho de niño»: le indicaba el ridículo que sobre ella caería si cediese á ese capricho y el mundo lo averiguase. Por último, le aconsejaba que desistiese de su intento y procurase olvidarla.

Pero Miguel estaba realmente interesado en la aventura, aunque no tanto como decía en su carta. Esta contestación no hizo más que excitarle. Detrás de aquel «olvída ese capricho y quiéreme como una segunda madre, pues lo soy tuya por la edad y por el cariño que desde niño te profeso», adivinaba que la generala deseaba que insistiese, y que entendía y alcanzaba mejor aún que él lo interesante de aquella aventura. Si no, ¿por qué había dejado caer la camelia encarnada?—Replicó, pues, empleando una retórica más fogosa aún, describiendo su amor y sus sufrimientos, procurando conmoverla por todos los medios imaginables. Cruzáronse después algunas otras cartas. Miguel pedía una entrevista para desahogar siquiera su corazón, «aunque después le despreciase». Lucía se negaba á darla, considerándola inútil y aun perjudicial para ambos. Insistió el joven cada vez con más afán. La generala cedió al cabo «por compasión, porque temía que hiciese una locura», citándole para el día siguiente. Miguel debía pasear á pie y por la tarde hacia la Casa de Campo, y tropezar casualmente con el carruaje de Lucía. Ésta mandaría parar y entablarían conversación, hasta que á la postre le invitaría á subir y dar con ella un paseo.

Así se realizó punto por punto. Miguel acudió á la cita lleno de emoción, tanto más, cuanto que Lucía había sabido darla un atractivo especial con aquel misterio. Si le hubiera recibido lisa y llanamente en su casa, no sentiría la mitad del deleite.

—Adiós, Miguelito... Pare usted, Juan... ¿Cómo tan

solo, por aquí, querido? ¿Te dedicas á meditar por estas soledades?

—Phs... huyendo de la noria de la Castellana... ¿Y usted, generala? ¿Le gusta á usted también la filosofía?

—Por haber filosofado en casa es por lo que vengo aquí—dijo riendo.—Me duele un poco la cabeza, y temía marearme en la Castellana... Pero súbete, y darás una vuelta conmigo. Después te dejaré donde quieras.

Todo fué dicho en voz alta para que lo oyesen el cochero y el lacayo. Sin embargo, cuando éste, lleno de sumisión, inclinándose con el sombrero en la mano, abrió la portezuela, brillaban sus ojos con maliciosa expresión. Al subir al pescante dió un pellizco significativo á su compañero, y ambos rieron groseramente sin osar decirse lo que pensaban, por temor de ser escuchados.

Al verse solo y mano á mano con Lucía en el carruaje, Miguel perdió la serenidad. No supo por lo pronto más que continuar la conversación empezada, hablando de su afición al campo y del placer que tendría en pasear largo todos los dias. Pero la vida de Madrid, las visitas, la moda... Estaba cortado, aturdido. No sabía por dónde empezar. La generala, afectando también confusión y vergüenza, le observaba, sin embargo, sometiéndole á un atento examen, del cual, en realidad, no salió mal librado. Miguel, aunque no era buen mozo, poseía una figura delicada y un rostro gracioso y expresivo.

Al fin se vió ella precisada á tomar la iniciativa.

—Vamos, ya has conseguido lo que con tanto afán pedías. ¿Estás contento?

—¡Oh, sí!

—Yo no. Cualquier indiscreción en estas circunstan-



cias, me perdería, me pondría en ridículo. Ya me voy haciendo vieja.

Miguel protestó. No pasaba por la vejez. Se atrevió á decir, aunque mirando al paisaje por la ventanilla, que no había en Madrid niña que pudiera competir con ella en hermosura y elegancia.

Lucía no quiso aceptar la lisonja. No se hacía ilusiones. Á los treinta y cinco años (se quitaba cuatro) una mujer es vieja; ¡pero muy vieja!

—Y lo más triste de todo—añadió dejando escapar un suspiro—es que, recorriendo con la memoria los años de mi vida, me convenzo de que nunca he sido joven.

—¿Cómo?...

—No, no he sido joven, porque jamás he gozado de las puras alegrías de la juventud, de los éxtasis apasionados del primer amor, de las dulces zozobras que trae consigo, de los placeres ideales... Siempre contrariada en mis sentimientos, en las afecciones de mi corazón... El mundo, los parientes, las circunstancias, me obligaron á casarme muy joven con un hombre á quien no quería. Echaron un cántaro de agua sobre el fuego de mi espíritu, y lo apagaron... Yo hubiera sido algo bueno, algo santo, algo puro, y me transformaron en un ser vulgar, insignificante. Sentía arrebatos heroicos en mi corazón, impulsos sublimes... Todo murió al subir al altar con un hombre que me era repulsivo... Los demás hombres no hicieron nada por redimirme... Al contrario; contribuyeron á encenagarme más y más en la prosa de la vida. Todos cuantos se han acercado á mí con la lisonja en los labios, doblando la rodilla para adorarme, no traían otro objeto que el de satisfacer su vanidad, ó puramente un deseo brutal. Ninguno ha venido á entristecerse con mis tristezas, á alegrarse con

mis alegrías, á confundir su alma con la mía, á realizar el verdadero amor, el amor puro y santo con que toda alma elevada sueña siempre... Tú mismo, Miguel, para quien yo debiera ser sagrada, al acercarte á mí en el Prado, lo has hecho con ese tono, con esa cruel frivolidad que tantas veces ha traspasado mi pecho... Lo he aceptado, porque me he ido acostumbrando... Créeme, que de todas maneras, es muy duro... ¡muy triste!

La generala, al pronunciar estas palabras en voz baja y reprimida, se había ido animando poco á poco. Sus mejillas se habían coloreado fuertemente, y por ellas rodaban, al concluir, dos gruesas lágrimas. Miguel se sintió conmovido.

—¡Mucho siento haberla ofendido!... ¡Perdóneme usted!

—No: tienes razón para tratarme así—repuso llevándose el pañuelo á los ojos.—Yo no quiero ni puedo presentarme ante ti como una santa. El mundo te habrá enterado perfectamente de que no lo soy. Hice muchas locuras en la vida... escandalicé con ellas á la sociedad... Pero créeme, Miguel, yo he rodado al abismo porque me han empujado... He rodado, guardando en el fondo de mi alma alguna perla que aún no ha tocado nadie.

Riverita se quedó algunos instantes pensativo y silencioso. Cruzaron por su espíritu las ideas románticas que tienen siempre los jóvenes de corazón, y dijo levantando la cabeza y como hablando consigo mismo:

—¡Quién sabe! ¡Cuántas veces nos equivocamos juzgando por la máscara que llevamos puesta en la vida!

—La mía ha sido siempre impenetrable—dijo con exaltación la generala, clavando en él sus ojos húmedos y brillantes.—Se me juzga frívola, caprichosa... y



corrompida; se multiplican mis amantes, se citan mis extravagancias y se me arrojan al rostro infinidad de flaquezas... Quizá tengan razón. Todo cuanto malo hice en mi vida, procuré que fuese pronto sabido del público. En vez de ocultar las faltas con artificio, procuré arrojarlas á la murmuración. ¿Y esto sabes tú por qué lo hacía?... ¡Pues en el fondo era para vengarme del escaso placer que me causaban!

Estas últimas palabras fueron dichas con inusitada violencia. Miguel, que estaba bajo el hechizo de su figura distinguida, su elegancia y la suavidad voluptuosa de su mirada, se dejó arrastrar por ellas. Lo que la generala decía estaba de acuerdo con el espíritu que domina en la literatura moderna, según el cual en la mujer, á más de la virginidad material, existe una como virginidad moral independiente de la primera. A menudo la que más amantes tiene es la que mejor guarda esta virginidad. En medio de la corrupción y los placeres, el corazón puede permanecer incólume y sano y llegar á redimirse y sentir, cuando encuentra otro semejante, el encanto de los amores inocentes. Y como en aquel momento estos artículos halagaban su amor propio, no tuvo inconveniente en concederles franca y cordial acogida. Ambos se entretuvieron largo rato con ellos. Lucía se confesó derramando lágrimas. Relató sus angustias, sus sueños, las amarguras que en medio del placer sentía, el aborrecimiento, mejor dicho, el desprecio que la grosería de los hombres le inspiraba, el ansia de subir á otra región más elevada, de penetrar en una atmósfera pura y diáfana donde pudiese respirar con libertad. Miguel, lleno de íntimo regocijo, la consoló, excusó sus faltas y expuso también sus ideas particulares acerca del amor.

El carruaje marchaba por la solitaria carretera, sin

ruido, acusando su linaje aristocrático. El paisaje se extendía por ambos lados áspero y triste. Los árboles que bordaban el camino, desnudos por entero, dejaban paso á los ojos y por entre aquéllos se veía la luz rojiza del sol moribundo. La elasticidad de los muelles producía en Miguel cierta vaga soñolencia. Dueño de sí completamente y con una hermosa mujer que le escuchaba atenta, hablaba como si fuera para adentro, vaciando el cargamento de ideas más ó menos poéticas, de paradojas fantásticas, de conceptos retorcidos que tenía en la cabeza. Los exhibía con arrogancia, satisfaciendo su vanidad, deseando tanto ser admirado como amado.

Insensiblemente fueron concretando sus ideas, aplicándolas al momento presente. La generala desenvolvió con entusiasmo un programa de redención; pintó los encantos de una vida iluminada tan sólo por el amor.

—¡Oh, si yo tropezase con el hombre de mis sueños, con un espíritu noble, hermano del mío! En vano lo he buscado toda la vida... Nunca hallé más que cinismo, frivolidad, corrupción. Algunas vecas venían disfrazados con el precioso manto de la galantería, del buen tono... pero en el fondo, ¡siempre, siempre la misma grosería!

Miguel, con un silencio discreto, procuró llamar la atención hacia sí. Después se mostró también ardiente partidario del amor ideal, de la vida sencilla. Por último, se ofreció con labio balbuciente, embargado por la emoción, como el ejemplar ó archetipo que Lucía había soñado. Esta posó en él una larga y profunda mirada que le turbó aún más, exhaló después un delicado suspiro y guardó silencio. Al cabo de algunos instantes tomó de nuevo la palabra con voz temblorosa.



—Mentiría, Miguel, si te dijese que no me inspira vivo interés y gratitud esa adhesión que desde niño me has demostrado... y que ahora se manifiesta de un modo bien distinto—añadió sonriendo.—Mentiría—añadió con animación y brío—si no te confesase que me seduce muchísimo la idea de tenerte en mi poder, de ser para ti madre y amante á un mismo tiempo... ¡Oh, qué situación tan original! Aquel niño que yo tuve sobre mi regazo, á quien tengo lavado y peinado muchas veces, á quien tengo librado de bastantes castigos, ¡convertirse ahora en amante y en dueño! ¡Esto es algo que se sale de lo vulgar, algo nuevo y extraño!... Pero ¡ay, Miguel! estos sueños hermosos no pueden realizarse... Son quimeras que no pueden halagar sino á una imaginación loca como la mía. Tú no ves aquí sino una mujer que te agrada más ó menos y á quien deseas rendir á todo trance...

Miguel hizo protestas fogosas. Se presentó, de buena fe, como un ser excepcional también, como un herido de la gran batalla de la vida, el corazón goteando sangre y desengaños. Relató igualmente un sin número de sueños, pasiones y genialidades, ponderó sus amarguras, las noches de insomnio, las vagas inquietudes.

Ambos eran felices presentándose mutuamente como almas incomprensibles ó por lo menos no comprendidas del vulgo. No se cansaban de exhibir con deleite toda una muchedumbre de ideas y sentimientos imaginarios.

Por fin la generala se convenció de que Miguel era el hombre que buscaba, el ideal de sus ensueños. Le miraba con ternura, le hacía repetir con afán sus enmarañadas *psicologías*, se enteraba de los últimos pormenores de su vida espiritual. No cesaba de dolerse

de no ser más joven para realizar por entero el sueño de amor que toda la vida le había perseguido.

—¡Cuánto daría por tener algunos años menos, y ser libre de volar contigo á algún hermoso rincón lejos de este ruido infernal, de esta eterna murmuración, de toda la miseria que nos rodea! Una casita á la orilla del mar, bañada á todas horas por la brisa, un jardinillo que cuidar, un pedazo de pan que llevarnos á la boca y salud para correr y saltar por los campos. ¡Era lo bastante para ser felices!

Entraron en pleno idilio. Lucía trazó con vehemencia el cuadro de la felicidad pastoril. Pintó la vida sencilla, frugal, inocente, del campo, las inefables dulzuras de la familia. Se representó á Miguel saliendo de casa y viniendo rendido de fatiga á la hora del crepúsculo para descansar en sus brazos; á ella cosiendo ó bordando á su lado; otras veces, yendo á la pesca juntos, ó á dar un paseo á caballo, ó á coger moras silvestres por el campo...

—¡Oh!—dijo Miguel un poco exaltado—¡aún podemos ser felices!

—¡Si eso fuera verdad!... Pero no; yo no puedo ser para ti más que una madre...

Miguel no quiso de modo alguno aceptar la maternidad.

—¡Nada de madre!... no, no... ¡Yo quiero ser *tu* amante... *tu* amante!—y repetía la frase con creciente animación, un poco trastornado ya.

—Bien, serás lo que quieras; hijo, amante, lo que se te antoje. Pero júrame que es puro tu amor, que no hay nada de vergonzoso en esa pasión, que no intentarás nada para profanar este lazo que ha de unir nuestras dos almas para siempre.

El hijo del brigadier juró. Su amor era ideal. Una

ardiente adoración. Confesaba que al principio no había pensado más que en el amor vulgar; pero ahora, al sondar los inefables misterios que encerraba el alma de la generala, al comprender que su corazón estaba virgen y puro, al adivinar en ella un ser superior, todos sus groseros pensamientos se habían apartado como lava impura. Sólo quedaba el oro sin mezcla de una pasion grande y elevada.

Y ambos disertaron mucho rato, acerca de la naturaleza de su amor, y se extasiaron en recíproca admiración de sus almas. No; ellos no pertenecían á la sociedad en que vivían, eran de otra pasta, estaban criados para los grandes sentimientos, para la vida del corazón.

—Tú eres poeta; tienes un espíritu superior. Tú no puedes amar realmente sino á una mujer que te comprenda.

Miguel reconocía que era verdad. Confesaba que hasta entonces no había amado. Era huérfano de padres y de amor, y ofrecía algunas de sus extravagancias morbosas á la generala, como rasgos de una naturaleza superior. Lisonjeado en su amor propio, embriagado por las miradas de la hermosa, en aquel momento creía cuanto afirmaba, juzgándose un ser extraño y digno de admiración.





XV

A las nueve en punto de la noche, en la calle de Fuencarral esquina á la de las Infantas, Miguel esperaba á la generala, que debía cruzar en un coche de alquiler. Así lo habían convenido.

El coche se detuvo. ¡Con qué emoción placentera abrió nuestro joven la portezuela de la berlina y se sentó al lado de Lucía! El cochero esperaba órdenes. Viendo que no se las daban, preguntó, inclinándose á la ventanilla y con voz áspera:

—¿Adónde?

Ambos se miraron indecisos. Á Miguel se le ocurrió por fin decir:

—Atocha, 145.

Era la mayor distancia que halló.

Las calles estaban cuajadas de gente. Las luces de los faroles y las de los escaparates iluminaban las aceras y los rostros de los transeuntes que se detenían á mirar los objetos exhibidos. La villa entera salía en esta



hora á gozar, de las dulzuras de la civilización, que trasforma la noche en día, el silencio en ruido, la soledad en confusión y algazara.

Al entrar en la berlina, había apretado con efusión la mano enguantada de la generala y la había conservado en su poder. Esta le acogió cariñosa, pero un poco triste y circunspecta. Hablaron en los primeros momentos con embarazo de los pormenores de la cita, el tiempo que había esperado Miguel, lo que había causado el retraso de la generala, etc., etc. Lucía aprovechó, no obstante, el motivo para recomendarle de nuevo mucha discreción. Miguel juró y perjuró que su silencio igualaría al de las tumbas. Poco á poco fué desapareciendo la reserva natural de los primeros instantes: entraron en íntimo y grato coloquio. Miguel volvió á describir las fases de su amor, presentándolo más arcano y enmarañado que nunca. La reflexión le había suministrado un sin fin de pensamientos delicados, vagas lucubraciones, dulces psicologías y frases espirituales, que fué vertiendo como flores de su ingenio en el regazo de la bella. Ésta las recibió con extremado gozo, estimulando con su admiración y con tal cual concepto atrevido, pues era mujer de viva imaginación, el talento y la fantasía de nuestro joven. El coche rodaba con áspero traqueteo por las calles, sin caminar por eso con gran celeridad. La decoración de las tiendas y escaparates iluminados, el gentío que discurría por las aceras, los coches que sin cesar cruzaban de un lado y de otro, pasaban totalmente inadvertidos para los amantes, que saltaban sobre los cansados muelles del simón, en animada plática, devorándose con los ojos.

Miguel planteó al fin el problema que bullía en su cabeza: el de ir á charlar un rato en casa de Lucía.

La generala soltó bruscamente la mano que le tenía

cogida, y echó atrás la cabeza con manifiestas señales de hallarse gravemente ofendida. Nuestro joven se asustó un poco y pidió perdón con labio balbuciente. No porque creyese que había cometido ninguna profanación; pero temía que aquélla, poseída de su papel de «alma hermosa, inmaculada», lo echase todo á rodar.

Guardó silencio obstinado la dama, en la actitud firme é imponente de una deidad herida. Miguel se humilló, se llamó bestia, se declaró indigno del amor de un alma tan elevada.

—¡Oh, nunca creyera de ti!...—exclamó ella al fin. Y un torrente de lágrimas se desprendió de sus ojos.

—¡Perdóname!

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Fué un momento de extravío!

Al fin las súplicas vencieron su ánimo, y el joven quedó absuelto.

Pero el carruaje se aproximaba ya al término de la carrera, y Miguel no sabía qué partido tomar.

Después de otro intervalo de silencio en el que procuró concentrar todas las fuerzas de su espíritu, volvió el ataque.

—¡Tú no me quieres!—dijo en tono quejumbroso, adoptando á su vez la actitud de hombre agraviado.

—Bien sabes que no es verdad; bien sabes que te quiero, que te adoro con toda mi alma.

—¡Oh, si me quisieras, me darías esa prueba inequívoca de tu amor!

—¡Oh, Miguel! ¡Siento desde ayer un vacío tan grande en mi corazón!... ¡Parece como si me hubieran arrancado la última creencia, el último pensamiento consolador!

—Pues yo te digo que desde ayer te adoro aún con más entusiasmo... que no ha menguado el amor y la admiración que me inspiras... Pero quiero que tengas plena confianza en mí, como yo la tengo en ti.

Después de muchas protestas de cariño por una y otra parte, Miguel volvió solapadamente, dando grandes rodeos, á su tema. No, él no quería rebajar la dignidad de su dueño, él no quería manchar el amor que se tenían. Por eso buscaba un sitio que mereciera albergarlo algunos momentos: la misma casa de la generala.

Resistió ésta, aunque sin enfado ya. Era inadmisible por el riesgo que se corría. Se enterarían los criados, ó el portero, ó los vecinos...

—No, no se enterarán. Tomaremos precauciones; tú subes primero, después me abres la puerta...

—Pero los criados lo oyen todo. La puerta está cerca de la cocina. Además, hay un chico encargado de abrir...

Miguel insistía apretando el ingenio para combatir los temores de la generala. Esta amontonaba las dificultades, dejando, no obstante, entrever más ó menos lejano, el triunfo del joven.

Paró el carruaje. Se encontraban frente al número designado. Miguel vaciló un instante sin saber qué hacer. Al fin salió del coche y entró en la casa para disimular.

Preguntó allí por una persona que vivía en otro número de la misma calle, y al cabo de un momento volvió á salir.

Al entrar en el coche, interrogó con ojos suplicantes á la generala, la cual se dignó hacer un signo afirmativo. Entonces dijo rápidamente al cochero:

—Huertas, 30... De prisa.

Y se enderezaron á todo el correr del jamelgo hacia la casa de la generala. Miguel le dió las gracias con

acento conmovido, besándole las manos repetidas veces. Pero Lucía guardó silencio: se mantuvo con la cabeza inclinada en actitud melancólica y reflexiva, dejando que el joven exhalara con labio trémulo toda la alegría que rebosaba de su alma. Al poco rato, Miguel pudo notar que algunas lágrimas bajaban silenciosas por sus mejillas, y experimentó dolorosa impresión.

—¿Por qué lloras?—preguntó, acercando su rostro al de la dama.

Lucía no contestó.

—¿Por qué lloras?—volvió á decir con ansiedad.—¿Te he ofendido? ¿Acaso ya no me quieres?...

—¡Oh no; no es eso!... Lloro, Miguel, sobre nuestro amor... lloro sobre la última ilusión perdida... Siento haberte conocido... Siento haber dejado despertar mi corazón ya dormido, y forjarme, por algunos instantes, ciertas quimeras deliciosas que se desvanecieron como el humo... ¡Por qué he de ocultártelo! Cuando ayer me declaraste tu pasión, tuve la debilidad de creer en ella, y soñé, inmediatamente, con un amor fiel y puro, con el amor que ennoblece el espíritu y nos incita á las ideas elevadas y á las acciones generosas... Creí volver á los años de colegiala, cuando el mundo se ofrecía ante mi vista como un hermoso fanal trasparente y diáfano, cuando no acertaba á ver en él más que cosas lindas... todo risueño... todo hermoso... Volvía á entrar en la juventud. Una nueva aurora para mi alma... Pero no fué más que un relámpago que me hizo entrever los verjeles del cielo. Y al instante quedé sumida otra vez en la oscuridad...

Miguel comprendió que era necesario estar de acuerdo con la generala, aunque fuese por breves instantes. Bajó la cabeza y quedó pensativo y triste. De pronto, levantándola, exclamó:



—¡Que no te quiero! ¡Que no te adoro! ¿Quién es el que puede dejar de admirarte así que te vea y te escuche? No, Lucía, no. Las faltas que cometamos y las manchas que caigan sobre nuestro amor, se deberán exclusivamente á mí. Tú estás conmigo ahora por la bondad de tu carácter... porque me quieres... y porque me compadeces.

Al pronunciar estas palabras el hijo del brigadier creía sentir lo que decía, y estaba realmente conmovido.

—Gracias, Miguel; eres generoso conmigo. Pero tu generosidad no me excusa... Tengo tanta culpa como tú.

Las lágrimas seguían cayendo en abundancia de los ojos de la generala. Miguel procuraba convencerla de su inocencia, con mil lisonjas apasionadas. El interés de la escena le embargaba. La noche había avanzado un poco, y las calles que recorrían no eran de las más transitadas.

Llegaron á la de las Huertas. Lucía se apeó delante de su casa y entró. Miguel siguió en el carruaje y lo despidió en la primer esquina. Allí aguardó á que la generala entreabriese el balcón de su gabinete para entrar también.

Lucía habitaba el piso segundo (derecha é izquierda) de una magnífica casa recién edificada. Tenía un número considerable de criados, aya inglesa para la niña primera, cochero, lacayo, dos troncos de caballos, uno de ellos de valor, etc., etc. Mucha prisa necesitaba darse el general Bembo á recoger lo que por tantos agujeros se le escapaba á su media naranja.

Miguel, vista la señal, subió á la casa con paso firme y decidido para que el portero no le detuviese. Lucía le esperaba en lo alto de la escalera.

—Entra sin hacer ruido—le dijo apagando la voz cuanto podía;—así... sobre la punta de los pies...

Cuando estuvieron en su gabinete, una estancia lujosamente decorada, las paredes de raso azul, los muebles forrados de la misma tela, se dejó caer en un diván reteniendo la mano de Miguel que tenía cogida.

—¿No sabes?... He despachado al chico de la puerta con un encargo, y á mi doncella con otro... Pero aún nos pueden oir... ¡Mucho cuidado!

El joven se sentó á su lado, y quiso abrazarla.

—¡Ya estamos solos y tranquilos! ¡Qué placer tan grande!

La generala le apartó suavemente, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¿No estás contenta á mi lado, Lucía?—preguntó, mientras le acariciaba con ternura una mano.

—No.

—¿Por qué?

—Porque te tengo miedo: porque eres un loco... Y yo otra loca—añadió con amargura.

—El amor, ¡qué es más que una locura sublime!—exclamó sentenciosamente Miguel.

—Por lo mismo que es sublime, no debemos degradarla... Seamos fuertes con nosotros mismos... Atrincherémonos detrás de nuestras ideas elevadas, y defendámonos de las groserías de la pasión...

—¡Qué alma tan grande tienes!... Eres muy hermosa, Lucía... ¡Te amo! ¡te amo!... ¡te adoro!...

—Ámame, sí; pero ámame con un amor ideal, digno de ti y de mí... No me humilles, por Dios, no me bajes hasta el suelo, ya que tu amor me coloca en un sitio elevado... Te lo anuncio, Miguel... no tardarás en despreciarme...

Y al proferir tales palabras, caían otra vez algunas lágrimas de sus ojos. Miguel protestó contra esta suposición. Sostuvo el idealismo de su amor.



El gabinete era un nido tibio y hermoso, lleno de perfumes penetrantes. Contiguo á él, separada por columnas doradas de madera y por una cortina de damasco azul, estaba la alcoba. Por entre los pliegues de la cortina se veía un gran lecho matrimonial de palo santo, y cerca de él otro pequeñito de niño. La estancia, esclarecida débilmente por una lámpara veladora de bomba esmerilada que pendía del techo.

—Calla—dijo la generala suspendiendo el aliento é inclinando la cabeza hacia la alcoba,—creo que despierta mi Chuchú.

En efecto, el más pequeño de sus hijos, que dormía en la alcoba, había dado un leve gemido, al cual siguió otro más fuerte. Lucía corrió á allá para que no se alborotase.

—Calla, Chuchú, calla, que aquí estoy yo.

El niño no hizo caso.

—Si no callas, el hombre de las narices grandes vendrá á buscarte y te llevará.

—*¡Quero Ía!*—clamó el niño. *Ía* era la doncella, que se llamaba María.

—No, monín, no; duerme.

—*¡Quero Ía!!*

—No grites... mira que va á venir el hombre feo.

—*¡Quero Ía!*

—¡No grites, chiquillo!... Pronto vendrá María... Mañana te mando á dormir con las niñas.

—*¡Quero Ía!*

¡Mira, si no te callas, te doy azotes!... Vamos, duérmete. Si te duermes, te compraré un caballo para que vayas al Retiro montado como tu amiguito Julián... y después te llevo al Circo á ver los *clowns*... ¿No te acuerdas de los saltos que dan? ¡Qué saltos tan grandes sobre el caballo! ¿eh?... Y la niña rubia que se sube al tra-

peçio, ¡qué bonita! ¿eh?... Y después vamos á casa de Julianito, y comerás dulces... y otro día iremos á Leganés á ver á la tía Adelaida para que te regale el pajarito de cristal que canta dándole cuerda... y lo traeremos para casa, ¿verdad?... ¿No te gusta?

El niño, que había suspendido el llanto para escuchar á su madre, cuando ésta terminó el repertorio de promesas, volvió á gritar:

—*¡Quero Ía!*

No fué posible por ningún medio hacerle desistir de su empeño.

La generala estaba furiosa.

—¿Pero qué edad tiene el niño?—preguntó en voz baja Miguel, que se había aproximado silenciosamente á la alcoba.

—Tres años.

—Pues sácalo de la cama. No hay ningún cuidado. Á ver si se entretiene con cualquier cosa.

Lucía lo envolvió en un chal y lo sacó al gabinete. Era rubio y hermoso como un angelito, con grandes ojos azules. No se manifestó sorprendido al ver á Miguel. Suspendió el llanto y le miró, sí, con insistencia, pero sin preguntar nada á su madre. Miguel quedó un poco cortado ante aquel examen, y le pesó de haber aconsejado á la generala su traslado. Después procuró captarse su amistad. Tomólo de los brazos de aquélla, y lo sentó sobre sus rodillas; le acarició suavemente sus cabellos ensortijados y le dió un beso sonoro en la mejilla.

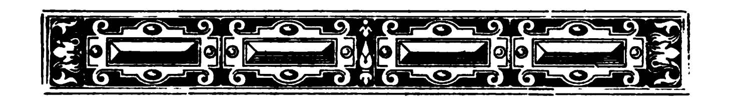
—¿Me quieres?—le preguntó con voz melosa.

El niño le miró fijamente con ojos serenos y graves. Después pronunció secamente:

—¡No!

Miguel se turbó, y quedó desde entonces mal impresionado.





XVI

Bajó la escalera lentamente, de mal humor, con el alma triste y fatigada. Sentía el descontento de sí mismo que acompaña siempre á los placeres ilícitos. ¡Qué ajeno estaría el pobre D. Pablo Bembo á que el niño que levantaba en alto con sus descomunales manos «para ver á Dios» había de ser con el tiempo quien escarnececiera su nombre! Este pensamiento le causaba desazón profunda. En vano se decía, para apagar el grito de la conciencia, que la generala ya lo había deshonrado más de una vez; que si él no, otro sería; que el pecado á fuerza de repetirse había pasado á ser venial en la sociedad elevada; que lejos de rebajarle á los ojos de ella, sería una gracia más entre las muchas que le concedían. De todos modos, le decía una voz interior, la falta de la generala no puede excusar la tuya. Si todos se echasen la misma cuenta, el mundo no sería más que un hato de pícaros. Además, él estaba en peor caso que los otros porque tenía con la generala cierto parentesco es-

piritual formado por la diferencia de edad y por las relaciones especiales que habían mediado entre ellos. El general, por otra parte, había sido el amigo y el compañero de su padre, y nadie estaba tan obligado como el hijo del brigadier Rivera á respetar su honor y sus canas.

Eran los once y media de la noche. La gente aún discurría por las calles, sobre todo por las céntricas, donde algunos teatros comenzaban á vomitar por sus puertas centenares de espectadores. Tan embebecido iba en sus pensamientos, los cuales le mortificaban más de lo que nunca imaginara, que al pasar por la calle del Príncipe no vió dos bultos echados en la acera hasta que tropezó con ellos. Eran dos niños, el menor de los cuales dormía ó descansaba con la cabeza apoyada en las rodillas del mayor. El frío era intenso. Miguel observó á la luz del farol la extremada palidez de ambos, sobre todo del más pequeño.

—Oyes, chico, ¿cómo tienes aquí á este niño medio helado? ¿Por qué no os vais á casa?—dijo encarándose con el mayor.

Este, que tendría seis ó siete años de edad, levantó hacia él sus ojos grandes y hermosos, en torno de los cuales se dibujaba un círculo azulado, y balbució algunas palabras que no pudo entender.

—¿Qué dices, querido?—manifestó Miguel en tono afectuoso y bajando la cabeza para oirle mejor.

—No tenemos más que tres reales—murmuró sin aliento el niño.

—¿Y qué importa eso?

—Tenemos que llevar cinco.

—¡Ah! — exclamó comprendiendo lo que aquello significaba.—Y si no los lleváis os pegan, ¿verdad?

El chico bajó los ojos y la cabeza en señal afirmativa



—¿Tenéis padres?

—Madre.

—¿Y es la que os manda á las calles á estas horas?

—Sí, señor.

—¡Excelente persona!—dijo por lo bajo; y sacando unas pesetas del bolsillo:

—Toma; marchaos ahora mismo á casa.

El niño fué á levantarse, pero no pudo. Su hermanito se lo estorbaba.

—Levanta, Rafaelito.

El chiquitín no se movía.

—¡Levanta, Rafaelito!

Miguel lo cogió entre los brazos y lo puso en pie; pero al ver que no se tenía, exclamó en alta voz:

—¡Este niño está yerto! ¡Qué atrocidad!

Y comenzó á sacudirlo y á frotarlo.

Algunos transeuntes se habían parado y formaron en torno de nuestro joven y de los niños un grupo que fué engrosando por momentos. Algunos quisieron ayudarle en la tarea. Otros comenzaron á interrogar al mayor. Miguel les explicó lo que sabía, y causó gran indignación. No se oían más que estas exclamaciones: «¡Pobrecillos! ¡Qué vergüenza de madre! ¡La autoridad debía de intervenir en estas cosas!» etc.

Al fin se había conseguido que el niño se tuviese en pie; pero estaba cadavérico, haciendo rodar sus ojillos de un lado á otro sin darse cuenta de dónde se hallaba. Tendría unos cuatro ó cinco años. Á Miguel se le ocurrió de pronto que á más de frío tendrían hambre aquellas desgraciadas criaturas, y tomando á cada una de la mano, rompió con ellas, por entre la mucha gente que se había aglomerado, con intención de llevarlas á algún sitio donde reparasen el estómago. Cuando ya se alejaba del grupo, oyó á una joven del pueblo exclamar:

—¡Y luego dirán que no hay caridad en Madrid! Mira, chica, mira á aquel señorito cómo se lleva á esos pobres niños...

El hijo del brigadier sintió un dulce estremecimiento al escuchar aquellas palabras: y siguió triunfante con los dos niños. Pero en la esquina de la calle del Prado sintió unos pasos precipitados que seguían los suyos y oyó que le decían:

—Caballero, déjeme usted llevar uno de esos niños.

La voz era conocida. Volvióse y reconoció la fisonomía del boticario Hojeda, el fiel amigo de su tío Bernardo, el varón humilde y bondadoso que tantas veces le había ido á visitar cuando era colegial.

—¡D. Facundo!

—¡Miguelito!... Me alegro mucho que seas tú, querido... ¡Dios te lo pagará!... Dame acá el más pequeño.

—¿De dónde venía usted á estas horas?

—De casa de tu tío... como siempre... Hoy me he descuidado un poco más. Cuando llegué á ese grupo de gente ya tú venías con los muchachos, pero no te conocí. Me enteré de lo que era y quise también tener mi parte en la buena obra.

—¿Dónde quiere usted que vayamos?... Yo pensaba llevarlos á un *restaurant*.

—Si te parece—dijo tímidamente D. Facundo,—entraremos en el café del Prado que es el más próximo. Conozco al dueño.

—Adelante; vamos al café del Prado.

Cuando llegaron á él, Hojeda propuso que entrasen por el portal, donde había una puertecilla que comunicaba con la cocina. Así evitaban la exhibición. Entraron, pues, en la cocina, donde los pinches, el cocinero y algunos mozos que allí estaban los examinaron con sorpresa. Hojeda ordenó que al instante frieran un par



de chuletas. El cocinero, al saber de lo que se trataba, se puso á prepararlas con gran prisa: los pinches también desplegaron toda su actividad. Pronto se reunieron en aquel sitio otros cuantos mozos formando círculo en torno de los dos muchachos, que con el calorcillo del fogón y de las luces comenzaron á revivir. Miguel se quedó absorto contemplando los andrajos de que iban vestidos. Acudió también el amo, á quien Hojeda mandó avisar. Todos hacían preguntas sobre preguntas á los pobres chicos, que apenas articulaban más que monosílabos.

—Dejadlos ahora—dijo el amo,—ya hablarán cuando tengan el estómago lleno.

—Vaya, *rumia*, aquí tenéis con qué llenar el fuelle—dijo el cocinero en gallego cerrado, presentándoles las chuletas, cada una en su plato, y colocando los platos sobre una silla. Los niños se arrojaron á ellas como lobos. Al verlos desgarrarlas con los dientes y soplar al mismo tiempo para no quemarse, Miguel sintió los ojos húmedos. Uno de los pinches colocó sendas rebanadas de pan al lado de los platos.

—Á ver— dijo Miguel,—que traigan dos copas de Jerez.

Mientras los chicos comían, enteramente abstraídos de lo que les rodeaba, el dueño del café, Hojeda, Miguel y los demás que asistían á esta escena los contemplaban con ojos que brillaban de alegría. Todos los rostros expresaban un deleite casi sensual. Cuando hubieron dado buen fin al pan y á las chuletas y se hubieron bebido el Jerez, los niños se animaron repentinamente, sobre todo el pequeño, que era el más aterido. Sus mejillas recobraron el suave color de la infancia, y comenzaron á examinar con atención los objetos y las personas.

—¿Habéis despachado ya?— preguntó Hojeda... — Pues vamos con la música á otra parte.

—¿Cuánto es esto?—dijo Miguel á un mozo, llevando la mano al bolsillo.

El dueño del café, que había oído la pregunta, se apresuró á decirle, sujetándole el brazo:

—Caballero, yo no cobro las limosnas.

Miguel no insistió.

—Dios se lo pagará á usted, D. Ramón—le dijo Hojeda apretándole efusivamente la mano.

Y salieron á la calle llevando por delante á los niños, los cuales iban brincando como cervatillos por la acera.

—¡Eh chis chis!—gritó el boticario llamándolos.— ¿En qué calle vivís?

—En la calle del Tribulete—respondió el mayor.

—¿Qué número?

Los chicos se miraron uno á otro con sorpresa y quedaron silenciosos.

—¿No lo sabéis? Está bien. ¿Pero sabréis ir á casa?

—¡Ah, sí señor!

—Bueno: ahí en la esquina tomaremos un coche, ¿no le parece á usted, D. Facundo?—manifestó Miguel.

—Como quieras, Miguelito.

Tomaron un simón en la plaza de Santa Ana, dando orden al cochero de que parase en la esquina de la calle del Tribulete. Los chicos, que se habían sentado en la bigotera de la berlina, iban tan sorprendidos y gozosos, que costó gran trabajo hacerles responder á ciertas preguntas. Mientras D. Facundo interrogaba al mayor con extremada habilidad para enterarse pronto de lo que necesitaba saber, Miguel hablaba con el chiquitín.

—¿No os habrán dado hoy de cenar?

—No—dijo el niño moviendo la cabeza á un lado y á otro.



—¿Y habéis comido por la mañana?

—Sí.

—¿Y qué habéis comido?

—Lentejas y pan.

—¿No habéis comido nada desde entonces?

—Un poco de pan que me dió Pepe.

—¿Quién es Pepe?

Silencio y asombro del niño.

—¿Es algún amigo tuyo?

—Es el chico de la vecina.

—¡Ah! ¿Y quién te ha dado ese chaquetón que te llega á los pies?

—El tío Remigio.

—¿Quién es el tío Remigio?

Nuevo y mayor asombro del niño, que le mira con ojos extáticos.

—¿Es algún hermano ó pariente de tu madre?

—Es albañil.

—¡Ah, es albañil!—Y comprendiendo que no sacaría más en limpio, Miguel tomó otro rumbo.

—¿Y ganáis todos los días los cinco reales?

—Algunos días no.

—¿Y qué os sucede cuando no los ganáis?

El niño vaciló un instante, y después hizo con su manecita un ademán de vapuleo muy expresivo.

Miguel conmovido guardó silencio.

En la esquina de la calle del Tribulete despidieron el coche. Los chicos sin vacilar fueron derechos á la puerta de una casa vieja y sucia. El mayor se volvió de espaldas y dió con los tacones de sus zapatos rotos algunos golpes. Al poco rato abrió una vieja, que dejó escapar al verlos un gruñido nada pacífico; pero su mal humor se convirtió en sorpresa al observar que Hojéda y Miguel atravesaban el portal y seguían á los

muchachos. Éstos subían decididos la escalera como hormigas que entran en su guarida. Miguel sacó un fósforo, porque la vieja portera se había retirado con la luz. Subieron hasta la guardilla. Los niños se detuvieron delante de una puertecita.

—Aquí es—dijo el mayor.

Hojeda llamó con los nudillos de los dedos, pero nadie contestó.

—No habrá venido todavía mi madre—manifestó el mismo chico.

—¿Y qué os hacéis cuando llegáis antes que vuestra madre?

—Nos sentamos en la escalera.

En esto se abrió una puertecita contigua á la primera y apareció un hombre en traje de obrero, con una lamparilla de petróleo en la mano. Al ver á aquellos señores les dió las buenas noches y les preguntó lo que deseaban. Hojeda le explicó el caso en pocas palabras. El obrero les invitó á pasar á su habitación, y una vez dentro, les manifestó en confianza que también él y su mujer sabían la desgracia de aquellos pobres niños, y que habían querido intervenir para remediarla, pero inútilmente. La madre era una mujer viciosa, oficiala de sastre, amancebada tiempo hacía con un albañil, y que había tenido aquellos niños con un primer marido ó querido, que esto no lo sabían. Dióles algunos otros pormenores, que indignaron extremadamente á Miguel.

Pero aquella mala mujer no acababa de llegar. Fué necesario despedirse del obrero y dejar á los chicos en la escalera, con una buena limosna que nuestro joven les dió. Cuando ya bajaban, apareció por fin su madre. Hojeda entró con ella en la vivienda, que era un triste y desabrigado desván, sin otros muebles que una mesilla y dos ó tres taburetes. En una esquina había un

miserable fogón apagado; en otra, un montón de trapos, restos, al parecer, de antiguo colchón, donde dormia toda la familia.

Miguel quedó asombrado del tacto y la habilidad que D. Facundo desplegó para noticiar á aquella mujer lo que habían hecho y para arrancarla todos los datos que necesitaba saber; de dónde era, con quién había estado casada, dónde trabajaba, etc. La mujer, que al principio los acogiera con marcada hostilidad, ante la mirada dulce y serena y las palabras sinceras de Hojeda, se fué poco á poco suavizando. Al fin, cuando éste le recordó con tono afectuoso los deberes que tenía para con sus hijos, aquellas infelices criaturas, sin otro amparo en el mundo que ella, rompió á sollozar. El boticario la consoló, prometiéndola volver al día siguiente y hacer por los niños todo cuanto pudiera. Lo que más le sorprendió á Miguel fué que en ninguna de sus frases hizo D. Facundo la más leve alusión á los malos tratos que daba á los hijos ni á la conducta licenciosa que observaba.

Cuando al fin salieron á la calle, le dijo:

—¿Y qué piensa usted hacer mañana, D. Facundo, con todos esos datos que ha tomado?

—Procuraré comprobarlos. Tengo muchos conocimientos entre los pobres de Madrid. Después trataré de sacar para ella la ración de San Vicente de Paul y mandar al chico primero á un colegio.

—¿Por cuenta de usted?

—Es muy barato. No vayas á creer que se trata de una gran cantidad. Entre unos cuantos amigos, hemos fundado un colegio para niños desamparados y nos sale por muy poco cada plaza.

—¡Pobres criaturas! ¡Dejarlos así abandonados á la intemperie, expuestos á quedarse muertos en medio de

la calle, y todavía si no traen el dinero justo pegarles!... Esa mujer es una infame que no merece que usted se ocupe de ella.

D. Facundo dió un suspiro y dijo poniéndole la mano sobre el hombro:

—¡Ay, Miguelito, sobre estas cosas y otras parecidas, hay mucho que hablar! Yo no diré que no esté mal lo que hace esa mujer; pero llamarla infame, no es tan justo como á primera vista parece. Después de haber pasado muchos años contemplando todos los días cuadros semejantes al que acabamos de ver; después de haberme familiarizado con los tormentos que pasan los pobres, con sus ideas, y hasta con su lenguaje, he concluído por hallar muchos más desgraciados que infames. En el mismo caso presente, cierto que lo primero que salta á la vista, es la maldad de esa mujer. Pero no te detengas en la superficie. Vé más adelante. Examina, investiga y hallarás seguramente que no es tan culpable. Primero tienes que considerar que en la sastrería no gana más que siete reales. Con siete reales no pueden comer siquiera pan seco tres personas en Madrid. Después debes tener en cuenta que una mujer sola, sin amparo, está expuesta siempre á caer en las garras de cualquier tunante que la enamora. Después las ideas que esa gente tiene de la educación de los niños, no son como las tuyas y las mías, porque no han visto ni entendido nada bueno. El golpear á los chicos es una de tantas costumbres feas y repugnantes como tienen...

—¡De todos modos, D. Facundo!...

—Sí, sí, te concedo que esa mujer obra mal. Pero bien examinadas y bien pesadas todas las circunstancias, no es tan perversa, de seguro, como tú te imaginas.

Miguel guardó silencio y se puso á meditar sobre las palabras de Hojeda, mientras caminaban emparejados hacia el centro de la villa. Después de larga pausa, levantó la cabeza y dijo:

—¿Sabe usted, D. Facundo, que no sospechaba que usted se dedicase tan particularmente á hacer obras de caridad?

El trozo de cara que la enorme bufanda del boticario dejaba al descubierto, se coloreó fuertemente.

—¿Yo?... ¡Ca hombre! no... ¡qué tontería!... De ningún modo... no lo creas...—comenzó á balbucir torpemente como un hombre cogido *infraganti* de algún delito.

—Lo que está á la vista no se puede negar—manifestó Miguel sonriendo.

Hojeda se mantuvo silencioso algunos instantes. Después, parándose de pronto y cogiendo á nuestro joven por el brazo con mucho aparato de misterio, y esforzándose por dar á su voz y á sus ojos la mayor expresión posible de severidad, le dijo:

—¿Sabes, Miguelito, por qué hago yo todas estas cosas?

—¿Por qué?

El boticario le estuvo mirando algunos segundos con extraordinaria dureza. Después exclamó:

—¡Por egoísmo!

Y soltándole el brazo, dió rápidamente unos cuantos pasos dejándole atrás.

—¿Cómo? ¿cómo?—repuso Miguel todo asombrado.

El boticario sin volverse, pero haciendo un ademán expresivo con el brazo, volvió á exclamar con más fuerza:

—¡Por puro egoísmo!

—¿Cómo es eso, D. Facundo?—preguntó avanzando hasta colocarse á su lado.

—Te lo explicaré en seguida—repuso Hojeda en tono confidencial, parándose otra vez y otra vez cogiéndole por la manga del gabán.—Yo no tengo familia, como tú sabes. No soy aficionado al estudio, porque comprendo que aunque me haga pedazos los cascos nunca pasaré de cierto límite. Tampoco me gustan los juegos, pues el billar lo tomo solamente como un medio de hacer ejercicio. Los teatros no los piso jamás. Entre los espectáculos públicos únicamente me gustan...

—Los toros, ya sé.

—Es mi único vicio... pero no los hay más que en la primavera y una vez por semana, aparte de algunas corridas extraordinarias. La botica no me ocupa ningún tiempo, porque tengo al frente de ella á un pobre muchacho que acaba de hacerse farmacéutico, y al cual se la pienso dejar cuando me muera... Si no voy á los sermones y no me entretengo en proteger á algunos pobrecillos, ¿qué quieres que haga yo de mí?... ¿No comprendes que me moriría de aburrimiento?

—Sin embargo, los actos en sí no dejan de tener mérito.

— ¡Ninguno, hombre, ninguno!—repuso con energía. —Mira: te lo explicaré mejor. Yo, cuando subo á casa de un pobre y me entero de su vida y le socorro y le aconsejo; cuando doy vueltas por Madrid buscándole alguna colocación, estoy entretenidísimo, tanto como cualquier señorito en los bailes de Montijo. Con la diferencia de que mientras él llega á casa al amanecer, hastiado, ojeroso y mustio, yo me acuesto tranquilito á las doce, y si he hallado empleo para mi hombre, me duermo más contento que el Rey de Prusia, y si no lo he hallado, me levanto por la mañana con ánimos para revolver todo Madrid... Díme tú ahora, ¿quién entiende mejor la vida, él ó yo? ¿Quién es aquí el egoísta?... Voy

á ponerte otro ejemplo. Acabas de pasar una hora conmigo desde que nos hemos encontrado en la calle del Príncipe. Quiero que me digas con sinceridad si en esta hora te has aburrido...

—No sólo no me he aburrido, sino que he pasado uno de los ratos más felices de mi vida...

—¿Lo ves? ¿Qué mérito tiene entonces lo que hemos hecho? Lejos de juzgarnos dignos de admiración, somos dignos de envidia por lo que hemos disfrutado...

—Concedo, D. Facundo, que en este caso particular, acaso tenga usted razón; pero consagrar la vida entera como usted á hacer obras de caridad, es digno de alabanza y recompensa.

—¡Recompensa! ¡recompensa!—exclamó con fuego el boticario.—Pues qué, ¿te juzgarás acaso resarcido del dinero que has dado por una butaca en el teatro después de haber pasado la noche bostezando, y no te considerarás pagado del que regalaste á esos niños, gozando una hora de felicidad?

—Bien, pero usted es otra cosa. Yo lo acabo de hacer por casualidad, mientras que usted lo tiene por costumbre.

—¡Mejor que mejor! Yo gozo todos los días tanto ó más de lo que tú has gozado hoy...

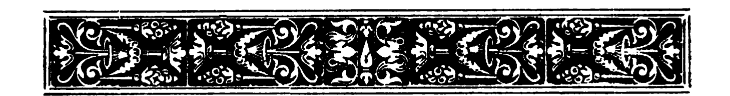
Siguió desenvolviendo con brío su tesis nuestro farmacéutico, mientras caminaban hacia la Puerta del Sol. Miguel había concluído por guardar silencio, escuchando con placer y curiosidad aquellas peregrinas teorías. Al llegar á la esquina de la calle de la Montera, Hojeda volvió en sí de pronto y dijo en el tono afectuoso y humilde que le caracterizaba:

—¡Buena matraca te he dado, Miguelito! Perdona á este viejo chocho y vete con Dios á descansar, que aquí nos separamos.

Miguel se despidió de él apretándole con efusión la mano. Cuando se hubo apartado seis ú ocho pasos, le dijo volviendo á llamarle:

—Conste, D. Facundo, que no me ha convencido usted, y que es usted una gran persona.

—¡Un gran egoísta!—gritó el boticario alejándose.



XVII



Qué te pasa hoy? ¡Parece que estás triste! —decía la generala cierta noche, tomando las manos de su amante entre las suyas.

—Pues no tengo nada (al menos, que yo sepa)—repuso en tono humorístico él.

—Sí tal; hay en tu fisonomía cierta expresión melancólica. Por más que trates de ocultarla con aparente alegría, no lo consigues. En tus ojos hay menos brillo que otras veces; tienes la mirada vaga y perdida...

—No; lo que tengo, es la mirada de perdido.

—Ríete lo que quieras. Tengo un corazón que no se engaña. Tú estás triste, y me lo ocultas.

—Si tienes mucho empeño en ello, lo estaré; pero sólo por galantería. Por lo demás, nunca he estado más alegre.

—Pero la tuya es una alegría marchita... No tiene frescura... no sale del corazón... Es una máscara. Yo quisiera, Miguel mío, saber todo lo que acontece en tu



espíritu, todo lo que piensas, todo lo que sientes... No me basta saber los pensamientos y los sentimientos grandes. Deseo conocer también los más íntimos. Deseo escudriñar los últimos rincones, los últimos pliegues... Quiero que no pase por tu cabeza una idea, aunque sea tan débil como el soplo de un niño, que no llegue á mi noticia... Quiero conocer todas las emociones que experimentas, aun aquellas que apenas sean capaces de mover tu corazón... Quiero entrar dentro de ti mismo... quiero formar una sola persona contigo...

Los grandes ojos azules de la generala, se clavaban con amorosa inquietud en su amante al proferir estas palabras.

Miguel despertó de la indiferencia en que yacía.

—Todo eso eres, cielo mío... Todo eso y mucho más —contestó, apretándole con efusión las manos.

—¡Si fuese cierto!... Pero no... Tu amor va siendo cada día más tibio... Á medida que el mío se enciende, el tuyo se apaga...

—¡No lo creas, Lucía!—exclamó el joven, dando á su exclamación mayor fuego del que le hubiera correspondido si no se hubiera tomado un poco de trabajo.—¡Te adoro... te adoro con pasión loca... frenética! Eres el único pensamiento dulce que anima mi existencia... Pídeme la vida, y me verás darla con alegría...

—¡No quiero tu vida, chiquillo!—respondió la generala sonriendo y dándole palmaditas en el rostro.—Quiero tu amor; pero un amor verdadero, grande, infinito... ¡Tú no sabes las locuras que yo sueño, los castillos que levanto en el aire! Muchas veces me figuro que en efecto me adoras con todo tu corazón, con todas las fuerzas de tu alma, y que yo soy para ti lo que fué Beatriz para el Dante y Laura para el Petrarca, un objeto divino que te preserva de todo pensamiento innoble, que gracias á



mi amor se va engrandeciendo tu espíritu, despierta tu genio, el genio que tienes en el fondo del alma... Porque yo estoy segura de que lo tienes...

—En efecto, tengo un genio muy malo. Á veces no hay quien me resista.

—No, no; es otra clase de genio—dijo la dama riendo.—Mas aunque esto no fuese una quimera, aunque tú alcanzases algún día la celebridad, soy muy tonta en forjarme ilusiones... Tú estás comenzando la vida casi, casi... El porvenir se presenta risueño. Cuando llegues adonde yo creo que tienes derecho á llegar, ¿qué seré para ti?... Una vieja que ha cometido la insensatez de amarte. Una pobre mujer enamorada ridículamente...

—¡Alto, querida! Te anuncio que ya estoy enternecido. No sigas adelante, si no quieres verme hacer pucheritos... Hablemos de otra cosa—añadió reclinándose perezosamente en el sofá y estirando las piernas con demasiada confianza,—hablemos de Pérez Almagro.

Pérez Almagro era el último amante que la generala había tenido, y que no dejaba de inspirar cierta inquietud, ya que no celos, á nuestro joven.

—¡Oh, qué cruel eres! ¡No perdonas medio de hacerme sufrir!

Miguel iba á replicar; pero en aquel instante un leve rumor lejano se dejó oir en el pasillo. Lucía se puso en pie con súbito y pronto movimiento; el rostro pálido, el oído atento, la mirada extática. Escuchó un momento.

—¡Alguien viene!... Es la doncella... ¡De prisa, de prisa! ¡Escóndete!

—¿Dónde?—preguntó aturdido.

La dama paseó una mirada intensa y ansiosa por la habitación.

—Aquí—dijo corriendo á un armario embutido en la pared y abriendo el compartimento inferior.

Miguel se metió allá de cabeza. Lucía dió la vuelta á la llave. En aquel momento entraba la doncella.

—¿Qué hay, Carmen?—preguntó con gran calma, dirigiéndose al espejo para arreglar el pelo.

—Señorita, vengo á darle cuenta del billete que me entregó por la mañana.

—¡Ah! sí... el billete... ¿De cuánto era?

—De diez duros.

—Bien ¿qué ha comprado usted?

—Los botones para el vestido de la niña, han costado seis pesetas.

—¿Qué más?

—La sombrilla de miss Ana, que he pagado yo. No la han querido dar menos de tres duros.

—Bien; son cuatro duros y una peseta.

—La corbata para Chuchú... tres cincuenta.

—¿Se la ha puesto ya?

—No, señorita; mañana cuando vaya á paseo. Es muy bonita; á María le ha gustado. ¿No sabe usted? El chico quería ponérsela cuando salíamos del comercio... ¡Poco trabajo que me costó quitárselo de la cabeza!

—¡Pobre Chuchú!

—Cuando vió que no conseguía nada por las malas, se puso á hacerme caricias... ¡Anda, Carmelita, monina, ponme la corbata... te he de dar un dulce de los de la mesa...—Yo le decía:—¿El que te toque á ti?—Sí, sí, el que me toque á mí...

—¡Oh, qué malo!

—¡No sabe usted, señorita, las monerías que hizo para sacármela!

—¡Pobre Chuchú! ¿Por qué no se la ha puesto usted?

—Porque en casa no habría quien se la quitase después.

—¿Le ha encargado usted los guantes?

—Sí, señorita

—¿En casa de Clement?

—Sí, señorita: quedaron en mandarlos el sábado.

—¿Los ha pagado?

—Sí, señorita: tres pesetas.

Miguel se asfixiaba en el armario. Estaba de rodillas, el cuerpo doblado, la cabeza apoyada en uno de los rincones. Así que entró, empezó á sentir el malestar de la postura. No podía alzar la cabeza ni enderezar poco ni mucho el cuerpo; las piernas encogidas también de tal manera, que le causaban calambres. Pero á los pocos segundos, notó ó creyó notar que le faltaba aire para la respiración, y se estremeció de congoja. Hizo frecuentes y largas inspiraciones para probar, y observó que cada vez hallaba más dificultad. Trató de contener el aliento para economizar aire, pero esto no hizo sino fatigarle más. Entonces quiso dar la vuelta y aplicar la boca á una rendija á ver si conseguía recoger más oxígeno. No le fué posible. La idea de morir asfixiado cruzó por su cerebro. Un sudor frío y copioso le bañó todo el cuerpo. La congoja se apoderó de él. En pocos segundos pensó millares de cosas aterradoras. Vió la muerte cara á cara. El miedo le dejó yerto, desmayado; estuvo á punto de perder el sentido. Mas de pronto, el instinto de la vida despertó, se reveló con ímpetu en su organismo y le sugirió pensamientos de salvación:

—«¡No, lo que es yo no me ahogo aquí como un ratón por esa...! Voy á dar una patada á la puerta y hacer saltar la cerradura.»—Esta idea le confortó un instante y dió tiempo á que penetrase en su mente otro

proyecto menos violento, el de llamar la atención de la generala sin ser notado de la doncella. Si este proyecto fracasaba, acudiría inmediatamente al recurso extremo. Extendió una mano hacia atrás y rascó la puerta con la uña, produciendo un rumor semejante al de los ratones...

El fino y atanto oído de la dama se dió por enterado.

—Carmen, vaya usted al comedor, y tráigame un vaso de agua... ¡Siento un picor en la garganta!... ¡Jesús, qué tos tan rara!

Y la dama tosió hasta querer reventar.

Cuando Carmen hubo desaparecido, dirigióse precipitadamente al armario, y abrió. Miguel salió á rastras del fondo con el semblante pálido, descompuesto, completamente demudado.

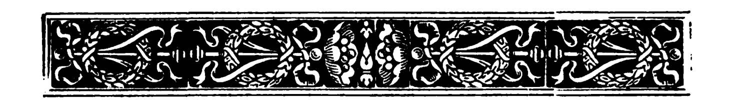
—¿Qué te pasa?—preguntó con sobresalto Lucía.

—¡Que me ahogo!

—¡Corre á la alcoba... métete debajo de la cama!

El joven se apresuró á cumplir la orden, y al instante apareció de nuevo la doncella.

La generala se bebió el vaso de agua sin gana.



XVIII

Eh, eh, Miguelito! ¿adónde tan decidido?

—Al Retiro.

—Para los pies, chavó, y entra á tomar una cañita conmigo y estos señores.

Miguel se detuvo y sonrió al ver á su primo Enrique sentado á una mesa del café Imperial al lado de la ventana y rodeado de varios toreros. Como no tenía prisa, aceptó el convite y se acercó á ellos saludándoles con un:

—Á la paz de Dios, caballeros.

—Buenas tardes, amigo—le contestaron.

Y se sentó en el hueco que galantemente le dejaron y se bebió de un trago la caña que Enrique le puso delante.

—Te presento á mi amigo José Calzada, célebre matador de toros que ya conocerás con el nombre de el *Cigarrero*, aunque hace muchos años que no mata en la plaza de Madrid... Su hermano Baldomero, el *Serranito*, banderillero de fama... Sebastián Campos...

Enrique se detuvo vacilante antes de pronunciar el alias.

—Diga ozté *Merluza*, D. Enriquito: Merluza zoy, Merluza he zío y Merluza me he de morí el día menos penzao.

—Pues bien, mi amigo Merluza, el banderillero más barbián de la plaza de Málaga... Mis amigos D. Pablo López y D. Luis María Pastor, aficionados al arte.

Todos saludaron á nuestro joven, muy circunspectos, sobre todo los toreros, que son los que mejor conservan, en el trato, la gravedad serena y afable peculiar del pueblo español, tan distante del orgullo británico como de la extremada urbanidad de los franceses.

El Cigarrero era un hombre ya entrado en días, con el cabello casi blanco, pequeño, fornido, soportando sus años con mucha gallardía. Miguel había oído varias veces citar su nombre entre los astros del toreo; pero como gloria pasada; tanto, que lo juzgaba retirado hacía tiempo. El hermano era un muchacho de veinticinco ó ventiséis años, buen mozo, de rostro hermoso aunque algo afeminado. Merluza un jayán monstruosamente feo. Los dos aficionados, jovencitos barbilampiños, escuálidos, y vestidos á la última moda.

La conversación no se interrumpió por la llegada de nuestro joven, quien se puso á escuchar con poca curiosidad. Se hablaba de toros; no hay para qué decirlo. Se discutía la mayor ó menor severidad é inteligencia de las plazas de Madrid y de Sevilla. Uno de los jovencitos sostenía que en Madrid se juzgaba con más severidad y competencia.

—Pues zarvo su parecé, D. Luizito—decía Merluza,—y zarvo el de too los presente, á mí me paece, vamo... que en Zeviya hay afición... y ez lo que digo yo, onde hay afición lo hay too.

—Sebastián, yo no te niego que haya afición en Sevilla, pero no es para comparar con la que hay en Madrid. Además, aquí se estudia el toreo por principios, lo que no se estudia allí... Aquí el pueblo es más ilustrado...

—Ya zé, ya zé, D. Luizito. No me diga ozté na. Onde no hay prencipios no pué haber na... ¡Pero mire ozté que en Zeviya hay mucha afición!... ¡¡Mucha afición!!

—En Madrid hay que tener mucho de aquí, querido (apuntando á un ojo). Si te descuidas un poco, ya tienes la bronca encima... y algo más en ocasiones.

—¡Caye ozté, zeñorito, zi en Zeviya po una mijita le tiran á uno la Biblia!

Enrique aprovechó el calor de la disputa para comunicar á su primo por lo bajo algunos datos importantes acerca de la vida del Cigarrero.

—Ahí donde lo ves, Miguel, hace veinte años era el torero que se tiraba más por derecho en España. En Sevilla ha recibido muchas veces.

—¿Á quién?

—¡Al toro, hombre!

—¡Ah!

—Pero, claro, con los años se ha ido haciendo un poco tumbón... ¡Pero como inteligente!... lo que es como inteligente, ni Cayetano ni San Cayetano le ponen el pie delante.

Terminada la disputa, comenzó á hablarse de los toreros en boga. Los pollastres aficionados, y Enrique también, creyeron halagar al Cigarrero rebajando el mérito de ellos. Asombróle á Miguel el ahinco y la sinceridad con que aquél comenzó noblemente á defenderlos, aunque sin levantar la voz y sin perder un punto de la gravedad que le caracterizaba.

—Mie usté, D. Luisito, er que más y er que menos, tiene sus quebrantos, y ar mehó escribano se le cae un borrón. Si Caytano se huye, é que está mu castigao. El probesico ya se va pa Viyavieha como yo... Pero diga usté que sí, D. Luisito... cuando le sale un toro de verdá, ¡Caytano tá superió!

—Vamos, con Cayetano todavía transijo—dijo Enrique.—Aunque desconfiado, le he visto muchas veces torear con arte y en corto y meterse como Dios manda... Al que no puedo resistir es al Gordo. ¡En la vida le he visto medio aplomado, ni pinchar más que á paso de banderillas!

—Tampoco creo eso que usté dise. Ar Gordo le pasa lo que á toos nosotros. Si er toro acude bien, tá güeno; si no tiene gana, tá malo. Y aluego ¿qué se pué esí de la muleta? Con eya en la mano, hay muy pocos que tengan tan güena sombra... Lo que tiene er Gordo é que sabe demasiao er terreno que pisa... y cuando se sabe mucho... vamo... ya me entiende usté, D. Enriquito.

—Ozté perdone, zeñó José—dijo á esta sazón Merluza.—Me paece á mí que aquí D. Enriquito habla bien... Er Gordo poniendo banderiyas, ¡la corona de María Zantízima! pero matando, ¡la perra zin vergüenza de zu mare!

El Cigarrero se puso muy serio y repuso enojado:

—Á ti no te toca esí na de eso, Sebastián. Toos estos señores pueen hablá lo que gusten, pero tú, hijo, no puée... ¿Tamo?

Merluza, acortado, rectificó como pudo sus brutales palabras.

Era la primera vez que Miguel oía decir bien en un corro de las personas del mismo arte ó profesión que los presentes. Y no poco quedó admirado de que fuesen los toreros, gente por lo regular inculta y plebeya,

quienes dieran ejemplo de nobleza y compañerismo á los que cultivan otras artes más elevadas.

Tampoco admitió el Cigarrero las lisonjas que le prodigaron, lo mismo Enrique que sus amiguitos. Sin echarse por tierra con fingida modestia, supo colocarse en su verdadero sitio, esto es, por debajo de los espadas que entonces llevaban la atención del público, sin traer á cuento sus glorias pasadas ó los tiempos en que gozaba de más renombre.

—Ya soy vieho. Ya no pueo competí con los muchachos... Pero mase farta la guita, porque mi casa siempre se ha paesío un hospisio... y hago lo que pueo... y á vese un poquiyo meno de lo que pueo... Si Caytano aprieta en su toro, yo aprieto en er mío; si afloha, yo afloho.... Si me sale un torito vivito y voluntario, le toreo por lo arto y le doy lo que pide er animá. Si me sale blando y sin vergüensa le doy un goyetaso ¡y á viví!... A mí me podrá haser peaso un toro, ¡pero en la vía un roío buey!

Pasó un rato agradable Miguel, oyéndoles disertar en estilo pintoresco sobre tauromaquia, que para ellos era el compendio de todas las ciencias y el fin supremo de la vida humana. Al cabo se despidió afectuosamente, no sin haber sido antes convidado á una novillada de aficionados que Enrique y sus amigos estaban organizando á beneficio de unos náufragos que se habían perdido en el Adriático. Esta novillada había de efectuarse el próximo domingo en la plaza de los Campos Elíseos. Sería presidida por la señora del Ministro de Marina, dirigida por el Cigarrero. Nadie podría asistir á ella sin entregar un duro á la puerta, salvo los amigos invitados por los lidiadores.

Dos ó tres días antes del señalado, pasó Miguel por casa de su tío Bernardo. Al entrar en el cuarto de En-

rique, oyó gran ruido, como si trasteasen con los muebles. Quedó altamente sorprendido al ver á su primo con sendas banderillas en las manos delante de una silla, levantándose sobre la punta de los pies en actitud de clavárselas. Aunque algo avergonzado á causa de la risa que á Miguel le acometió, no tardó en reponerse y manifestarle cómo se estaba ensayando en los cambios, salidas y cuarteos, pues era uno de los banderilleros que el domingo debían trabajar en los Campos.

—Pero esa silla me parece que se debe aplomar algo en la suerte de palos—dijo Miguel.

—Chico, no tengo otra cosa. Quise ensayar con el perrito de mi hermana, y mira lo que me ha hecho...

Y levantando un poco los pantalones, le enseñó las huellas de los dientes del animalito en la carne.

Estaba muy animado, pero confesaba que tenía los nervios excitados y que dormía mal por la noche. ¡Eso de presentarse delante de un público tan lucido! Pero de todos modos, él conocía muy bien la teoría de las banderillas. No le faltaba más que un poco de práctica.

—Mira; para ponerlas al cuarteo, se coloca uno así... con los pies juntitos... Se cita al animal... Hay que esperar que arranque, ¿entiendes? y marchar decidido á cortarle el terreno... Si el toro no baja la cabeza para tirar el derrote... nada... ¡Hay que andarse en esto con mucho ojo!

—¿Y tienes esperanza de ponerlas bien el domingo?

—Si el torete me sale bravo y arrancando bien, pienso estar hasta guapo...

—No te lo aconsejo, te van á desconocer.

—Si sale blando ó huído, tiraré á cumplir nada más... á salir del paso. Todo depende de la suerte, como tú comprenderás. Eso le pasa á Cayetano, al Cigarrero y á todo el mundo.

Llegada la tarde del domingo, se fué Miguel á los Campos y entró en la plaza, que ya estaba más que mediada de gente, casi toda de categoría. Los lidiadores pertenecían en su mayor parte á la aristocracía. Había en los palcos una muchedumbre de niñas bonitas, ostentando la blanca mantilla de encaje y la peineta. Los tendidos de madera estaban poblados de caballeros elegantemente vestidos. Miguel fué á colocarse entre barreras al lado de el Cigarrero que dirigía la lidia, sin tomar parte en ella,

Dada la señal por la presidenta, que era una señora guapetona, muy rumbosa y muy dadivosa, aparecieron en el redondel las tres cuadrillas al son de una marcha española tocada por la banda de un batallón. Cada cuadrilla se componía del espada, tres banderilleros y los correspondientes monos sabios. Estaban suprimidas las picas. Los alguaciles, que eran dos marqueses, marchaban delante montando briosos caballos y haciendo piernas con ellos. Gran tempestad de aplausos al verlos aparecer. Los muchachos se presentaban vestidos de chulos con ricas capas sobre los hombros, imitando perfectamente en el modo de andar el aire y el contoneo peculiar de los toreros. Saludaron á la presidenta y arrojaron con garbo las capas de gala á los amigos, cambiándolas por las de brega. De todos los tendidos se oían voces saludando á los lidiadores. Éstos cambiaban gritos y saludos con los espectadores, y sostenían conversación con ellos en alta voz.

Hasta aquí todo marchaba perfectamente. El marquesito alguacil recogió la llave que la presidenta le arrojó, y fué haciendo corvetas á entregársela al encargado de abrir el toril, cargo que, por cierto, se habían disputado un vizconde y el hijo del presidente del Tribunal Supremo. Sonó el clarín y saltó al redondel un torete

negro, con bragas, de bonita lámina. El primer sentimiento que los lidiadores experimentaron al echarle la vista encima, fué de traición ó engaño manifiesto. Todos ellos le habían visto varias veces, primero en el encierro y después en el corral; pero nunca les pareció ni la mitad de grande que entonces. Así que, sospechando que pérfidamente se lo habían trocado en el chiquero, cambiaron repentinamente el color fresco y sonrosado de sus mejillas por un blanco mate nada vistoso. Y por un movimiento simultáneo, que probaba la unidad de sus convicciones, se pegaron todos á la barrera y colocaron el pie en el estribo, preparados á cualquier evento. El novillo se disparó contra uno de ellos. Todos, como un solo hombre, saltaron la barrera. El novillo, viendo el campo libre, se paseó por él á su talante, en medio de la gritería y algazara de la gente. Un buen rato se estuvieron los lidiadores entre barreras, celebrando consulta. Al fin, estimulados por los amigos de los tendidos, que no cesaban de perseguirles con gritos y pullas, y por el poquillo de vergüenza que todavía les quedaba después de la salida del toro, se decidieron á entrar de nuevo en el redondel. Pero fué con toda calma, montando sobre la barrera como si estuviesen impedidos de las piernas, y bajándose después poquito á poco. Parecía que iban á entrar en un baño de agua fría. Uno de ellos tuvo la audacia de separarse como cinco ó seis pasos del tablero, y llamar la atención del novillo con el capote. Una mirada severa del toro bastó para hacerle brincar la barrera sin poner el pie en el estribo.

La corrida fué rica en incidentes. Caídas, choques, atropellos, saltos mayores que el de Alvarado, de todo hubo, hasta cogidas, lo cual, en verdad que parecía imposible. Apenas tiraban el trapo, se echaban á correr

llenos de pánico, dándose con los talones en las nalgas, y precipitándose de cabeza por encima de las tablas, sin que el toro se hubiese movido de su sitio. Los banderilleros clavaban los palos en el aire muchas veces; otras en alguna región ignorada del animal. Los espadas igualmente pinchaban donde podían, sin aproximarse jamás, ni por casualidad, al sitio verdadero. En vano saltó el Cigarrero más de veinte veces al redondel á poner orden; en vano les arreglaba los novillos y se los cuadraba, de suerte que no había más que dejarse caer. De todos modos la confusión, el ruido y las atrocidades de todo género no cesaron en toda la tarde.

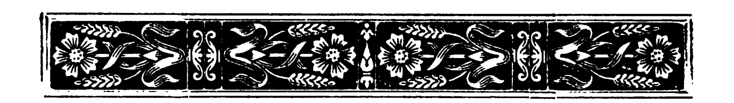
Enrique, que vestía una chaquetilla elegantísima de terciopelo color granate, en los comienzos de la lidia dió, como sus compañeros, ejemplo de prudencia y circunspección. Rodeó, sí, infinitas veces la plaza, pero fué, casi siempre, por detrás de la barrera. Cuando lo hizo por delante, era tan cerquita de ella, que á cierta distancia parecía por detrás. Llegado el momento crítico de poner las banderillas, que fué en el segundo novillo, las cogió, y aunque muy pálido, marchó resueltamente hacia él. Se puso con los palos en cruz, y alzándose sobre la punta de los pies, comenzó á mugir terriblemente para llamar la atención del animal. Y en efecto, así que éste le vió en aquella actitud fanfarrona vino rápidamente á embestirle. Mas, con gran asombro y vergüenza de sus amigos, en vez de clavarle las banderillas las soltó de las manos, y la emprendió á todo correr hacia la barrera. No pudo saltarla. Antes que lo hiciese, el toro le había cogido por la parte posterior, y le había tirado al alto. Todos acudieron y sofocaron al becerro con los capotes. Pero Enrique, levantándose furioso contra él, é indignado contra sí mismo por

aquella vergonzosa huída, comenzó á gritar como un energúmeno:—¡Dejádmelo, dejádmelo!—Y arrancando unas banderillas al primero que encontró, se fué ciego, frenético hacia el toro, y se las clavó en el pescuezo, sufriendo por ello una nueva cogida. Afortunadamente, ninguna de las dos tuvo serias consecuencias. Los pantalones rotos y algunas contusiones. Los espectadores, desternillados de risa, le aplaudían con calor y hasta le tiraron cigarros.

Quedó muy ufano de este triunfo; tanto que, acercándose al sitio donde estaban Miguel y el Cigarrero, le preguntó á éste:

—¿Eh? ¿Qué le ha parecido á usted, maestro?

–No ha tao mal—respondió el torero sonriendo.



XIX

Miguel no había dejado de ser nunca uno de los socios más asiduos del Ateneo. Aunque no tomaba parte en las discusiones sobre los pueblos semíticos, se había hecho notar bastante en los círculos privados que se formaban por las noches en el vasto corredor del establecimiento. Se le tenia por un amable y despejado compañero. Trabó amistad con otros jóvenes moluscos de los que más bullían, y éstos no tardaron en comunicarle la fiebre de cargos honoríficos que á ellos les devoraba. La ambición ardía en los pechos de los exploradores de la raza semítica. Apetecíanse y buscábanse con noble emulación los cargos de secretarios de las secciones. ¡Era tan brillante el levantarse en el comienzo de las sesiones á leer el acta de la anterior! Las intrigas tenebrosas menudeaban; las traiciones eran cosa corriente. Había dos bandos principales: el de los viejos y el de los jóvenes. Los primeros eran más en número, y vencían siempre que no se les cogía descuidados; los se-

gundos, más activos, tramaban asechanzas para derrotar á los candidatos contrarios, unas veces presentando á los suyos, en unión de alguna persona ilustre y respetable, otras veces aprovechando las noches de más frío en que los viejos no se atrevían á salir de casa, otras dividiendo con astucia á los enemigos. Todos los medios eran lícitos.

Tanto como á Miguel le aburrían los discursos hueros y ampulosos que se pronunciaban en el salón de sesiones, tanto le agradaban á su antiguo amigo y condiscípulo Mendoza y Pimentel. Muy rara vez se le veía en la biblioteca con un libro abierto. En cambio, por milagro perdía una sesión lo mismo de la sección de ciencias exactas, que de la de morales y políticas ó literatura. Admiraba profundamente á casi todos los oradores, cuanto más campanudos mejor, y se enfadaba con Miguel cuando éste hacía burla de ellos. Poco á poco se había ido modificando la opinión que de él tenía formada desde la infancia. Después de haber oído á los oráculos del Ateneo, comprendía que Miguel era un chico listo, «pero bastante ligero». Ya no le pedía dinero, porque había ascendido á diez y seis mil reales de sueldo, los cuales empleaba casi todos en vestirse y una mínima parte en comer; pero su amistad continuaba inalterable. Se hizo presentar por Riverita en algunas tertulias políticas donde nuestro joven tenía acceso, entre ellas la del general conde de Ríos, uno de los jefes á la sazón del partido liberal. Ésta fué la que más le plugo y donde echó raíces. El general era hombre de genio vivo y enérgico, hablador sempiterno, narrador de cuentos verdes, con mucha afición á la política y poca ó ninguna al arte militar. Al principio no le cayó en gracia Mendoza. Su carácter grave y silencioso le causaba tedio: —¿Sabe usted, Riverita, que ese amigo de usted

es lo mismo que un roble?—le dijo pocos días después de habérselo presentado. Cómo se arregló Mendoza para llegar á ser al cabo de algunos meses uno de los íntimos de la casa y acompañantes preferidos por el general, fué cosa que nadie supo. Y sin embargo, era muy sencillo de explicar. Mendoza sufrió una temporada la frialdad del conde y el desdén de la condesa con gran filosofía, y siguió asistiendo constantemente á la tertulia. No tomaba parte muchas veces en la conversación, porque tenía la desgracia de que no se le ocurría jamás una frase oportuna ó chistosa. Cuando lo hacía, era únicamente para manifestar su aprobación absoluta é incondicional á las palabras del conde, ó para interrumpir con un ¡oh! ó con un ¡ah! que expresaban su admiración y simpatía.

Un día el general descubrió con sorpresa, al hablar del sistema colonial inglés, que Mendoza pensaba exactamente igual que él sobre esta cuestión. Verdad que el mismo general había emitido su opinión, hacía algunos días delante de aquél; pero ya no se acordaba. —Este chico—se dijo—es más de lo que parece. Otro día descubrió la condesa, que jugaba peor que ella al tresillo, y que era un compañero á quien de vez en cuando se le podía dar *codillo*. Desde entonces le miró con simpatía y le invitaba con frecuencia á hacer *el cuarto*. Si alguna vez se le ocurría ganar, la condesa le hacía pagar cara la victoria, dirigiéndole una granizada de bromas que cualquier tomaría por insolencias. Pero Mendoza sonreía tan candorosamente y daba pruebas tan patentes de que sólo la suerte había ocasionado la derrota de la dama, que ésta concluía por reirse también. En poco tiempo conquistó la simpatía y hasta el afecto de los esposos. Habiéndose ofrecido al general para ayudarle á escribir cartas en ocasión en que éste

se hallaba muy apurado, cumplió con tal exactitud, que á pesar de que las epístolas eran un poco pedestres y enrevesadas, aquél aprovechó sus servicios algunas otras veces, y hasta recabó del jefe de la oficina que le dejase libre algunas horas á fin de no molestarle tanto. Con esto casi puede decirse que fué desde entonces el secretario particular del conde, y como tal era considerado por las personas que frecuentaban la casa. No tardó en hacerse indispensable á la familia. Por las mañanas, antes de ir á la oficina, daba una vuelta por la casa. El general le encargaba algunos recados ó visitas que no podía hacer personalmente ni confiar á ningún criado. La condesa, menos escrupulosa que su marido, le hacía muchas veces desempeñar oficios humildes, como comprar juguetes para los niños, pagar algunas cuentas al joyero, etc. Por las tardes solía acompañar al conde á paseo, casi siempre á pie, pues no era aquél amigo de usar el coche.

Al paso que Mendoza intimaba con este personaje y se hacía de sus familiares, Miguel seguía siendo nada más que uno de tantos como visitaban la casa. Y aun podía asegurarse que en los últimos tiempos, sus relaciones con la generala Bembo habían traído cierto enfriamiento en todas las demás. Lucía le reclamaba casi todo su tiempo. Por otra parte, le desplacían cada vez más las tertulias políticas, donde los asistentes ven y examinan todas las cuestiones por el prisma, no del entendimiento del dueño de la casa siquiera, sino de la pasión que le agita en cada momento y repiten siempre como un eco las palabras del jefe. Aunque algunas veces despertaba la risa y la alegría en la reunión con sus frases picantes y observaciones oportunas, había con respecto á él cierta prevención desfavorable, hija, á no dudarlo, del temor. Todos le sonreían, pero cuan-

do estaba presente no reinaba la misma confianza que cuando ausente. Nada hay que moleste tanto á los hombres vulgares como el ingenio, y en la tertulia del general formaban aquéllos mayoría. Miguel notaba vagamente esta hostilidad. Comprendía que no estaba en su centro, y por eso iba pocas veces.

Grande fué su sorpresa cuando una noche al entrar en el salón de sesiones del Ateneo, vió á su amigo Brutandór en el uso de la palabra. Peroraba Mendoza desde uno de los bancos de la izquierda, donde acostumbraban á sentarse los jóvenes demócratas, y lo hacía con tanto desembarazo, con tan briosa entonación como si en toda la vida hubiera hecho otra cosa.

—¡Ave María!—dijo Miguel para sí—este Brutandór no conoce la vergüenza. —Y se sentó en una silla para escucharle. Pero como esperaba tan poco de él, quedó agradablemente sorprendido al ver que iba saliendo del paso. Se discutía la cuestión social. Mendoza repitió todos los lugares comunes que se encuentran en los manuales de Economía política, manoteando muchísimo, dando cortos paseos por delante de la silla y pronunciando las palabras con un cierto recalcamiento sonoro, de suerte que no se perdía una sílaba. Las condiciones externas, la voz, la figura, le favorecían en extremo. En su discurso citó infinitas veces los nombres de Cobden y la Liga de Mánchester, sobre los cuales se detenía con particular cariño, tanto que Miguel en una temporada no le llamó más que «el coaligado de Mánchester». Algunos de los socios salieron del salón antes de concluir. La mayoría, no obstante, se quedó escuchándole con atención. Al terminar le dieron algunos aplausos de cortesía. Miguel, que estaba pasando un mal rato por el temor de que se pusiera en ridículo, respiró.

—Querido Mánchester, has estado bastante bien— le dijo abrazándole. Y lo creía de buena fe. No podía negarse que Mendoza había progresado mucho. Pero en el curso de las discusiones menudeó de tal modo los discursos, que á Miguel llegó á hacérsele insoportable tanta vulgaridad y tan campanudamente dicha, y dejó de entrar á escucharle.

A fuerza de mucho hablar, Mendoza logró hacerlo con cierta facilidad, y adquirió pronto el aplomo y los modales de los oradores más célebres, á los cuales imitaba (en la parte externa, por de contado) escrupulosamente. Subía y bajaba la voz y la ahuecaba como un consumado artista; llevaba las manos trémulas al pecho; las agitaba en el aire y doblaba el espinazo, aunque estuviese diciendo cualquier cosa natural y corriente, sólo porque Castelar y Moreno Nieto lo hacían en los pasajes patéticos. Terminaba muchas veces los períodos con las palabras «tribunal de la historia», «las leyes indeclinables del progreso» ó la «emancipación de los pueblos», abriendo mucho la *e* de pueblos, como era moda entonces. Aunque algunos inteligentes sonreían escuchándole, no dejó de ser considerado, al cabo, como joven instruído y «de esperanzas».

Una tarde, Brutandór llamó aparte á Miguel, y llevándole á uno de los rincones del Ateneo, le propuso fundar entre los dos un periódico. Para ello contaba con una persona que facilitaba el dinero y con la protección del general conde de Ríos, que sería su inspirador. Halagóle la idea á nuestro joven viendo en ello un modo de despertar su actividad dormida y desahogar la mente de porción de ideas que allá le bullían acerca de los sucesos políticos y de los personajes que en ellos intervenían. Aceptó, pues, con júbilo. Mendoza quedó encargado de dar los pasos necesarios para sacar la au-

torización, alquilar cuarto, buscar imprenta, etc. En pocos días quedaron zanjados estos asuntos, y fué resuelto que un jueves, 1.° de Abril, aparecería el primer número de *La Independencia*, «diario liberal de la mañana».





XX

Después de la aventura del armario, Miguel quiso persuadir á la generala á que comprase el silencio de la doncella, á fin de no pasar en adelante un susto parecido. Lucía se opuso resueltamente á ello. No podía ni quería fiar la llave de su honor á un criado. Hablaba á menudo de traiciones, anónimos dirigidos al general, cartas interceptadas y otros cuentos terroríficos que no dejaban de preocupar á Miguel por algunos momentos. Pero al mismo tiempo se asombraba de que siendo tan públicos los devaneos de la dama, hubieran pasado inadvertidos para su marido. Lo que había de positivo en todo esto, y así lo entendió pronto, era que la naturaleza de Lucía necesitaba del aliciente del secreto y del temor. El ansia, la zozobra, los terrores súbitos, las esperas prolongadas, los momentos supremos de angustia, los esfuerzos de ingenio para buscar recursos, los rasgos de osadía, el drama, en fin, del amor perseguido con todo su aparato de misterio y disimulo, le placía sobre-

manera. Lo que no fuese temblar, colocar señales en los balcones, esconder á su amante y estar siempre á dos dedos de ser descubierta, lo hallaba monótono y fastidioso. ¡Cuántas veces, estando en su gabinete á las altas horas de la noche, se estremecía al escuchar el rumor de un carruaje! Levantaba vivamente la cabeza, apretaba con las manos crispadas el brazo de su amante y escuchaba ansiosamente. ¿No podía venir en él su marido y sorprenderlos? ¡Qué miedo! ¡Qué angustia! Sólo cuando el coche seguía de largo por delante de la casa haciendo vibrar los cristales, se calmaba su congoja y volvía á la vida.

Una nueva aventura muy desagradable, semejante á la del armario, vino á concluir con la paciencia de Miguel y á darle ánimos para exigir seriamente de la generala que pusiera á su doncella al corriente de lo que pasaba.

Desde la aventura del armario, Miguel, siempre que la doncella venía, se ocultaba en la alcoba debajo de la cama. Una noche, como de costumbre, Lucía le mandó que se fuese al escondite para arreglar con Carmen las cuentas del día. Le parecía esto un excelente medio para disimular y evitar sospechas. Tiró en seguida de la campanilla, y habiendo acudido al instante Carmen, se puso con todo sosiego á tomarle la cuenta. Era la hora de las confidencias domésticas. La doncella, al paso que explicaba el empleo del dinero, se entretenía á narrar los incidentes insignificantes del día, las nonadas de la casa. Hablaba largamente de las gracias de Chuchú, de sus oportunas contestaciones, comprendiendo que era el flaco de la señora. Se quejaba de algunas groserías del jefe. Contaba con risita burlona que miss Ana había comprado una nueva caja de polvos de arroz.—¡Bah! ¿para qué querrá esa buena mujer los

polvos de arroz? ¡De todos modos ha de salir á la calle más fea que Picio!—Pasaba revista á la servidumbre y formulaba juicios y acusaciones. María no se llevaba bien con el lacayo. El cochero daba muy mala vida á su mujer; el miércoles la había pegado con la fusta hasta que se cansó.—¡Qué hombres tan perversos hay! ¿verdad, señorita? Para dar con uno así, más vale quedar soltera toda la vida.

La generala procuraba cortar secamente los asuntos y abreviar. Carmen acudió á la lisonja esta noche para prolongar la conversación.—¡Qué hermosa estaba la señora con el vestido azul que se había puesto ayer tarde! La doncella de los Ramírez había oído al señorito decírselo á su hermana. Todos los colores le venían bien á la señora: ¡pero particularmente el azul!... ¡Ah, el azul le sentaba como á nadie!

Lucía se enterneció un instante: preguntó con interés por los Ramírez. —¿Es verdad que el señorito se marchaba á París uno de estos días? Un chico feo, pero simpático. Cierto día le había oído contar un sucedido con mucha gracia. Después habló de un vestido que proyectaba hacerse, en color claro con adornos de terciopelo carmesí; una idea que se le había ocurrido á ella sin consultar á la modista. Estaba segura de que había de gustar mucho. Pero súbitamente volvió en sí y dijo con palabra rápida y seca:

—Vamos, adelante... el pañuelo de la niña cuatro, ¿no es eso?

—Sí, señorita.

—Son catorce... ¿Ha comprado usted el jabón?

—Nada más que una pastilla... no me acordaba si la señora me había mandado comprar dos ó una...

—Le había mandado comprar dos; pero no importa... ¿Dónde la ha puesto usted?

—En la alcoba, sobre la mesa de noche.

Al pronunciar estas palabras entró en la alcoba para buscar la pastilla. Cuando llegó cerca de la mesa dió un grito de terror.

Miguel quedó yerto en el fondo de su escondite. La generala, con voz demudada, preguntó desde fuera:

—¿Qué es eso, Carmen?

—¡Señorita... un sombrero de hombre sobre su cama!

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales el corazón de Miguel daba saltos terribles. La generala se repuso muy pronto.

—¿Y por eso se asusta usted, tonta?... Revolviendo mi armario, he tropezado con ese sombrero del señor, que no sé cómo vino á dar á él... Me estorbaba y lo he sacado... Si usted lo quiere y puede sacar algo de él, lléveselo... No sirve para nada.

—Muchísimas gracias, señorita —dijo la doncella, saliendo con el sombrero en la mano.—Tengo un hermano á quien le servirá tal vez...

No se habló más del asunto. La generala siguió tomando la cuenta con calma, el semblante pálido, la voz un poquito alterada.

Miguel se vió necesitado á salir aquella noche sin sombrero. Esperó un rato en el portal vecino y se metió en el primer coche de alquiler que acertó á cruzar.

Al fin la generala cedió á los deseos, vehementemente expresados por su amante, y se confió á la doncella. Desde entonces sus entrevistas fueron fáciles y tranquilas. Carmen les evitaba con arte toda molestia, les suministraba completa seguridad y sosiego. Con este nuevo orden de cosas se acomodaba muy bien nuestro héroe. Parecía que le habían quitado un gran peso de los hombros. En realidad compraba antes demasia-

do caros los placeres que su amiga le proporcionaba.

Pero la generala no se avenía tan bien con el sesgo tranquilo y prosaico que tomaban sus amores. La seguridad, la exactitud de cronómetro de las citas, el amable sosiego que en ellas disfrutaba, la descorazonaron, comenzaron á aburrirla: en sus adentros le pesaba de que Carmen se hubiese prestado tan gustosa á servirles. Toda la vida había tenido el flaco de las aventuras. Á última hora esta afición se había exacerbado de un modo notable. Experimentaba un apetito voraz de lo extraordinario, como si se le escapase la juventud y no quisiera terminarla sin un buen golpe. Así que no pudiendo satisfacerlo con soñadas escenas trágicas, porque Miguel se reía de sus temores, dióse á ejercitar su recalentada imaginación en otra clase de caprichos raros. Nada podía llevarse á cabo en sus relaciones de un modo normal. Era forzoso adobarlo todo con alguna especia de misterio. En los teatros, para comunicarle cualquier noticia, pudiendo hablarle sin obstáculo alguno, prefería emplear un sinnúmero de signos masónicos ó señales misteriosas hechas con el abanico, los guantes, los gemelos ó cualquier otro utensilio, de lo cual resultaba en ocasiones no poca confusión y perplejidad para Miguel. Las cartas que le escribía iban siempre firmadas con nombre de varón, *Alfredo*, como si fuesen de un amigo á otro. Mas no por eso dejaban de venir salpicadas con toda clase de frases apasionadas: «Te adora con todo su corazón... *Alfredo*». «Querido de mi alma, los minutos lejos de ti se convierten en siglos...» «Ayer contemplando la luna desde el balcón de mi cuarto me asaltó el recuerdo del paseo nocturno que hemos dado hace algunos días y sentí resbalar las lágrimas por mi rostro...» «Te manda un tierno abrazo apasionado tu *Alfredo*». Si las tales

cartas se extraviasen darían mucho que pensar y reir al curioso que con ellas topara.

Y en verdad que Lucía no las escaseaba. Nada le placía tanto como disolver el ardor de su corazón marchito en renglones interminables. Había leído muchas novelas y copiaba descaradamente los conceptos amatorios de más bulto. Particularmente Jorge Sand, su novelista predilecto, le suministraba un cargamento de pensamientos, unas veces delicados, otras extravagantes, con que sazonar sus inconmensurables epístolas. Su puntillo consistía en escribirlas muy espirituales, plagadas de signos de admiración y puntos suspensivos. No pocas veces, después de pasar con Miguel unas cuantas horas, le enviaba por la doncella cinco ó seis pliegos de letra menuda.

La fantasía de la generala era todavía más fecunda en la invención de nuevos y peregrinos placeres. Cierta noche del mes de Marzo, en que por rareza cayó una fuerte nevada sobre Madrid, mirando descender lentamente los copos por la atmósfera, le vino en apetito el hacer una excursión al Retiro con Miguel.—¡Qué hermoso debe de estar á estas horas! Veremos la nieve cuajarse en las calles de arena y formar alfombra. ¡Qué placer hundir los pies en ella!... ¡Y los árboles! ¿Cómo estarán los árboles?... Á mí me encanta la nieve... ¿Te atreves á ir?... ¿Á que no?

Claro que Miguel no se atrevía y que deploraba en el alma aquel raro capricho; pero se avergonzaba de confesarlo. Opuso resistencia, aunque débil. Manifestó algunas dudas acerca de si les consentirían la entrada. Habló vagamente de pulmonías, fiebres catarrales, etc. La generala no le escuchaba: le parecía su proyecto tan original, que por nada dejaría de ponerlo en obra. Era de lo más romancesco que nunca se le hubiera ocurri-

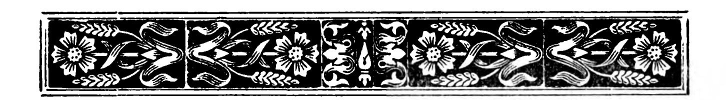
do. Miguel aceptó al fin, aunque de mala gana. No obstante, cuando salieron á la calle y vió que el cielo se iba despejando y que la luna asomaba ya su disco plateado por los bordes de una nube, no pudo menos de proferir una exclamación de entusiasmo.

El Retiro estaba espléndido, arrebujado en su jaique blanco. La amartelada pareja lo recorrió con extremado gozo, deteniéndose á menudo para comunicarse sus impresiones. Aquel paisaje, un poco teatral, debía enajenar de placer á la generala. Caminaba en perpetuo éxtasis, dejando escapar exclamaciones de asombro, hablando de las dulzuras de la muerte, del mundo invisible y de las regiones donde el amor es perdurable. Nunca se creyó tan superior, tan por encima del nivel común de la humanidad como entonces. Compadecía sinceramente á los seres vulgares que en aquellas horas estaban tranquilamente durmiendo y no gozaban como ellos del mágico efecto de la luna sobre la nieve. Miguel no los compadecía tanto, sobre todo desde que había estornudado cuatro ó cinco veces seguidas.

Al ver un rinconcito en que la nieve había cuajado en más abundancia, circundado de alto seto de rosal donde los árboles dejaban pasar por entre sus brazos, delgados hilos de luz, la generala se detuvo sorprendida y cautiva. Un pensamiento extravagante cruzó por su cabeza y una sonrisa entreabrió sus labios. Tomó la mano de Miguel y lo condujo suavemente hasta el centro de aquel fantástico recinto, y se dejó bañar un instante por el rayo de la luna. Mil pensamientos poéticos cruzaron entonces por la imaginación de la dama. ¡Qué desprecio y qué asco le inspiraba en aquel momento el mundo frívolo que se veía obligada á habitar! Desde aquel blanco nido inmaculado se debía ascender á las puras regiones de lo ideal, al país de los ensueños, á

vivir y comerciar con los seres privilegiados, donde la pasión impera sin absurdas trabas sociales. Sentíase trasfigurada en semi-diosa, sublimada por la pálida luz que la inundaba y el blanco tapiz que se extendía á sus pies, divinizada por el enjambre de altas y hermosas ideas que revoloteaban por su cabeza. La acometió un rapto de apasionada locura, y se colgó súbitamente al cuello de su amante, cubriéndole de besos. Después, como un pájaro herido de amor, se dejó caer sobre la nieve y obligó á Miguel á sentarse á su lado. Y comenzó á recitar con voz enternecida el poema que más le había subyugado nunca, *Le Lac*, de Lamartine. Las manos enlazadas, juntas las sienes, la mirada húmeda y anhelante, fija en el disco de la luna, dejáronse arrastrar ambos dulcemente al mundo de las quimeras deliciosas y se repitieron con acento arrobador lo que mil veces se habían dicho ya. El blanco manto de armiño conservó su huella hasta que el sol vino á borrarla.





XXI

Julita soltó una estrepitosa carcajada, cuyos ecos llegaron hasta el gabinete de Miguel. «¿De qué se reirá aquella loca?» se preguntó éste sonriendo también frente al espejo mientras se aderezaba para salir.

—¡Miguel! ¡Miguel!—gritó su hermana desde el pasillo.—Ven aquí, por Dios; ¡mira, por tu vida!

Acudió solícito, y al asomar la cara por el corredor, vió á su primo Enrique en traje de chulo: chaquetilla corta, faja de seda, camisola bordada sujeta al cuello por botones de oro, sombrero ancho de fieltro, pantalón ceñido y bota de charol. El complemento del traje era una vara en la mano, muy larga, como destinada á conducir pavos.

Julita se arrimaba á la pared, sujetándose la cintura con las manos para no desternillarse de risa. Enrique de pie, cerca de la puerta, sonreía un poco avergonzado. Miguel siguió al instante el ejemplo de su hermana.



—La cosa no merece tanta risa—concluyó por decir el primo, amostazado.

Pero ni Julia ni Miguel hicieron caso. Cuando se hubieron sosegado un poco, vinieron hacia él y le examinaron curiosamente.

—¿Pero cómo diablo te ha dado la ocurrencia de ponerte así? ¿Te ha visto tu padre?

—No: me he ido á vestir á casa de un amigo. Tengo allí el traje...

—Pues si te ve, de fijo le da un síncope. ¿Y á qué asunto te has vestido hoy de chulo?

—¡Toma! ¿no sabes que se abre la temporada?

—¡Ah! ¿hoy hay toros? ¿Mata el Cigarrero?

—¡Ya lo creo!: después de quince años que no pisa la plaza de Madrid. Á eso venía, á ver si quieres ir conmigo.

—Hombre—dijo indeciso,—no soy muy aficionado á los toros; pero el Cigarrero me ha sido simpático... ¿Me traes localidad?

—Te traigo la contrabarrera de un amigo que está enfermo. Á mi lado ya sabes que no puedes ponerte, porque todas las barreras están abonadas; pero estamos cerca.

—¡Ay, llévame, Miguel!—exclamó Julita saltándole al cuello.—Llévame á los toros.

—¿Tienes deseo?

—¡Muy grande! Los toros me encantan.

—¡Eso, eso!—gritó Enrique entusiasmado.—Tú eres española de pura raza. ¡Pisa ese sombrero, chiquita!

Y lo arrojó al suelo.

Julita no se anduvo con melindres. Tomó la galantería al pie de la letra y se puso á taconear sobre el infortunado sombrero de tal suerte, que si Enrique no acude á tiempo se lo hace pedazos.

—Está visto que contigo no se puede ser galante— dijo de mal humor mientras lo limpiaba con la manga de la chaqueta.

Miguel, previo el permiso de su madrastra, mandó al criado por una carretela á casa de Lázaro y por un palco á la de un revendedor conocido. Después que madre é hija se vistieron la clásica mantilla y Miguel cambió la levita y el sombrero de copa por la americana y el hongo, subieron los cuatro al carruaje.

Eran las dos y media de la tarde. El sol brillaba en el firmamento sin que una sola nube asomara por el horizonte á recibir su paternal caricia. Madrid gozaba del privilegio divino de su cielo sin dirigirle siquiera una mirada de gratitud, como una sultana á quien las caricias causan tedio. Al cruzar por la Puerta del Sol, vieron el chorro de su fuente, despidiendo fúlgidos destellos elevarse por encima del tejado del Principal. Á la entrada de la calle de Alcalá había una larga fila de ómnibus que una muchedumbre asaltaba anhelante, furiosa, cual si se tratara de escapar á un grave é inmediato peligro. Pero muy contra lo que sucede en casos tales, en vez de oponerse los unos á que se encaramasen los otros, todos se ayudaban con solicitud, mostrando por anticipado lo que debe ser y lo que será con el tiempo la fraternidad universal.

—¡Eh, buen hombre, que se va usted á caer!... Déme usted la mano.—Caballero, téngame usted por el bastón.— No ponga usted el pie sobre la rueda.—¿Quiere usted que nos apretemos más? Bueno, hombre, bueno, nos apretaremos.

Estos gritos se oían en todas partes, viéndose á algunos pobres viejos por el aire, elevados á la imperial de los ómnibus en brazos de los que ya estaban en ella. Las caras resplandecían de alegría, lo mismo que el

cielo. La acera de la derecha, donde estaba el despacho de billetes, veíase cuajada de gente, que discurría por ella en expectativa de que las localidades bajasen y se pusiesen al alcance de su bolsillo. Un sinnúmero de coches particulares y de berlinas de punto cubrían más abajo la ancha carretera, galopando en dirección á la plaza. Y al través de ellos, dejándolos atrás en seguida, corrían desbocados los ómnibus, mientras los que iban encima, sin miedo á estrellarse, embriagados por la carrera vertiginosa, saludaban con gritos de alegría á los que iban dejando en pos de sí. Algunos picadores con sus chaquetas de brocado y sombreros inmensos galopaban también sobre algún mal caballo, llevando á las ancas á un amigo, que le abrazaba cariñosamente para no caerse. Los peones bajaban por las aceras lentamente, en amable plática, formando apretados y numerosos grupos.

Una carretela abierta, donde iban toreros, se acercó un instante al costado de la de Miguel y siguió adelante. Era la del Cigarrero, que contestó al saludo de Enrique y Miguel con la gravedad afable que le caracterizaba. El Serranito y Merluza, que iban con él, saludaron con más expansión.

—Me brindarás un par, ¿no es verdad, Baldomero?—gritó Enrique.

—Á uté no, que e mu feo: á esa señorita tan remonísima que yeva uté á la vera—contestó el Serranito.

Julita se echó á reir, ruborizada.

En torno de la plaza, donde llegaron en seguida, se agitaba la multitud, pugnando por entrar. Los coches que allí se juntaban producían disturbios y motines, que los guardias no eran suficientes á reprimir. Después de dejar á su madrastra y hermana en el palco, Miguel se retiró con su primo, pretextando que deseaba

ver de cerca matar el primer toro al Cigarrero, y que luego volvería. En realidad, era porque había visto á la generala Bembo en un palco con la señora del banquero Mendiburu. Bajó al redondel, y desde allí pudo hacerse notar de ella, y la saludó ceremoniosamente con el sombrero.

La arena estaba llena de aficionados. Una muchedumbre abigarrada, compuesta de estudiantes, paletos, chulos, señoritos y soldados, elegantes unos, otros desharrapados, fraternizando todos y creyendo que por el mero hecho de hallarse allí, en el terreno del toro, como si dijéramos, participaban del arrojo y gallardía de los lidiadores. Los tendidos se iban poblando lentamente, y desde aquí al redondel mediaban saludos y gritos entre unos y otros, que convertían la plaza en un mercado. La voz de los vendedores de naranjas salía entre todas las demás, y las naranjas, cuando alguno las demandaba, volaban rápidas y certeras de las manos de aquéllos á las del comprador, por encima de las cabezas. En los tendidos de sombra, los jóvenes lechuguinos charlaban en voz alta, levantando la cabeza para mirar á las damas de los palcos. En los de sol, los honrados menestrales se acomodaban en sus asientos, resueltos á dejarse tostar toda la tarde, y hablaban entre sí de tauromaquia, muy pagados de ser los verdaderos inteligentes en la plaza. El júbilo, la alegría nerviosa que comunica la esperanza del placer, brillaba en todos los ojos.

Al fin los alguaciles salieron á despejar, y los aficionados del redondel se fueron retirando hasta dejarlo enteramente libre. Enrique y Miguel, que habían estado en los patios interiores hablando un momento con el Cigarrero y su cuadrilla, también fueron á ocupar los respectivos asientos. El ruido había disminuído bas-

tante. Gracias á esto se percibían los acordes de la charanga de hospicianos, que hasta entonces no había logrado hacerse escuchar. Los espectadores sacaban los relojes y dirigían miradas significativas á la presidencia. En esto la charanga entonó con energía la marcha real. Todos los rostros se volvieron al mirador regio donde apareció la reina Isabel. Algunos batieron palmas; otros dijeron «chis, chis», porque la atmósfera política estaba entonces encapotada con ciertos nubarrones que descargaron no mucho tiempo después. Hecha la señal, al cabo, las cuadrillas entraron en la arena al son de la marcha de la zarzuela *Pan y toros*. Salían, como de costumbre, formando tres filas: al frente de cada cual iba el respectivo espada. Al verlos estalló un prolongado aplauso. Cruzaron la plaza graves, firmes, acompasados, escuchando la gritería que su aparición había levantado, con la mayor indiferencia. Brillaban sus ricos vestidos y capellares despidiendo vivos destellos que alegraban la vista.

—¡Miale, miale el viejo!... Ése es, el de la izquierda... Miale qué cara tiene... ¡Le zumba el alma á ese tío!... En España no queda ya quien reciba toros más que él...

Toda la atención de la plaza estaba concentrada sobre el Cigarrero, á pesar de que mataban también el Gordo y Lagartijo, que comenzaba entonces á ser el niño mimado del público. Mas para el aficionado madrileño, el ver recibir un toro es una de esas ilusiones que jamás se realizan aunque vivan constantemente en el corazón. *Aguantar* lo hacen varios toreros; pero *recibir*, lo que se llama recibir de verdad, no lo han hecho más que los héroes antiguos del toreo.

Saludaron con ademán uniforme á la presidencia, y rompieron filas, tirando las capas de gala á los amigos

de los tendidos, que se encargaron de su custodia con más orgullo que si se tratara del Arca de la Alianza. El presidente sacó el pañuelo; sonó el clarín; abrióse la puerta del toril: apareció el primer toro. Era un Miura castaño, chorreao, listón, fino y de hermosa lámina, largo y levantado de cuerna. Mostróse voluntario y noble en las varas, aguantando seis puyazos de los picadores de tanda. Perro al llegar á los palos comenzó á defenderse. Sin embargo, el Serranito le clavó un soberbio par cuarteando con finura y limpieza, que sorprendió agradablemente al público. En Madrid no sabían, como en Sevilla, que Baldomero era un chico que daría mucho que hablar. Merluza se pasó una vez y luego colgó un palo cuarteando también. Volvió el Serranito á coger los palos, y después de intentar en vano colgárselos al sesgo, se los puso quebrando con limpieza y maestría. Hubo un delirio de palmas en la plaza. Su figura esbelta y la singular corrección y delicadeza de sus facciones, cautivaron al público. Las mujeres le clavaban codiciosamente los gemelos. Se paseó triunfante en torno de la plaza recibiendo sonriente el aplauso de los tendidos.

Llegó su turno al Cigarrero. Avanzó gravemente hacia la presidencia, se quitó la montera y dijo con voz ronca unas cuantas palabras que nadie pudo entender. Después se fué derecho al toro, que tenía marcadas tendencias á huirse. Persiguióle infructuosamente algún tiempo en medio de la curiosidad expectante de la plaza. Por fin, gracias á los esfuerzos de la cuadrilla, pudo trastearle, y lo hizo bastante ceñido, dándole algunos pases buenos. El público aplaudió y se las prometió muy felices. Mas en medio de la faena, el diestro sufrió una colada y perdió enteramente el aplomo. Dió otros tres ó cuatro pases sin confianza y descompuesto;

y de prisa y corriendo, sin estar bien cuadrado el animal, lió el trapo bastante lejos y se tiró á paso de banderillas. La estocada resultó un *bajonazo* de lo más malo que nunca se hubiera visto. Es indescriptible la cólera que se apoderó de los espectadores. Si hubiera sido otro torero, hubiera pasado con una silba, grande ó pequeña; pero haber concebido la esperanza de ver á un antiguo maestro toreando por el sistema de Montes y venir á la plaza á presenciar aquella ignominia, esto ponía fuera de sí á los aficionados. ¡Qué gritería, cielo santo! ¡Qué injurias! ¡Qué lamentos! Parecía que á cada uno le acababan de robar el honor de su hija.

—¡Morral, ladrón, gran cochino! ¡Así te ahorquen por los pies! ¿Eres tú el que recibías los toros? ¡Á la cárcel con ese pillo! Señor presidente, ¿para cuándo quiere usted la Guardia civil?

Y en medio del alboroto, las naranjas, las botellas vacías y hasta algunas piedras, volaban á la plaza, y por milagro no herían al diestro. Éste avanzaba pálido, avergonzado, hacia la presidencia. Al llegar cerca del tendido donde estaban Enrique y Miguel, una naranja certera le dió en el rostro y le sacó sangre. Enrique, que ya estaba excitado y nervioso, no pudo reprimir la indignación, y levantándose gritó á los que estaban detrás:

—¿Quién ha sido ese valiente? ¿Ese valiente sin vergüenza?

—¡Fuera el chulo sietemesino! ¡Que baile!—contestaron desde arriba.

—¿Se dirige usted á mí?—dijo uno levantándose con arrogancia.

—Me dirijo al que haya sido.

—Pues nos veremos las caras al salir.

—Se la veré á usted para escupírsela—contestó Enrique encolerizado.

—¡Fuera, fuera! ¡Que se siente ese babieca!—gritaron desde arriba.

No tuvo más remedio que hacerlo. El Cigarrero sonreía limpiándose la sangre con el pañuelo. Era una sonrisa tan triste y tan humilde, que á Miguel se le apretó el corazón y estuvieron á punto de saltársele las lágrimas.

Sólo cuando apareció el segundo toro en el ruedo, concluyó del todo la bronca. Por más que trabajó, hasta no poder más en los quites, el pobre Cigarrero no consiguió captarse la benevolencia, ni siquiera el perdón del público. Cuantos esfuerzos hacía, cuantos capotes echaba (y la justicia obliga á declarar que los echaba con arte), servían de befa y de irrisión al enfurecido pueblo. El Gordo en su toro estuvo como casi siempre, pasando de muleta con maestría y pinchando bastante mal. Lagartijo toreó el suyo sobre corto y con frescura, y se metió por derecho á volapié, dando una buena estocada, pero saliendo trompicado. Muchos aplausos.

Llegó el cuarto toro, que correspondía de nuevo al Cigarrero. Era un Veragua colorado listón, bragado, ojinegro, abierto de cuerna y de buena estampa, como casi todos los del Duque; un bravo y hermoso animal.

Merluza le colgó un buen par al cuarteo. El Serranito cogió después los palos, y en cuanto el público le vió en medio de la plaza, aplaudió.

—¡Ole tu mare, saleroso!

Quiso ponerlas cuarteando también, pero se pasó una vez porque el toro no arrancó. Volvió á cuartear y volvió á pasarse por la misma razón. De nuevo se fué hacia el toro, y otra vez se pasó. Entonces hubo cierto movimiento de impaciencia en el público. Se oyó un silbido. Ésta fué la perdición del pobre mozo. Heri-



do su amor propio, acometió ciego á la res y quiso clavarle las banderillas á todo trance. El toro, que no se había movido, le enganchó por debajo del brazo y lo echó al aire. Sonó un grito de horror en la plaza. Las cuadrillas enteras se arrojaron sobre el animal, tratando de llevárselo; pero inútilmente. Inútilmente el Cigarrero brincaba con heroísmo delante de los cuernos, metiéndole el trapo por los ojos; inútilmente Lagartijo y el Gordo le echaban también los capotes exponiéndose á morir. El toro, como si tuviese algún agravio del infortunado Baldomero, no atendía á nada, y lo recogió otra vez y otra vez lo tiró al aire. Entonces el Cigarrero, por última inspiración, soltó la capa, se agarró fuertemente al rabo de la bestia y comenzó á colearla. Dió tantas vueltas, que al fin cayó mareado. El Gordo la llevó con la capa lejos. En esto el Serranito se había puesto en pie, sonrió forzadamente al público, como el gladiador que quiere morir con gracia, se llevó la mano al pecho y cayó de nuevo, soltando chorros de sangre por las heridas. Dos monos sabios lo recogieron y lo llevaron á la enfermería. Otros corrieron en seguida á tapar la sangre con arena.

El presidente, que debía de estar conmovido y alterado como todos los espectadores, dió la señal de muerte, sin considerar que al toro no se le habían puesto mas que un par de banderillas, y que era peligroso para el espada que fuese tan entero á la muerte. ¡Aquí fué ella! El público, que gusta de mostrar buen corazón después que han sucedido las desgracias, se levantó en masa, volviéndose iracundo contra el presidente, como si él fuese quien hubiera pegado las cornadas al Serranito.

—¡Bárbaro, bárbaro, asesino!

Agitaban frenéticos los puños y los bastones frente

al palco presidencial, los ojos llameantes, los rostros demudados por la ira. Nadie respetaba ni se acordaba siquiera de la majestad que estaba á su lado. Se proferían los dicterios más soeces. Pero el presidente, aunque estuviese arrepentido, y debía de estarlo, á juzgar por la confusión que se reflejaba en su semblante, ya no podía revocar la orden. Su dignidad se lo impedía. Entonces el público se volvió al Cigarrero, que ya había cogido los trastos, y le gritó:

—No lo mates, no lo mates! ¡Que lo mate ese asesino!

El Cigarrero encogió los hombros y se dispuso á ir en busca de la res. En aquel instante un torero que llegaba corriendo le dijo algo al oído, y el espada se puso terriblemente pálido. El público comprendió que había malas noticias del Serranito. Quitóse el matador la montera, se pasó la mano por la frente con abatimiento, se la puso de nuevo y marchó hacia el toro. Los gritos se apagaron instantáneamente. Reinó un silencio lúgubre en la plaza.

—¡Ha matado á su hermano! ¡ha matado á su hermano!—se decían los espectadores al oído.

Y todos sentían ansiedad inexplicable, una simpatía profunda por el desgraciado Cigarrero. Éste avanzaba con lentitud, el paso vacilante, hacia el toro. Pero no se detuvo hasta dejar caer el trapo sobre los mismos cuernos.

—¡¡Ole!!—rugió la plaza.

Volvió á reinar el silencio.

El toro brincó como si hubiera sentido un acicate, y se revolvió al instante, furioso. El espada le dió un pase de pecho, superior.

—¡¡Ole!!—rugió de nuevo la plaza.

Y otra vez se hizo el silencio.

Siguieron á éste otros pases naturales y en redondo, dados tan en corto y con tal maestria, que el público quiso volverse loco. Los pies del matador apenas se movían ni salían de un círculo estrechísimo; pero este círculo parecía sagrado é infranqueable. Los cuernos del toro pasaban rozando la chaquetilla del anciano torero sin hacerle el más ligero daño. Al fin, la fiera, harta de tanto revolverse y acometer sin fruto, se detuvo jadeante. El toro y el torero se miraron. Lió éste el trapo tranquilamente, se echó el estoque á la cara y citó con el pie para recibir. Acudió la bestia, furiosa, y se clavó ella misma la espada hasta la empuñadura. Hubo un grito reprimido de entusiasmo en la plaza. El toro se quedó un instante inmóvil frente al torero, lanzó un débil mugido y se dejó caer desplomado sobre los brazos.

Nadie puede representarse lo que entonces pasó. Un delirio, un inmenso ataque de nervios; diez ó doce mil energúmenos gritando con toda la fuerza de sus pulmones; una nube de cigarros, petacas y sombreros volando por el aire y tapizando al instante de negro la blanca arena. Veinte años hacía que no se había visto en la plaza de Madrid la suerte de recibir de este modo consumada.

El Cigarrero dirigió una mirada vaga á los tendidos; se pasó otra vez la mano por la frente, y dejando caer al suelo la muleta, echó á correr como un gamo sin atender á los gritos de entusiasmo, á los llamamientos que de todos lados le hacían. Brincó la barrera y desapareció de la vista del público.

Cuando llegó á la enfermería estaban ya allí Enrique y Miguel con el médico y algunos amigos. El cura acababa de confesar y se disponía á poner la unción al desdichado Baldomero, que presentaba en el rostro las se-



ñales indefectibles de la muerte. Al entrar su hermano volvió los ojos hacia él y sonrió con cariño.

—¿No habrá sío náa, eh?—le preguntó éste con voz alterada y ronca, queriendo persuadirse de que no era caso de muerte.

—Poca cosa, Pepe... que me voy ar otro barrio...

El cura avanzó en aquel instante con los sagrados óleos. Todos los circunstantes doblaron la rodilla. Reinó silencio aterrador, que sólo interrumpía el murmullo del clérigo y el estertor del moribundo. Cuando aquél concluyó, Baldomero dirigió otra sonrisa á su hermano y le tendió la mano diciendo con trabajo:

—Mis chiquitines...

—Pierde cuidiao, Baldomero—repuso el anciano con la voz anudada y llevándose la mano al corazón. —Tus hijos serán lo míos.

En aquel instante se oyó un gran vocerío en la plaza. Era la plebe, que saludaba la entrada del quinto toro.

El Cigarrero se dejó caer sollozando en los brazos de Miguel.

—¡Qué tristesa, D. Miguelito del arma, qué tristesa!





XXII

No pocas idas y venidas costó la aparición de *La Independencia*, «diario liberal de la mañana». Nuestro amigo Mendoza por poco pierde la razón á puro correr por las calles. Desde la imprenta al almacén de papel; de aquí á la redacción; de la redacción á casa de Ríos, y así todo el día y parte de la noche. La mayoría de los redactores fué nombrada por el conde. Algunos eran hijos de sus tertulianos asiduos, otros periodistas famélicos á quienes debía algún suelto laudatorio.

Por fin apareció el primer número. Grande fué la sorpresa de Miguel al leer debajo del título otro rengloncito corto que decía: «Director: D. Pedro Mendoza y Pimentel». No pudo reprimir un sentimiento de indignación.

—¿Pero este majadero, qué se habrá llegado á figurar?—murmuró estrujando el periódico. Y al poco rato, viendo entrar jadeante, corriéndole el sudor por la frente á Brutandór, se encaró con él diciéndole:

—Oyes, Perico, ¿te sientes con fuerzas para dirigirme en las arduas tareas del periodismo?

Mendoza se puso colorado y comenzó á balbucir:

—¡Yo no he sido!... ¡Demasiado sé yo!... El conde se ha empeñado... Decía que era necesaria una persona... No nos atrevimos á ponerte á ti por si no querías... De todos modos ya sabes...

—Bueno, bueno; ya lo sé todo—repuso Miguel con acritud.—Pero estas cosas, querido Perico, se dicen por si no convienen.

Así quedó el asunto. En cuanto se le fué el enojo, Miguel se rió de la *gansada* de su amigo y no volvió á pensar más en ella. No obstante, se la hizo pagar con algunas bromas. Era la menor venganza que podía tomar.

—Te participo, amado *Mánchester*, que si no me das un fósforo, divulgo el secreto que hace años te tengo guardado—decía sin levantar la cabeza de las cuartillas que estaba escribiendo.

Mendoza le daba el fósforo gravemente y se salía evitando en cuanto le era posible las burlas de su amigo.

—¿Qué secreto es ése?—le preguntaban riendo los demás redactores.

—Hice juramento de no revelarlo. Acaso algún día él mismo lo descubra. Tengan ustedes paciencia.

Y, en efecto, al cabo de algunos meses, habiendo escrito Miguel un artículo de polémica personal, Mendoza se autorizó el enmendarlo añadiéndole algunas palabras que produjeron un serio conflicto al periódico.

—¿Lo ven ustedes?—gritaba encolerizado en medio de la redacción arrojando el sombrero contra el suelo.—¡Hace tantos años que yo le guardo fielmente el secreto de que es un animal, y él mismo acaba de revelarlo ahora!

—Ya lo sabíamos—apuntó un redactor sonriendo y mirando con recelo á la puerta.

—¡Ah! ¿Lo sabía usted?

—Lo sabíamos todos—dijo otro mirando también á la puerta.—Todos menos el conde de Ríos.

—Eso tiene una explicación muy sencilla: consiste en que el conde de Ríos es más animal que él.

Los redactores se miraron consternados, y sin decir otra palabra, bajaron la cabeza y continuaron escribiendo.

—Oyes, Perico—le decía otra vez,—me parece que esa levita es muy corta.

Los compañeros rieron porque estaba muy lejos de ser cierto.

—Es bastante larga—respondió Mendoza un poco amostazado.

—Para cualquier otro mortal no lo dudo, ¡pero para un director!... Observa, Perico, que tienes contraídos con el público ciertos compromisos ineludibles.

La redacción se componía de una sala y gabinete en un cuarto entresuelo de la calle del Baño. En un principio todo era redacción; mas paulatinamente y á la sordina, Mendoza se fué quedando solo en el gabinete. Cierto día apareció sobre la puerta de éste un letrero que decía: *Dirección*. Perico se creyó en el caso de dar una explicación á su amigo.

—No extrañes lo del letrero, Miguel. Ya comprenderás que tú nada tienes que ver con eso... Pero los demás... El general me dijo que debía haber un cuarto reservado... Porque ya sabes... Vienen visitas...

—Bien, hombre, bien; no te apures, Majagranzas...

Mendoza, que no había leído el *Quijote*, no entendió la cruel intención del mote y quedó muy satisfecho.

El periódico estaba inspirado, ó como empezaba á de-

cirse entonces, era órgano del general conde de Ríos; pero éste no se dignaba pasar casi nunca por la redacción. Cuando de uvas á brevas lo hacía, nunca dejaba el conserje de entrar á anunciarlo á los redactores, quienes se apresuraban á sentarse y á quedarse absortos en su tarea. El único que seguía como estaba, paseando ó fumando, con las manos en los bolsillos, era Miguel. El general se descubría al entrar, y con afectada amabilidad, daba las buenas noches.

—¿Cómo siguen ustedes, señores?

Al ver á Miguel en actitud un poco displicente, fruncía levemente las cejas; pero dominándose en seguida, se apresuraba á saludarle. Miguel le estrechaba la mano sin ceremonia. Después solía pasar al gabinete con Mendoza, quien le seguía, embargado por el susto y el respeto. Al poco rato se oía la voz cascada del general dictando alguna orden ó «echándole una chillería», como se decía en la redacción.

—¡Caramba, Mendoza, no me llamen ustedes tantas veces ilustre á Serrano! Ya me tienen ustedes de ilustración hasta el cogote.—Dígale usted al encargado de los teatros que es un adoquín; ayer da un palo al drama de Chamorro, que es correligionario, y hace unos cuantos días ponía por las nubes una piececita muy mala de un sobrino de González Brabo... ¡Ah! y que me tenga cuidado con la Ferni: ya sabe usted que ha cantado en mi casa.—Vamos á ver, Mendoza, ¿cómo consiente usted que ese Sr. Darwin diga en la sección de Variedades que el hombre desciende del mono? (Pausa mientras contesta Mendoza, al cual no se oye.) ¿Traducido, eh? Pues que no traduzcan tales badajadas... ¡Buen mono estará ese traductor!

El que se oía llamar de esta suerte, ó majadero, ó adoquín, se hacía el desentendido y bajaba aún más la

cabeza fingiéndose enteramente embebecido en su trabajo. Pero alguno de los compañeros tosía maliciosamente y los demás se echaban á reir. Á Mendoza en estos casos no se le oía el metal de la voz; por manera que desde la sala, parecía que el general hablaba solo. Pero esto, como ya hemos dicho, sucedía muy pocas veces. Ordinariamente el director iba á tomar órdenes á casa de aquél dos á tres veces cada día. El general mostraba en la dirección del periódico la misma saludable energía que siempre le había caracterizado dentro de los cuarteles. Pero allí, como en éstos, su espíritu esencialmente analítico se detenía mucho más en los pormenores que en el conjunto. Un remiendo mal pegado, una correa mal puesta, sacaba de quicio y encendía la cólera en el pecho del héroe de Torrelodones (así le llamaba *La Independencia* un día sí y otro no). Asimismo una noticia *fiambre*, un anuncio torcido llevaba á su noble espíritu una turbación extraña que no era poderoso á reprimir. Mendoza tenía buen cuidado de no turbarle á menudo. Los artículos, los sueltos no conseguían excitar el interés del valeroso caudillo, y dejaba á la redacción bastante libertad en esta materia. En cambio, por nada en el mundo consentiría que se variase el título de una sección sin consultarle. Algunas veces, por espontánea y libérrima inspiración, él mismo llegó á cambiarlos. Un día, después de venir de su casa recibió Mendoza un volante ordenándole, en términos que no daban lugar á torcidas interpretaciones, que la sección del periódico titulada *Noticias generales* llevase por nombre, de allí en adelante, el de *Noticias universales*. Á pesar de la utilidad innegable de esta reforma, pues el adjetivo universal es, sin duda, más comprensivo que general, algún redactor se empeñaba en sostener que los suscritores, no sólo no la agradecerían, sino

que ni siquiera se harían cargo de ella. El único asunto vedado para los redactores era el sistema colonial inglés, y todo lo que de él se derivase. El general se reservaba enteramente esta materia, en la cual era indudablemente peritísimo; como que había tocado dos veces en la India al ir á Filipinas. Su punto de vista, en consonancia con la energía de su carácter, era que para colonizar un país, se hacía indispensable extirpar á los indígenas. Sin extirpación, imposible la colonización. Este fué el principio que sostuvo en una serie de artículos escritos «con más bizarría que gramática», al decir de un colega ministerial. Por cierto que Ríos se empeñaba en que Mendoza fuese á desafiar al director; pero no pudo conseguirlo.

Lo único que se leía con agrado en el periódico, hay que decirlo á riesgo de herir la susceptibilidad exquisita de algunos redactores, era la sección de sueltos políticos, que estaba á cargo de Miguel, ó Riverita, como allí se le llamaba. Sin embargo, el general daba infinitamente más importancia a los artículos de fondo. Los *fondos* estaban á cargo de un anciano silencioso, taciturno, viudo, con siete hijas que se alimentaban y vestían con los cincuenta duros mensuales que le producían estos *fondos* á su padre. Iba á la redacción el primero y salía el último. Los artículos, llenos de cordura, de sensatez, de prudencia, daban vuelta siempre á los asuntos sin entrar en ellos. El general encontraba esto más conforme con las reglas de la estrategia, que el apoderarse del asunto «descubriendo el cuerpo». Además, tenían la incalculable ventaja de que comenzaban y terminaban constantemente del mismo modo, con ligerísimas variantes.

Hé aquí el modelo de su estilo:

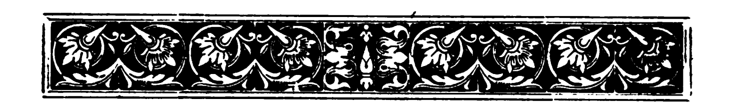
«Al estudiar concretamente los importantes proble-

mas que se relacionan con el fomento de los intereses generales, base de la prosperidad individual y colectiva, no puede desconocerse, en manera alguna, lo mucho que en su resolución influye una acción sistemática y continua, en lo que toca á la administración pública, tan poderosa para remover los múltiples obstáculos que estorban la marcha próspera de un determinado país. No es que nosotros desconozcamos que en su esfera respectiva se precisa el concurso inteligente de todas aquellas otras entidades, capaces de descubrir las fuentes de riqueza, que son otros tantos factores del bienestar social, siempre que el trabajo empleado para obtener el fin propuesto, responda á las exigencias de una razón ilustrada por las lecciones de la práctica, etc., etc.»

Cuando vinieron á contar á Miguel que el general decía que los escritos de Ramos (así se llamaba el viejo de los *fondos)* tenían más peso que los suyos, exclamó:

—¡Claro, por eso no pueden digerirlos más que los avestruces!





XXIII

LLEGÓ el mes de Julio. La generala Bembo se fué huyendo del calor á Biarritz. Miguel no la siguió al instante, porque tenía que llevar á su madrastra y hermana á Santander; pero convino con ella en ir á pasar el mes de Agosto á Pasajes, donde D. Pablo había tenido el capricho en otro tiempo de edificar una magnífica casa de campo. En este retiro suave y campestre contaba la generala imitar la deliciosa égloga de Pablo y Virginia, y un poquito también, si posible fuera, la pasión libre y salvaje de Chactas y Atala.

Después que dejó instalada á su familia y supo que Lucía estaba ya en Pasajes, se trasladó á este punto en un vapor. Salió de Santander al rayar el alba. El cielo diáfano, como pocas veces suele verse en aquella costa; la mar azul y rizada. Corría un viento fresco y ligero, que ensanchaba el pecho y abofeteaba las mejillas. Subió al puente con el capitán, que se reía de verle tambalearse y cogerse fuertemente á la barandilla,



y desde allí contempló el espectáculo sublime de levantarse el sol en el mar. Se levantó como siempre, magnífico, sereno, sin mostrar temor alguno á los *touristes*, que le describen en sus cartas á los periódicos, ni menos á los poetas cursis, que le traen y le llevan y algunas veces hasta le mandan pararse para que escuche sus simplezas. El capitán se paseaba con las manos en los bolsillos, sin hacerle maldito el caso (al sol, no á Miguel), y cuando éste, sin poder contenerse, soltaba alguna exclamación de entusiasmo, se detenía y le preguntaba con amabilidad:

—¿Le gusta á usted el sol?

—¡Muchísimo!

El marino sonreía con semblante compasivo, como diciendo: ¡Qué sería el mundo, si los gustos fuesen iguales! Y en voz alta contestaba:

—No está mal, no; no está mal el sol...

Después de transigir de este modo con las flaquezas del prójimo, emprendía de nuevo su paseo. Y para dar señales más claras aún de su benevolencia, se detenía de nuevo sonriente.

—Ahora por el verano es gusto viajar, ¿verdad? No hace frío ninguno... Luego se va viendo toda la costa. La mar está como una seda... Cuando se levante el piloto, le pediremos que toque la guitarra... ¡Ya verá usted, ya verá qué bien la maneja!

Pero en medio de su discurso se detenía, mirando á la proa, fruncía las cejas, se inclinaba sobre la barandilla, siempre con las manos en los bolsillos, y gritaba:

—¡Babor!

—Babor— contestaba el timonel desde abajo, como un eco.

Seguía el capitán un rato con las cejas fruncidas y mirando á la proa. Al cabo volvía á inclinarse y decía:

—Á la vía.

—Vía—respondía el timonel.

Entonces se extendían de nuevo los resortes que tenían contraído su rostro atezado, y volvía á dibujarse en sus labios una sonrisa cándida y afable.

—Da gusto oirle tocar las sevillanas; ya verá usted.

Cuando la tarde declinó pasaron por delante de San Sebastián. Miguel se esforzaba por ver la boca de la bahía de Pasajes, sin conseguirlo. El capitán se desesperaba porque no aparecía la lancha del práctico. Al fin se distinguió como un punto negro allá entre las olas: se acercó al costado del buque, trepó un hombre con boina prontamente á la obra muerta, y en seguida al puente, y dijo con acento vizcaíno:

—Buenas tardes, D. Isidoro y la compañía.

Llegaron á la boca, que era estrechísima. El práctico, sin perder de vista la proa del vapor, hablaba alegremente de la romería que acababa de dejar allá, sobre los altos del pueblo. Entraron por una ría angosta, entre dos sierras elevadas, y no tardaron en desembocar en la bahía, que, en realidad, no merecía tal nombre. Era una especie de lago, no muy extenso, rodeado por todas partes de altas montañas y cuya comunicación con el mar pasaba inadvertida, á no fijarse mucho. La hora en que entraron era la del crepúsculo. En la bahía, por efecto del abrupto cordón que la circundaba, había ya poca luz. El sol se había hundido tiempo hacía por detrás de los montes, y allá en el cielo veíase el semicírculo de la luna, fino, azulado y puntiagudo. El Héspero hacía guiños á su lado antes de ocultarse.

El pueblo se extendía por entrambos lados adosado á la montaña. Sus casas estaban bañadas por el mar, al cual podían los vecinos salir por escaleras de piedra. En muchas había también un pequeño terrado ó jardín

donde merendaban ó departían sosegadamente tomando el fresco, ó bailaban y reían, según el humor y la ocasión. Miguel se enteró por el práctico de que el pueblo estaba dividido en dos parroquias; la parte de la derecha se llamaba San Pedro, la de la izquierda San Juan. Enfrente, bastante más lejos, había un grupo de casas y almacenes nuevamente edificado, conocido con el nombre de Pasajes ancho, ó Ancho solamente.

El vapor ancló en medio de la bahía hasta el día siguiente. Miguel estaba sorprendido y enamorado de aquel retiro silencioso y melancólico que entre las sombras crepusculares tomaba apariencias aún más tristes y fantásticas. La imaginación comenzó á hablarle un lenguaje suave y misterioso. Miraba á las casas donde todavía no se percibía luz ninguna, y se preguntaba: —¿Los que habitan allí, lejos del ruido, encerrados por esta muralla natural, serán más felices que los que vivimos en la agitación estruendosa de la corte? ¡Quién sabe! Fijóse en una pareja de jóvenes asomados á la barandilla de un terrado, y no pudo menos de envidiarlos. Allá en Madrid no se ama, de seguro, como aquí. Estamos solicitados por tantos deseos á la vez, que el corazón no puede recogerse y vivir en la contemplación feliz del ser que se adora. En aquel momento no se acordaba para nada de Lucía. Su espíritu, impresionado primero por la sublime presencia del océano, y ahora por la dulce poesía de aquel lago, se despegaba con tedio de la vida torcida y artificiosa que acababa de dejar, de sus placeres mentidos y pecaminosos, y se unía con cariño al sentimiento de dicha tranquila que aquel pueblecillo retirado y pintoresco inspiraba.

Vino á sacarle de su meditación el capitán, que le invitaba á tomar una copita de ginebra en la cámara.

Miguel le manifestó que deseaba saltar á tierra y buscar alojamiento.

—Pierda usted cuidado, ahora va á llegar Úrsula.

—¿Quién es Úrsula?

—La batelera: ella le llevará á tierra y se lo buscará.

Y, en efecto, al poco rato se acercó al costado del vapor un bote, y dentro de él una joven que manejaba los remos con singular maestría. En Pasajes, el servicio de los esquifes que trasportan la gente de un punto á otro de la bahía está á cargo de mujeres.

—Buenas tardes, D. Isidoro y la compañía.

—Ahí te entrego ese señorito, Úrsula. Cuidado lo que haces con él.

(Aquí el capitán dijo una gran barbaridad, que no es posible repetir.)

Úrsula sonrió sin escandalizarse.

—¡Allá él, D. Isidoro, allá él!

Saltó en el bote nuestro joven, y fué conducido prontamente á la orilla. Úrsula era una zagala fornida, pobremente trajeada y con unos colores tan vivos en el rostro, que sorprendieron á Miguel. Más adelante averiguó que bebía mucho aguardiente. Amarró el bote y condujo á su pasajero por unas toscas escaleras de piedra hasta la calle. Era ésta bastante angosta y torcida. Como domingo, no dejaba de haber alguna animación en ella. Los vecinos estaban sentados á las puertas hablando, ó jugando en las tiendas á la lotería. Al sentir los pasos del forastero, levantaban el rostro y le examinaban con curiosidad; el que pregonaba los números también suspendía su canto un instante para mirarle. En las tabernas, que no eran pocas, se oía mucha algazara. Era ya casi noche. Úrsula le fué guiando al través de aquella calle larga y tortuosa, que era la

única de la parroquia de San Pedro, hasta una plazoleta en cuyo centro bailaba un grupo de muchachas. La batelera se detuvo delante de una casa vieja con escudo sobre la puerta, y se arrimó á la ventana de la tienda donde había estanquillo. Dijo algunas palabras en vascuence, y una mujer que había dentro se inclinó para ver á Miguel.

—No hay inconveniente—respondió en castellano.—¿Viene por mucho tiempo ese caballero?

—No sé decir á usted, señora—dijo aquél terciando.—Probablemente todo el mes.

—Le puedo ofrecer á usted la sala por ahora; pero si viene una familia, que espero dentro de algunos días, tendrá usted que trasladarse á la habitación de arriba, que es más chica.

—No me importa. Teniendo un cuarto decente, me basta.

La mujer con quien hablaba tendría unos cuarenta años de edad. Era alta, corpulenta, y aunque bastante descaecida, todavía conservaba en su rostro señales de una belleza superior. Vestía un traje modesto de merino negro, como la mayoría de las que pasan por señoras en los pueblos chicos. Levantóse al oir esto, salió al portal é invitó al joven á subir con ella. Miguel, antes de hacerlo, despidió á la batelera, encargándole que le mandasen el equipaje. La sala donde entró era espaciosa: los muebles, aunque no ricos, parecían decentes.

—Ésta es su habitación por ahora—dijo D.ª Rosalía (que así se llamaba la huéspeda).—Ésta es la alcoba. ¿Quiere usted que le traigan luz?

—Hasta que venga el equipaje no la necesito.

—Bíen, pues dispénseme usted; tengo el estanquillo abandonado.

Y la matrona salió de la estancia deájndole solo. Después que hubo dado algunas vueltas por ella y enterádose de su disposición á la escasa luz que allí había, encendió un cigarro, salióse al corredor y se echó de bruces sobre la baranda de hierro, poniéndose á contemplar, con ojos distraídos, el baile de la plazoleta. El grupo de jóvenes bailaba cada vez con más entusiasmo y cantaba cada vez más alto. La mayor parte de ellas eran frescas y robustas más que hermosas, pero algunas merécían el nombre de tales. Los movimientos eran vivos, sueltos, graciosos. En torno de ellas había bastantes mirones, hombres y mujeres. Del grupo de éstas observó que se destacó una niña y vino á sentarse sola debajo del corredor donde él se hallaba. La miró un instante, mas no pudiendo verle la cara, entornó de nuevo los ojos hacia la danza. Al cabo de un rato percibió vagamente una voz detrás de sí:

—Oiga—decía la voz. Pero no imaginando que se dirigían á él, siguió en su cómoda postura.

—Oiga—repitió la voz un poco más fuerte.

—¿Eh, quién va?—dijo entonces, volviéndose.

Entre las sombras de la sala distinguió la figura de la niña que estaba antes sentada debajo del corredor. Podría contar quince años de edad, y á lo que logró percibir, tenía una carita redonda y morena, bastante insignificante, y gastaba el cabello en trenza todavía.

—Dice mi tía que si quiere usted cenar—manifestó la chica, con voz temblorosa.

—Si posible fuera... Tengo algún apetito.—Y como ya deseaba hablar, añadió, sonriendo con amabilidad:

—¿No baila usted con las otras jóvenes? La he visto á usted muy solita ahí debajo del corredor.

—Nunca bailo—respondió toda confusa la niña, como si le imputasen alguna falta grave.

—¿No sabe usted?

—Sí, señor, sé, pero...

—Vamos, no le gusta.

—Antes me gustaba mucho; ahora, no tanto.

Todo esto lo decía cada vez más acortada, sin dejar caer de los labios una sonrisa inocente y humilde, que agradó á Miguel. Era lo único que podía agradarle. El rostro, sin ser feo, nada tenía que pudiese llamar la atención; además, no lo veía claramente, á causa de la oscuridad en que la sala se hallaba.

Cuando dijo las últimas palabras, la niña se retiró precipitadamente. Miguel la preguntó al desaparecer:

—¿Cómo se llama usted?

—Maximina—respondió sin volver la cabeza.

Trajéronle poco después la cena. La criada era una vieja fea y avinagrada. Limitóse á encender una lámpara, poner la mesa, y sobre ella los manjares, sin pronunciar palabra. Pero al poco rato volvió D.ª Rosalía á darle conversación, y sin que él la tirase de la lengua, soltóla tan bien aquella bendita señora, que antes de concluir de cenar ya sabía Miguel todo lo concerniente á su vida.

D.ª Rosalía estaba casada con un ex capitán de barco, retirado temprano del oficio porque el reúma no le permitía navegar. Había hecho algunos cuartos, pocos. Con su rédito, con lo que daba el estanquillo y con lo que dejaban algunos huéspedes por el verano, vivían modestamente, pero sin trampas. Tenía seis hijos. El mayor, que contaba diez y nueve años, estaba empleado en un comercio de San Sebastián; el segundo estudiaba para piloto en Bilbao; el tercero, Adolfo, lo tenía en casa, un pedazo de madera que no servía más que para dar disgustos: venían después dos niñas de ocho

y diez años, y por último, un niño de cinco que era, según todas las señas, el ídolo de sus ojos.

—¿Y esa chica que ha venido á preguntarme si quería cenar, quién es?

—¡Ah, Maximina! ¡pobrecilla! Es mi sobrina; hija de un hermano de Valentín, mi marido. No conoció á su madre. Su padre era el capitán del *Duero*, un vapor que usted habrá visto acaso. Ese vapor, yendo hace tres años para Manila, embarrancó. Mi cuñado, sin considerar si el barco podía salir ó no, corrió á su camarote, se encerró en él y se pegó un tiro.

—¡Qué atrocidad!

—Era un hombre muy delicado. Al pensar que pudieran echarle á él la culpa, perdió el juicio y cometió esa locura. El barco, en cuanto alijaron un poco, salió, porque según dice Valentín, el bajo era de arena. El pobre Bonifacio fué el que se quedó allí debajo del agua. Maximina, por supuesto, no sabe lo del tiro. Cree que su padre se murió en Manila de enfermedad. Como quedó sola sin padre ni madre, nosotros la recogimos del colegio donde estaba, y la hemos traído para casa. ¿Qué íbamos á hacer? Tenemos muchos hijos; es un sacrificio el que nos imponemos manteniéndola, vistiéndola y calzándola; pero algo se ha de hacer por Dios, ¿verdad, D. Miguel? No es mala, no señor, y sabe cuánto debe agradecer á sus tíos lo que hacen por ella... Pero la pobre sirve para poco. Es callada, sufrida, no da ninguna mala contestación...

—¿Qué edad tiene?

—Quince años; va para diez y seis.

—Pronto se casará entonces.

—¡Ay, Dios!—exclamó D.ª Rosalía con profunda lástima.—Me parece que están verdes. Hoy no se casan

las jóvenes hermosas si no tienen dinero, ¿cómo se ha de casar ella no siendo rica ni bonita?

—Yo no la encuentro fea.

—¡Ay, Dios! ¡Pobrecilla! Ya comprende que no debe pensar en esas cosas. Últimamente se ha metido mucho por la iglesia. Confiesa y comulga todas las semanas, y oye misa siempre que puede. Yo la dejo mientras no falte á las obligaciones de casa, que como usted comprenderá, son lo primero. Hace poco escribió á su tío (porque de palabra no se atrevería) diciéndole que quería ser monja. Pero para ser monja, D. Miguel, se necesita un dote, y nosotros no podemos dárselo. Valentín estaba empeñado en hacérselo de su bolsillo, pero yo me opongo. Cuando las cosas no se pueden, hay que resignarse. Lo mismo se gana el cielo dentro que fuera del convento. ¡La pobrecilla lo ha sentido mucho!

Tanta compasión dió mala espina á Miguel. Cansado de escuchar á su huéspeda, se levantó, y con pretexto de arreglar el equipaje, se fué hacia la alcoba. D.ª Rosalía al cabo le dejó solo.

Aquella noche no era fácil ver á la generala. Su casa se hallaba del otro lado de la bahía, y á tal hora costaría trabajo dar con ella. Por otra parte, Lucía deseaba que sus visitas fuesen siempre secretas. Era necesario saber en qué forma quería que las hiciera. Determinó, pues, aguardar hasta el día siguiente.

Era muy temprano para irse á la cama. Cogió el sombrero y el bastón para dar una vuelta por el pueblo. Al salir, aún continuaba el baile en la plazoleta. Maximina se hallaba otra vez sentada en la silla contemplándolo.

—Buenas noches, Maximina—dijo nuestro joven acercándose á ella.

—¡Ah! buenas noches.

—¿Aún no se ha decidido usted á bailar?

—No señor.

—Pues yo sí.

La niña le miró sorprendida.

—Pero antes quiero descansar un poco al lado de usted. ¿No hay por ahí una silla?

—Voy por ella ahora mismo—repuso azorada.

Y entrando en el estanquillo, salió con una que colocó bastante lejos de la suya. Miguel, con gran desembarazo, las puso juntitas. En cuanto se sentaron, las muchachas del baile comenzaron á dirigirles miradas de curiosidad. La noche estaba estrellada, ni clara ni oscura.

Entabló conversación, hablando del baile, del tiempo, de su viaje. Agotó en un instante todos los lugares comunes. Maximina sonreía con amabilidad á cuanto decía; pero apenas contestaba más que con monosílabos, aunque se conocía que hacía esfuerzos por ser más explícita. Al fin se atrevió á decir:

—¿No baila usted?

—Si usted no me hubiese entretenido hasta ahora ya estaría dentro del corro—respondió poniéndose serio.

—¡Yo!— exclamó la niña inmutándose.

—Sí; usted.—Miguel soltó al decirlo una carcajada.— No haga usted caso. Nunca he soñado en bailar; pero menos ahora que me encuentro en tan agradable compañía.

La chica estaba tan asustada todavía, que no supo dar las gracias. Adivinando su inquietud nuestro joven, prescindió de las bromas habituales en él y comenzó á tratarla con más respeto. Enteróse con amabilidad de los pormenores de su vida y fué poco á poco ganando su confianza, haciéndola hablar con más desembarazo.

Pero el baile se había deshecho. Algunas jóvenes se fueron para sus casas. Otras, y con ellas algunos galanes, vinieron á sentarse delante del estanquillo, para lo cual D.ª Rosalía les consintió sacar más sillas y un banco largo. Miguel permaneció sentado junto á Maximina.

—Saque usted la guitarra, D.ª Rosalía—dijo una de las muchachas.

—¿Va á cantar Juanito?

Juanito era el piloto del vapor donde nuestro joven había llegado. Era andaluz y muy conocido en Pasajes.

En cuanto vino la guitarra, comenzó á alegrar la tertulia con playeras, polos y sevillanas. Miguel, con gran sorpresa de las jóvenes hermosas que allí había, echándose hacia atrás en la silla, principió á hablar al oído á Maximina. ¿Qué le decía? Nada; tonterías: que lo estaba pasando muy agradablemente; que era una niña muy simpática; que se alegraba de haber venido á parar á su casa, etc. Maximina, más sorprendida que confusa, escuchaba sonriendo aquella música tan nueva para ella (la de Miguel, no la del piloto). Nuestro joven pasaba el rato del mejor modo que podía, esperando la hora de irse á la cama.

—¿Por qué no se sienta usted al lado de Paulina?—le preguntó la niña.

—¿Quién es Paulina?

—Aquella chica tan hermosa que está cerca de la puerta.

Miguel se inclinó por verla.

—No la veo bien. Parece bonita, en efecto—dijo recostándose otra vez.—Pero usted también lo es... y muy simpática además.

—¡Oh, por Dios!—exclamó la niña ruborizándose.

—¡Vaya si lo es!—replicó Miguel, posando su mano sobre la de ella y dándole un cariñoso apretón.

La chica no se movió. Ambos guardaron silencio unos instantes.

—¿Vamos á jugar un poco á las prendas?—dijo una de las jóvenes así que Juanito hubo terminado su repertorio.

Comenzó el juego de prendas. Encendieron un fósforo. Se lo fueron entregando unos á otros mediante ciertas palabras que había que pronunciar en voz alta. Pagaba prenda aquel en cuyas manos concluyese ó se apagase. Nuestro joven tomaba poco interés en el juego. Cuando el fósforo llegó á él bastante disminuído, lo dejó caer sin entregárselo á Maximina, y pagó prenda.

—¿Por qué no me lo ha dado?—le preguntó ésta.

—Porque no quería que usted se quemase.

Se puso en berlina á los dueños de las prendas; se les mandó decir tres veces *sí* y tres veces *no;* se les hizo contentar á los presentes, etc., etc. Miguel, mientras duraban estas operaciones, no dejaba de depositar de vez en cuando algunas palabritas en el oído de Maximina. Con la osadía del cortesano corrido, llegó á apoderarse de una de sus manos y á retenerla entre las suyas. Sorprendióse al observar que la niña no la retiraba. Era una mano de virgen, maciza y fría, un si es no es grande, pero perfectamente torneada. Le hizo recordar las de la generala, largas y descarnadas y siempre ardorosas. La apretó tímidamente primero, después con más energía. Al cabo la acarició con cariño, rozándola suavemente por encima. Maximina le dejaba hacer, sin soñar con retirarla, como si fuese una cosa muy natural. No manifestó siquiera mayor emoción ó inquietud que antes. Tan sólo se la quitaba cuando iba

á hacer uso de ella en el juego. ¿Qué será esto? se preguntaba Miguel todo confuso. ¿Tendrá esta chica ya tanta malicia? ¿Será pura inocencia? Aunque su experiencia le insinuaba lo primero, una voz interior le decía lo contrario. Y atendiendo á ella, contentóse con acariciar tierna y noblemente aquella mano que con tal candidez le entregaban. La tertulia se deshizo al fin, y nuestro joven se fué perplejo y caviloso á la cama, proponiéndose observar atentamente á Maximina en los días siguientes.





XXIV

Lo primero que hizo al día siguiente por la mañana fué escribir á Lucía. «Estoy aquí desde ayer por la tarde. Díme cómo he de arreglarme para verte.» Salió de casa y fué en busca de Úrsula la batelera.

Así que dió con ella le preguntó:

—¿Conoces á la señora del general Bembo?

—¡Vaya!

—Pues vas á llevarle esta carta ahora mismo. Aguarda contestación y vente en seguida. En el muelle te espero.

Cogió la batelera los remos, atravesó la bahía, amarró el bote y desapareció allá entre los árboles. Mientras tornaba con la respuesta, nuestro joven se fué á hacer una visita al capitán del vapor y al piloto de las *peteneras*.

Poco tardó Úrsula en aparecer de nuevo remando con prisa. Salióle al encuentro Miguel así que puso el

pie en tierra y recibió de sus manos un billete perfumado que había metido en el seno.

Decía así el billete:

«Querido mío: Una inquietud dulce y misteriosa que ayer noche experimentó mi corazón me anunciaba sin duda que estabas cerca de mí. No podemos vernos como antes, porque Carmen se ha quedado en Madrid y no tengo confianza en los criados. Precisa que tus cartas sean secretas. La chica que lleva ésta es fiel y reservada. Te puede traer en su bote á las diez de la noche. Al entrar en él debes encender un fósforo; cuando te halles en medio de la bahía otro, y otro por fin cuando saltes en tierra del lado de acá. Á cada uno de estos fósforos contestaré yo con la misma señal desde el mirador de casa. Nos reuniremos junto á la tapia del jardín. Prudencia y discreción. No faltes.

Tuyo hasta la muerte,

ALFREDO.»

Al leer la carta no pudo menos de sonreir, diciendo para sus adentros:—¡Cuándo se le concluirá á esta mujer la manía de las aventuras!—Concertóse después con la batelera para su expedición nocturna y se despidió de ella recomendándole mucho sigilo.

Cuando entró de nuevo en la habitación encontró en ella á Maximina, que estaba acabando de arreglarla, y á su primo Adolfo, un muchacho de trece á catorce años con grandes cachetes, el cabello corto y erizado y unos ojos cargados de carne, fieros y desvergonzados. Por algunas palabras que logró percibir desde el pasillo comprendió que había reyerta entre los dos primos y adivinó también la causa. Adolfo trataba de curiosear en el equipaje del huésped. Maximina se oponía á ello. Cuando nuestro joven entró, ambos quedaron sorpren-

didos: Maximina en medio de la sala con la escoba en la mano sonriéndole; Adolfo arrimado á una cómoda mirándole torvamente.

—¡Oh, qué trabajadora es Maximina!—exclamó Miguel acercándose á ella sin hacer caso alguno de Adolfo, que le había sido antipático.

Á la luz del día pudo apreciar mejor su figura. Era una morena más pálida que sonrosada, la nariz pequeña, la boca fresca, la cabeza y la frente muy bien modeladas, el cabello castaño y los ojos garzos, ni grandes ni pequeños, más baja que alta, apretadita de carnes y abultada de formas, revelando en sus movimientos un gran vigor muscular. Nadie podía llamar hermosa á esta muchacha con justicia, y sin embargo, la expresión humilde é inocente de sus ojos, la sonrisa constante que contraía sus labios, la hacían altamente simpática. Llevaba un vestido de percal claro con un pañuelo de color de rosa, que le tapaba el pecho y parte de la espalda. Al oir la exclamación de Miguel, contestó con otra:

—¡Mucho, sí!

—Ya lo creo. Tan temprano, y ya me tiene usted arreglado el cuarto.

—¡Toma, porque se lo ha mandado mi madre!—dijo Adolfo desde un rincón, con deseo de mortificar á su prima; pero ésta respondió muy naturalmente:

—Es verdad, me lo ha mandado mi tía en cuanto usted salió.

—¿Y tú haces tan prontito lo que te mandan como ella?—dijo Miguel encarándose con el chico.—Entonces serás ya un sabio; porque tus padres de seguro te mandarán estudiar todos los días.

Adolfo le echó una mirada recelosa y bajó los ojos sin contestar.

—He dado una vuelta por el pueblo—siguió el joven dirigiéndose á Maximina,—y después estuve en el vapor con Juanito.

—El pueblo es feo—respondió aquélla.– Eso dicen todos los forasteros...

—¿Y usted no lo dice?

—Á mí me es igual un pueblo que otro.

—¿No va usted de vez en cuando á San Sebastián?

—Casi nunca. Mi tía me lleva cuando hay que traer algún encargo; pero ida por vuelta. Una vez me llevó mi padre (que en gloria esté) á Bilbao á pasar unos días... ¡Si supiera usted qué deseos tenía de volverme!

—¿Pues?

—Estaba cansada de andar de un sitio para otro... al teatro... al paseo... á los comercios... Me dolían mucho los pies. Decían que era porque no estaba acostumbrada.

—Me ha dicho su tía que ha estado usted educándose en un colegio...

—Sí, señor, dos años, en un convento de Vergara...

—¿Y le gustaba á usted estar allí?

—Muchísimo. Nunca he sido tan feliz como entonces.

—¿De modo que de buena gana volvería usted con las monjas?

—¡Oh, ya lo creo!

—Ella quiere volver y hacerse monja... pero le faltan *monises*—dijo el animal de su primo terciando de nuevo en la conversación.

Aquella salida grosera indignó mucho á Miguel, quien dirigió al chicuelo una mirada de desprecio. Maximina se había puesto levemente encarnada.

—No lo crea usted... Sí, desearía volver; pero no causando perjuicio á nadie. Comprendo que ahora,

mientras las niñas no sean mayores, mi tía me necesita...

—¿Y qué tiene de particular que usted lo desee?—dijo Miguel con dulzura.—Eso no prueba más que tiene usted un corazón agradecido y piadoso.

Maximina se ruborizó entonces hasta las orejas. Adolfo, á quien sin duda pareció muy mal esta alabanza y quería á todo trance desahogar su resentimiento, exclamó sonriendo estúpidamente:

—¡Es una beatona! Se pasa la vida comiendo los santos.

—Pues ahora no estaba comiendo los santos, sino barriendo—respondió Miguel.

—Ya ha estado en la iglesia. Comulga los jueves y los domingos y trae una soga atada al cuerpo. ¿Quiere usted verla?

Y el gran bárbaro se fué derecho á su prima, con intención sin duda de abrirla el vestido.

—¡Estate quieto, Adolfo!—exclamó aquélla, asustada, nerviosa.

Pero Adolfo no hizo caso y llegó á poner las manos sobre ella. Entonces la niña, con una fuerza que sorprendió á Miguel, le rechazó haciéndole tambalear. Adolfo volvió á la carga riendo groseramente.

—¡Adolfo, que llamo á mi tía!—gritó Maximina, roja como una cereza y saltándosele las lágrimas; y otra vez le rechazó con brío.

—Eso no se hace, chico—dijo Miguel queriendo intervenir.

Pero Adolfo, irritado por la superioridad muscular de su prima, se había agarrado á ella y forcejaba por abrirle el vestido, aunque sin resultado. Miguel le arrancó á viva fuerza y le puso á la puerta de la sala diciéndole:

—¡Ya podían tus padres darte un poco mejor educación!

Cuando volvió hacia Maximina, la halló sollozando, tapándose la cara con las manos.

—Vamos, Maximina, serénese usted... Eso ya pasó.

Pero Adolfo, desde el pasillo, empezó á vociferar:

—¡Que salga, que salga esa hipócrita!... No me marcho de aquí hasta que le atice unas cuantas *piñas*.

Á las voces que daba y al ruido que acababan de hacer, subió D.ª Rosalía preguntando enojada:

—¿Pero qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

—Nada, señora—contestó Miguel,—que ese muchacho quería abrir el vestido á Maximina para enseñar una soga que dice que trae.

—No, madre—gritó Adolfo,—es que ella me pegó, porque la llamé beatona.

—Tú te callas, tunante—le dijo la madre encolerizada, aplicándole al mismo tiempo una soberbia bofetada que le enrojeció la mejilla.

Adolfo se puso á clamar al verdadero Dios. Entonces D.ª Rosalía, arrepentida sin duda de haber lastimado á su hijo, se revolvió furiosa contra Maximina.

—¡Buena hipocritilla estás tú también! Haces la comedia y lloriqueas, hasta que consigues que yo le pegue...

Ante aquella injusticia, la pobre niña quedó como aturdida un instante. En su semblante descompuesto se adivinaban los esfuerzos que hacía para no romper á llorar á gritos. Dejó escapar un sollozo ahogado, se llevó la mano al corazón y salió corriendo de la estancia.

—Vamos; á encerrarse á su cuarto, como siempre—dijo D.ª Rosalía, sonriendo irónicamente.

No obstante, como veía claro que Miguel no aproba-

ba su conducta y su propia conciencia tampoco, se esforzó en demostrar que Adolfo era un muchacho aturdido, pero de un fondo excelente; que Maximina era muy susceptible, que no sabía aguantar una broma y tratar á su primo como lo que era... un niño. Por último, allá se fué con él acariciándole y prometiéndole varias cosas para que se calmase. Miguel quedó tristemente impresionado por aquella escena.

Pasó el día vagando de un lado á otro, leyó un poco, escribió otro rato. Al fin llegó la noche. Después que hubo cenado y sufrido media hora á su locuacísima huéspeda, se dispuso á acudir á la romántica cita que le había dado la generala. Mientras iba por la calle en busca de la escalera de piedra donde Úrsula había quedado en esperarle, no podía menos de reirse del amor que Lucía profesaba al misterio. Después de todo, puede que tenga razón, concluyó por decirse. Si no fuese por estos granos de pimienta echados sobre nuestras relaciones, la verdad es que llegarían á ser muy fastidiosas. Halló á Úrsula sentada en las escaleras dormitando. Al sentir sus pasos, se puso en pie vivamente.

—¿Es usted, señorito?

—Yo soy; ¿tienes ahí el bote?

—Lo tengo amarrado donde siempre para que no sospechen. Voy á buscarlo en seguida.

La batelera bajó á la orilla, y por ella se fué rozando el agua hasta desaparecer enteramente su silueta de la vista de nuestro joven. Pocos minutos tardó en oir el chapoteo de los remos y en percibir el bulto del esquife. Así que encalló, se apresuró á saltar en él; pero antes de que Úrsula lo pusiese otra vez á flote y se alejase de la orilla, tuvo cuidado de sacar un fósforo y mantenerlo encendido hasta que se concluyó. En el mismo instante surgió otra luz, allá á lo lejos sobre la masa oscura de

los árboles de la opuesta orilla. La batelera comenzó á manejar los remos procurando no hacer ruido. El pueblo de Pasajes reposaba. En los buques surtos en la bahía habíanse apagado ya los fogones, y los tripulantes se entregaban descuidadamente al sueño. La noche estaba encapotada y apacible. Aunque avezado á las citas nocturnas y secretas, la de ahora, por lo original, consiguió interesar á nuestro joven. No poco contribuyó á ello también el no haber visto á su amante hacía ya cerca de un mes. Con la separación se había refrescado un poco el recuerdo de sus fortunas, que en los últimos tiempos habían perdido para él bastante atractivo. Al llegar al medio de la ensenada, Úrsula le dijo:

—Estamos á medio camino, señorito.

Miguel se puso en pie, encendió otro fósforo y lo mantuvo vivo todo el tiempo que duró.

—¿Sabe usted, señorito—le dijo Úrsula,—que si hay alguno por ahí en vela y nos observa no sé qué pensara de nosotros?

—Pensará que somos novios. ¿Y qué mal hay en eso?

— Para usted ninguno. ¡Á mí buena me pondrían!

En aquel instante surgió otra luz en tierra, pero no ya sobre los árboles, sino más baja.

—¡Mire usted, mire usted el fosforito!—exclamó con acento malicioso.

—Rema, rema. Á ver si llegamos pronto á la orilla—repuso Miguel.

Un toque de corneta se dejó oir en el silencio de la noche, claro, estridente, partiendo del Ancho.

—¿Qué es eso?—preguntó el joven, asombrado.

—No sé—respondió la batelera con no menos asombro.

Otro toque contestó al primero desde la opuesta orilla. Oyéronse después voces de mando y ruido de pasos á la carrera.

—Boga, boga de prisa, á ver qué diablos significa ese trajín—dijo Miguel.

Úrsula obedeció, y no tardaron muchos minutos en llegar cerca de tierra. Pero al saltar en ella nuestro joven, un grupo de seis ó siete soldados avanzó hacia él, poniéndole las bocas de los fusiles sobre el pecho.

—Darse preso todo el mundo.

Miguel quedó pasmado.

—¿Pero por qué?...

—Á ver—dijo el sargento, sin escucharle,—uno de vosotros que registre el bote, y vosotros dos meteos por ahí entre los árboles y pilladme á los cómplices.

—¿De qué se trata, señores?—preguntó Miguel, procurando calmarse y calmar á los carabineros (porque aquellos soldados eran carabineros).

—Ya lo sabrá usted en la cárcel—respondió el sargento.

Lo supo antes, por fortuna. Los carabineros, al ver aquellas señales misteriosas hechas desde la bahía y contestadas en tierra, se figuraron que se trataba de un alijo de contrabando, y promovieron todo aquel alboroto. Grandes esfuerzos hizo Miguel para convencerles de que no había semejante cosa, que iba dando un paseo por placer y nada más. Al cabo de media hora de discusión, el sargento tuvo que rendirse á la evidencia, pues no había motivo alguno que confirmase sus sospechas. El joven madrileño le manifestó que había llegado el día anterior en el vapor *Carmen*, que allí estaba, y á cuyo capitán podían preguntar si era verdad lo que decía: que estaba hospedado en casa de D. Valentín Vázquez, etc., etc. Después de mucho vacilar, el sargento le permitió volverse á su casa, aunque acompañado de un carabinero que averiguase si efectivamente alojaba en la posada que decía.





XXV

Irritado por aquella aventura peligrosa y ridícula, se presentó al día siguiente en casa de la generala, sin tomar precaución ninguna, y le manifestó que no quería oir hablar de citas misteriosas. Lucía, que la noche anterior le había esperado en vano, se condolió extremadamente de su percance, aunque no pudo menos de reir al oírselo contar. Desde entonces se vieron todos los días á la hora que á Miguel le placía visitar el *hotel* de don Pablo Bembo.

El tiempo que estas visitas le dejaban libre aprovechábalo para hacer excursiones á San Sebastián, trabajar para el periódico ó salir á la pesca con su huésped. Este D. Valentín, antiguo capitán de *El Rápido*, bergantín redondo que hacía la carrera de la Habana, era una persona bastante original. Tendría á lo sumo cincuenta años. Alto y enjuto y de complexión recia, si no fuese el reumatismo que á largas temporadas le atormentaba mucho. Gastaba el cabello largo y la bar-

ba, ya gris, en forma de cazo. En su vida había visto Miguel, ni pensaba ver, hombre más silencioso: estuvo una porción de días sin oirle el metal de la voz. Cuando le tropezaba en la calle ó en casa, el marino se llevaba la mano al sombrero y gruñía algo que debía ser «buenos días» ó «buenas tardes» juzgando por hipótesis. En la casa jamás se le oía pedir ni ordenar nada. Parecía una sombra cuando entraba ó salía ó se sentaba á la mesa á comer. Con su mujer y con Maximina, más se entendía por gestos que por palabras. Como sus necesidades eran poco complicadas, no costaba gran trabajo tenerle siempre satisfecho. Si el reúma no le tenía postrado, salía, casi todos los días, á pescar en un bote de su propiedad. Horas y horas se pasaba el ex-capitán fondeado cerca de tierra, inmóvil, con el aparejo en la mano, dejándose tostar por el sol y azotar por el aire. Á fuerza de no mantener relaciones más que con los peces, se había identificado con su naturaleza fría, grave y silenciosa. Era un verdadero derviche del mar, cuya aspiración única parecía consistir en penetrar más y más en este elemento y fundirse y disolverse al cabo en él, como una piedra de sal. Por lo demás, en el pueblo era considerado como un buen vecino y marino muy inteligente.

Este hombre, que cruzaba por el mundo en zapatillas, fué el compañero constante de Miguel en sus excursiones marítimas. Claro está que hablaban poco, casi nada; pero nuestro joven había creído comprender por gestos, por gruñidos, más que por palabras, que era simpático á D. Valentín, lo cual podía achacarse á la afición que mostraba á la pesca. Sobre todo desde cierto día en que enganchó (pura casualidad) una magnífica robaliza y consiguió meterla á bordo, el ex-capitán le guardó, aunque tácitas, altas consideraciones.

Además, había adivinado también que el ex capitán profesaba un afecto vivísimo á su sobrina Maximina, bien pagado por parte de ésta. Ambos se comprendían admirablemente, con sólo mirarse, y se tributaban todas las pruebas de cariño que podían. Y digo podían, porque D.ª Rosalía estaba al tanto de este cariño, y no manifestaba tendencias muy decididas á alentarlo.

Por todo esto Miguel fué estrechando su amistad con él. Maximina cada día se mostraba á sus ojos más simpática é interesante. Las personas candorosas y sinceras tienen la ventaja de no repetirse. Así que, sin que ella pudiese sospecharlo, al mismo tiempo que le abría su alma para que hundiese la mirada en ella, iba cautivando la de su joven huésped, en términos que á éste llegaron á fastidiarle todos en la casa si no eran Maximina y su tío. Hablaba con aquélla largos ratos aprovechando los momentos en que venía á arreglar su sala.

—¿Está usted ocupado, D. Miguel?

—Ahora voy á dejar la tarea.

Y mientras salía del cuarto y Maximina se ponía á asearlo, charlaban alegremente. Miguel la embromaba con el convento. Ella se defendía negando que tuviese por entonces intención de encerrarse en él. Sin embargo, al través de estas negativas se traslucía que acaso con el tiempo llegase á realizarlo. Un día poniéndose serio le dijo:

—No soy partidario de los conventos. Las virtudes más hermosas de la religión cristiana, que son la caridad y el sacrificio por los demás, no pueden practicarse sino en medio de la sociedad. ¿Para qué sirven todas las que una joven llega á adquirir si han de quedar encerradas entre cuatro paredes; si el mundo no se ha de aprovechar de ellas jamás? Las únicas monjas á quie-

nes respeto y admiro con todo mi corazón son las hermanas de la caridad.

Maximina le miró sorprendida y no contestó. Todo el día estuvo un poco pensativa.

Solían reunirse diariamente á la hora del oscurecer algunos jóvenes delante del estanquillo, aunque no en tanto número como los domingos. Las noches eran apacibles y calurosas, y la tertulia se prolongaba á veces hasta las nueve y media ó las diez. Miguel se fué acostumbrando á asistir á ella, dejando las visitas á la generala para otras horas. Sentábase á menudo al lado de Maximina y se complacía en regalarle el oído. Si nos preguntasen si creía lo que la iba diciendo, nos sería casi imposible contestar. Lo único que podemos decir es que no la requebraba por burlarse, ni aun por pasar el rato. Es posible que á fuerza de serle simpática, la fuese encontrando hermosa. Pero Maximina estaba tan convencida de lo contrario, que rechazaba las lisonjas del joven con tanto más empeño cuanto más grata le iba siendo su compañía. Una noche le dijo con acento suplicante:

—Por Dios, no me diga usted que soy bonita.

—¿Por qué?

—Porque se me figura que está usted haciendo burla de mí, y me causa mucha pena...

—Aunque usted no lo fuese, á mí me lo parece, y con esto bastaría; pero ya que usted se enfada, la llamaré simpática únicamente.

—Tampoco. No me llame usted nada.

Las demás muchachas que allí había, todas de más edad que Maximina, les echaban miradas penetrantes y comenzaban á murmurar de la persistencia con que el joven forastero se sentaba al lado de aquélla. Los juegos con que se mataba el tiempo en aquella reunión



al aire libre, eran poco variados: esconder un objeto para que uno de ellos lo hallase, mientras los demás cantaban, unas veces suave y otras fuerte, según se alejaba ó aproximaba á él: adivinar quién era la persona cuyo retrato fuesen trazando de palabra los presentes: correr el florón por la cuerda... Este juego del florón era el que más agradaba á Miguel. De él conservó toda su vida recuerdo vivo y placentero. Consistía en introducir una sortija por una cuerda y agarrarse á ésta todos los tertulianos formando corro. Uno se quedaba en el medio, y los demás corrían la sortija disimuladamente gritando:

El florón está en la mano.
Siga el florón.
Siga el florón.

El corifeo hacía una señal. El coro callaba y quedaba inmóvil. Si adivinaba quién tenía la sortija, éste pasaba al centro del corro, y aquél ocupaba su sitio; si no, volvía á seguir el florón su carrera. Nuestro joven gozaba con este juego, porque le trasladaba á la infancia; acaso también porque al agitar las manos sentía el contacto de las de Maximina. Muchas veces se reía pensando: ¡Si el conde de Ríos me viese jugando al florón!

Al domingo siguiente se bailó, como el día en que él llegara. Había prometido á Maximina entrar en el corro si ella bailaba. La niña, confiando en esta promesa, se decidió á ello. Pero el huésped no quiso cumplir la palabra, y se quedó sentado delante del estanquillo como simple espectador. La pobre Maximina, defraudada, le miraba con ojos tristes, dejando adivinar que sin él estaba allí aburrida.

—Eh, Lolita—dijo el joven llamando á una de las

pequeñas de D.ª Rosalía,—vé á decir á Maximina que en cuanto oscurezca un poco más, bailaré.

Maximina, al recibir la noticia, se puso alegre. Y, en efecto, cuando las sombras de la noche invadieron la plazoleta, seguro ya de no llamar la atención, el forastero se aventuró á tomar parte en el baile. No se mostró todo lo suelto y airoso que fuera de desear, por lo cual tuvo que escuchar algunas carcajadas reprimidas; pero las llevó con paciencia, y á los pocos minutos ya no se fijaba en él nadie... nadie más que Maximina, que le decía en voz baja:—«Levante usted más los brazos». —«No salte usted tanto». Consejos todos muy oportunos, que el joven iba siguiendo al pie de la letra. La niña estaba alegre, satisfecha. Miguel la sacaba á bailar con más frecuencia que á las otras: luego procuraba colocarse á su lado para tenerla cogida de la mano, que se complacía en apretar suavemente y acariciar. Después de bailar uno frente á otro, los jóvenes tenían la costumbre de abrazarse un instante al concluir. Miguel, aprovechando uno de estos abrazos, y á favor de la oscuridad, cogió la trenza de Maximina, que colgaba por la espalda con un lazo de seda en la punta, y la llevó á los labios.

—¿Qué hace usted?—exclamó la niña volviéndose rápidamente.

—Besar la trenza de su pelo.

—¿Y por qué hace usted eso?—preguntó con sorpresa.

—Porque me gusta.

Maximina bajó los ojos y guardó silencio.

Poco después el hijo del brigadier quiso besarle una mano; pero la niña la bajó con fuerza sin soltarse, y no le fué posible.

Maximina, desde entonces hasta que el baile se des-

hizo, se manifestó un poco más circunspecta, aunque sin dejar de estar cariñosa con su amigo. Al concluirse y venir los jóvenes á su acostumbrada reunión, dijo que le dolía un poco la cabeza, y en vez de permanecer en la tertulia, se retiró. Creyó Miguel, en vista de esto, haberla causado algún disgusto, y estaba con deseos de hablar con ella. Al día siguiente de madrugada la halló bordando en el estanquillo. Estaba un poco pálida, y sus ojos, al levantarlos hacia Miguel, aunque sonrientes, expresaban una suave melancolía.

—¿Cómo ha descansado usted, Maximina?—la preguntó.

—No he podido dormir en toda la noche—respondió la niña.

—¿Pues?

—No sé... daba vueltas y más vueltas... y nada.

Miguel sonrió admirando aquella ingenuidad.

En los días siguientes, á medida que buscaba las ocasiones de hablar con ella á solas, la niña las evitaba cuidadosamente. Sin embargo, una vez que doña Rosalía se levantó dejándolos solos en el estanquillo, Miguel la cogió una mano y casi á viva fuerza se la besó. Maximina se puso encarnada y no supo más que decir:

—¡Oh, por Dios!...

Otra vez la dijo al oído hallándose de tertulia:

—Tengo que pedir á usted un favor, Maximina.

—¿Qué es?

—Que me dé usted un rizo de su pelo.

La chica levantó los ojos con sorpresa.

—¿Me lo dará usted?—repitió mirándola atrevidamente.

Maximina bajó los ojos haciendo una señal afirmativa.

Pero trascurrió un día y trascurrieron dos, y tres, y no daba señales de cumplir su promesa. Miguel le preguntaba por señas: ella sonreía sin contestar. Entonces el joven se hizo el enojado: evitó á su vez el encontrarse con ella. Maximina comenzó á echarle miradas tristes y tímidas, que observaba, riendo interiormente. Al fin, una noche por propia iniciativa, aquélla vino á sentarse á su lado. Nuestro joven se mostró inflexible. No quiso hablar. Afectó tomar parte muy activa en los juegos de prendas. Entonces la pobre niña dijo con voz débil:

—Tome usted.

Miguel no la oyó.

—Tome usted—repitió un poco más alto.

Al volverse vió que tenía en las manos un papelito blanco. Comprendió que era el rizo de pelo y lo tomó apretándole al mismo tiempo los dedos con ternura.

—Muchas gracias, Maximina—le dijo con acento conmovido.—Es usted muy buena, y cada día...

Antes que pudiese concluir, la niña se levantó, entrando en la casa. Miguel quedó saboreando una dulce felicidad que nunca hasta entonces había gustado, la de ser querido de aquel modo tan ingenuo y tan puro. Tenía el corazón henchido de suaves sentimientos. Una ternura inefable invadía su alma, y se dijo: ¿Por qué no he de querer yo á esta niña también? ¿Por qué no he de decírselo? Agitado por este deseo súbito, se levantó de la silla y entró en casa con la esperanza de encontrar á Maximina y expresarle lo que en aquel momento sentía. Recorrió á oscuras la sala, el comedor y el pasillo, llamándola suavemente; pero no pudo hallarla. Echó una mirada á la cocina y no vió en ella más que á la taciturna criada mondando patatas. Se habrá ido á su cuarto, se dijo, y bajó tristemente la es-

calera para restituirse á la tertulia; pero al cruzar por delante de la puerta del estanquillo que estaba á oscuras, se le ocurrió meter la cabeza dentro y decir:

—Maximina.

—¿Qué?—respondió una voz apagada.

—¡Oh, picarilla! ¿está usted aquí?

Y se introdujo en la tienda.

—¿Dónde está usted?

—Aquí.

—Déme usted la mano.

—¿Para qué, para besarla? No quiero; es usted muy malo.

Miguel soltó una carcajada, reprimiéndola para que no le oyesen fuera.

—No, criatura; es para saber dónde está usted nada más.

Se sentó al lado de ella en una silla baja.

—¿Por qué se ha escapado usted de la tertulia?

—¿Y usted por qué me anda buscando?

—Para decirla á usted una cosa.

—¿Qué es?

—...Que la voy queriendo á usted mucho—dijo con acento apasionado, tomándole una mano.

La niña guardó silencio.

—Y que usted también me va queriendo á mí un poco, ¿no es verdad?

Tampoco contestó.

—Vamos, dígame usted que sí... aunque sea mentira.

—Yo no digo mentiras—manifestó la niña con voz dulce.

—¿Entonces, no me quiere usted?...

—Tampoco digo eso.

Miguel entusiasmado la abrazó.



—Pues yo te quiero, te quiero por lo hermosa y lo buena que eres...

Maximina, al sentirse en los brazos del joven, comenzó á temblar fuertemente.

—¡Suélteme usted! ¡por Dios me suelte usted!

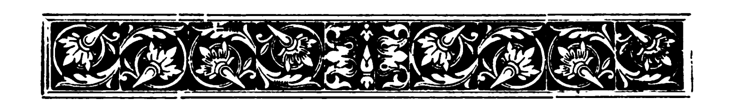
—¿Me quieres tú? ¿me quieres?

—¡Suélteme usted, por Dios!

—No, sin decirme que me quieres.

—Pues sí, le quiero, le quiero; ¡suélteme usted!

El joven la besó con pasión en los labios y la dejó huir á su cuarto. Él se volvió á la tertulia.



XXVI

Miguel sacó el reloj para mirar la hora.

—¡Oh qué reloj tan fastidioso!—exclamó la generala apoderándose de él y metiéndoselo de nuevo en el bolsillo sin permitir que lo abriese.—Antes, cuando estabas á mi lado, no hacías tanto uso de esa alhaja. De pocos días á esta parte no se te cae de la mano. ¿Qué prisa tienes? ¿No has venido á Pasajes por mí?... Además, observo que estás algo distraído; que siempre cruza tu frente una arruga profunda, signo de graves meditaciones... Hasta te encuentro ayer y hoy un poco ojeroso...

—¡Vaya, que no traes mal belén con mi fisonomía! —dijo él sonriendo. Bajo esta sonrisa se traslucía la cólera.

En efecto, la generala exploraba á todas horas el semblante de Miguel como el marino el del tiempo. Unas veces estaba pálido, otras fatigado, otras melancólico, otras excesivamente risueño. Nunca dejaba de tener alguna cosa que le llamase la atención. Esta eter-

na y escrupulosa inspección le había halagado al principio, después le aburrió un poco, y últimamente había llegado á irritarle.

—¡Y te enfadas por eso, ingrato!—exclamó Lucía.—Si observo tu fisonomía, es que no miro más que á ella. Todo lo demás me parece indiferente... Tu rostro es el libro donde leo mi felicidad ó mi desgracia.

Aunque ya no le causaban impresión alguna las metáforas amorosas de la generala, Miguel se dulcificó.

—No me enfado, Lucía... Si es tu gusto trasformarte en un *semáforo* y señalar todas las variaciones que experimento, ¿qué vamos á hacer? Es una prueba de amor que te agradezco.

La generala creyó que debía continuar con el mismo tema.

—No puedes figurarte, Miguel, lo que sufro cuando te veo triste, lo que gozo cuando estás alegre... ¡Si supieras!... Al través de tu sonrisa veo yo el mundo risueño, hermoso, pienso que el cielo está siempre azul, el campo siempre verde y frondoso, y que los hombres son todos felices... ¡Oh, si lo supieras, estoy segura de que sonreirías siempre como ahora lo haces! ¿No es verdad?... ¡Algunas veces me acometen unos pensamientos tan tristes! La imaginación excitada por el amor, da muchas vueltas... ¡Si Miguel se muriese! me digo. Esta idea me aniquila, me deja yerta, como si el cielo se desplomase... Si tú te murieses, ¿qué haría la pobre Lucía? Morirse también de pena; y si no se moría, peor para ella... No quiero pensar en eso, Miguel, porque toda me acongojo. Ya no habría felicidad posible en la tierra. Sólo tu recuerdo dulce podría prestarme algún consuelo en ciertos momentos. ¡Oh, te juro que si te murieses, guardaría tu imagen en el corazón hasta la hora de mi muerte, y aun más allá, si posible fuera,

vivirías en espíritu conmigo; y todos los días, todos los días, sin faltar uno, iría á visitarte al cementerio y á dejar sobre tu sepulcro un puñado de flores...

La generala había empleado ya muchas veces este recurso, y siempre con el mismo éxito. Á Miguel no le caían en gracia estas ideas lúgubres y procuraba llevar la conversación hacia otro punto. Esta vez la cortó levantándose del diván donde ambos estaban sentados y cogiendo el sombrero. Para paliar un poco el mal efecto de este brusco movimiento, se acercó sonriente á la dama y la acarició amorosamente la cara.

—Tengo una carta para el periódico empezada... Necesito terminarla antes que se vaya el correo. Adiós, amor mío...

Aquel *amor mío* fué pronunciado de un modo distraído, rutinario, que hubiera mortificado á la generala, si no fuese frecuente en ella también al acariciar de palabra á su amante.

—¡Qué pronto! Apenas has estado conmigo dos horas.

—Mañana procuraré estar más tiempo... Hoy no puedo.

Lucía se levantó también y le echó los brazos al cuello con el mimo de otras veces. Miguel soportó aquel abrazo y aun hizo esfuerzos por mostrarse entusiasmado.

—Aguarda un poco— dijo la generala soltándose y tomando un ramillete que había sobre la chimenea. —Toma estas flores, ponlas delante de ti cuando escribas, para que al levantar la cabeza te acuerdes de tu Lucía.

Miguel cogió el ramo y lo besó maquinalmente, como lo tenía por costumbre siempre que la generala le daba algún objeto en recuerdo. Luego se despidió.

Al salir del *châlet* llevaba el corazón menos oprimido que Romeo al separarse de Julieta en aquella célebre noche que el lector conocerá seguramente; pero su paso era cuando menos tan ligero. Quería llegar á tiempo á la novena de San Ramón Nonnato que se celebraba hacía días en la iglesia de San Pedro. Allí veía á Maximina, á la cual estaba ligado por simpatía irresistible. Y lo que más le entusiasmaba era que ésta había aceptado sus amores sin aquella reserva que el temor de ser engañadas obliga á manifestar á las muchachas, cuando un joven de condición superior se dirige á festejarlas. Maximina fué su novia sin que tuviese necesidad de vencer escrúpulos y prevenciones que el cálculo ó la malicia introduce en el pensamiento de aquéllas. Le entregó su corazón con inocencia, como una cosa natural ó que no podría ser de otro modo. Lo único que la había hecho vacilar al principio fué la sorpresa de que se dirigiese á ella con preferencia á otras jóvenes que pasaban en el pueblo por mucho más bonitas. Una vez convencida de que aquél tenía el mal gusto de encontrarla bella ó al menos simpática, no consideró poco ni mucho la diferencia de fortuna ni se imaginó que todo aquello podría ser nada más que un puro y frívolo pasatiempo por parte del joven forastero. Abrió su espíritu al amor con la inocencia que la flor abre su cáliz á los rayos del sol. Y aquella niña tímida, melancólica y reflexiva, en algunos días había experimentado notable trasfiguración. La alegría que rebosaba de su alma comunicó á su rostro atractivos que antes no tenía, gracia á sus movimientos, sonoridad á su risa, brillo á su palabra. Este cambio no pudo pasar inadvertido á nadie, pero menos á Miguel. Observólo con placer, con el placer del artista que contempla la obra salida de sus manos. Fué un aliciente más para seguirla enamorando

sin calcular las fatales consecuencias que aquel devaneo honesto podría traer consigo.

Cuando se hubo alejado de casa de la generala, cerca ya de la orilla donde Úrsula le aguardaba con su esquife, echó una mirada al ramo que llevaba en la mano. Reflexionó que era grande y molesto para llevar á la iglesia, y diciendo:—¡Adónde voy yo con esta carga de hierba!—lo arrojó al suelo, y siguió rápidamente su camino sin más pensar en él. La novena de San Ramón atraía mucha gente á la iglesia de San Pedro. Era un templo grande, sucio y tenebroso hasta de día. Por la noche, con cuatro ó cinco lámparas de aceite colgadas aquí y allá á largas distancias, ofrecía un aspecto siniestro. Mas ahora el rosetón de luces que ardía en torno de la imagen alegraba un círculo muy ancho donde resaltaban las cabezas de las beatas que se colocaban en primera fila. Miguel acostumbraba á introducirse en la iglesia por la puerta de la sacristía, y desde ésta, sacando un poco la cabeza, veía toda la parte iluminada del templo.

Maximina y su tía se acomodaban allá enfrente, cerca de un banco para sentarse en los intervalos de descanso. La niña, penetrada de un vivo sentimiento religioso, no osaba mirar hacia Miguel: creía profanar la majestad de la casa de Dios. No obstante, alguna que otra vez, de raro en raro, se autorizaba el levantar los ojos y clavarle una rápida y grave mirada, arrepintiéndose inmediatamente de haberlo hecho. Á nuestro joven le hacía gozar más aquella tímida y rapidísima mirada que las ardientes y prolongadas que otras mujeres más bellas y más vistosas le habían echado en el curso de su vida.

Aunque á larga distancia, observó aquella tarde que el semblante de Maximina no era el mismo de otros

días. La melancolía, siempre esparcida sobre él, se había convertido en profunda tristeza. Sus miradas eran más frecuentes y más largas, y en torno de sus ojos un círculo levemente encarnado acusaba claramente el llanto vertido. ¿Qué le habrá pasado? se preguntó con inquietud. ¿La habrá reñido su tía? Y deseó que se concluyese pronto la novena á fin de enterarse.

Era noche cerrada cuando salieron de la iglesia. El jóven forastero acostumbraba á esperar á D.ª Rosalía y su sobrina en el pórtico, ofrecerles agua bendita y acompañarlas á casa en unión de otras vecinas, lo cual le permitía emparejarse con su novia y sostener con ella conversación aparte. Todo esto respiraba un sentimiento idílico, de suave felicidad, que, como contraste á sus refinados amores cortesanos, le causaba gran deleite. Después de haberla dirigido algunas preguntas insignificantes, á las cuales contestó la niña con dulce y apagada voz, un poco más apagada que otras veces, la preguntó bruscamente:

—¿Qué tienes?... Parece que estás triste y has llorado (la tuteaba en secreto desde hacía algunos días: ella no se atrevía á hacerlo sino alguna que otra vez, cuando el joven se lo exigía con vehemencia).

Maximina siguió caminando en silencio.

—¿Te ha reñido tu tía?

—No.

Volvió á guardar silencio. Al cabo de un instante, acercando más el rostro, observó que algunas gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Estás llorando?... ¿Por qué?—preguntó con zozobra.

—No lloro... no es nada—respondió ella levantando hacia él sus ojos sonrientes, pero nublados por las lágrimas.



—Lloras, sí, y quiero saber por qué. Me parece que tengo derecho para ello... si es que me quieres, como dices.

Todavía le costó algún trabajo arrancarle su secreto. Al fin la niña desahogó el pecho oprimido y dijo con voz cortada por los sollozos:

—Hoy han estado en casa Paulina y Segunda y me llevaron á la tienda de Joaquina antes de venir á la novena... y allí comenzaron á burlarse de mí... ¡Me dijeron unas cosas tan malas!

—¿Qué te han dicho?

—Que usted se estaba riendo de mí y sólo aparentaba quererme por divertirse un rato... Que cómo podía figurarme yo que un joven rico y elegante se había de casar conmigo...

—¿Todo eso te han dicho?—exclamó Miguel con sorda irritación.—¿Nada más?

—También me dijeron que usted tenía una novia... una señora que vive ahí en el camino de Francia, y que la iba usted á ver todos los días... ¡Parece que vinieron á buscarme á propósito para darme esta puñalada!

—Pues no te han dicho más que la verdad.

La niña le miró con ojos suplicantes.

—Sólo que hay una pequeña dificultad para que esa señora, á quien visito muchos días, sea mi novia... y es que esa señora está casada.

Miguel había penetrado perfectamente el alma de la niña. Por eso le presentó esto como una dificultad insuperable. En efecto, Maximina abrió más los ojos, manifestó gran sorpresa. Exigió que el joven se lo jurara, y una vez hecho el juramento, un rayo de alegría iluminó su semblante.

—¡Pero qué malas son esas chicas!—exclamó cru-

zando las manos.—¿No tendrán miedo que Dios las castigue?

Miguel se esforzó en persuadirla á que no creyese nada de cuanto la dijeran acerca de él, le hizo mil protestas sinceras de cariño y logró que antes de llegar á casa se disipasen las nubes que velaban su rostro. Al llegar, despojóse Maximina inmediatamente de la mantilla y se fué á la cocina, donde nuestro joven la siguió. Era una hora ésta muy ocupada para la niña. La cena de los chicos y del huésped exigía bastantes preparativos. La criada se encargaba únicamente del condimento de los manjares; D.ª Rosalía de atender al estanquillo. Maximina encendió la lámpara del comedor y puso el mantel sobre la mesa. Miguel la seguía con la vista. Ella levantaba de vez en cuando la suya y le enviaba una sonrisa para mostrarle la confianza que tenía en sus palabras y lo feliz que la había hecho con ellas. Una vez puesta la mesa, volvieron á la cocina.

—Hay que limpiar esa vajilla—dijo la criada con el tono agrio que siempre usaba.

—¿La ha fregado usted ya?

—Si no la hubiera fregado, ¿cómo se había de limpiar? ¡Vaya una salida!

—No se incomode, Rufa—dijo un poco acortada la niña.

Y cogiendo un paño, se sentó con calma á secar los platos. Miguel se sentó cerca de ella.

—Voy á contarles á ustedes un cuento—dijo aquél tomando otro paño y poniéndose á secar platos también.— Viajando un amigo mío por la China, hace ya bastantes años, me contó que había llegado por la noche á un pueblo llamado Cerdópolis. En cuanto estuvo dentro de él, ya no le extrañó el nombre que tenía. No se veían más que cerdos por todas partes: en las huer-

tas, en las calles y hasta dentro de las casas. En fin, no se podía dar un paso sin tropezar con alguno de estos animaluchos.

—¡Qué olor habría allí, madre mía!—exclamó Maximina.

—¡Atroz! Me dijo que no se podía respirar. Pues sucedió que fué á alojarse á casa de uno de los principales del pueblo; pero la mayor parte de las casas, aun las de los ricos, no tenían más habitaciones que la cocina y los dormitorios. El dueño le presentó á sus hijas, unas chicas bastante feas, con los ojos torcidos y los pies muy chiquitos... En fin, ustedes ya habrán visto á algún chino. Parecían amables, y mi amigo quedó muy satisfecho del recibimiento que le hicieron. No quedó tan contento de la madre, esposa de nuestro chino. Era una vieja que estaba al lado del fogón picando cebolla, así como está ahora Rufa.

Maximina levantó los ojos hacia la cocinera y luego los volvió hacia Miguel con expresión entre cándida y maliciosa, sospechando alguna broma.

—Cuando mi amigo se dirigió á ella preguntándole cómo estaba de salud, no le contestó más que ¡hum! sin levantar la cabeza siquiera. Mi amigo miró con sorpresa al marido y á las hijas, como diciendo: ¿Qué le he hecho yo á esta señora para que me reciba de este modo? Pero lo mismo él que ellas, en vez de avergonzarse, levantaron los ojos al cielo, con un gesto de resignación que le sorprendió todavía más. Se pusieron á cenar, y mi amigo, durante la cena y después de ella, trató de captarse las simpatías, ó por lo menos la benevolencia de la señora, prodigándole muchas atenciones y dirigiéndole á menudo la palabra. Todo fué inútil. La china contestaba con su gruñido acostumbrado, ó á todo más, con algún monosílabo que revelaba

su mal humor. El marido y las hijas se contentaban con hacer aquel gesto de resignación y dolor, que cada vez iba maravillando más al viajero. Después de estar algún tiempo de sobremesa, retiróse á descansar. Cuando por la mañana se levantó, encontró á toda la familia muy triste y como consternada. Les preguntó en seguida con interés qué les pasaba de malo.

—¡La pobre madre!—exclamó una de las niñas.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está enferma?—preguntó.

— Ahí la tiene usted.

—¿Dónde?—dijo mirando á todas partes, sin ver rastro de china.

—Ahí.

—¿Pero dónde?

—Esa marrana que tiene usted delante.

—¡Cómo!—exclamó mi amigo, creyendo que el chino se había vuelto loco.

—Sí, señor: ya sabíamos en casa que de esta semana no podía pasar. Usted, señor, por lo visto, no sabe lo que ocurre en este pueblo...

El chino le explicó entonces que en aquella villa había una enfermedad, por desgracia muy común, que se llamaba *cerdofalgia*, y que consistía en la trasfiguración del hombre en cerdo. De ahí la inmensa cantidad de cerdos con que tropezaba en las calles. El primer síntoma de esta enfermedad era el mal humor. En este primer grado, los enfermos podían curarse como los tísicos, y al efecto siempre que alguno era atacado, se empleaban para volverle á la salud mil clases de fiestas y regocijos, en las cuales tomaba parte toda la familia. Algunos salvaban, pero la mayoría pasaban al segundo período, llamado del «silencio», porque hablaban muy poco. Todavía en este grado, salvaba uno que otro. Pero si desgraciadamente entraban en el pe-

ríodo de los «gruñidos», entonces era cosa perdida. Al cabo de algún tiempo, venía la trasfiguración. Su señora hacía ya dos meses que estaba en el tercer grado.

Mi amigo quedó pasmado y comprendió por qué cuando gruñía el ama de casa hacían todos gestos de resignación.

Al terminar Miguel su cuento, Maximina hacía esfuerzos sobrehumanos para contener las carcajadas que se le escapaban de la boca, viendo lo amoscada que se había puesto Rufa.

En aquel momento entró D.ª Rosalía con otra señora de su misma traza. Miguel al verlas dejó apresuradamente el paño y el plato que tenía entre las manos, para que no le viesen ocupado en tarea tan poco varonil. Después de cambiar algunas palabras, Maximina, sin darse cuenta de lo que hacía, le alargó dos platos diciendo:

—Ya no nos quedan más que siete.

Pero el joven, avergonzado y de mal humor, se los rechazó.

—Deje usted... Deje usted eso.

La niña, ruborizada y confusa, exclamó con voz debil:

—¡Como hasta ahora me había ayudado!...





XXVII

Mi queridísima hermana: —escribía Miguel á Julia— Me preguntas por qué permanezco tanto tiempo en este pueblecillo, y supones, infundadamente, que pasaré la mayor parte en San Sebastián. Asimismo haces algunas reticencias que me desagradan, porque no están bien en boca ni en pluma de una niña tan candorosa como tú eres y deseo que sigas siendo. Te has equivocado en tòdas tus hipótesis. Permanezco en Pasajes (ya puedes comenzar á reirte) porque estoy enamorado de la sobrina de mi patrona. Es una niña (sigue riendo) que no pasa por bonita, ni es gallarda, ni tiene talento, ni una educación esmerada. Estoy enamorado no sé de qué; acaso del alma, aunque no lo aseguro. Lo que sí puedo afirmar es que no hay mujer (exceptuando tú) que me parezca tan linda, tan amable y tan bien educada. No ha cumplido aún los diez y seis años. ¡Si vieras qué buena y humilde es! Está tan convencida de su insignificancia, que yo he hecho como Jesucristo; queriendo

ser la última, la elevé á primera. Ha pasado dos años en un convento de Vergara, y cuando yo llegué, estaba empeñada en hacerse monja. Ahora ya se fué á paseo el monjío. Esto no quiere decir que no fuese una buena religiosa. Maximina, que así se llama, en cualquier estado y situación de la vida sería buena, porque así la hizo Dios. Me paso los ratos como un tonto escuchándola, cuando narra su vida de colegiala. Las nonadas y puerilidades de sus compañeras, que me cuenta con gran calor, me embelesan lo mismo que la novela más interesante. Conozco ya á todas las hermanas del colegio como si las hubiera parido. Hay una hermana San Onofre, de diez y ocho años, hermosa, instruída, pero de muy mal genio. En el convento todo el mundo la temía más que á la superiora. ¡Figúrate que á una niña, porque manifestó asco al vaso de otra, la hizo comer las sobras de todas las demás en un plato! Hay otra llamada María del Socorro, de la misma edad que Maximina, muy dulce, muy tímida. Cuando las niñas enredaban en su clase, no teniendo ánimo para reñirlas ó castigarlas, se echaba á llorar. Pero los amores de mi niña eran la hermana San Sulpicio, una andaluza hermosísima, llena de gracia y atractivo. Había cuatro chicas enamoradas de ella perdidamente; pero la que se llevó la palma y llegó á ser su favorita al cabo de algún tiempo, fué Maximina. Sin embargo, la hermana, que era un poco coqueta al parecer, se complacía algunas veces en mortificarla mostrándole gran frialdad ó adoptando con ella un continente severo, hasta que viendo su cara contristada, se echaba á reir y le tiraba suavemente de una oreja, llamándola tonta. Un día vino orden de arriba para trasladar á esta hermana á otro convento, y se marchó secretamente sin despedirse. ¿Quién se lo dice á Maximina? se preguntaron todas

las colegialas. Al fin una, más habladora y peor intencionada que las otras, se lo comunicó bruscamente. Mi niña recibió un fuerte golpe en el corazón; pero trató de reprimirse, porque le daba vergüenza estallar en sollozos delante de sus compañeras. Este esfuerzo sobre sí misma le costó caro, porque al poco rato se sintió mal y hubo que desabrocharle á toda prisa el vestido, para que no se ahogase.

Oyendo el relato de tales escenas infantiles se pasa el mentecato de tu hermano sabrosamente el tiempo, y no tiene ganas de volver á Madrid. ¿Querrás creer, querida hermana, que encuentro más sabiduría en las palabras de Maximina que en los cursos de sistemas coloniales que nos da en su casa el conde de Ríos? Indudablemente, estoy perdido. Razón tiene mi tío Bernardo en decir que no seré en la vida nada de provecho.

Muchos recuerdos á mamá. Salud y Estado Mayor. Un abrazo que casi te asfixie de tu hermano,

MIGUEL.»

Tres días después la contestación de Julia, que decía así:

«Mi más querido hermano: Si por mi gusto fuese, no te escribiría hoy, porque tengo que darte una noticia desagradable; pero mamá lo manda... y... cartuchera en el cañón, quepa ó no quepa. La noticia es que nos vamos á Madrid en la semana próxima, hacia el miércoles ó jueves. Por consiguiente, ya sabes que debes ponerte en camino cuanto antes. Mucho siento arrancarte esa felicidad que dices sentir y en la cual no creo. Toda la vida has sido un pillo de playa, y no te arriendo los tizonazos que has de llevar en el otro mundo. Esa pobre chica será bien desgraciada si se fía de tus palabritas de miel. No tardará en ir al panteón de las

víctimas, como Teresa, Paquita, etc., etc. ¡Me avergüenzo de ser hermana tuya, gran tuno!

Sabrás cómo tenemos noticia de que tío Manolo se casa con la viuda de marras. Ya era tiempo. Lo mismo uno que otro necesitan ponerse dentadura nueva, porque están algo duritos. Ahí te envío una carta, que por la letra me parece de él. Supongo que será dándote parte de la boda.

El cuerpo de Estado Mayor me manda darte recuerdos. Mamá lo mismo. Yo no me contento sino con un fuerte mordisco en una oreja. Ya sabes que soy especialista en ese ramo. Avisa cuándo sales.

JULIA.»

Dentro de ésta venía otra carta de D. Manuel Rivera noticiándole su próximo matrimonio. El antiguo seductor se manifestaba en ella contrito y con grandes deseos de reformarse en lo tocante á la moral y las costumbres, y anunciaba en términos concretos que estaba resuelto á someterse á las leyes generales que rigen los destinos de la humanidad y la encaminan á lo infinito. Hablaba de la necesidad imperiosa que siente el hombre de tener una compañera «que le ayude á soportar el fardo de la vida», de los goces dulces é inefables del hogar doméstico, de los mutuos sacrificios. Por último, llamaba al Ser Supremo en su auxilio y le rogaba se dignase bendecir «su pobre choza».

Miguel, en vez de enternecerse como debía, se rió mucho leyéndola. Mas al instante quedó triste y cabizbajo al recordar que debía abandonar á Pasajes dentro de pocos días. La verdad era que lo estaba pasando bien y que no le halagaba nada tornar de nuevo á la bulliciosa vida de la corte. Por otra parte, ¡qué sentimiento tan vivo experimentaría la pobre Maximina!

En cuanto á la generala, hacía ya días que había formado propósito irrevocable de romper con ella, si bien esperaba verse lejos para llevarlo á cabo. No le acomodaba hacerlo en una entrevista por no escuchar sus quejas de codorniz romántica.

En la expresión melancólica y reflexiva de su cara adivinó Maximina que algo triste le pasaba. Trató de mostrarse entonces más alegre y habladora que de ordinario, á fin de disipar su mal humor. Adivinaba vagamente que de rechazo iba á caer sobre ella; pero no lo consiguió. Miguel, contra su costumbre, respondía con gravedad á sus instancias.

—¿Qué tienes?—le dijo al fin tímidamente.—¿Estás enfadado conmigo?

—¿Por qué había de estarlo?—contestó sonriendo tristemente.—¿Te remuerde por algo la conciencia?

—Á mí no... pero...

Miguel guardó silencio unos instantes. Los ojos escrutadores de Maximina estaban posados con anhelo sobre él.

—Tengo que darte una mala noticia—dijo al cabo dulcificando cuanto pudo la voz.

La niña se puso extremadamente pálida, pero no despegó los labios.

—Me ha escrito mi hermana para que vaya á reunirme con mamá y con ella á Santander, y acompañarlas á Madrid.

Maximina continuó silenciosa, doblando la cabeza sobre el pecho. Entonces le tocó á nuestro joven observarla con cierta inquietud.

—No será la última vez que nos veamos, hermosa—dijo cariñosamente...—Lo mismo te seguiré queriendo en Madrid, y á la primera ocasión que se me presente, vendré á hacerte una visita.



La niña levantó los ojos hacia él esforzándose por sonreir.

—Ahora que estoy próximo á separarme de ti—siguió diciendo el joven,—es cuando veo cuánto has penetrado en mi corazón... Parece mentira que en tan poco tiempo te haya llegado á querer de un modo tan entrañable... ¿Te pasa á ti lo mismo? ¿Me seguirás queriendo cuando dejes de verme?

Maximina movió varias veces la cabeza en señal afirmativa. Conmovido por aquel silencio, que revelaba mejor que ninguna frase lo que su alma sentía, el joven le tomó una mano y la llevó suavemente á los labios. Por primera vez desde que se conocieran, ella no hizo resistencia alguna. Cada vez más embargado por la emoción, Miguel dejó que su alma se desbordase; la expresó con lenguaje vivo y apasionado cuánto la amaba y lo feliz que algún día sería uniéndose á ella; la prometió no olvidarla ni un solo instante, escribirla á menudo y venir á verla en cuanto le fuese posible.

La niña se llevó la mano á la frente y dijo con voz alterada:

—Se me está partiendo la cabeza de dolor...

En aquel momento entró D.ª Rosalía en el estanquillo.

—¡Pobrecita!—exclamó Miguel.—Debe usted acostarse un poco á ver si se le pasa...

—¿Qué, te duele la cabeza?—preguntó la tía.—La canción de siempre... Anda, vé á recostarte hasta la hora de comer. Ya te llevaré el agua sedativa.

Maximina subió á su cuarto y D.ª Rosalía quedó disertando con Miguel, que apenas la escuchaba. Por la tarde la niña pudo bajar al estanquillo. Tenía el semblante un poco descompuesto. Cuando estuvieron solos, ella le dijo tímidamente:

—¿Quieres una cosa que voy á darte?

—¡Ya lo creo! Cuanto tú me des será para mí sagrado.

Maximina sacó del bolsillo un crucifijo de plata pendiente de un cordón y se lo entregó ruborizada diciendo:

—Este crucifijo me lo regaló la hermana San Sulpicio el día de su santo. Lo traigo colgado al pecho hace tres años sin quitarlo jamás...

Miguel se lo arrebató con alegría.

—Precisamente iba yo á pedirte una medallita para colgar al cuello. ¡Cuánto me alegro que te hayas anticipado! Te prometo no separarme de él ni de día ni de noche... Pero voy á suplicarte un favor... que tú misma me lo cuelgues.

Maximina vaciló un instante. Al fin tomó de nuevo el crucifijo. Miguel bajó la cabeza y el Cristo quedó colgado por la parte de fuera del chaleco.

—Ahora—dijo él con sonrisa maliciosa—es menester que lo ocultes debajo de la camisa.

—No; eso hazlo tú.

Los dos días que siguieron á esta escena trascurrieron suaves y melancólicos. Los amantes estaban mucho tiempo juntos, pero se hablaban poco. Maximina hacía visibles esfuerzos por mostrarse serena. Miguel, adivinando estos esfuerzos, sentía su amor y su compasión crecer.

Tomó pasaje en un vapor que debía salir por la tarde. Maximina aquel día por la mañana se manifestó casi contenta. Sin embargo, estando en conversación con él en la sala, cuando menos parecía indicarlo la expresión de su fisonomía, rompió á sollozar fuertemente. Miguel la acarició y la consoló en los términos mejores que pudo.

Después que arregló su equipaje, el joven recorrió el

pueblo despidiéndose de los amigos que durante su estancia se había ganado. Próxima ya la hora de partirse y habiendo oído sonar el pito del vapor, volvió á casa con objeto de despedirse de Maximina. Por más que la buscó por todas partes no pudo hallarla. Nadie sabía dónde se había metido. D.ª Rosalía opinó que se habría ido á la iglesia. No es decible lo que esto disgustó á Miguel, quien después de enviar el equipaje, se fué con el corazón oprimido hacia el muelle; pero antes se le ocurrió dar una vuelta por la iglesia. Como el tiempo apuraba, corrió hasta sofocarse. No vió rastro de Maximina en todo el ámbito del templo. Salió cabizbajo y llegó al vapor, que estaba pitando terriblemente en espera suya. Cuando saltó á bordo, el capitán le dijo con malos modos que hacía quince minutos que aguardaban por él. No le causó ningún efecto la reprensión. Subió al puente. En el momento de arrancar el buque, percibió en el balcón corrido de la casa de D. Valentín la figura de la niña. Echó mano apresuradamente á los gemelos del capitán que colgaban de la baranda, y pudo ver á su novia llorosa con un pañuelo en la mano haciéndole señas. Sacó el suyo del bolsillo y contestó lleno de emoción. La tarde estaba tranquila, el cielo nublado, las aguas de la pequeña bahía inmóviles y verdosas espejaban confusamente la columna de humo que el vapor dejaba en pos de sí. Algunas otras figuras humanas se asomaban á los balcones y terrados al oir los prolongados y furiosos ronquidos de la máquina.

En tanto que el barco no salió por la boca estrecha de la bahía, Miguel no apartó los gemelos de los ojos, dirigiéndolos al balcón donde la triste Maximina quedaba. Cuando una peña se la ocultó, dejó caer las manos con dolor. Después se limpió las mejillas, que estaban húmedas.



XXVIII

Llevaba el corazón tan henchido de amor, de admiración, de entusiasmo, que Julita se vió necesitada á sufrir á diario, por algún tiempo, las descripciones que le plugo hacer de la bondad, sencillez é inocencia de la niña de Pasajes. Á las mujeres no les disgusta esta clase de confidencias. Así que, lejos de huirlas, las provocaba, informándose con deleite de todos los pormenores más ó menos pueriles de aquellos amores idílicos, tan en consonancia con su edad y su sexo.

Miguel rehusaba enseñarle el retrato. Temía que no le gustase. Después de muchos ruegos, y anunciando con empeño «que físicamente valía poco», lo sacó de una cartera donde lo llevaba.

—¡Pues no tiene nada de fea!—exclamó Julita.—Al contrario, es una cara muy simpática...

Á Miguel se le ensanchó el corazón, y se dibujó en sus labios una sonrisa beata.

—¿Sabes á quién se parece un poco?... Á Clarita Mazón...

Clarita Mazón era una joven bastante linda. Sin embargo, Miguel no transigió con el parecido, y hasta se indignó.

—¡Pero qué enamorado estás, Miguel!—exclamó Julita sonriendo maliciosamente.—Así me gusta... Ya era tiempo de que la veleta quedase fija un instante... ¿Sabes que si yo estuviese en la piel de esa niña las habías de pagar todas juntas?

—Lo creo— repuso el joven riendo.

—No te duermas sobre los laureles, pillo, porque en cuanto yo pueda entenderme con ella, se lo he de aconsejar.

—No te hará caso.

—¡Quién sabe! Le haré ver lo que tú eres con esa cara de angelito de retablo.

Desde Santander, Miguel telegrafió á Pasajes, dando noticia de su llegada. Así que saltó del tren en Madrid, puso otro telegrama, y escribió aquel mismo día. La contestación de Maximina tardó seis en llegar. La impaciencia que nuestro joven manifestó en estos días hizo reir mucho á su hermana. Contra su costumbre, aguardaba en casa al cartero, y hasta le espiaba detrás de los cristales del balcón y le iba á abrir él mismo la puerta.

La carta, que al cabo recibió, venía en un sobre pequeño, escrito con magnífica letra inglesa, la letra que se enseñaba en el convento de Vergara. Su contenido no era largo ni expresivo, pero respiraba modestia y candor. Llamábale en el comienzo «apreciable Miguel» y se despedía como «segura servidora», lo cual le hizo reir. En la réplica le dió bastante matraca con aquella «segura servidora», y la niña, en las cartas siguientes, modificó su despedida. El comienzo, ó sea el «apreciа-

ble», ya le costó más trabajo que lo cambiase; al fin, se aventuró á llamarle «querido Miguel». Todas las cartas se las leía éste á su hermana. Julia principió á sentir viva simpatía hacia aquella niña de menos edad aún que ella. Un día le dió una estampita de su libro de misa, para que se la enviase de su parte. Maximina, al acusar el recibo, se manifestó tan conmovida por aquel regalo, que Julia no pudo resistir al deseo de ponerla una posdata en la carta de su hermano, dándole cariñosas expresiones. La niña de Pasajes contestó con otra. Se cambiaron después los retratos. Por último, al cabo de dos meses, ya se escribían directamente.

Por este tiempo el hijo del brigadier había cortado enteramente sus relaciones con la generala Bembo. No pocos esfuerzos caligráficos le costó aquel rompimiento. Las quejas de la nueva Ariadna venían diariamente por el correo esparcidas en cinco ó seis pliegos de letra menuda. Era necesario contestar á ellas. Al fin Teseo se cansó y las guardó filosóficamente en el bolsillo. Entrado ya el invierno, Ariadna volvió á Madrid, y no se pasaron quince días sin que la trompeta del escándalo pregonase sus amores con el secretario de la Embajada francesa. Á Miguel no le maravilló nada este suceso.

Un día Julita le dijo á boca de jarro:

—¿Cuándo piensas casarte, Miguel?

Se puso colorado, y respondió vacilante y confuso:

—¡Oh, el matrimonio!... Hay que pensarlo con calma... Es un negocio muy grave.

Y cortó repentinamente la conversación, hablando de otra cosa. Julia se quedó triste y pensativa. Le hizo esta pregunta, porque había observado que su hermano no menudeaba tanto las cartas á Pasajes como antes. Empezó á sospechar que se iba cansando, y tem-



bló por la pobre Maximina. No se dió por vencida, sin embargo. Al cabo de pocos días le cogió en su cuarto, por la oreja, y le dijo medio en broma medio en veras:

—No te suelto si no me dices ahora mismo si piensas ó no casarte.

—Pero, chica, ¿á ti qué te va ni te viene en eso?—contestó el joven riendo.

—Tengo interés por Maximina, porque es mi amiga.

—¡Si no la conoces!

—No importa, la quiero ya como si la conociese.

—¿Tendrías gusto en ser hermana política de la sobrina de una estanquera?—preguntó el joven con malicia.

—¡Ya lo creo!—repuso Julia poniéndose seria.—Si es buena y bien educada, ¿por qué no?...

—No vayas á pensar que yo me detengo por eso—dijo Miguel, poniéndose también serio.—He meditado mucho en estos últimos meses acerca de tal asunto, y al fin no he podido menos de confesarme que no sirvo para casado. El que ha hecho hasta los veintisiete años la vida independiente que yo, es muy difícil que pueda acomodarse al orden, á la paz, á la serie de sacrificios que el matrimonio exige... Y, francamente, para ser un mal casado, ¿no vale más que permanezca soltero toda la vida?... Por otra parte, si me caso con esa chica, que no está acostumbrada al trato de gente ni ha entrado jamás en sociedad alguna, ya comprendes que debo renunciar en absoluto á mis relaciones y á las antiguas amistades de mi familia. Yo no quiero pisar un salón donde mi mujer no haga buen papel... Además, Maximina es demasiado niña y demasiado inocente para dominar á un hombre tan maleado como yo, y para regir una familia...

Así continuó el hijo del brigadier rebuscando argumentos en su cerebro para ocultar los verdaderos mó-

viles de su conducta, que eran el tedio y la vanidad, pasiones asquerosas que la vida cortesana habían despertado nuevamente en su corazón. Julia no apartaba su mirada escrutadora de él, lo cual concluyó por turbarle y obligarle á callar. Después de algunos momentos de silencio, aquélla exclamó moviendo la cabeza con dolor:

—¡Pobre Maximina!

Y después de una pausa larga, profirió con energía:

—Pues mira, Miguel, si no has de casarte con ella, es un pecado grande que la estés engañando. Debes cuanto antes cortar esas relaciones.

—Bien; de eso ya hablaremos... Acaso tengas razón... Hasta luego—dijo poniéndose el sombrero y dándole un beso de despedida.

Por más que nos duela hablar mal del héroe de nuestra historia, la verdad nos obliga á confesar que Miguel tuvo la cobardía de cortar sus relaciones con la niña de Pasajes dejando de escribirla. Al cabo de dos semanas, su hermana le mostró una carta que había recibido de ella. Se daba por enterada del desamor de su novio, sin proferir una queja. Disculpaba su conducta manifestando que después de la separación había reflexionado que ella no podía convenir á un hombre como Miguel. Hubiera deseado, sin embargo, que éste se lo hubiera dicho antes de tenerla impaciente y triste muchos días. Terminaba diciendo que al fin había conseguido de su tía el permiso para hacerse hermana de la caridad.

Esta carta, donde al través de la firmeza y naturalidad de los conceptos, se entrevía una mano temblorosa y unos ojos nublados por las lágrimas, conmovió hondamente á nuestro héroe, y le hubiera conmovido aún más, hasta el punto quizá de marcharse aquel mismo

día á Pasajes para pedir perdón á Maximina y hacerla su esposa, si desgraciadamente aquél no fuese un día crítico y terrible de su existencia.

El periódico del conde de Ríos sostenía frecuentes polémicas con otro diario conservador titulado *La Monarquía*. Estas polémicas, un tanto ásperas, no habían rebasado hasta entonces los lindes de una cortesía más ó menos ambigua. Llegó un punto, no obstante, en que la discusión se fué agriando en términos que aparecieron en el diario moderado algunos insultos velados contra el inspirador y los redactores de *La Independencia*. Miguel se juzgó en el caso de escribir un artículo contestando á estas injurias, que fué un verdadero prodigio de habilidad. Devolvíanse con creces todas aquéllas al enemigo, pero de un modo tan fino y bien encubierto, que era imposible demandar reparación ante los tribunales y no era fácil tampoco hallar motivo para un duelo. El artículo se leyó en la redacción y fué calurosamente aplaudido. Por desgracia, en esta ocasión fué cuando á Mendoza se le ocurrió descubrir enteramente aquel secreto que su amigo le tenía guardado hacía años. Al traerle las pruebas del artículo, se autorizó, sin consultar á nadie, cambiar uno de sus párrafos metiendo otro de cosecha propia. Por virtud de esta funesta ocurrencia, lo que era una frase incisiva y bien meditada, se convirtió en grosero y feroz insulto. En cuanto Miguel, al leer el periódico por la mañana, se enteró de la modificación, revolviósele la bilis, comprendiendo que no podía menos de producir fatales consecuencias. Fué á la redacción, y no encontrando á Mendoza, comenzó á decir en presencia de sus compañeros lo que ya hemos visto en otro capítulo.

Todos sus cálculos quedaron confirmados. No se pasaron muchas horas sin que dos caballeros, padrinos

del director de *La Monarquía*, viniesen á exigir al de *La Independencia* una satisfacción personal. Mendoza, pálido y tembloroso, les contestó que él no era el autor del artículo, y les prometió que en el número del día siguiente saldría una rectificación. No faltó quien le pasara recado á Riverita, quien á toda prisa acudió á la redacción antes que de ella hubiesen salido aquellos señores. Así que llegó, deshizo cuanto se había convenido: contestó que era suyo el escrito, se opuso á publicar ninguna rectificación y nombró por padrinos al conde de Ríos y á un compañero llamado Merelo. Después se volvió á casa, y fué cuando Julita le mostró la carta de Maximina.

Los padrinos de los contendientes tardaron un día entero y emplearon toda la saliva de sus gaznates en discutir las condiciones del desafío. El punto más arduo era el de la elección de armas. El conde de Ríos, fundándose en que su apadrinado era el retado, creía tener derecho á elegirlas, y lo sostenía con gran calor. En realidad, hacía mucho hincapié en este asunto porque era sabedor de que el periodista moderado pensaba elegir el sable, no porque lo manejase con gran destreza, sino porque, dada su estatura y corpulencia, debía llevar ventaja al adversario. Los padrinos de aquél defendían con igual tesón su derecho, por ser el ofendido. Á las diez de la noche aún no habían podido arreglarse. En una de sus entrevistas con Ríos, Miguel, cansado al fin por tanta dilación, le rogó que aceptase cuantas condiciones quisieran poner los contrarios.

En virtud de esto, quedó convenido que el duelo se efectuase á sable con punta. Hora, las siete de la mañana; sitio, la quinta de Vistalegre, en Carabanchel.

No fué á dormir á casa. Pasó recado á su madrastra, advirtiéndola que debía velar á un amigo enfermo, á fin

de que ni ella ni Julia estuviesen con cuidado. No salió del Casino, donde había estado toda la tarde esperando el resultado de la discusión de los padrinos. Hasta las dos de la madrugada jugó al tresillo. Cuando la partida se disolvió, estuvo paseando largo rato por uno de los salones. Cansado al fin, se recostó en un diván, y no tardó muchos minutos en prenderle un sueño pesado y letárgico. La tensión en que sus nervios habían estado las últimas horas, había terminado por un enervamiento. Durmió media hora, y durante ella soñó mil disparates. Ahora se encontraba en un inmenso palacio deshabitado, donde cierta sombra que vió cruzar le causó un terror extraño que jamás había sentido; ahora se iba á batir dentro de una iglesia con un hombre que no conocía, y que resultaba ser D. Valentín, el tío de Maximina, el cual, sin saber cómo, se convertía en gato y se arrojaba sobre él, clavándole las uñas al cuello; después se vió en medio del mar, flotando como una boya, á merced de las olas, sin esperanza de que nadie viniese á socorrerle.

—Señorito, señorito...

—¡Eh! ¿qué hay?—dijo restregándose los ojos.

—Vamos á apagar.

—Bueno... ¿Sabe usted si está en la sala de juego el Sr. Merelo?

—Me parece que sí, señor.

Se fué hacia allá y encontró á su amigo ganando bastante dinero. Al verle entrar, Merelo le dirigió una sonrisa alegre y expansiva. Bien claramente se entendía que en aquel instante no le importaba mucho que Miguel se fuese á matar. Todavía estuvo en ganancias un largo rato, hasta que viendo señales de que la suerte se torcía, levantóse como jugador experto y salió de la sala abrazado á su amigo.

—¿Qué hora es, Miguelillo?

—Las cinco menos cuarto.

—¿Hay ánimo, verdad?—le preguntó abrazándole de nuevo con efusión.

—¡Sí, hombre, sí! Yo tengo ánimo y tú dinero—contestó sonriendo.

—¿Quieres que vayamos á casa de D.ª Mariquita á tomar chocolate?

—Vamos.

Mientras tomaban el desayuno, Merelo, cada vez más alegre y cariñoso, habló de muchas cosas con pasmosa lucidez; pero especialmente de esgrima. Realmente ésta era la conversación que venía al caso entonces, y entendiéndolo así le dió una multitud de consejos encaminados todos á no dejarse pegar por el director de *La Monarquía;* antes bien, á partirle por el medio en la primera ocasión.

—Nada de fintas, ¿entiendes?... Los golpes han de ser rápidos y decisivos... Déjale á él que finte cuanto quiera... Tú quieto, sereno, aplomado... á parar y contestar nada más... Ya caerá en alguna contestación. ¡Pues no ha de caer!

Miguel mojaba distraidamente el bizcocho en el chocolate pensando Dios sabe en qué. Cerca ya de las seis salieron del establecimiento y enderezaron los pasos hacia la calle de la Reina, donde vivía el general Ríos. Era noche cerrada todavía. Al llegar vieron el coche á la puerta en espera ya de su dueño. Pasaron al conde un recado por el lacayo y no tardó en presentarse envuelto en un gabán de pieles. El lacayo venía detrás con los sables. Después de saludarse afectuosamente, subieron al carruaje, y éste comenzó á rodar por las calles silenciosas con áspero traqueteo.

Cuando salieron por la puerta de Toledo, comenzaba

á rayar el día. Al llegar á Carabanchel ya estaba claro. Durante el trayecto, el general y Merelo no cesaron de hablar de política. La mañana despejada. Al apearse cerca de la regia posesión, hacía un frío intenso. Los árboles, desnudos, tenían su armazón cubierto de escarcha. Por el carruaje que vieron á la puerta, comprendieron que sus contrarios ya habían llegado, y en busca de ellos se dirigieron por los hermosos jardines del opulento banquero. Mucho antes de llegar al paraje designado, vieron sus figuras negras resaltando sobre el blanco tapiz de la helada. Miguel, que hasta entonces había dado señales de hallarse inquieto y nervioso, quedó repentinamente en calma. Desde entonces hasta el fin del lance manifestó una absoluta y extraña serenidad que dejó altamente complacidos á sus padrinos. Saludaron éstos á los contrarios y al médico, que debía servir para los dos contendientes según se había convenido. Miguel y el periodista moderado se hicieron de lejos una leve inclinación de cabeza. Escogióse el terreno, que fué un camino de arena mejor resguardado que los otros por dos altos setos de rosal: midiéronse los sables: despojáronse los adversarios de los gabanes y levitas, quedando con el chaleco, en gracia del frío que hacía: colocóseles en su sitio con el sable en la mano. Por último, el conde de Ríos, como la persona de más respeto que allí había, se colocó en el medio, alargó los brazos tomando con los dedos las puntas de los dos sables y se apartó diciendo con fuerte entonación:

—Señores, cumplan ustedes con su deber.

El director de *La Monarquía* era un mocetón robusto, de treinta y cuatro á treinta y seis años de edad, cuya figura formaba triste contraste en aquella ocasión con la delicada y exigua de Rivera. Sin embargo, á los pocos momentos comprendió éste que no se las había

con un tirador consumado. Miguel había tirado algunas temporadas el sable y el florete. Su contrario no conocía al parecer más que esta última arma; pues hubo que advertirle por los padrinos que no levantase la mano izquierda, y la colocase detrás de la espalda. Pero esto mismo le hacía muy peligroso, porque en vez de hacer uso del filo, alargaba á cada instante la punta del sable, manteniendo á Miguel fuera de distancia. Este comenzó á atacar vigorosamente tirando golpes sencillos al brazo, á la cabeza y al hombro. Su contrario, en vez de pararlos, la mayoría de las veces rompía alargando la punta. De esta suerte, á los tres minutos la lucha se convirtió en un asalto desordenado de florete. Sin embargo, el periodista monárquico le tiró impensadamente un golpe á la cabeza; pero hubo de salirle caro, porque Miguel paró y contestó con tal rapidez, que si no rompe á tiempo le raja la cara. Desde entonces no tiró más tajos. La lucha se prolongó cerca de quince minutos sin resultado. Miguel, que era el que atacaba, se sintió fatigadísimo: tanto, que lo hizo presente en voz alta, y los padrinos les obligaron á suspender y les dieron diez minutos de descanso. Durante ellos, Miguel se vistió el gabán y se fué á fumar un cigarro en un banco con la mayor tranquilidad en la apariencia, en realidad muy irritado por aquel extraño procedimiento de su contrario. Comenzada de nuevo la lucha, tampoco dió resultado alguno en bastante tiempo, á pesar de que Miguel, cada vez más impaciente, atacaba con furia batiendo para herir el sable de su adversario; pero éste tenía brazo de hierro, y apenas si conseguía apartar la punta un instante. A los ocho ó diez minutos volvió á sentirse cansado, mas no osó declararlo por vergüenza. Aflojó en el ataque, haciéndolo cada vez más débil y desordenado. Advertido el contrario, comenzó á tirarle

frecuentes estocadas. Apenas tenía fuerzas para pararlas. Al cabo, el robusto periodista le separó el sable con el suyo á viva fuerza, y le hundió la punta en el pecho.

Miguel cayó soltando un chorro abundante de sangre. Todos se apresuraron á socorrerlo. El director de *La Monarquía* balbució algunas palabras manifestando su sentimiento, á las cuales el herido no pudo contestar. El médico le hizo la primera cura y acto continuo fué trasladado al coche, que lo llevó en compañía de aquél y sus padrinos á casa.





XXIX

EL pronóstico del médico fué reservado en los primeros momentos. Al cabo de veinticuatro horas manifestó que su estado era grave, aunque no desesperado.

Julita había padecido varios ataques nerviosos en el trascurso de aquel día. La vista de su hermano moribundo le había causado profunda y terrible impresión. No hubo fuerza humana capaz de hacerle tragar alimento ni medicina alguna. El susto de su madre también fué grande, pero trasformóse súbito en viva y áspera irritación, de la cual fueron víctimas los padrinos, el médico, los criados, y hasta el mismo Miguel así que se encontró en estado de sufrirla. La gran preocupación de la brigadiera no era que aquél se curase, sino saber quién había tenido la culpa de la desgracia. Tan intemperante y desbocada estuvo, que el conde de Ríos no pisó más la casa, limitándose á preguntar todos los días por medio de un lacayo el estado del enfermo.

Afortunadamente, salió del peligro pronto. A los cin-

co días ya se le permitía hablar, aunque no mucho. Julia no se apartaba de su cabecera. La mamá era la encargada de recibir las numerosas visitas que llegaban; y por cierto que no se hartaba de contar á todo el mundo los pormenores de la catástrofe.

Una tarde Julia se hallaba como de costumbre cosiendo al lado de la cama del enfermo; el cual dormía.

—Oyes, Julia—dijo de pronto despertándose.—¿Quieres hacerme un favor?

—¿Cuál?

—Léeme otra vez la carta de Maximina... El día aquel no estaba yo para enterarme de nada...

Julia sonrió con semblante triunfal. En efecto, hacía días que observaba en su hermano cierta predisposición á la melancolía bastante ajena á su carácter. A menudo se pasaba horas enteras con los ojos extáticos, inmóvil, dando señales de hallarse emboscado en una maraña de pensamientos tristes. Le molestaba la compañía de los amigos y aun llegaba á desagradarle que su hermana le leyese demasiado tiempo.—Miguel piensa en Maximina—se dijo aquélla al verle tan reflexivo. ¿Qué misterio de amor se le escapará á una joven de diez y siete años?—Pues que pene un poco. Ya resollará.

Y así fué, como lo pensó la niña.

—Voy á buscarla—contesto saliendo apresuradamente de la alcoba.

No tardó en llegar con ella en la mano. Sentóse de nuevo y se puso á leerla con gran calma, observando de reojo al herido.

Al concluir, éste tenía los ojos húmedos, y exclamó mirando al techo:

—¡Pobre niña!

Julia guardó la carta en el pecho, cogió otra vez la

costura y se puso á mover la aguja en silencio. Al cabo de algunos minutos el enfermo volvió á decir:

—Voy á pedirte otro favor...

—Lo que quieras...

Toma las llaves de mi escritorio, que están ahí en el chaleco, abre el segundo cajón de la izquierda y saca un crucifijo de plata que hay en él... y tráemelo.

—Aquí está—dijo presentándoselo á los pocos instantes colgando de un pedazo de cordón.

—Este crucifijo—manifestó algo ruborizado—me lo dió Maximina al separarnos. Se me rompió el cordón, y esperando comprar otro, lo guardé en el escritorio.

—Tengo yo uno; no necesitas comprarlo—repuso la joven tornando á salir de la estancia y entrando otra vez al instante con un cordoncito azul. Y sin más dilación tomó el crucifijo de manos de Miguel, sacó el cordón viejo, metió el nuevo y dijo con naturalidad:

—¿Quieres que te lo cuelgue?

—Bueno—respondió Miguel poniéndose otra vez colorado.

Al tiempo de colgárselo, Julita acercó la boca á su oído y le dijo graciosamente:

—Si lo hubieras traído siempre, no te habrían herido.

Y sin esperar contestación salió dando brincos. Cuando estuvo en el pasillo, se quedó inmóvil de repente, meditó un momento, y dibujándose en su rostro una sonrisa de placer, siguió corriendo á su cuarto y acto continuo se puso á escribir.

La verdad es que en los días que siguieron á esta escena, Julita se manifestó digna de una plenipotencia de primer orden.

Pocos diplomáticos se hubieran conducido con tanta habilidad.

No volvió á hablar á su hermano de Maximina; pero le dejaba largos ratos solo. Cuando estaba á su lado permanecía quieta y silenciosa, esperando con razón que el pensamiento del herido llevaría á cabo su tarea, y mejor por sí solo que con auxilio de nadie. De vez en cuando, dando largos rodeos, que la hacían reir, Miguel sacaba la conversación de Pasajes y de Maximina, contándole por centésima vez los episodios de sus inocentes amores. Ella le escuchaba atenta, le animaba á seguir, pero guardándose de hacerle pregunta alguna acerca de sus designios. Esta táctica parecía excitar cada vez más la locuacidad del enfermo; y aun se advertían en él ciertos deseos de comunicar alguna cosa de más trascendencia. Mas tales deseos veíanse contenidos por la reserva y el silencio de Julia.

Una mañana, por fin, ésta vino á sentarse más temprano que de costumbre á su cabecera. Si Miguel se hubiera fijado en ella, tal vez habría advertido en sus ojillos inquietos y negros un brillo singular y en sus manos cierto temblor inusitado. Pero se hallaba tan embebido en sus pensamientos y habitual melancolía, que nada observó.

—Díme, Miguel—preguntó la joven levantando resueltamente la cabeza,—¿qué piensas hacer cuando te levantes?

—¿Cuando me levante?... ¿Qué quieres decir?...—repuso sorprendido.

—Sí; ¿qué piensas hacer de tu vida?

—¿Qué sé yo, chica?... Lo de siempre.

Hubo un rato de silencio. Miguel esperaba que su hermana concretase más el pensamiento. Viendo que no lo hacía, se decidió á hablar.

—La verdad es, Julia, que he meditado bastante en

estos días acerca de mi situación, y no la encuentro tan halagüeña como á primera vista parece. Tú y mamá constituís hoy mi única familia. Con los demás parientes no cuento para nada. Tú te casarás, como es natural. Mamá... ya sabes cómo tiene el genio. La vida á su lado no puede ser alegre. Por otra parte, me voy haciendo viejo *(carcajada de Julia)*. No te rías. Aunque por fuera no me siento viejo, por dentro necesito ya sosiego, comodidades; la vida de fonda me horroriza. No puedes figurarte la compasión que me inspiran esos viejos que andan rodando solos por las casas de huéspedes..., que se ponen enfermos y tienen que llamar á una hermana de la caridad... que al llegar de la calle no pueden comunicar sus impresiones tristes ó placenteras con un ser querido... que con ganas ó sin ellas se ven forzados á salir todas las noches, porque la soledad los arroja del cuarto... ¡Es horrible!

—Bien; todo eso quiere decir que deseas casarte—manifestó Julia con sonrisa burlona.

—No he dicho tal cosa—respondió avergonzado, y reponiéndose en seguida, exclamó:—Pero si lo hubiera dicho, ¿qué?... ¿Tiene algo de particular?

—Nada, hombre, nada. Al contrario, siempre he creído que debías casarte.

—¿Pero con quién?—preguntó el joven en tono angustioso.

—Con la muchacha que más te guste..., si es que te quiere.

—Ahí está la dificultad..., que no me gusta ninguna.

—¿Ni la de Pasajes tampoco?

Miguel se turbó aún más, y dijo con palabra vacilante.

—¡Qué pícara eres! Maximina me gustaba. La verdad es que sería una buena esposa...

—¿Pues por qué no te casas con ella?

—¿Crees tú...?—preguntó dirigiéndole una mirada tímida y anhelante.

—¡Vaya! Yo me alegraría muchísimo. Creo que es la única mujer que te conviene.

—¡Ay, Julita!—exclamó con vehemencia incorporándose un poco.—¡Qué placer me has dado! Hace una porción de días que no pienso en otra cosa.

—Lo sabía perfectamente... Pero hazme el favor de taparte, porque si te mueres no hay boda, y yo quiero comer dulces á toda costa.

Miguel la dirigió una sonrisa de reconocimiento. Hubo otra pausa. Se quedó pensativo y miró dos ó tres veces de soslayo á su hermana, como si no se atreviese á manifestarle lo que cruzaba por su mente. Al fin se aventuró á decir:

—Todavía tengo que pedirte otro favor, Julita.

—Ya sé cuál es: que escriba á Maximina, ¿verdad?

—¡Qué talento tan prodigioso! No pareces hermana de un redactor de *La Independencia*... Escríbele, sí, porque yo, Dios sabe cuándo podré coger la pluma.

—¿Y qué le digo?

—Lo que quieras.

—Bien; le diré que la quieres mucho y que deseas casarte con ella á escape.

—¡Eso; y que es más guapa que la Virgen del Carmen!

—Calla, bruto. Voy ahora mismo: no sea que te vuelvas atrás.

Salió de la alcoba. No se pasaron dos minutos sin que se la oyese gritar desde la puerta:

—Ya he escrito, Miguel. Ahí está la contestación.

Alzó los ojos y vió á la misma Maximina, á quien Julia empujaba hacia la cama. Detrás vió asomar la

cara del hombre-pez, ó sea de D. Valentín, el ex-capitán del *Rápido*, quien hacía todo lo posible por ocultarse detrás de las jóvenes. Creyó que estaba soñando. De tal modo se pintó el espanto en sus ojos, que Maximina se detuvo en medio del gabinete.

—¡Vamos, necio, no pongas esa cara, que la asustas!—exclamó Julita.

Brilló entonces una chispa de gozo en los ojos del joven. Maximina, más roja que una cereza, avanzó unos pasos más y le preguntó con voz temblorosa:

—¿Cómo se encuentra usted, Miguel?

—¡En el séptimo cielo; á la derecha de Dios Padre!

Y tomándole una mano comenzó á besarla con frenesí, como si no hubiera nadie delante.

—Julia te ha escrito pidiéndote perdón de mi parte, ¿no es verdad?... Diciéndote que estaba en peligro de muerte, y deseaba casarme contigo, ¿verdad?... Pues todo, todo eso es cierto... Sólo que ya no me muero. Me casaré en cuanto me levante de esta cama y seremos muchos años felices... Digo *(bajando la cabeza y cambiando de tono)* en el caso de que tú me quieras... ¿Estás conforme con el programa?

La niña hizo una señal afirmativa. La emoción la impedía hablar.

Miguel estrechó con fuerza sus manos y las llevó al corazón.

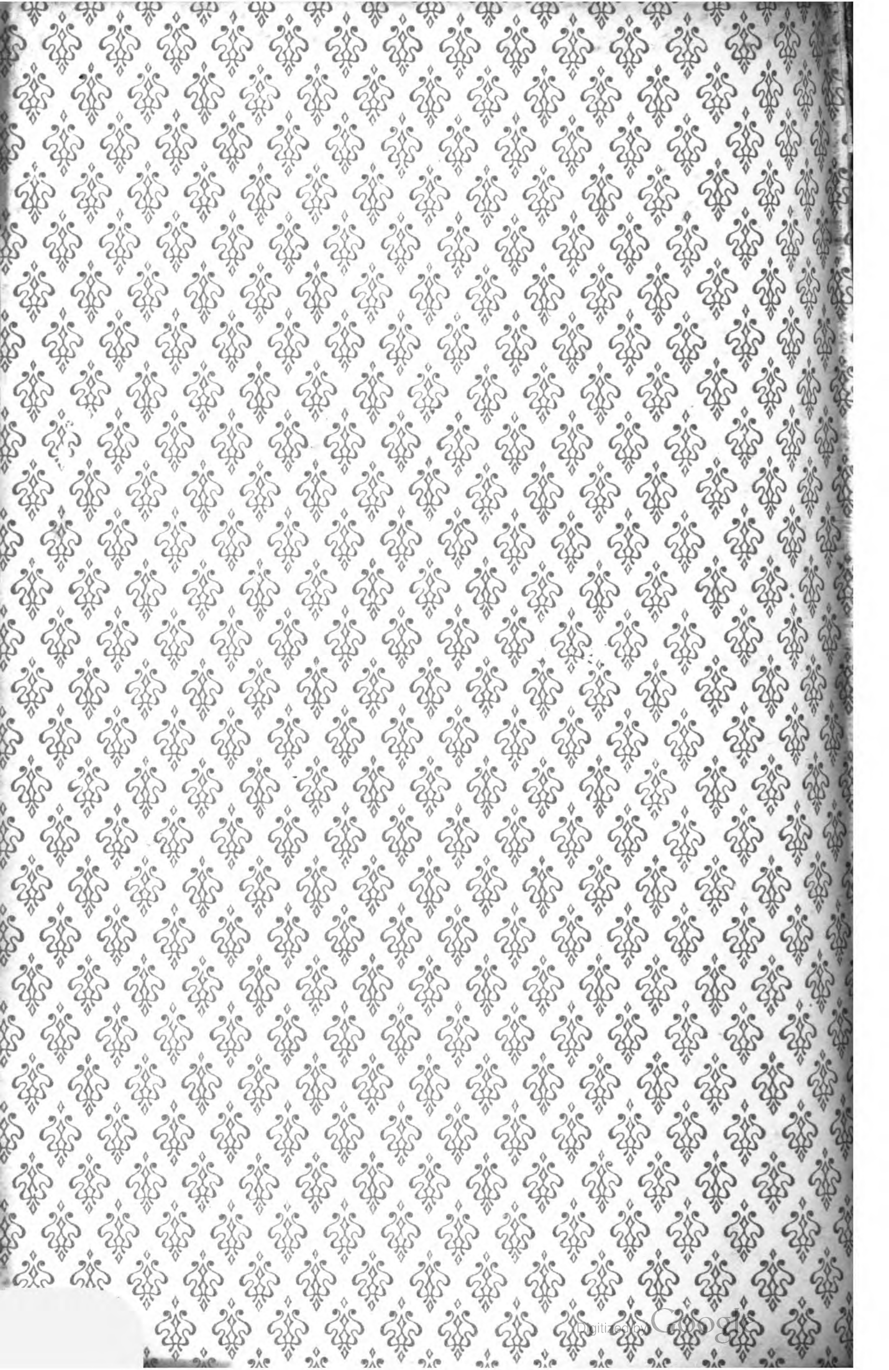
D. Valentín contemplaba atónito aquella escena. Julita, desde la puerta, exclamó sentenciosamente llevándose un dedo á la frente:

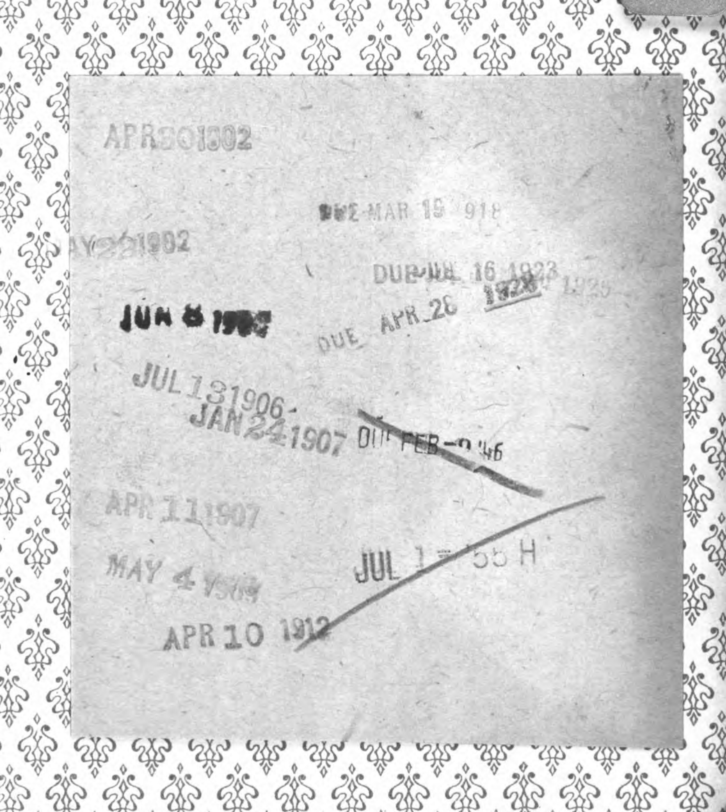
—¡Y luego dirá mamá que aquí no hay más que viento!

Aquella misma noche volvieron D. Valentín y su sobrina á Pasajes. Tres semanas después fué Miguel á casarse. Á las dos horas de recibir la bendición del cura, emprendieron la marcha para Madrid.

El destino tenía reservadas todavía á Miguel otras penas y otras alegrías, las cuales más adelante contaré, si en ello fuere Dios servido.






APR 30 1902
DUE MAR 19 1918
MAY 22 1902
DUE JUL 16 1923
DUE APR 28
JUL 13 1906
JAN 24 1907
APR 11 1907
MAY 4
APR 10 1912

